

fundación de
investigaciones
marxistas



www.fim.org.es

**nuestra
historia**

Marx y la Historia, 1818-2018

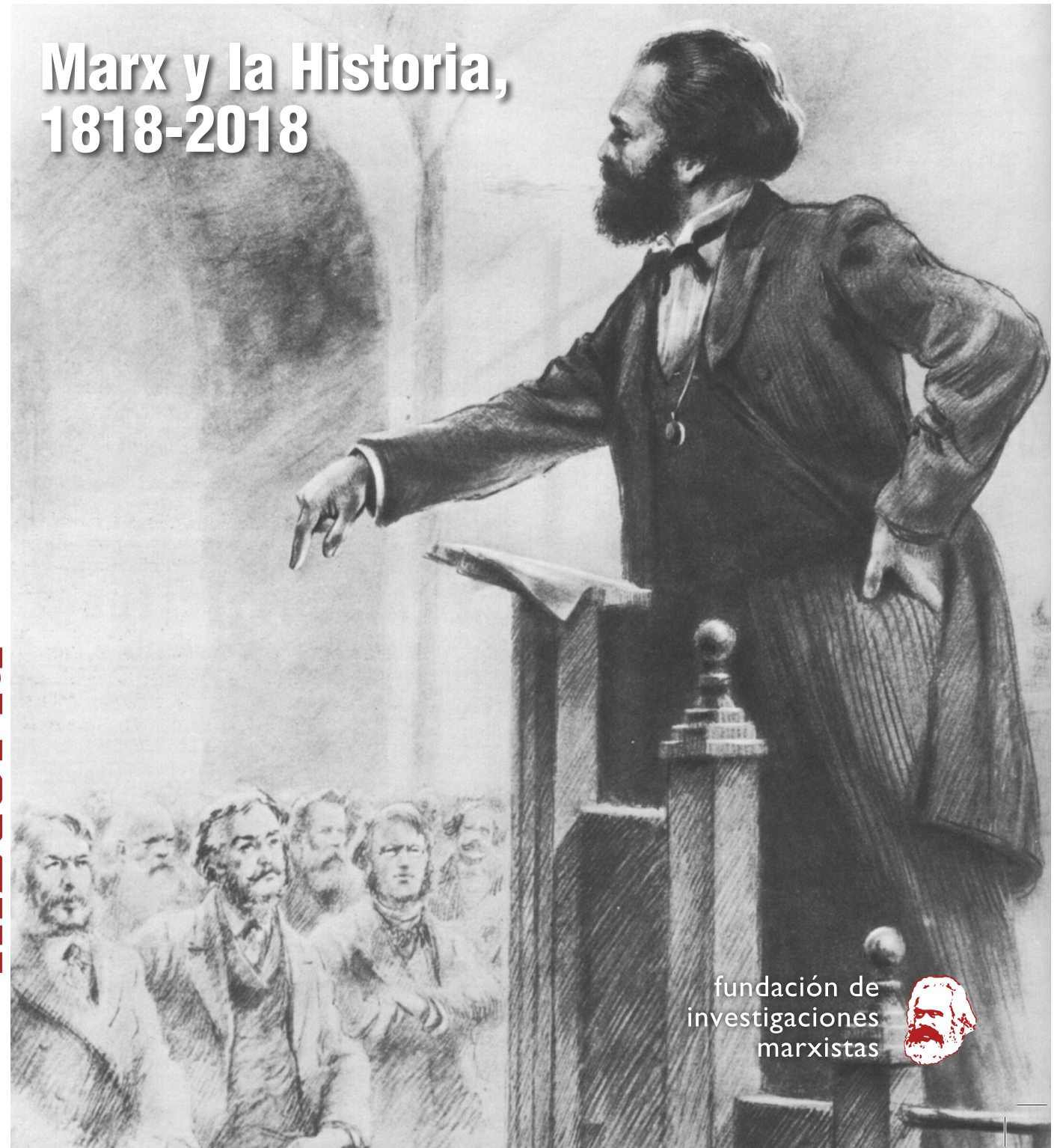
Núm. 5

nuestra historia

Revista de Historia de la FIM

Núm. 5, 1^{er} semestre de 2018

Marx y la Historia, 1818-2018



fundación de
investigaciones
marxistas



Nuestra Historia

Revista de Historia de la FIM

ISSN: 2529-9808



Usted es libre de:

- Copiar, distribuir y comunicar públicamente esta obra.

Bajo las siguientes condiciones:

- No comercial: No puede utilizar los contenidos del Boletín para fines comerciales.
- Sin obras derivadas: No puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

Con el siguiente caso particular:

- Esta licencia no se aplica a los contenidos publicados procedentes de terceros (textos, gráficos, informaciones e imágenes que vayan firmados o sean atribuidos a otros autores). Para reproducir dichos contenidos será necesario el consentimiento de dichos terceros.

Nuestra Historia: Revista de Historia de la FIM

ISSN: 2529-9808 • **Edita:** Fundación de Investigaciones Marxistas • **Equipo coordinador:** Manuel Bueno Lluch, Francisco Erice Sebares, José Gómez Alén y Julián Sanz Hoya • **Consejo de Redacción:** Irene Abad Buil, Eduardo Abad García, Juan Andrade Blanco, Manuel Bueno Lluch, Claudia Cabrero Blanco, Francisco Erice Sebares, Cristian Ferrer González, Juan Carlos García-Funes, José Luis Gasch Tomás, David Ginard i Féron, José Gómez Alén, Fernando Hernández Sánchez, Gustavo Hernández Sánchez, José Hinojosa Durán, Mirta Núñez Díaz-Balart, José Emilio Pérez Martínez, Victoria Ramos Bello, Julián Sanz Hoya, Víctor Santidrián Arias, Javier Tébar Hurtado, Juan Trías Vejarano, Julián Vadillo Muñoz, Santiago Vega Sombría • **Diseño de portada:** Francisco Gálvez • **Diseño del interior y maquetación:** Manuel Bueno Lluch • **Imagen de portada:** Karl Marx interviniendo en Londres (Fuente: marxists.org) • **Envío de colaboraciones:** historiapce@fim.org.es • **Administración:** c/ Olimpo 35, 28043, Madrid. Tfno: 913004969. Correo-e: administracion@fim.org.es • **DL:** M-3046-2017.

Nuestra Historia

Revista de Historia de la FIM

Número

5

Primer semestre de 2018

ÍNDICE

EDITORIAL

- En el bicentenario del nacimiento de Marx**
Consejo de Redacción de *Nuestra Historia* 7

DOSSIER: Marx y la Historia, 1818-2018

- Presentación: razones y avatares de una encuesta**
Consejo de Redacción de *Nuestra Historia* 9
- La formación de un historiador marxista**
Josep Fontana 11
- Repensar el marxismo: después de las derrotas**
Carlos Forcadell Álvarez 15
- La historiografía catalana y el marxismo**
José Luis Martín Ramos 21
- Marx y la Historia**
Carlos Martínez Shaw 27
- El marxismo y la Historia: balance, aportaciones, posibilidades**
Carme Molinero 35
- Un discreto encanto. Algo queda de Marx**
Xosé M. Núñez Seixas 39
- Marx y el materialismo histórico: pasado, presente y futuro**
Bryan D. Palmer 41
- Marx para historiadores: aportaciones y estancamientos, capacidades y límites**
Juan Sisinio Pérez Garzón 49
- Pensar la Historia con Marx (1818-2018)**
José Antonio Piqueras 61
- La vigencia del marxismo en el análisis de las sociedades antiguas**
Domingo Plácido 71
- Marx: la revolución en el conocimiento histórico**
Juan Trías Vejarano 77

Karl Marx y el aporte del marxismo para las Ciencias Sociales del Siglo XXI Carlos Antonio Aguirre Rojas	83
NUESTROS CLÁSICOS	
Presentación de «Karl Marx: 100 not out» Anne Showstack Sassoon	99
Karl Marx, vigente cien años más tarde Alan Hunt (moderador)	101
ENTREVISTA	
Reyna Pastor Ana Rodríguez	117
LECTURAS	
<i>Les mans del PSUC: militància</i>, de Josep Puigsech Farràs y Giaime Pala (eds) Jordi Sancho Galán	123
<i>¿Reforma o ruptura? Una aproximación crítica a las políticas del Partido Comunista de España entre 1973 y 1977</i>, de Enrique González de Andrés Eduardo Abad García	128
<i>Cuarenta años y un día. Antes y después del 20-N</i>, de Ferran Archilés y Julián Sanz (eds.) Víctor Manuel Santidrián Arias	133
<i>Josep Miret i Muste (1907-1944). Conseller de la Generalitat, deportat i mort a Mauthausen. Militància política, acció institucional i lluita antifeixista</i>, de Rosa Torán (ed) Jorge Torres Hernández	137
<i>Una biografía, un símbolo: reseña de la obra de David Ginard i Féron Aurora Picornell (1912-1937). De la història al símbol</i> Irene Abad Buil	141
<i>L'exil comme patrie. Les réfugiés communistes espagnols en RDA (1950 – 1989)</i>, de Aurélie Denoyer Mercedes Yusta Rodrigo	145

Individuals against Individualism. Art Collectives in Western Europe (1956 - 1969), de Jacopo Galimberti

Amaya Henar Hernando González y Ángel Llorente Hernández 149

ENCUENTROS

**Que cien años no es nada... Octubre (1917-2017):
la Revolución que dio forma al siglo XX**

José Manuel Rúa Fernández 152

**«Congreso Internacional: Cien años de la revolución rusa.
Mujeres, utopía y prácticas sociopolíticas»**

Andy Eric Castillo Patton 156

«Congreso Internacional: 100 años de la Revolución Rusa»

Gloria Román Ruiz 159

**«Congreso Internacional Karl Marx (1818-2018). Crítica de la
economía política»**

Sergio Cañas Díez 162

MEMORIA

El robo de bebés desde una perspectiva de género

Soledad Luque Delgado y María José Estesó Poves 169

carceldeventas.madrid.es

Historia de una prisión de mujeres

Fernando Hernández Holgado 177

**Francisca Bosch (1932-1992), dirigente del PCE
de las Baleares en la clandestinidad**

David Ginard i Féron 184

AUTORES (DOSSIER)

189

EDITORIAL

Número 5

Consejo de Redacción de Nuestra Historia

En 1983, Pierre Vilar, conmemorando en Madrid el centenario de la muerte de Marx se preguntaba humorísticamente quien podía tener miedo al pensador revolucionario alemán. La respuesta, en el mismo tono, era que cualquiera, menos los historiadores.

Sin embargo, ya por entonces la vinculación privilegiada del marxismo con la Historia, que tanto contribuyó a la renovación historiográfica del siglo XX, comenzaba a resquebrajarse. La crisis de la historiografía marxista, paralela a la de la izquierda política en Occidente y a la caída del *socialismo real*, fue luego ahondándose. La disciplina histórica sufrió fuertes mutaciones, sobre la base de inspiraciones teóricas muy diversas y heterogéneas, pero entre las que predominaban claramente los planteamientos posmodernos, idealistas, culturalistas o antimarxistas. Ni siquiera la reacción contra los mayores excesos de las nuevas tendencias en los últimos años parece haber invertido claramente esta situación desfavorable.

El año del bicentenario, en este caso del nacimiento, puede ser una buena ocasión para hacer balance, tomar impulso y analizar las perspectivas de la necesaria renovación del pensamiento marxista y crítico. En esta ocasión, la principal iniciativa de conmemoración procede de la FIM, que ha convocado para los días 2 al 6 de octubre un macrocongreso en Ma-



drid donde se abordarán la obra de Marx y los desarrollos de la tradición marxista en sus diversos campos y dimensiones, entre ellos su aportación a la Historia, con la clara intención de debatir sin nostalgias y en clave de presente y de futuro.

Nuestra Historia, como revista de la Sección de Historia de la FIM, quiere sumarse también a los eventos del bicentenario con su propia aportación, dedicándole especialmente este primer número del año y una parte significativa del segundo. El carácter monográfico del que ya es el número 5 se

abre con un dossier sobre «Marx y la Historia», en el que una docena de prestigiosos historiadores expresan sus opiniones y despliegan sus análisis sobre la relevancia de Marx y el marxismo en el campo historiográfico y sus perspectivas de futuro. Tal como se explica en la presentación de dicho dossier, lo que en principio era una encuesta articulada en torno a cuatro grandes preguntas terminó convirtiéndose en un conjunto de aportaciones diversas en cuanto a planteamientos, extensión y formato, pero coincidentes en lo que atañe al interés de las reflexiones. La simple relación de los participantes (Josep Fontana, Carlos Forcadell, José Luis Martín Ramos, Carlos Martínez Shaw, Carme Molinero, Xosé M. Núñez Seixas, Bryan Palmer, Juan Sisinio Pérez Garzón, José A. Piqueras, Domingo Plácido, Juan Trías Vejarano y Carlos Antonio Aguirre Rojas) avala con sus nombres el interés del dossier.

También las Secciones habituales de «Nuestros Clásicos» y «Entrevista» están en este número especialmente relacionados con la conmemoración marxiana. La primera recoge el debate, inicialmente publicado en *Marxism Today*, sobre la vigencia de Marx a los cien años de su muerte, moderado por Alan Hunt y protagonizado por Eric Hobsbawm, Ralph Miliband, Robert Rowthorn y Anne Showstack Sassoon, actualmente profesora visitante de Género y Política en Birkbeck College-Universi-

dad de Londres, y que además introduce y contextualiza dicho debate. La entrevista se dedica en esta ocasión a la entrañable historiadora Reyna Pastor, de firmes convicciones marxistas y discípula de Claudio Sánchez Albornoz en su exilio argentino; Reyna Pastor responde a las preguntas que le formula la investigadora del Instituto de Historia del CCHS-CSIC Ana Rodríguez, que además glosa brevemente la figura de la ilustre historiadora.

Nuestro número se completa con las habituales reseñas de libros y lecturas, crónicas de encuentros y congresos y la habitual sección de Memoria, que recoge en este caso un artículo sobre el robo de niños desde una perspectiva de género, una crónica de la cárcel femenina de Ventas y una semblanza biográfica de la militante comunista balear Francisca Bosch.

Nuestra Historia agradece a sus lectores el interés demostrado por nuestros números anteriores, que afortunadamente van abriéndose camino en las redes de difusión más accesibles y que, por fortuna, cuentan cada vez con más colaboradores que en cierto modo la hacen suya. Y en este año de especiales resonancias para nosotros, nos apropiamos de la respuesta a la retórica pregunta del gran historiador marxista Pierre Vilar: no sólo no tenemos miedo a Pensar con Marx hoy, sino que creemos que el debate crítico sobre su obra y su pensamiento constituye hoy un ejercicio imprescindible.

Razones y avatares de una encuesta

Consejo de Redacción de Nuestra Historia

Como no podía ser de otra manera, nuestra conmemoración del bicentenario del nacimiento de Marx no responde a un simple estímulo nostálgico ni a una fijación obstinadamente identitaria, sino a la necesidad de una reflexión sobre la importancia del legado marxista para los historiadores, sus aportaciones y sus debilidades, su situación actual y sus posibilidades futuras. En ese sentido, entre otros contenidos que se incorporan a este número o se incluirán en el siguiente de *Nuestra Historia*, pensamos en realizar una encuesta entre conocidos historiadores que contribuyera a un debate que la citada conmemoración ha empezado ya a suscitar.

La encuesta se estructuró en torno a un breve cuestionario de cuatro preguntas de carácter general, acerca de las contribuciones de Marx a la concepción histórica y la práctica de los historiadores, las aportaciones de la historiografía marxista, el actual estado del marxismo en la Historia y las ciencias sociales y sus perspectivas para el siglo XXI. Aunque a los encuestados se les enviaron tanto este esquema orientativo como algunas recomendaciones generales relativas a las dimensiones del texto que finalmente debían remitirnos, se insistió desde el principio en el carácter flexible de estas sugerencias, tanto en organización de los contenidos como en extensión de los mismos, con el fin de no condicionar excesivamente a los interrogados o marcarles



Karl Marx interviniendo en Londres (Fuente: marxists.org).

pautas demasiado estrictas. Tal como podrá comprobarse, algunos de los encuestados optaron legítimamente por un modelo de respuesta que no sigue el orden propuesto de las preguntas, o bien decidieron utilizar, como hilo conductor de sus reflexiones, su propia trayectoria profesional o la de su generación y entorno. Pensamos que esta diversidad en modo alguno resta interés al resultado final.

Desde el primer momento, asumimos que las conclusiones no iban a ser representativas de las posiciones actualmente mayoritarias entre los historiadores. El

propio perfil de los entrevistados así lo determinaba, pues elegimos a profesionales de la Historia críticos y veteranos, es decir, receptivos a la renovación historiográfica a la que contribuyó el marxismo (lo que no significa necesariamente complacientes con sus resultados), con una obra consolidada y una solvencia ampliamente reconocida. Los resultados serían distintos si extendiéramos la encuesta a otros sectores, a historiadores más jóvenes o con otro tipo de posiciones historiográficas. No olvidemos que, como la valoración de la mayoría de las respuestas constata, la influencia del marxismo en la Historia ha experimentado, en las últimas décadas, un evidente retroceso. Pero, más que la representatividad en ese sentido, nos preocupaba el interés de las reflexiones que pudieran suscitarse. En ese orden de cosas, creemos haber acertado en la opción elegida.

Sí cabe lamentar, por el contrario, que no todos los cuestionarios enviados hayan obtenido respuesta, por razones diversas. En algún caso, se debió a la respetable decisión de los afectados de no participar, casi siempre por falta de tiempo, por deseo de evitar repetir lo que algunos ya habían planteado en otros lugares y momentos, o probablemente por juzgar que nuestra iniciativa carecía de interés. En otras ocasiones, la falta de respuesta específica a nuestro cuestionario fue compensada, por los interesados, con el envío de algún texto o artículo que *Nuestra Historia* agradece e irá incorporando a números sucesivos; uno, en concreto (del historiador latinoamericano Aguirre Rojas) se incluye en este dossier. En cambio, desgraciadamente y por razones

ajenas a nuestra voluntad, el sesgo en la selección ha acabado por afectar de manera particular a las historiadoras, que en más de un caso de los previstos están además vinculadas a interesantes propuestas de renovación de la Historia desde el género. *Nuestra Historia* agradece, de todos modos, el interés y la cortesía demostrada por unos y otros —los que participaron y los que no quisieron o no pudieron hacerlo— y, desde luego, les ofrece sus modestas páginas para futuras colaboraciones.

Como el lector podrá comprobar, los diagnósticos y valoraciones que a continuación se reproducen mantienen coincidencias y discrepancias, coherentemente con un debate que debe ser amplio, abierto y plural. Hay, en todo caso, un *espíritu* y una actitud común que —matices aparte—, nos gustaría destacar, especialmente en lo que atañe a dos rasgos fundamentales. El primero es la valoración positiva de las relevantes aportaciones realizadas por el marxismo a la renovación de la Historia, más allá de las opiniones —en este terreno divergentes— acerca de sus insuficiencias y de sus perspectivas de futuro. La segunda es la relación, pasada, presente y quizás para el porvenir, entre el marxismo como perspectiva intelectual y la realidad político-social, en línea con la aceptación de la utilidad social del conocimiento histórico. Un conocimiento que al menos los marxistas —y algunos que no necesariamente se definen como tales— situarían, por utilizar la expresión usada en otro lugar por uno de los autores que colabora en esta encuesta, «en el lugar donde confluyen la interpretación del mundo y el intento de cambiarlo».

La formación de un historiador marxista

The formation of a Marxist historian

Josep Fontana

Universitat Pompeu Fabra

Ser «un historiador marxista» consiste, en mi opinión, en participar en un amplio campo intelectual que va más allá de las codificaciones más o menos dogmáticas que forman lo que algunos entienden por «marxismo», para seguir el método que Marx proponía en 1879, cuatro años antes de su muerte, de «observar el curso actual de los acontecimientos hasta que lleguen a su maduración antes de poder ‘consumirlos productivamente’, esto es ‘teóricamente’».

Mis primeras lecciones de historia marxista las recibí desde 1957 de Pierre Vilar, maestro y amigo, cuya visión integradora le llevaba a definir de este modo un concepto fundamental como el de «modo de producción»:

«un sistema coherente de sociedad, cuya coherencia se basa simultáneamente en la lógica propia de su funcionamiento económico [...], en el sistema de relaciones sociales que este funcionamiento implica y condiciona, en el conjunto institucional, jurídico y político que garantiza su funcionamiento y en el sistema de representaciones ideológicas y de actitudes mentales que las clases dominantes tienden a imponer a la sociedad entera con el objeto de mantener las relaciones fundamentales».

Fue también por entonces cuando des-

cubrí, trabajando en la Universidad de Liverpool, la historiografía marxista británica, que vivía en los años cincuenta y sesenta unos momentos de vitalidad creativa, que culminaron con la aparición en 1963 de *The Making of the English Working Class* de E.P. Thompson y con la publicación por Eric Hobsbawm en 1964 del fragmento de los *Grundrisse* de Marx dedicado a las formaciones económicas precapitalistas, al que antepuso una introducción provocativa, que incitaba a lecturas heterodoxas —esto es, no dogmáticas— de los textos de Marx.

Una tercera y profunda influencia nació del descubrimiento, en un viaje a Italia, de los *Quaderni del carcere* de Antonio Gramsci, con los conceptos de hegemonía y dominio, y la importancia dada al papel de la cultura.

Los viajes y estancias en América Latina me permitieron añadir lo que aprendí, por ejemplo, de los investigadores que transformaron nuestra comprensión de la historia de los Andes, como John V. Murra, antiguo militante de las brigadas internacionales en la guerra civil española, con su visión del «control vertical de los pisos ecológicos» y como Carlos Sempat Assadourian y Enrique Tandeter, que nos revelaron la forma en que se utilizaba el trabajo indígena. O como el malogrado Alberto Flores Galindo, que en diciembre de 1989,



Obreros de un taller parisino en junio de 1905 (Fuente: Bibliothèque Historique de la Ville de Paris).

cuando sabía que su muerte era inminente, escribía: «Aunque muchos de mis amigos ya no piensen como antes, yo, por el contrario, pienso que todavía siguen vigentes los ideales que originaron el socialismo [...]. Las puertas al socialismo no están cerradas, pero se requiere pensar en otras vías. Un socialismo construido sobre otras bases, que recoja también los sueños, las esperanzas, los deseos de la gente».

A los que he de añadir, cuando menos, los nombres de dos cubanos, Juan Pérez de la Riva y, sobre todo, mi amigo Manuel Moreno Friginals, autor de una obra maestra como *El Ingenio*, a quien nunca se le permitió enseñar en la universidad, víctima del uso político del marxismo por parte de gobiernos que confundían la ortodoxia doctrinal con la disciplina de partido.

Que esta ortodoxia tenía escaso valor se pudo ver en 1989, cuando, al hundirse el «socialismo realmente existente», los «intelectuales orgánicos» de estos países se

apresuraron a renegar de ella.

No sucedió lo mismo en la Europa occidental, salvo en el caso de Francia, donde la oleada revisionista se llevó por delante la chatarra del «estructuralismo marxista», con defecciones como las del antiguo estalinista Emmanuel Le Roy Ladurie, a la vez que se aprovechaba la oportunidad del segundo centenario de la Revolución francesa para iniciar una campaña reaccionaria.

En Gran Bretaña, en cambio, E.P. Thompson publicaba en 1991 *Customs in Common* y Eric Hobsbawm en 1994 *The Age of Extremes*, la parte final del conjunto de sus «eras».

Surgían, al propio tiempo, voces nuevas en el marxismo, como la del activista e historiador bengalí Ranahit Guha, inspirador del movimiento de los «subaltern studies», a quien el estudio de la colonización le llevó a la denuncia del uso de la «historia universal» como herramienta de «un dominio sin hegemonía», para ir más allá, denunciando también la historiografía nacionalista de

la India, y exigir una nueva forma de narración histórica no lineal, que rechace el hábito de interpretarlo todo en función de la legitimación del Estado. La exigencia de Guha de una nueva forma de narración que sea capaz de recoger todas las voces de la historia plantea un desafío que no somos todavía capaces de resolver.

La condena de las explicaciones lineales que encadenan causas y efectos, habituales en la narrativa de los historiadores, había sido planteada ya por el economista norteamericano Edward J. Nell, que proponía reemplazarlas por interpretaciones basadas en «redes factoriales de relaciones mutuamente dependientes», más adecuadas para explicar el complejo juego de interrelaciones que se producen en una sociedad.

Pero fue sobre todo la difusión en los años ochenta de las ideas expuestas por Walter Benjamin, con motivo de la publicación de los materiales de *Das Passagen Werk* lo que volvió a poner en circulación la exigencia de una historia no lineal. Una exigencia cuya dificultad queda ilustrada por la propia existencia de *Das Passagen Werk*, que es a la vez un monumento y un campo de ruinas.

Estos últimos años nos han dado además la sorpresa de encontrarnos con un grupo de historiadores norteamericanos, como Sven Beckert y Edward Baptist, que están abordando de manera original e inteligente la historia del capitalismo.

La formación de un historiador marxista debe mantenerse siempre activa.



Obrero mecánico trabajando en una máquina de vapor en EEUU, 1920 (Foto: Lewis W. Hine, fuente: National Archives and Records Administration).

Repensar el marxismo: después de las derrotas

Rethinking Marxism: after the defeats

Carlos Forcadell Álvarez
Universidad de Zaragoza

¿Cuáles considera que han sido las principales contribuciones de Marx y del marxismo posterior a la concepción de la Historia y la historiografía, sus méritos y sus puntos débiles?

Toda la obra de Marx, desde el comienzo, se nutre de la historia y del análisis del pasado para fundamentar tanto la comprensión del presente como el horizonte de luchas políticas, democráticas, obreras y emancipadoras al que debía dirigirse la acción política. Es en este sentido en el que se constituye un «materialismo histórico» que supone una auténtica inversión del historicismo y de la historiografía nacionalista que desplegaban los nuevos Estados nacionales europeos, autosatisfecha y apologética, así del pasado como del presente, como ilustran los casos de Guizot (1787-1874), que celebraba tanto a la nación francesa como a la sociedad burguesa posnapoleónica, o de Ranke (1795-1886), quien justificaba los hechos históricos como cumplimientos objetivos y necesarios, contemplaba una historia cerrada, convertida en «patrimonio», en pasado archivado y alejado de las «pasiones del presente», y sacralizaba lo existente, que para él era la nueva Alemania y el conservadurismo antiliberal del Reich bismarckiano.

La radical novedad de Marx, y de la larga

huella del materialismo histórico en la historiografía posterior, fue esbozada en aquel texto de 1845 que los veinteañeros Marx y Engels dejaron inédito para «la roedora crítica de los ratones», *La Ideología alemana*, que actuará como hilo conductor de su obra posterior, una concepción de la historia radicalmente antihistoricista como queda reflejada en las optimistas páginas del *Manifiesto Comunista* publicado, este sí, tres años después. Pero el optimismo, como la propia primera juventud de los padres fundadores, no iba a durar mucho. Hay que subrayar que la obra teórica y la práctica política de Marx, inseparables por definición, se desarrollaron entre dos gigantescas derrotas de sus esperanzas y proyectos para la Europa de su época, la de la democrática primavera de los pueblos en 1848 y la de la sangrienta represión de la Comuna levantada por los trabajadores parisinos a partir de 1871.

La historia viene escrita por los vencedores a corto plazo, pero al final, como ha insistido Reinhart Koselleck, acaba siendo elaborada por los vencidos, cuya mirada es siempre crítica, porque «la experiencia que se saca de una derrota encierra un gran potencial de conocimiento», y pone como ejemplo al propio Marx, que escribe sobre las revoluciones del siglo XIX desde el punto de vista de las clases trabajadoras



Obreras de una fábrica de tabaco en Tampa, Florida (Foto: Lewis Wickes Hine, fuente: Museum of Photographic of Arts).

vencidas, historizando sus derrotas para recuperar y proyectar las esperanzas de los vencidos. Terry Eagleton escribe que «para Marx solo podemos avanzar hacia el futuro recordando el trauma del pasado». (*Mate-rialismo*, 2017, pág. 110).

Desde esta perspectiva las aportaciones del marxismo al método histórico y a la práctica historiográfica contemporánea han sido innegables y de gran envergadura, incluso para quienes han escrito historia alejados de una identidad «marxista». Alguien tan poco marxista como Tony Judt, y con anterioridad a la crisis de 2008, a la vez que echaba en cara a Hobsbawm la persistencia de sus convicciones o militancias comunistas, escribía: «Sin embargo hoy las cosas están volviendo a cambiar. Vuelve la cuestión social de tiempos de Marx, cómo abordar y superar las enormes disparidades de riqueza y pobreza, las vergonzosas desigualdades en salud, educación y oportunidades [...]». No

hace falta ser marxista para reconocer que lo que Marx y otros denominaban ejército de reserva de mano de obra esta resurgiendo en todo el mundo... Así, al mismo tiempo que perdemos de vista al comunismo, la caída de la URSS ha librado a Marx de sus herederos y nos ha liberado a nosotros, y probablemente crecerá el atractivo moral de alguna versión renovada del marxismo» (*Sobre el olvidado siglo XX*, 2008, pág.143).

La historiografía de referencia o tradición marxista ha sido muy plural y variada. Sus debilidades y límites han sido mayores y más visibles cuanto mayor ha sido su dificultad en desembarazarse de una teleología y esquematismo finalista implícitos en una visión políticamente militante de la historia, y de modo más acusado cuando se ha desplegado, a lo largo del siglo XX, al servicio de las políticas de la memoria y usos públicos de la historia promovidos oficialmente por Estados comunistas (URSS, Re-

pública Democrática Alemana, países del bloque soviético en Europa, China, etc.), ahora sí, temporalmente vencedores..., hasta 1989.

¿Qué aportaciones fundamentales realizó la historiografía marxista del siglo XX?

Esa historiografía marxista oficial de países comunistas ha caído en el olvido y, en su momento, careció de incidencia en la escritura de los historiadores europeos y americanos, pero el método histórico inaugurado por Marx fue cultivado y desarrollado tras la Gran Guerra, desde fuera de la academia, por teóricos como Lukacs, Gramsci..., o formó parte del instrumental metodológico de algunos miembros de la primera generación de los *Annales* como Marc Bloch, o historiadores alemanes de Weimar como Arthur Rosenberg... Y el momento de mayor influencia del marxismo en la investigación y en la escritura de la historia llegó después de la Segunda Guerra Mundial, cuando comenzó a desplegarse una historiografía marxista original y potente cuyos numerosos efectivos se lanzaron, por primera vez, a la conquista de las universidades, capítulo relevante de una etapa en la historia de la historiografía en Occidente que vino a coincidir con las largas décadas de la «guerra fría» (1950-1990).

La historiografía marxista de la revolución francesa (Soboul, Vovelle...), en la estela de Lefévre y Mathiez, fue sistemáticamente traducida por las editoriales españolas e influyó poderosamente en la historiografía española del periodo del segundo franquismo y hasta bien entrados los ochenta, así en la enseñanza como en la investigación; y simultánea fue la presencia intelectual, editorial e historiográfica de los historiadores marxistas británicos: Hobsbawm, Hill, Rudé, Samuel, Thompson, An-

derson..., quienes fueron objeto a través de sus traducciones al castellano de una notable recepción en las historiografías española y latinoamericana. Tampoco estuvieron ausentes aproximaciones antropológicas y al análisis cultural (Raymond Williams), posteriormente revalorizadas. Desde el marxismo y la tradición marxista se atendía y subrayaba la mundialización del sistema económico (Wallerstein, Arrighi, Brenner), destacaban medievalistas y modernistas polacos (Kula, Topolski), se abrían los «estudios subalternos» en la India (Ranajit Guha, Chakrabarty) que también reinterpretaban, por su parte, los conceptos gramscianos de subalternidad y hegemonía desde la perspectiva de los dominados... Enzo Traverso escribe que, en general, «a partir de la década de 1960 la historia social y cultural alcanza un auge impresionante, en el marco de un marxismo abierto y antidogmático. La historiografía en su conjunto se transformó bajo el signo de una confrontación casi obligatoria con el marxismo» en un ciclo fulgurante que es el que pareció agotarse a partir de los años noventa. («Marx, la historia y los historiadores», *Pasajes de pensamiento contemporáneo*, nº 39, 2012, pág. 79).

Un historiador de la historiografía alemán, de común reconocimiento entre la profesión, Lutz Raphael, resume y sintetiza en su síntesis de historia de la historiografía en el siglo XX que «la investigación histórica marxista constituye, sin duda, la mayor corriente en el seno de la ecumene de historiadores [...], la investigación histórica marxista se convirtió en el siglo XX en el competidor mas importante del modelo liberal de progreso y, a su vez, en heredera» (*La ciencia histórica en la era de los extremos*, 2003, pág. 133).

¿Cuál es la situación actual del marxismo en los estudios históricos?

En 1989, tomada la fecha de la caída del muro de Berlín como principal hito de referencia para la apertura de un nuevo tiempo histórico, comenzó un escenario político y por tanto historiográfico, radicalmente nuevo. La distancia ya permite comprobar cómo el desprestigio y rechazo del marxismo político que acompañó a la desaparición de los sistemas políticos que decían entronizarlo y heredarlo, llevó consigo, aceleradamente, el abandono de su fuerte presencia e influencia en el análisis histórico y social, en la comprensión de las sociedades y de sus pasados, hasta el punto de que una identidad explícitamente «marxista» comenzó a significar una descalificación académica y teórica de los escasos historiadores que se reconozcan en ella.

Se puede constatar un cierto y visible retorno a Marx en el despliegue de un nuevo pensamiento crítico, así como que determinadas críticas académicas y políticas al capitalismo actual recuperan no pocos elementos de la crítica económica y política de Marx a la sociedad de su tiempo; no se esconden ni necesitan ocultarse, algo que parece más difícil encontrar entre los historiadores en general, como atemorizados por reconocer hoy el papel y la influencia de Marx en la concepción y en la práctica de los fundamentos del método histórico hasta hoy, temerosos de que solo su nombre, o el de marxismo, los pueda asociar con cementerios y cadáveres políticos. De modo que, en la actualidad, el relegamiento del marxismo en la historiografía —una especie de terra incógnita para los jóvenes historiadores o para seniores más olvidadizos que disidentes— puede ser considerado una desaparición debida a una derrota política e intelectual, aunque los más optimistas (Hobsbawm) interpretan que buena

parte del método histórico marxiano y de sus aportaciones se han integrado de modo natural y acumulativo en la práctica historiográfica hasta tal punto que ya no es necesario reclamarse del mismo, convertido en una referencia callada, una «tradition cachée» (Traverso).

Este desprestigio del marxismo político oficial que cimentaba los países del «socialismo real», en la hora de la disolución de la URSS y del bloque soviético, fue la oportunidad para combatir cualquier tipo de socialismo posible, histórico o futuro y desacreditar cualquier crítica alternativa a la hegemonía de un neoliberalismo capitalista que se veía libre de competidores, incluso, pronto, del último muro de la socialdemocracia europea. Pues no es casualidad que coincidieran los mandatos del Presidente Reagan (1981-1989) en EE.UU. y el de la primera ministra Thatcher (1979-1990) en el Reino Unido. El visible retroceso del marxismo en la historiografía y en las ciencias sociales en general tuvo causas políticas, y fue el resultado de una derrota.

A todo ello se añadieron intensos procesos de desindustrialización y deslocalización, la «corrosión del carácter» de la clase obrera (Sennet, 1998), y el consiguiente debilitamiento de los sindicatos de clase. La revolución conservadora de los años 80 llegó a su apogeo tras 1989 y no pudo por menos que tener un impacto brutal en la disciplina de la historia. La historiografía difícilmente podía salir indemne de la derrota de amplias proporciones del socialismo «realmente existente», como se decía; el movimiento obrero parecía anulado en sus realizaciones históricas y en sus conquistas de derechos políticos y sociales. Tampoco es casual, como recuerda Enzo Traverso, la sincronía entre este declive del marxismo y la «consagración de la memoria» como un mecanismo sustitutivo de conocimiento del pasado, una oleada me-

morial creciente a lo largo de tres décadas y centrada en las víctimas de las violencias de la historia, desde la esclavitud a los genocidios, que dejaba en el olvido a los actores sociales y al proceso histórico real; la mejor metáfora de este proceso es cómo la memoria del Holocausto ha sustituido a la memoria antifascista (*La historia como campo de batalla*, 2012). La historiografía, en su conjunto, no ha pasado aún la página de la crisis del marxismo; según Hobsbawm, que ya escribió su historia del siglo XX a mediados de los años noventa desde cierta sensación de derrota, los años más oscuros del legado de Marx fueron las décadas siguientes al centenario de su muerte (1983) (*Cómo cambiar el mundo, Marx y el marxismo 1840-2011*, 2011).

Cabe confiar en un panorama diferente ahora, en el bicentenario de su nacimiento (2018), para lo que es necesario recordar que se trata, en palabras del marxista iconoclasta, irreverente filósofo y crítico cultural esloveno Slavoj Žižek, «de problematizar la facilona opción liberal conservadora y no de defender sistemas políticos desaparecidos» (*En defensa de las causas perdidas*, 2011) y no olvidar que hoy, cuando en la historiografía y en la crítica cultural actuales se hace cada vez más visible la conexión entre las nociones de clase, raza y género: «los marxistas y sus organizaciones estuvieron en vanguardia de las tres más importantes luchas de la modernidad contemporánea: la resistencia al colonialismo, la emancipación de las mujeres y el combate contra el fascismo» (Eagleton, *Por qué Marx tenía razón*, 2015, pág. 205).

¿Qué posibilidades existen del desarrollo de una historiografía marxista en el siglo XXI y sobre qué fundamentos debería apoyarse?

Hace mucho que no tiene sentido de-

finirse como marxista. No es el marxismo un arsenal conceptual autosuficiente, ni un dispositivo teórico listo para su aplicación. El mismo E.P. Thompson, al final de su vida, se declaraba postmarxista. Lo cual no quiere decir que las ideologías y proyectos políticos que colocan en sus horizontes de expectativas la igualdad económica y social, los procesos de inclusión democrática, lo que nuestros antecesores denominaban «emancipación», la oposición crítica a la dominación económica, no hundan sus raíces en la tradición marxista, marxiana o posmarxiana, al igual que lo hacen la construcción de un discurso crítico sobre el pasado que sustente la crítica al presente y aquellos enfoques enfrentados a los usos de la historia legitimadores del poder de los Estados, cuyo objetivo es «naturalizar» para la mayor parte de la sociedad una hegemonía de clase, menos visible que en los tiempos pretéritos que alumbraron a los marxismos.

Uno de las últimas publicaciones del citado Enzo Traverso es una lúcida reflexión histórica sobre la *Melancolie de gauche*. *La force d'une tradition cachée XIX-XXI siècle* (2016), una melancolía que no significa el abandono de la idea de socialismo o la esperanza en un mundo mejor, sino que debe implicar repensar el socialismo después de la derrota que ha experimentado, desde los años ochenta, una generación completa. Se trata de recuperar la memoria de unas luchas políticas y sociales contra los intentos de relegarlas al olvido bajo el manto de una historia justificativa del presente, banal, o turistizada. La melancolía no tiene por qué ser desmovilizadora, no se debe limitar a lamentar una utopía perdida, sino que se ha de ocupar en reconstruirla; las grandes derrotas de la izquierda no provocaron el derrotismo, fueron más bien historizadas y asumidas críticamente, como nos enseñó el «marxismo» original. Otra autora,

rusa recalada en la Universidad de Harvard, desde similares presupuestos, habla de «nostalgia», entendida como una emoción histórica activa y movilizadora (Svetlana Boym: *El futuro de la nostalgia*, 2015). Las dos reflexiones se remiten a la huella y recepción de la obra de otro gran melancólico y nostálgico, Walter Benjamin, cuya estatura crítica, política e intelectual no ha hecho sino crecer con el tiempo: el recuerdo del pasado fallido constituye una fuente de esperanza para el presente y un factor de liberación. La mirada nostálgica al pasado es una vía para recuperar proyectos, ilusiones y esperanzas de perdedores olvidados o marginados, da un nuevo sentido al presente y, como acicate crítico y liberador, levanta chispas de esperanza en el pasado; para salvar el pasado es preciso dar una

nueva vía a las esperanzas de los vencidos, reactualizar las demandas insatisfechas de las generaciones que nos preceden. Sin ir tan lejos, entre nosotros, Juan José Carreras (1929-2006), uno de los principales conocedores y difusores de teoría y métodos marxistas en la universidad e historiografía españolas, haciendo balance de su vida profesional, confesaba una especie de marxismo nostálgico, pues «ha sido derrotada la utopía de la razón, la marxista y la ilustrada [...]», Pero también por eso me figuro que hay que hacer algo más que limitarse a sollozar y seguir nadando», en referencia a la hermosa parábola del magistral poema épico de Hans Magnus Enzensberger sobre *El hundimiento del Titanic* (1986). (Juan José Carreras, *Lecciones de historia*, lección 6ª: «El Ángel de la Historia», pas. 88 y ss.).

La historiografía catalana y el marxismo

Catalan Historiography and Marxism

José Luis Martín Ramos

Universitat Autònoma de Barcelona

En los últimos años de la Dictadura Franquista el marxismo aparecía como la orientación dominante entre la nueva generación historiográfica. Una generación que empezaba a incorporarse a la docencia universitaria de la mano de aquellos que habían hecho de puente entre el magisterio de Vicens Vives y la recepción del marxismo, Josep Fontana y Josep Termes. La creación de la Universidad Autónoma de Barcelona llevó a la contratación por el Departamento de Historia, por la iniciativa o el aval de ambos, de una parte de los que habían compartido con ellos trabajo en la adaptación española de la *Gran Enciclopedia Larousse*, editada por Planeta, todos vinculados o en la periferia del PSUC: Francesc Espinet, Miquel Izard, Anna Sallés, Ramón Garrabou, Borja de Riquer, Pere Gabriel, Anna María García, quien firma este artículo; a ellos se sumaron otros jóvenes licenciados que compartían orientación ideológica, aunque no siempre aquella militancia concreta —Esteban Canales, Ramón Alquézar, Francesc Bonamusa, Joaquim Nadal y Enric Ucelay Da Cal—; se configuró así un grupo de historiadores contemporaneístas notablemente compacto por sus afinidades ideológicas y su experiencia conjunta, en el trabajo o en la militancia^[1]. Obviamente, no eran

los únicos historiadores que tenían entonces como referencia a Marx en la universidad catalana, pero eran los que constituían el núcleo más compacto que se traducía en predominante en el ámbito de su actividad. Y vinculados a ellos se formaba una tercera oleada de alumnos, entre ellos Leandre Colomer, Ricard Vinyes, Ferran Mascarell, Josep Maria Fradera, nacidos en 1952, que constituían una suerte de primera generación de la transición y protagonizarían la fundación de la revista *L'Avenç*, destinada entonces a consolidar la presencia pública en la universidad y fuera de ella de la historiografía marxista. Esa importante presencia de Marx en los setenta no solo se producía en la historiografía, también lo hacía en buena parte del pensamiento filosófico, liderado por Manuel Sacristán junto con Francisco Fernández Buey, que representa-

general que pretendo, en el área de la historia contemporánea, en la que el predominio de Marx fue mayor, tuvo mayor trascendencia social y marcó la orientación general. Aunque no desconozco que hubo influencia del marxismo en la historiografía antigua (Alberto Prieto) medieval (Manuel Sánchez), moderna (empezando por Pierre Vilar, en el umbral de la contemporaneidad; Eva Serra); también entre los prehistoriadores (Eudald Carbonell, Vicente Lluell) cuyos años de formación universitaria correspondieron a la difusión en España de los libros de V. Gordon Childe. Desarrollar de manera exhaustiva la presencia de historiadores marxistas en todas las áreas en que está dividido nuestro oficio sería objeto más propiamente de un trabajo académico, de un libro, que de los objetivos de este artículo.

1.- En este artículo me mantengo, en orden a la reflexión

ban respectivamente las dos primeras generaciones antes citadas; o lo había hecho en el económico, en la época en que éste se entendía como el pensamiento de la economía política, antes de la conversión de toda una generación que se movía en su campo o el de su influencia (Mas Collell, Pastor, Barberá, Maragall...), al neoliberalismo que se colaba a través de la teoría de juegos y la econometría. Era una influencia amplia que tenía que ver con la activa militancia antifranquista de los jóvenes historiadores, filósofos, economistas... organizados en partidos marxistas; también con el descrédito del pensamiento conservador por su vinculación a la Dictadura y la relativa debilidad del nacionalismo catalanista liberal, con escasa presencia este último en la lucha social antifranquista aunque con una persistencia en el panteón de la cultura catalana reprimida que la mantenía en condiciones de recuperar sus antiguas posiciones de los años veinte y treinta.

Esa posición dominante del marxismo o, si se prefiere, del pensamiento de Marx y su desarrollo en las ciencias sociales, adquirida al compás de la expansión de la movilización social contra la Dictadura franquista, empezó a declinar a comienzos de los ochenta. En 1985 Francisco Fernández Buey, en un artículo en la revista *Sistema* sobre la historia del marxismo en España^[2], señaló con ironía que la literatura marxista, tan presente en los anteriores quince años, habían «regresado a los lugares más inaccesibles de las librerías», y añadió con inquietud «el desinterés de las nuevas generaciones universitarias por las publicaciones marxistas en general». No sólo eso, aventuró que tal retroceso, que era «la negación de la validez de un punto de vista

globalizador e internacionalista», se haría en favor del «renacimiento de los nacionalismos como ideologías principales de oposición». Lo que señaló Francisco Fernández Buey valía también como predicción sobre la presencia de Marx en la historiografía catalana —y en las aulas universitarias—, aunque su augurio tardara en hacerse realidad inequívoca unos pocos años. En 1982 Josep Fontana publicaba *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, defensa cerrada de una interpretación de la historia en sintonía con Marx; la historiografía marxista británica seguía presente en las aulas y las librerías, merced a su calidad específica; y en 1989 se publicaba una nueva traducción de la obra clásica de E.P. Thompson —*La formación de la clase obrera en Inglaterra*— que mejoraba la primera publicada en 1977 y la relanzaba entre la que se esperaba sería la tercera oleada de historiadores marxistas. Quizás esa presencia todavía en las librerías catalanas de la historiografía británica —merced al esfuerzo editorial conjunto de Josep Fontana y Gonzalo Pontón desde la editorial Crítica— y la atención que los historiadores aún le concedían produjo un espejismo. En una conocida ocurrencia Pierre Vilar espetó en Madrid durante un acto del centenario de la muerte de Marx que «todo el mundo, menos los historiadores» tenían miedo al autor del *Manifiesto Comunista* y *El Capital*. A pesar del aparente reconocimiento que se le seguía haciendo había ya signos de lo contrario, cada vez más frecuentes y potentes: los debates sobre el sujeto de la historia, el tema de estudio de los historiadores, las nuevas modas que sobre todo venían de Francia, la reducción del pensamiento y la acción de los hombres a exposición verbal, las dudas sobre la revolución vertidas al calor de la revisión de la francesa por un antiguo historiador revolucionario, Furet, ahora adalid de la ideología antimarxista, estaban empezando a calar

2.- Reproducido recientemente en Francisco Fernández Buey, *Marx a contracorriente. En el bicentenario del autor de El Capital*. Edición a cargo de Salvador López Arnal y Jordi Mir García, El Viejo Topo, Barcelona, 2018



Trabajadores portuarios durante un descanso, Francia, octubre de 1932 (Foto: Agence de Presse Mondial Photo-Presse, fuente: Bibliothèque nationale de France).

entre los historiadores, investigadores y docentes. Con algo de sordina Fontana empezó a recibir no pocas críticas por su libro de 1982. Y frente al supuestamente agotado «marxismo» se empezaron a buscar las más diversas alternativas; en Cataluña, esas alternativas podían tener, aunque no fuera totalmente, un polo de convergencia: aquella que Fernández Buey había señalado, la del nacionalismo como nuevo movimiento de oposición, la recuperación de una historia nacional propia, frente al ligero predominio que en las dos últimas décadas habían tenido las historias sociales y las historias económicas.

En 1990 Enric Ucelay Da Cal, en una polémica ponencia publicada en 1990 por el Cercle d'Estudis Històrics i Socials de Girona^[3], levantaba acta de la doble y com-

plementaria crisis de la historiografía contemporánea catalana y del predominio que en ella había mantenido hasta entonces la propuesta marxiana. Lo hacía con argumentos sorprendentes, como suele, desafiando no obstante las reacciones de pereza intelectual: se trataría en su opinión de una crisis de mercado. Hay crisis porque el mercado es reducido: los lectores catalanes de historia son una minoría de los lectores que son una minoría de la población catalana, a pesar de todo; y porque encima carece de la protección institucional que le resulta imprescindible para sobrevivir con desahogo, es decir con expectativas de carrera para quienes habían de escribirla y publicarla. Las críticas a Enric Ucelay Da Cal se cebaron demasiado en esa cuestión del mercado y en los detalles que aportaba sobre cantidades de publicaciones y tiradas de revista; no obstante, si la centralidad dada a tal argumento podía ser discutible —e incómo-

3.- Quaderns del Cercle, *La historiografia catalana: balanç i perspectives*, Girona, 1990.

da, desde luego— su exposición apuntaba cuestiones claves en la valoración de la historiografía marxiana y en su futuro. No sé si lo hizo a propósito para poner en evidencia la falta de congruencia intelectual de sus compañeros de oficio, o para señalar lo que en su criterio era su obsolescencia ideológica y política, sea por lo que fuere evitó calificar a la corriente dominante entre los historiadores contemporaneistas de «historiografía marxista» para etiquetarla como «historiografía frentepopulista»; esa adjudicación restaba homogeneidad intelectual a la corriente considerada marxista y la convertía en un frente de confluencia de posiciones ideológicas entre las que estaban no solo las de signo comunista o socialista sino también las nacionalistas. Por otra parte caracterizó la producción de esa «historiografía frentepopulista» no por la homogeneidad de su discurso ideológico o por el uso común de un determinado método, sino por la naturaleza de sus objetos de estudio mayoritarios: el movimiento obrero, la historia de la izquierda y sus instituciones políticas, la historia económica y en particular la transición del Antiguo Régimen a la etapa burguesa y capitalista —traslación, en parte, de uno de los motivos fundamentales de la historiografía marxista, en particular la anglosajona: la transición del feudalismo al capitalismo. Y finalmente, pero no en último término, la razón ideológica y política de aquella falta de protección institucional, que no era sino el preludio de la batalla planteada desde esas instancias por una reorientación de la historiografía catalana.

La etiqueta de historiografía frentepopulista» —imagen brillante, pero discutible sobre su aplicabilidad al caso— sugería algo que es difícil no reconocer. La historia que se escribía desde la militancia intelectual marxista era, salvo excepciones, una amalgama de concepciones y estilos historio-

gráficos, en la que destacaban las sombras de Vicens Vives y Soldevila y las de la escuela francesa de los *Annales*, con particulares influencias braudelianas. Metodológicamente, por otra parte, era notablemente mejorable; había incorporado la preocupación por la investigación empírica, por el trabajo de archivo y la precisión del dato, pero frecuentemente eso se traducía en un producto más descriptivo que de análisis e interpretación. No era nada definitivo, tanto la mezcla de concepciones y estilos como los defectos metodológicos podían responder al peculiar proceso formativo intelectual y profesional, que los historiadores que se consideraban marxistas en las décadas de los setenta y ochenta habían tenido que realizar de manera autodidacta y aprovechando la disponibilidad muy desigual y heterogénea de los recursos teóricos e historiográficos a los que se conseguía acceder. Tanto valía un Poulantzas como un Hobsbawm, el socio-economicismo final de Vicens Vives como el discurso romanticista de Soldevila; y no porque no pudieran tener todos aportaciones concretas de interés, asumibles incluso, sino porque todavía se estaba en la fase de juntar retales y aún no se había conseguido —insisto, de manera general— confeccionar un traje entero desde un único patrón. Quizás la dificultad para escribir libros —más allá de los que se derivaban de la publicación de las tesis de licenciatura y doctorado— y el predominio de los artículos tuviera algo que ver. Menos razón, para mí tenía el reproche a la selección de temas; esa selección no es neutra y los temas priorizados tenían que ver con intereses fundamentales del marxismo: la crítica a la sociedad capitalista y la defensa de una propuesta, de pensamiento y de lucha, emancipadora; si acaso, es cierto que convenía abrir el campo de estudio a la derecha y sus regímenes políticos, quizás incluso reconsiderar como derecha los

protagonistas burgueses de la obra de Vicens Vives, aunque eso no aparecía como la prioridad a finales del franquismo e incluso podía tener un sentido contradictorio. Vista desde la perspectiva de su todavía corta existencia la crisis de la historiografía de vocación marxista, que afectaba al conjunto de los estudios sobre la contemporaneidad, era más una cuestión de crecimiento, que de agotamiento. Precisamente por ello el reclamo de ayuda, de protección institucional podía tener sentido.

Sin embargo, lo que se estaba produciendo en el ámbito cultural y también historiográfico catalán, en el tránsito hacia la última década del siglo XX, no era un déficit de protección, sino algo bien distinto: una ofensiva, desde el nacionalismo políticamente vencedor desde las primeras elecciones autonómicas y desde las instituciones de la Generalitat que controló totalmente entre 1980 y 2003 y desde 2010 hasta hoy, y parcialmente aunque con nuevos protagonistas entre 2003 y 2010. Un nacionalismo que albergaba en su núcleo duro la voluntad de combatir la interpretación marxista de la historia de Cataluña y sustituirla plenamente —en el mundo académico, en la divulgación y finalmente en la memoria histórica— por una historia nacional tanto en la delimitación de su espacio de estudio como en el sentido de su interpretación. La hostilidad de Jordi Pujol hacia los intelectuales marxistas, que hacía extensible a los ámbitos universitarios en los que tenían una presencia destacada, era conocida; no obstante, la gestión de esa hostilidad y del vuelco que había que dar, en nuestro caso en la historiografía, fue desarrollada hábilmente no desde la confrontación abierta sino desde la oferta de alternativas materiales, desde la atracción incluso ejercida sobre determinados historiadores, de manera singular por parte de Albert Manent, asesor personal de Jordi Pujol y presiden-

te entre 2000 y 2004 del Centro de Historia Contemporánea de Cataluña, fundado en 1984. La evolución de historiadores de generaciones tan distintas como Josep Termes —que en su distanciamiento del marxismo llegó a afirmar que nunca lo había compartido— o Agustí Colominas pueden ser ejemplos claros de esa atracción. El Centro de Historia Contemporánea de Cataluña, fue la institución central desde la que se estimuló el nuevo discurso historiográfico; consolidado a partir de la apertura en 1996 del Museo de Historia de Cataluña, dirigido inicialmente por Josep María Solé i Sabaté, uno de los adalides de la contrarreforma nacionalista en la historiografía que, en 2010, escribía contraponiendo la novela de Joan Sales sobre la guerra civil —*Incerta Glòria*— con los historiadores marxistas de los años setenta, sus profesores, que «adoc-trinaban, más que enseñaban». Solé Sabaté afirmó que en la novela de Sales había encontrado por fin «la verdad» sobre la guerra civil y que con ella «un grupo de jóvenes historiadores empezamos a querer salir de las falsas verdades establecidas sobre nuestro pasado y empezamos a ver que todo estaba por conocer, por investigar».

Ese grupo de jóvenes historiadores y no pocos de los historiadores de los años setenta y ochenta que han abandonado su vocación marxista juvenil y se han sumado, desde el nacionalismo o no, al proyecto dominante de la historia nacional, predomina hoy en las librerías y en los centros académicos. Quienes siguen tomando como referencia fundamental, no necesariamente exclusiva que eso tendría poco de marxiano, a Marx y a la producción historiográfica marxista son minoría. Y ni el momento político en Cataluña, ni el momento universitario en el que la incorporación consolidada de nuevas generaciones está hoy por hoy bloqueada, auguran que pueda haber un cambio. No es ningún lamento, es la realidad



Obrera con una máquina taladradora de troncos en 1917 (Foto: Tella Camera Co., fuente: Museum of Photographic Arts).

que hay que asumir, para seguir rectificando y mejorando y para no ceder ni un paso atrás, frente a otras concepciones, estilos y objetivos. El de la historiografía marxista no puede ser otro que el del análisis crítico de la historia, no por razones especulativas o «científicas», sino como parte de la lucha contra la desigualdad y contra la barbarie, que siguen siendo características y pilares fundamentales del sistema que Marx sometió a crítica en *El Capital*. El bicentenario del nacimiento de Marx nos coge en el terreno de los estudios historiográficos —en general en el de las ciencias sociales— en peores condiciones que el centenario de su muerte; nada que no pueda ser superable y que quizás esté empezando a superarse desde abajo y desde fuera, no desde la historiografía y desde las cátedras, sino desde el giro social —por contraponerlo al giro lingüístico o al giro nacional— que anuncian la persistencia de las movilizaciones de protesta popular.

Marx y la Historia

Marx and History

Carlos Martínez Shaw

Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED)

¿Cuáles han sido las principales contribuciones a la concepción de la Historia y la historiografía por parte de Marx y del marxismo posterior, cuáles sus méritos y sus puntos débiles?

La producción historiográfica del siglo XX sufrió una verdadera revolución al recoger una serie de aportaciones procedentes tanto de diversas escuelas de pensamiento como de la reflexión teórica de profesionales de la ciencia histórica, especialmente a partir del periodo de entreguerras.

Antes, sin embargo, el propio Karl Marx y otros autores que se reclamaban de su pensamiento habían aprovechado las ideas avanzadas por el pensador alemán para plantear un nuevo modo de escribir historia, que se situaba al margen del mundo académico oficial. Así surgen algunas obras clásicas de historia contemporánea, como *La lucha de clases en Francia*, *La situación de la clase obrera en Inglaterra* o *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*. En esa senda, algunos militantes comunistas estudiaron la evolución de las estructuras económicas y sociales en áreas geográficas concretas, llevados por la necesidad práctica de fundamentar teóricamente sus posiciones políticas, como fue el caso de Rosa Luxemburg (*La industrialización de Polonia*) o de Lenin (*El desarrollo del capitalismo en Rusia*).

Esta historia se beneficiaba de muchos de las nociones teóricas y de las propuestas metodológicas de Karl Marx surgidas a la hora de elaborar su tesis general del materialismo histórico, que debía conducir a una nueva concepción de la historia, del modo de leerla y del modo de escribirla. En ese sentido, los historiadores marxistas del siglo XX, los profesionales de la historia que surgen en ese momento de eclosión general de la ciencia historiográfica que son los años de entreguerras, excavan en el arsenal marxista para servirse de instrumentos conceptuales tan valiosos como la idea de totalidad social (que obliga a relacionar entre sí los hechos económicos, sociales, políticos y culturales), el modelo de base y superestructura (que propugna el nacimiento de las relaciones sociales o de las instituciones políticas a partir del impulso primario que obliga a satisfacer las necesidades materiales elementales: *primum vivere deinde philosophare*), la dicotomía entre el capital y el trabajo, que se traduce en la que separa a los que poseen los medios de producción de los que no tienen más que la fuerza de sus brazos y dependen de los primeros para ganarse su sustento (una cuestión que vuelve a ponerse en primer plano en estos momentos en que las grandes corporaciones deciden quiénes trabajan y quiénes quedan excluidos del sistema

y condenados al hambre y la miseria, versión actualizada del ejército de proletarios necesario al primer capitalismo), la explotación del hombre por el hombre como una constante histórica (el hobbesiano «homo homini lupus», que sólo la política marxista está en ese momento en condiciones de cambiar), la lucha de clases como eje central de la dinámica histórica (incluso, en su primera elaboración, como «motor de la historia»), la concepción de la religión como «opio del pueblo» (una inspirada fórmula para una función que, con sus obligadas metamorfosis, sigue siendo válida hoy en día para vastas capas de la humanidad). Sólo hay que añadir que la concepción marxista de la historia no surgió de la nada, enteramente armada en la cabeza de Karl Marx (como Atenea de la cabeza de Zeus), sino que se reclamaba de determinadas corrientes de pensamiento progresista, como el racionalismo ilustrado, la economía clásica inglesa, la filosofía alemana y el pensamiento socialista y revolucionario francés. Edward Gibbon, Adam Smith, Ludwig Feuerbach, Charles Fourier habían puesto los ladrillos que permitirían levantar el edificio teórico que tan profundamente habría de renovar el campo de las ciencias sociales en general y de la historia en particular.

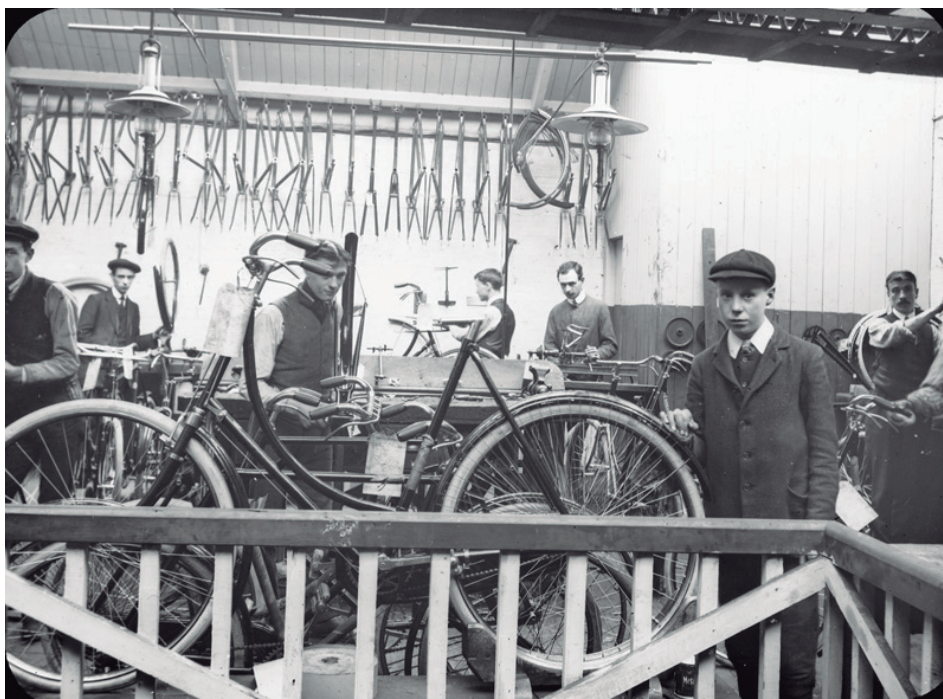
Con todas estas bazas, el marxismo pudo beneficiarse de los combates llevados a cabo por los profesionales de la escuela francesa de los *Annales*, encabezada por Marc Bloch y por Lucien Febvre, en la que encontraron puntos de coincidencia: combate por una historia total, combate por una colaboración interdisciplinar con otras ciencias sociales, combate por una historia de problemas e hipótesis, combate por una historia del hombre dentro del ámbito de sociedades concretas. De esa manera, muchos historiadores encontraron en los *Annales* una oportunidad para librarse del mal que estaba aquejando en aquellos

años treinta a la historiografía marxista, el auge de la escolástica estalinista que amenazaba con sumergir en un pozo a aquellos científicos sociales, al igual que su práctica política estaba condenando, entre otros muchos, a Trotski o a Bujarin. Se produjo, pues, lo que Eric Hobsbawm llamó «una extraña confluencia, a través de la historia económica, del marxismo y los *Annales*».

Más aún, por ese camino, la influencia de Marc Bloch (asesinado tras ser detenido por la Gestapo) y Lucien Febvre se extendió pronto a la Europa oriental (donde sirvió a la causa del antiestalinismo en el campo de las ciencias sociales), a la Europa mediterránea (donde halló eco en Italia, preparada por el pensamiento de Antonio Gramsci a recibir propuestas antidogmáticas), a Francia (donde el propio Pierre Vilar nunca dejó de reconocer su deuda con ambos autores) o a Inglaterra, donde los historiadores marxistas, siguiendo de nuevo a Hobsbawm, «pensaban en sí mismos como gente que luchaba en el mismo bando que los *Annales*», que compartían el mismo lado de la barricada.

¿Qué aportaciones fundamentales realizó la historiografía marxista del siglo XX?

No es fácil resumir las aportaciones marxistas a la historiografía del siglo XX. En primer lugar, hay que señalar que esta historiografía hubo de superar primero una serie de dificultades adicionales que retrasaron su impacto en el mundo académico. Por un lado, las circunstancias políticas produjeron la congelación del rico manantial de ideas que fluía de la obra de los fundadores. La fijación de un cuerpo de doctrina de comprensión fácil de los conceptos elementales del materialismo histórico llevaba aparejado, como se haría pronto patente, el peligro del deslizamiento hacia



Taller de bicicletas en Dublín, ca. 1890-1910 (Fuente: National Library of Ireland).

una concepción mecanicista y economicista de la evolución histórica, e incluso a un determinismo económico a la hora de enjuiciar los procesos de desarrollo de las distintas formaciones sociales. Este riesgo se convertiría en palpable realidad cuando en los años veinte y treinta la naciente Unión Soviética asumiera la tarea de elaborar una historia de la evolución de la humanidad desde presupuestos marxistas. Las deficiencias de un arsenal técnico primitivo y el afán didáctico de señalar con nitidez los distintos periodos y puntos de ruptura en el desarrollo social produjeron una historia rígida y esquemática, donde las estructuras económicas determinaban estrechamente los restantes planos de la realidad y generaban una evolución lineal, necesaria e irreversible de las sociedades. A todo esto se añadirían los efectos que tendría la

imposición, durante el periodo estalinista, de la interpretación oficial de las tesis de Marx y Engels, que de ser una guía para la investigación y la comprensión de la historia pasaban a convertirse en las columnas dogmáticas de una escolástica acrítica y paralizante. La historia había caído en muy malas manos.

Por ello, la renovación de la historiografía marxista fue obra esencialmente de historiadores profesionales, hasta ahora muy poco visibles por haber quedado expresa o tácitamente excluidos del mundo universitario y académico en general. Historiadores que tuvieron en cuenta no sólo la obra de los fundadores, sino también las reflexiones teóricas de personalidades como Antonio Gramsci o György Lukács, cuyo esfuerzo permitió luchar contra el esquematismo, el mecanicismo y la fosilización de los con-

ceptos que agarrotaban la creatividad del pensamiento, en suma contra el escolasticismo dominante. Ahora los historiadores de formación marxista pudieron asomarse a los debates científicos armados de un bagaje teórico en constante enriquecimiento y de una práctica investigadora volcada en la solución de problemas concretos y dotada de una suficiente base documental.

De esa manera, se inicia la participación de estos historiadores en una serie de grandes debates que iban a permitir el considerable avance de la ciencia historiográfica. Baste recordar su contribución a la definición económica y social de la Revolución Francesa (que llegó a convertirse casi en un coto cerrado de la historiografía marxista), el gran debate abierto por la publicación debida al economista británico Maurice Dobb de un libro sobre la evolución del capitalismo que culminó en una famosa polémica sobre la cuestión de la transición del feudalismo al capitalismo, el debate sobre el carácter de las revoluciones inglesas reabierto por el historiador británico Christopher Hill, la gran controversia sobre el absolutismo, donde hicieron acto de presencia por primera vez, los historiadores rusos con Boris Porchnev y Alexandra Lublínskaya al frente, los trabajos sobre los orígenes de la revolución industrial en el surco del libro pionero de Eric Hobsbawm y muchos otros.

Las aportaciones explícitamente marxistas son tantas que no queremos seguir incidiendo en ello. Sólo diremos una palabra sobre la incidencia de los estudiosos enmarcados en esta corriente en una serie de temáticas particularmente novedosas, como la historia de los trabajadores y el movimiento obrero, las revueltas populares, la rebeldía primitiva, el banditismo como respuesta a la coacción de los poderes, la historia social de la producción cultural, las expresiones de la cultura popular, el mundo

de la fiesta y su capacidad subversiva, las actitudes ante la muerte y el más allá, la historia del colonialismo y del anticolonialismo. Por no hablar, para concluir, con la destacada contribución a la formulación de la teoría histórica, donde pueden señalarse toda una serie de reputados autores, como pueden ser el británico Edward Palmer Thompson o el francés Pierre Vilar, que nos han ofrecido algunas de las más brillantes páginas escritas sobre los fundamentos y las funciones de la ciencia historiográfica.

¿Cuál es la situación del marxismo en los estudios históricos?

El marxismo sigue estando muy presente en el conjunto de la producción historiográfica. Ahora bien, la proclamación de la utilización de la teoría marxista de la historia ha de tener siempre en cuenta que habrá de sufrir el ataque sistemático de aquellos que se enfrentan ideológicamente con el irrenunciable ejercicio crítico, con el indeleble tinte progresista y con la permanente voluntad transformadora e incluso revolucionaria que subyace en el modo de abordar la historia. Ya no se trata de comportarse al mismo tiempo como historiador y como revolucionario, de participar directamente en las luchas de cada tiempo, sino que ahora la divisoria se configura entre aquellos que escriben una historia aséptica o neutral y aquellos que consideran que la historia tiene la función más profunda de proyectarse sobre el presente y sobre el futuro. Y mucho más en estos tiempos donde la ciudadanía sufre un proceso de dominio incontrolado de las grandes corporaciones, una crisis planetaria de la praxis democrática, un deterioro imparable del clima (no atribuible a causas naturales sino a la acción de poderosos intereses capitalistas), un deliberado abandono a su suerte de extensas capas de la población castigadas por la enfermedad,

el hambre, el cada vez más difícil acceso al agua y los horrores del fanatismo religioso y de la guerra.

Ahora bien, esta imputación a los historiadores marxistas no debe ocultar a nuestros ojos algunas realidades que se tratan de minimizar cuando no de esconder pura y simplemente. Un primer ejemplo es el intento de frenar la expansión de la historiografía de este signo o de excluir de determinados campos a la historia de izquierdas. Un ejemplo nos lo da el caso del gran especialista francés Michel Vovelle. Como es bien sabido, nos encontramos ante el creador de la historia serial de la muerte, a partir de su obra fundamental *Piété baroque et déchristianisation en Provence au XVIIIe siècle*, un libro que ha sido también punto de partida de otras corrientes llamadas a un brillante porvenir. El autor recurre al uso sistemático del testamento como fuente privilegiada para averiguar las preocupaciones de la población provenzal del Setecientos ante el fenómeno de la muerte: las pompas fúnebres, el lugar de la sepultura, la demanda de misas para la salvación del alma, el encargo de caridades y obras de misericordia. Pero además el libro pone de manifiesto la aparición en la segunda mitad del Setecientos de un proceso de des cristianización, que se explica por la superficialidad de la vida religiosa como fruto en buena parte del uso preferente de la pedagogía del miedo, por el desplazamiento del conformismo de una sociedad donde la práctica se había universalizado pero donde al mismo tiempo se habían reprimido los comportamientos más libres y más profundos, por el ensanchamiento del foso que separaba a los clérigos de los laicos y, finalmente, por la difusión de nuevas ideologías que implicaban una crítica de la Iglesia y, más allá, incluso de los fundamentos del cristianismo. Pues bien, Michel Vovelle hubo de soportar la crítica de aquellos que le pedían

que abandonara ese terreno a los creyentes que, supuestamente, estarían en mejores condiciones de comprender los fenómenos estudiados, mientras que los marxistas, fundamentalmente no creyentes o incluso agnósticos o ateos, no podrían abordar objetivamente tales cuestiones. El historiador francés replicó rechazando lo que llamó no sin su pizca de ironía ese «Yalta historiográfico», ya que todas las temáticas son el objeto de todos los historiadores, pues tanto *parti pris* sobre un tema «espiritual» puede tener un católico precisamente a causa de sus creencias como acercamiento crítico puede presentar un historiador situado al margen de cualquier inclinación irracional hacia la materia objeto de investigación.

Y realmente, el historiador marxista está incluso en mejores condiciones de incorporarse como estudioso a las nuevas ampliaciones del territorio del historiador. Pongamos un caso, el de la historia local, que sólo puede ser válida cuando es al mismo tiempo historia total, pues sólo así puede dar cuenta de todos los rasgos que definen la pequeña formación social de la localidad que se trate, sólo así tendremos una completa historia local, pues la aproximación correcta no depende de las dimensiones mayores o menores del observatorio escogido, sino de la profundidad y la amplitud de la mirada del observador, que tiene siempre presente el concepto de totalidad social. En ese sentido es oportuno el título elegido por el gran escritor Xuan Bello al querer dar cuenta de la identidad de su diminuto pueblo asturiano: *Historia universal de Paniceiros*.

Y la misma predisposición tiene el historiador marxista para convertirse en privilegiado estudioso de la moderna historia global. De lo infinitamente pequeño sólo apto para el microscopio, puede pasarse a una historia que tenga en cuenta todo el mundo, aunque naturalmente el conocimiento integral sólo sea posible a través de nume-

rosos estudios parciales. Pero los lazos que se establecen entre los diversos espacios interconectados, desde el punto de vista de los intercambios demográficos, alimentarios, comerciales y culturales, esos sí pueden (y deben) ser el objeto del estudioso, que es capaz de identificar y de jerarquizar los vínculos de diversa índole creados, hasta completar ese ideal de historia universal y de historia total con que soñaron los discípulos de Marc Bloch y Lucien Febvre y los discípulos de Karl Marx y Friedrich Engels.

¿Qué posibilidades existen del desarrollo de una historiografía marxista en el siglo XXI y sobre qué fundamentos debería apoyarse?

Nos hemos dejado deliberadamente una frase en el tintero. Hoy día somos menos los que nos declaramos explícitamente historiadores marxistas, de inspiración marxista o simplemente discípulos de (por poner un ejemplo personal) Pierre Vilar. Y por ello somos motejados de paleomarxistas, de dogmáticos, de estudiosos cortos de miras o de especialistas sumidos en un horizonte arcaico u obsoleto. El marxismo pertenece al pasado, a un mundo periclitado, que sólo pueden frecuentar, y sólo por un *parti pris* ideológico (seguramente porque antaño militaron en un partido de izquierdas y guardaron un recuerdo romántico de aquella militancia), aquellos que siguen aferrados a ideas políticas igualmente privadas ya de toda vigencia. El marxismo ha muerto, el barco se ha hundido en el mundo académico y en el mundo político, y los marxistas somos los restos del naufragio.

Y, sin embargo, el marxismo sigue más vivo que nunca. Y no sólo porque todavía somos muchos («molts més dels que ells volen i diuen») los que hacemos una historia marxista de modo consciente y deliberado, porque estamos convencidos de que

las herramientas teóricas y metodológicas que heredamos sigue plenamente vigentes, aunque no nos reclamemos de todas las nociones expuestas en la obra de Karl Marx, aunque hayamos rechazado (desde hace tiempo) la deriva determinista, economicista y dogmática de la «escolástica» marxista (igual que rechazamos la dictadura del proletariado en la praxis política), aunque resulte insostenible mantener conceptos como el de «modo de producción asiático» que nada significa, aunque haya que matizar otra serie de afirmaciones que se hicieron en un contexto concreto, puntual y contingente que ya hace mucho que dejó de ser el nuestro. Y no sólo porque los historiadores de tradición e inspiración marxista, a la hora de aproximarnos a nuestro objeto de investigación, sepamos que la utilización de aquel instrumental sigue siendo el mejor para comprender los fenómenos del pasado y, también, del presente.

Aquí es donde entra la noción que, quizás pretenciosamente, llamo el «marxismo difuso». Aquel que, sin darse cuenta, de modo cuasi inconsciente, practican muchos profesionales de la historia, que no pueden prescindir en su investigación de las nociones y de las herramientas metodológicas consagradas por muchas décadas de análisis histórico (y, también, obviamente, económico, o sociológico, o antropológico). En sus estudios se deslizan (con el mismo nombre o con un nombre distinto) los conceptos de modo de producción, medios de producción, fuerzas productivas, formación social, totalidad social, plusvalía, explotación, alienación, emancipación... Y se aplican a la hora de explicar los procesos económicos, sociales y políticos que se han venido desarrollando a lo largo de los tiempos, porque sin ese cemento tales fenómenos quedan en el aire, deletéreos y, a la larga, incomprensibles. Incluso han sido aceptados universalmente conceptos como



Trabajadoras cosiendo una alfombra para una exhibición de coches en las Galeries nationales du Grand Palais de París, 1932 (Foto: Mondial Photo-Presse, fuente: Bibliothèque nationale de France).

el de «clase social», que una historiografía deliberadamente antimarxista ha tratado de desterrar: ni siquiera el tiempo de la «sociedad estamental» puede prescindir de la divisoria por clases sociales, que unas veces se superpone, otras complementa y otras dinamita desde su interior a la divisoria estamental, lo que es tan perfectamente lógico como la coexistencia de la onda y la partícula en la luz o la coexistencia de la física clásica con la física relativista y cuántica. Sólo una historiografía (esa sí arcaica y obsoleta) que quiera abrumarnos con el registro de los datos y el listado de los hechos desnudos o quiera ensimismarse en la pura elucidación tautológica, puede prescindir de la panoplia explicativa de la «historia razonada», como llamaba a la historiografía marxista Joseph Alois Schumpeter (el creador del término) y como sostuvo toda su vida Pierre Vilar.

Los historiadores marxistas seguiremos en el futuro trabajando con los fundamen-

tos teóricos y el utillaje metodológico que nos ofrecieron la obra de Karl Marx y la de sus sucesores. En nuestro quehacer cotidiano (trabajando con documentos irrefutables y con casos concretos) hemos revisado la primitiva concepción del materialismo histórico. Hemos desechado el determinismo teleológico para compaginar el azar y la necesidad, hemos corregido el economismo para asentar la relativa autonomía de las ideas (aunque seguimos rechazando, por poner un ejemplo, que la Reforma naciera de la celda en que Lutero luchaba contra el Maligno, como pensaba Jacques Maritain, para seguir pensando en el complejo de problemas materiales, sociales, políticos y espirituales que bullía en la Alemania del otoño de la Edad Media), hemos dado entrada a nuevas problemáticas que han ampliado el territorio del historiador, que un día tendimos a infravalorar y que hoy hemos introducido en nuestra visión de conjunto de una sociedad (el chocolate condicionaba

la *Weltanschauung* de muchas de las clases que constituían la comunidad europea del siglo XVIII, las creencias religiosas trazaban barreras muy sólidas, aunque no fueran absolutamente infranqueables, entre las distintas poblaciones del mundo), hemos aceptado que el estudio de los hechos individuales puede convivir con el análisis de las estructuras, que un hecho aislado puede pasar de ser el «hecho aberrante» de la historia cuantitativa al «hecho paradigmático» de la microhistoria, siempre que tengamos presente, como señaló Michel Vovelle refiriéndose a la obra de Carlos Ginzburg que no todo el mundo tiene la suerte de ser quemado por la Inquisición como lo fue el molinero Menocchio.

En fin el marxismo que profesamos los historiadores tiene ante todo que quedar sometido siempre a una rigurosa crítica para evitar ciertas tentaciones del pasado que ya hemos señalado y por tanto no vale la pena repetir, tiene que conservar la ambición de totalidad que compartimos con los primeros *Annales* (pero por eso mismo comprender que todos los hechos pueden encontrar su lugar en ese universo, desde

las prácticas domésticas hasta la fiesta de los toros en la España de los Austrias), tiene que atender a los problemas generales que han regido el devenir de la Historia (evitando la banalización de la crónica de sucesos o de la descripción de las fiestas de sociedad), tiene que debatir sus resultados con los trabajos de los historiadores provenientes de otras escuelas (en el caso poco probable de que hoy pueda hablarse de escuelas) y tiene que conservar sus características más constantes como son el insobornable espíritu ético que ha presidido su práctica historiográfica, su voluntad de otorgar la voz a los marginados frente a los corifeos de las clases dominantes (la «historia de la gente sin historia») y, sobre todo, la conciencia de que su objetivo básico es el de ponerse al servicio de los hombres (y las mujeres) para que conozcan su historia, conserven su memoria (sí, su memoria también) y así sean capaces de proyectar un futuro con esperanza. Porque, como decía Pierre Vilar, y no me he cansado de repetir, justamente «la historia sirve para no hacerse ilusiones, pero al mismo tiempo mantener la esperanza».

El marxismo y la Historia: balance, aportaciones, posibilidades

Marxism and History : balance, contributions, possibilities

Carme Molinero

Universitat Autònoma de Barcelona

¿Cuáles considera que han sido las principales contribuciones de Marx y del marxismo posterior a la concepción de la Historia y la historiografía, sus méritos y sus puntos débiles?

Contribuciones. El marxismo fue un componente esencial de las corrientes que en el siglo XX pretendían convertir la historia en una ciencia social, una disciplina que dedica especial atención a explicar tanto los rasgos característicos de una determinada sociedad como las tensiones internas, los factores de contradicción —uno de los cuales es la lucha de clases—, que impiden el mantenimiento del status quo y derivan en cambio histórico. En este sentido destacaría el bagaje conceptual que el marxismo aporta a la disciplina histórica, en particular la dotación de un aparato conceptual básico para adentrarse en la dialéctica entre las estructuras sociales, económicas, culturales y políticas, y la acción humana.

A su vez, el marxismo ha contribuido de forma especial al desarrollo de un pensamiento crítico capaz de influir decisivamente en la producción intelectual de las décadas de los años sesenta y setenta del siglo XX. El marxismo ofrecía la posibilidad de avanzar en un objetivo básico para aquellas generaciones de intelectuales: inter-

pretar —a la vez que ayudar a— transformar el mundo. Varias generaciones de historiadores encontraron en el utillaje conceptual marxista un esqueleto suficiente pero flexible para acercarse al devenir histórico. La sociedad es concebida como una totalidad en la que actúan distintos factores dinámicos que condicionan su evolución. Así, los historiadores deben prestar atención a las condiciones sociales y culturales concretas en que hombres y mujeres desarrollan sus acciones y sus luchas en pro de sus objetivos y hacen la historia.

Puntos débiles. Durante un tiempo la influencia de la derivación estructuralista de algunos pensadores marxistas les llevó a considerar que en la investigación histórica era posible o conveniente aplicar esquemas rígidos de relaciones entre «base» y «superestructura» para explicar la evolución de la sociedad. Igualmente, el concepto «lucha de clases» era utilizado de forma abusiva, convirtiéndose en factor explicativo para casi cualquier fenómeno social.

Incluso sin caer en la deriva estructuralista, durante mucho tiempo la historiografía marxista fue escasamente sensible a la importancia del sujeto humano, cuya actuación no se puede predeterminar dada la multiplicidad de factores que intervienen en ella. También era frecuente la minusva-

loración de los aspectos culturales en una parte de la historia social; en la explicación de los acontecimientos históricos, la concepción materialista de la historia podía llevar en múltiples ocasiones a prescindir de la constatación de que la actuación de los seres humanos es producto de la confluencia de factores heterogéneos, entre los cuales los de origen cultural son fundamentales.

¿Qué aportaciones fundamentales realizó la historiografía marxista del siglo XX?

Durante aproximadamente tres décadas desde el final de la Segunda Guerra Mundial la historiografía marxista fue capaz de transformar los paradigmas de la disciplina influyendo no solo en amplios sectores de historiadores que se autocalificaban de marxistas sino que influyó, aunque fuera indirectamente, en la mayoría de las corrientes existentes.

Por mi propia especialización remarco su impulso a la historia social y la historia económica después de la Segunda Guerra Mundial. La historia social se centraba en buena medida en aquellos sectores que luchaban por la transformación de la sociedad capitalista. En particular destacaría el influjo que alcanzó la historiografía británica sobre el conjunto de la historia social en la segunda mitad del siglo. La *historia desde abajo*, que estudia a los trabajadores comunes y reivindica su papel social, fue clave para la renovación de la historia de la clase obrera, atenta al estudio de la vida cotidiana y de la acción colectiva. Un estudio en el que la categoría thompsoniana de experiencia era fundamental.

Considero que si bien la historia de la clase obrera o del conjunto de las clases populares es un objeto de estudio parcialmente distinto al del movimiento obrero, la primera se ha impuesto a la segunda y en

las últimas décadas apenas se ha realizado historia institucional del movimiento obrero. Desde hace ya más de medio siglo, los historiadores sociales han puesto especial énfasis en interrelacionar las acciones de protesta y las formas organizativas con las experiencias cotidianas de los trabajadores y el contexto en las que éstas tienen lugar. Para el estudio del movimiento obrero durante el franquismo, por ejemplo, estos planteamientos han sido muy fructíferos.

Por otra parte, los historiadores marxistas contribuyeron decisivamente a que la historia económica tuviera un desarrollo extraordinario entre 1930 y 1970, aproximadamente, alcanzando una influencia sobre la historia *tout court* que no tuvo antes y que perdió hace varias décadas.

¿Cuál es la situación actual del marxismo en los estudios históricos?

Comparto el planteamiento de Enzo Traverso y otros historiadores que han destacado que la causa principal del retroceso del marxismo en la historiografía tiene causas fundamentalmente políticas y está vinculado al giro de la historia en 1989, un hito que vino a clausurar la influencia de las utopías emancipadoras en el devenir social y político. Como sintetiza Traverso, entre la Resistencia de los años 30 y 40 y los años 70, pasando por la descolonización y las revoluciones en Asia y América Latina, se forjaron nuevas relaciones entre los intelectuales y los movimientos políticos, que encarnaban el legado de Marx. La revolución conservadora de los años 80, que llegó a su apogeo con el vuelco de 1989, invirtió la tendencia. Desde entonces, las corrientes conservadoras ocuparon el hueco que dejaban quienes consideraron que había cambiado el viento de la historia.

En los últimos años la práctica historiográfica se ha hecho masiva, como reflejan



Obreros trabajando en la fábrica de pianos Pleyel en París, mayo de 1913 (Foto: Agence de presse Meurisse, fuente: Bibliothèque nationale de France).

las novedades editoriales y, en ese escenario, se han instalado «modas» que amplían la influencia de temáticas y enfoques «apolitizados».

En mi opinión no es posible desconectar la aparición de nuevas propuestas sobre qué es *histórico* de la evolución de las sociedades occidentales desde finales de los años setenta. El creciente conservadurismo tuvo distintas manifestaciones que también se explicitaron en el ámbito de la historia. El postmodernismo niega que la modernidad conduzca al progreso humano; en lo que concierne a la historia, rechaza la posibilidad de conocimiento científico de la evolución de la humanidad.

La «vuelta a la narración» se planteaba como una alternativa al método científico. El énfasis en la narración no tiene que ver con la voluntad de transmitir de forma atractiva los conocimientos acumulados,

sino con la relativización de la significación de los acontecimientos. Desde distintos centros se desarrolló una actuación decidida contra la historia «total», ampliamente cuestionada como referente del quehacer histórico. Se propugna relatar historias en minúsculas porque se niega la existencia de la Historia en mayúsculas. Un relativismo que ataca directamente a la línea de flotación de la teoría materialista de la historia, según la cual el conocimiento del pasado sirve para la explicación del presente y la posibilidad de transformación del futuro.

¿Qué posibilidades existen de desarrollo de una historiografía marxista en el siglo XXI y sobre qué fundamentos debería apoyarse?

Aunque el mercado editorial y las modas lectoras no ayuden en muchas ocasiones,

las posibilidades de desarrollo de una historiografía influida por el bagaje conceptual propio del materialismo histórico son amplias.

La Historia pretende ordenar e interpretar hechos del pasado y en su voluntad explicativa están presentes todos los componentes que impulsan la acción de los seres humanos, desde cubrir sus necesidades más básicas a sus aspiraciones más espirituales. Justamente la *historia* nos muestra que, al lado de las primeras los aspectos in-materiales pueden ser determinantes de los comportamientos individuales y colectivos.

Ciñéndome a la historia social, al historiador o a la historiadora le continúan siendo útiles los instrumentos analíticos propios del materialismo histórico para interpretar el mundo y, quizás también, para contribuir a los conocimientos de aquellos que intentan cambiarlo. El materialismo histórico puede aportar a la *historia desde abajo* sus categorías analíticas para huir del peligro de la despolitización presente en el siglo XXI. En este sentido, me parece importante destacar que en la actualidad la «etiqueta»

historia desde abajo engloba tipos de prácticas historiográficas distintas. Sus objetivos y metodología permiten rescatar la historia de distintos sectores de las clases subalternas invisibilizados en buena medida hasta el presente, los seres humildes y anónimos. En ocasiones, sin embargo, ese conocimiento no contribuye a la explicación del devenir histórico; si los sujetos analizados no se ponen en relación con otros aspectos de la realidad social y política y las distintas formas de conflicto que generan, el conocimiento de ese pasado no ayuda a explicar la historia de la humanidad.

Para finalizar. Los historiadores no viven en una torre de marfil. Quizás si la incertidumbre que reina en las izquierdas disminuyera y aparecieran claramente perfilados proyectos emancipatorios para futuros posibles, capaces de congregarse el impulso ético —político en el sentido más noble del término— de una parte de los estudiosos de la historia, el materialismo histórico —con todas las innovaciones que ha incorporado en las últimas décadas— volvería a ocupar un espacio destacado en la historiografía.

Un discreto encanto. Algo queda de Marx

A discreet charm. Something remains of Marx

Xosé M. Núñez Seixas

Universidade de Santiago de Compostela

¿Cuáles considera que han sido las principales contribuciones de Marx y del marxismo posterior a la concepción de la Historia y la historiografía, sus méritos y sus puntos débiles?

En primer lugar, una decidida superación del positivismo y el historicismo. Gracias a Marx y la escuela que, directa o indirectamente, creó en la historiografía mundial, la historia adquirió un estatus más científico, que la acercó a lo que es hoy, una forma de conocimiento fundamentada en métodos científicos.

En segundo lugar, la ampliación del objeto y los sujetos de la historia. Marx llamó la atención sobre los desposeídos, el proletariado, la burguesía, en menor medida sobre otros estratos sociales. Aunque se haya criticado el estructuralismo y el holismo metodológico y conceptual que subyacía en la consideración de los colectivos sociales como un sujeto colectivo y tendencialmente homogéneo, se ha de tener en cuenta que la historiografía anterior se ocupaba de reyes, generales, grandes hombres, a veces los Estados. Marx puso el acento en la sociedad. Después se deconstruyó de distintas maneras cómo se estructuraba y componía la sociedad.

En tercer lugar, el refuerzo de la visión diacrónica de la historia: verla como un proceso en el que existen fases, transiciones y modelos de desarrollo. Aunque distemos hoy de ver esas fases (feudalismo, capitalismo) y transiciones como las veía no sólo Marx, sino muchos de sus epígonos, seguimos siendo deudores de su sistematización: la búsqueda de las causas profundas de los procesos históricos, el preguntarse no sólo por cómo ocurren las cosas, sino por qué ocurren como ocurren.

¿Qué aportaciones fundamentales realizó la historiografía marxista del siglo XX?

La atención preferente a la economía y la sociedad como protagonistas y motores del cambio histórico. Se han señalado varios defectos que se han señalado a la historiografía marxista: estructuralismo y holismo, implícito o explícito carácter teleológico, falta de sensibilidad hacia diversos sujetos históricos, desde el campesinado hasta la pequeña burguesía, desconsideración del mundo de las representaciones y las percepciones, presunción de que la pertenencia individual a un colectivo social es resultado de procesos objetivos y, por tanto,

apriorismo en la determinación de los «intereses» colectivos... Mas, a pesar de todo ello, el marxismo nos enseñó mucho sobre la complejidad de los agregados o conjuntos sociales, acerca de la necesidad de plantearse cuál es la representatividad social de las élites políticas, culturales y sociales, cuál su eco y cuál su apoyo; e, igualmente, interrogarse sobre los intereses individuales y colectivos en liza en un contexto histórico determinado. Más allá de ello, el marxismo también nos previene contra los riesgos de una excesiva fe en la historia de las representaciones: los seres humanos han tenido y tienen opciones, condicionadas por los contextos en que viven, su origen y sus expectativas; pero no todos los factores que intervienen en su vida, a menudo de forma determinante, pueden ser percibidos por los actores individuales de la historia. Esas estructuras existen, aunque no funcionen como un *Deus ex machina*.

¿Cuál es la situación actual del marxismo en los estudios históricos?

En retirada, desde la irrupción casi imparable de la historia cultural y de los diversos «giros» (postcolonial, de género, biográfico, etc.) que ha experimentado la historia social y política desde la década de 1970. Con todo, el marxismo parece experimentar en los últimos años un retorno superficial, de la mano de especialistas en estudios culturales que citan a Thompson o Gramsci sin contextualizarlo, vulgarizando conceptos como «modo de producción» o «hegemonía», pero sin el peso teórico y reflexivo de los historiadores marxistas clásicos. Una suerte de nuevo «marxismo de garrafón», como en su momento se calificó la asunción superficial de la terminología marxista

por muy diversos historiadores entre los años sesenta y setenta del siglo XX.

¿Qué posibilidades existen del desarrollo de una historiografía marxista en el siglo XXI y sobre qué fundamentos debería apoyarse?

En mi opinión, una historiografía marxista del siglo XXI debería inspirarse en el legado de Marx, de Gramsci, de Hobsbawm, de E. P. Thompson y tantos otros, pero debería también aprender de sus errores y desenfoques. Debería adoptar una definición más compleja de la naturaleza de los agregados sociales, tener en cuenta las ya muy sedimentadas enseñanzas de Max Weber, de la nueva historia social británica, de la nueva historia social alemana, de la historia cultural y de la historia cultural de la política, en particular en lo relativo a la relevancia de las representaciones y su difusión social; asumir que dimensiones como el género tienen una importancia fundamental en el devenir histórico; y desterrar los apriorismos y teleologismos, implícitos o explícitos. Marx fue un gran analista de la sociedad de su tiempo, extraordinariamente lúcido en su taxonomía y en la detección de sus contradicciones. Mas, como sabemos, fracasó en sus predicciones. Una historiografía marxista debería empezar por renunciar a definir vías predeterminadas de evolución social, e introducir una mayor complejidad en sus análisis. Con todo, como la gran Depresión económica iniciada en el 2007 nos ha enseñado, el poder de las estructuras económicas y sociales para condicionar, y a veces determinar, la vida de las personas sigue ahí.

Marx y el materialismo histórico: pasado, presente, futuro*

Marx and Historical Materialism: past, present and future

Bryan D. Palmer
Trent University

¡Doscientos años desde el nacimiento de Marx! Eso nos recuerda que nunca ha dejado de estar con nosotros. Todos los grandes acontecimientos de nuestra historia, tanto si ocurren de manera singular como múltiples veces y con independencia de su naturaleza —como tragedia, farsa o innovación dinámica que contribuya a la emancipación humana— llevan algo de la huella de Marx.

¿Un mundo sin Marx?

Intenten imaginar un siglo XIX europeo sin los acontecimientos de 1848 o 1871, o los Estados Unidos del mismo período sin la Guerra Civil (1861-1865) o el Gran Levantamiento de los Caballeros del Trabajo^[1] o el primer «Temor Rojo» provocado por el enfrentamiento entre anarquistas, trabajadores y policías en el Haymarket de Chicago a principios de mayo de 1886. Piensen en un siglo XX sin la Revolución Rusa (1917); la Huelga General británica; la Guerra Civil española (1936-1939); la totalidad y enormidad de la Gran Depresión con

sus movilizaciones populares; el ascenso y caída del estado del bienestar o la importancia de las crisis fiscales y la imposición de políticas de austeridad neoliberales; el explosivo significado de los movimientos de liberación femenina, las luchas por los derechos civiles y las políticas de identidad.

¿Cómo sería el mundo de hoy si no hubiéramos vivido, desde el nacimiento de Marx, la abolición de la esclavitud; el ascenso de un capitalismo global empeñado en revolucionar los medios de producción en ciclos rutinarios de reestructuración; la necesidad del capital que alcanza sus límites de rentabilidad dentro del marco nacional y se ve forzado a extenderse a través del imperialismo, sembrando al mismo tiempo las semillas del desarrollo y de la devastación? Todos estos hechos históricos son, de hecho, expresiones de la máxima metáfora de Marx «la historia de toda la sociedad existente hasta ahora es la historia de la lucha de clases»^[2], precisamente porque se centran en aquellos que han organizado el poder de formas particulares, aquellos que han experimentado la desposesión y la resistencia resultante. Este proceso de desafío y oposición a una hegemonía social-

* Traducción de Antonio Tato Fontaina (2018)

1.—La Noble and Holy Order of the Knights of Labor fue la organización obrera más importante de los EEUU en los años ochenta del siglo XIX. Creció entre el fin de la Depresión y el comienzo del Gran Levantamiento (aproximadamente 1879-1886).

2.—Karl Marx y Friedrich Engels, «The Manifesto of the Communist Party» en Marx and Engels, *Selected Works*, Moscú, Progress, 1968, p. 35.

mente construida pero fundamentada en la economía, forjada en nombre de intereses específicos y su articulación moderna en regímenes de acumulación capitalista, es incomprensible sin las herramientas analíticas del materialismo histórico, un marco interpretativo que Marx desarrolló. Así que Marx, definitiva y desafiantemente ha estado siempre con nosotros.

«El Fin de la Historia» reconsiderado

Dos siglos después de su nacimiento, además, es difícil pensar que Marx no está con nosotros *ahora* en formas más urgentes y necesarias que nunca. Y esto es cierto independientemente de la medida en que las ideas de Marx ejerzan ahora un control, sin duda débil, sobre la sabiduría convencional y la política negativista de oposición, quizás más débil que en cualquier punto de los últimos 150 años. La inevitabilidad y éxito de la revolución, con los que Marx siempre mostró su compromiso y dependencia (en términos de su *oeuvre* conceptual), nunca han parecido tan lejanos como hoy, indudablemente. En 2018 tenemos tan poca cosa en materia de logros concretos del utópico sueño de Marx de la posibilidad socialista que muchos han llegado a la conclusión de que su vía hacia una sociedad sin clases es irrealizable. Y todavía más, algunos asegurarían que los intentos de alcanzar esa meta acabarán inexorablemente en el despotismo burocrático, la desaparición de la libertad individual y la consolidación del estado totalitario.

Por tanto a veces es difícil aferrarse a Marx con la tenacidad que las condiciones de nuestro tiempo exigen y las luchas por el avance de la humanidad necesitan. El materialismo histórico, como marco analítico, y la política de la lucha de clases como vehículo de la transformación social revolucionaria, pueden parecer ensartados en los

cuernos de los éxitos y continuidades del capitalismo, aplastados por los fracasos del socialismo y las historias vacilantes. Para algunos esto se inscribió, en 1989, como ‘el fin de la historia’.

Pero esta lectura de inmovilismo terminal invirtió demasiado en la transitoria inestabilidad a plazo relativamente corto del proceso histórico, sorteando la idea marxista de que el capitalismo crea las condiciones en las cuales todo lo que es aparentemente sólido en su economía política, de hecho se desvanece en el aire, barriendo «todas las relaciones congeladas, fijas, con su sucesión de prejuicios y opiniones antiguas y venerables», convirtiendo en obsoletas «todas las recién formadas... antes de que puedan anquilosarse»^[3]. La velocidad de este cambio ha sido realmente sobrecogedora, tanto que ha supuesto un reto difícil para aquellos que recurrían a Marx para afrontar esta inestabilidad.

Como dijo Marx en una ocasión sobre el orden socioeconómico más dinámico de su época, la avanzadilla del individualismo adquisitivo, la concentración capitalista en los Estados Unidos avanzó a un ritmo sin precedentes, marchando con «botas de siete leguas»^[4]. Sin embargo, la conciencia de clase que podría ir paralela a este proceso de formación y diferenciación de clases, que se adelantó a todos los antecedentes históricos, no logró mantener el ritmo. «En los Estados Unidos», escribió Marx a Engels en 1863, «las cosas van condenadamente despacio»^[5].

3.– Marx and Engels, «Manifiesto of the Communist Party» 38.

4.– Karl Marx, *Capital: A Critical Analysis of Capitalist Production*, Volume I, Nueva York, International, 1967, p. 301.

5.– Marx a Engels, 13 febrero 1863 en Karl Marx and Frederick Engels, *Collected Works, Volume 41, 1860-1864*, Nueva York, International, 1985, p. 454.



Grupo de trabajadores en Stongfjorden, Noruega, ca. 1910 (Foto: Paul Stang, fuente: Fylkesarkivet i Sogn og Fjordane).

El progreso humano: beber néctar en las calaveras de los muertos

Y así es hoy en día. El capitalismo sigue adelante, de crisis en crisis, con resuelta velocidad; pero la respuesta, en términos de resistencia consciente, de hecho parece estancada, a veces incluso dando marcha atrás. Los marxistas insisten en que sus ideas tienen una gran relevancia. Pero este pensamiento está encadenado en todas partes, y son pocos los avances que revelan, inequívocamente, el poder subjetivo de la política de Marx o la representación progresista del contingente social, la clase trabajadora, en la que él depositó la esperanza de un futuro revolucionario. ¿Cuál es, entonces, el balance de Marx en la historia e historiografía del pasado, presente y futuro?

En un breve comentario como el presente, me gustaría resaltar dos cuestiones que Marx identificó con clarividencia a mediados del siglo XIX y que siguen siendo sorprendentemente relevantes en la actualidad. Esto no significa que no existan otras características notables de su prodigiosa contribución, sino más bien que estas dos son de un interés excepcional en el mundo contemporáneo. A partir de este punto, remataré, forzado por la brevedad, con los logros de la historiografía marxista.

Dos argumentos esenciales de Marx siguen siendo, primero, su análisis del capitalismo como un régimen de acumulación basado en, y que conduce inevitablemente a, la *crisis* y, segundo, su insistencia en que esas crisis se resolverán siempre a expensas de los desposeídos, incluso en el caso

de que la experiencia y resolución de la crisis se extienda también a otros estratos sociales. Estas afirmaciones relacionadas entre sí, que como se puede demostrar han marcado la historia de los últimos dos siglos y medio, son componentes esenciales de la afirmación de Marx de que una transformación revolucionaria de la economía política capitalista es necesaria si la humanidad quiere liberarse. Sin una revolución social como esta, los avances de la ciencia, la tecnología y toda clase de logros sociales beneficiarán cada vez a menos gente, relativamente, mientras el elevado número de desposeídos, cuyo bienestar viene marcado por niveles de vida que se ven como degradación y que por lo tanto podrían ser designados como pauperización^[6], asegurará que «el progreso humano... recuerda a aquel horrible ídolo pagano, que no bebía el néctar sino en las calaveras de los muertos»^[7].

Capitalismo: Contradicciones, Crisis, Espasmos

La idea fundamental de Marx fue que, con la tendencia a caer de la tasa de beneficio^[8], el capitalismo se vería necesariamente obligado a buscar nuevas vías para la acumulación. Esta «ley» fundamental de la

producción explicaba la frenética búsqueda de la innovación tecnológica, el endurecimiento del control gerencial del lugar de trabajo y la búsqueda de mercados en el extranjero, de recursos y de mano de obra más barata que culminaron, en primer lugar, en el colonialismo y, en segundo lugar, en el reparto de un orden mundial estructurado por poderosas instituciones capitalistas de regulación, tales como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional que se crearon en la Conferencia de Bretton Woods en 1944^[9]. Si las primeras etapas de esta historia culminaron con la ofensiva de las guerras mundiales, el periodo posterior ha subordinado de forma más efectiva al mundo en desarrollo a los dictados y necesidades de un orden capitalista decadente pero todavía hegemónico, definido por las economías metropolitanas del Norte global.

Que esta dinámica destructiva era *intrínseca* al capitalismo era, para Marx, el *sine qua non* de la necesidad de la revolución. «La creciente incompatibilidad entre el desarrollo productivo de la sociedad y las hasta ahora existentes relaciones de producción se expresa en amargas contradicciones, crisis y espasmos» escribió Marx en los *Grundrisse*. «La destrucción violenta del capital, no por relaciones externas a él, sino más bien como condición para su autoconservación, es la forma más llamativa en la que se da el consejo de que desaparezca y deje sitio a un estado de producción social más alto»^[10]. Las continuas contradicciones y crisis del capitalismo, subrayó Marx en un prefacio a la edición de 1873 de *El Capital*, estaban llegando a «la crisis universal», un

6.- Los debates sobre la *pobreza absoluta* probablemente no vienen al caso, aunque ciertos economistas pueden querer restringir la discusión de esta manera, sometiéndola a la prueba de datos agregados. Véase E.P. Thompson, *The Making of the English Working Class*, Harmondsworth, Penguin, 1968, pp. 347-384, sobre «Standards and Experiences» que hace hincapié en los problemas metodológicos y conceptuales al abordar los niveles de vida históricamente.

7.- Karl Marx, «The Future Results of the British Rule in India» en Karl Marx, *Surveys from Exile: Political Writings*, Volume 2, Harmondsworth, Penguin, 1973, p. 325.

8.- Hay ahora un amplio debate sobre la caída de la tasa de beneficio, a la vez sofisticado y complejo. Para un enfoque congruente con mi propio pensamiento, véase Murray E. G. Smith, *Global Capitalism in Crisis: Karl Marx & the Decay of the Profit System*, Halifax, Fernwood, 2010.

9.- Véase, por ejemplo, Leo Panitch and Sam Gindin, *The Making of Global Capitalism: The Political Economy of American Empire*, Nueva York / Londres, Verso, 2012.

10.- Karl Marx, *Grundrisse: Introduction to the Critique of Political Economy*, Harmondsworth, Penguin, 1973, pp. 749-750.

estado de cosas que Marx predijo prematuramente, adelantándose unos 100 años a sí mismo^[11].

La Historia se repite: Trump como Bonaparte

Porque, ¿quién puede argumentar razonablemente que desde la crisis del petróleo en 1973, con sus repercusiones en las crisis fiscales de varios países occidentales y el desencadenamiento de una política de austeridad y reestructuración, el capitalismo global no ha entrado en un período de profunda desestabilización? Las aceleradas crisis del capital han transformado las relaciones de clase, cambiado los ejes del poder global y reconfigurado incluso la ostensible ‘racionalidad’ de la política democrático-burguesa.

En la Era de Trump nos vemos de vuelta en el salvaje comentario de Marx sobre Bonaparte: «Bonaparte lanza toda la economía burguesa a la confusión, viola todo lo que parecía inviolable..., hace a unos tolerantes ante la revolución, a otros deseos de la revolución y genera anarquía real en nombre del orden y al mismo tiempo desnuda su halo de toda la maquinaria del estado, la profana y la hace a la vez repugnante y ridícula». A medida que progresa la crisis económica, sin resolver a lo largo de la revolución, dejando su marca de universalidad grabada en el cuerpo político, desfigura las organizaciones de la sociedad civil, reduciéndolas a una serie de negaciones caricaturizadas. En este proceso la farsa ideológica del poder capitalista queda al desnudo: «Solo el robo puede salvar la propiedad; solo el perjurio, a la religión; los bastardos, a la familia; el desorden, al orden»^[12]

El regreso de los desposeídos

Y sin embargo no hacemos historia como nos plazca. Las movilizaciones de clase contra esta crisis contemporánea no han sido montadas con convicción decisiva; hay pocas victorias de la clase obrera últimamente. Dicho esto, quizá es importante reconocer que las interpretaciones de lo que constituye la política de clase hechas en nombre de Marx en el curso del siglo pasado, con frecuencia han sido excesivamente limitadas. Marx, a pesar de lo mucho que se ha escrito para sugerir lo contrario, no centró su comprensión de la política de revolución en una clase trabajadora definida por su relación con los medios de producción. Importante como ha sido el trabajo productivo en la apreciación de Marx de la historia moderna y en la comprensión de los historiadores marxistas, es importante reconocer, especialmente en la coyuntura actual, que Marx definió la clase como desposesión, y el acto original de la primitiva acumulación del capital es el divorcio entre los productores y los medios de producción.

En este sentido, tenemos que construir las movilizaciones de clase y las políticas de clase sobre la base de coaliciones entre los que no desean cruzar líneas aparentes de diferenciación de clase que separan, en las ficciones de nuestro tiempo, la precariedad y el proletariado, el empleado y el sin salario, los que se dedican al trabajo productivo versus aquellos que trabajan duro en la esfera reproductiva. Esto no significa descartar al trabajador fordista con un salario relativamente alto, como no significa descartar a los pobres y a los trabajadores eventuales. Significa cerrar las brechas que el capital ha ampliado, y no solo entre sectores dentro de una sociedad, sino a través

11.- Marx, *Capital*, I, 20.

12.- Karl Marx, «The Eighteenth Brumaire of Louis

Bonaparte» en Marx and Engels, *Selected Works*, pp. 180, 177.

de los límites de la diferenciación racial y regional en la economía global^[13].

Que Marx subrayó que la clase se definía por la desposesión era evidente en muchos de sus escritos, abarcando desde el análisis del asalto legal capitalista a los robos de madera, escrito en los 1840, a su capítulo del Volumen I de *El Capital* sobre la expropiación de los productores agrícolas, de los cuales salió un proletariado segmentado: los «libres» y «los proscritos»^[14]. Esto estaba relacionado con el reconocimiento de Marx de que la producción capitalista creaba «trabajo» que a menudo se reducía a una desposesión definitiva, forzado a entrar en las filas de la «población excedente», con los salarios y el empleo sujetos a una presión a la baja que dejó a parte de la clase trabajadora «con un pie ya en el pantano del pauperismo». El asunto era que, fuesen sus salarios altos o bajos, su status el de un mendigo o el de un obrero respetable, una experiencia de clase fundamental de desposesión tenía la capacidad de unir a diversos sectores de una clase trabajadora tanto más dividida, incluyendo una gran parte que fue conscientemente promocionada dentro de la hegemonía burguesa en curso^[15].

Este tipo de comprensión teórica de la

relación entre capital y trabajo sigue siendo tan fundamental para la movilización de la resistencia al capital global en nuestros días como lo fue en el siglo XIX, con la notable diferencia de que el capital y sus estados consolidados han tenido más de un siglo para construir una hegemonía que ahora parece inexpugnable. Pero a medida que la crisis capitalista parece tomar el control y las trampas de una condición universal, se vuelve evidente que la creencia de Marx en la necesidad de la revolución es tan válida en nuestra época como lo fue en la suya. Los cráneos de los caídos yacen esparcidos por todas partes a nuestro alrededor, visibles con que tan solo mirásemos, y el néctar que podríamos ansiar, disponible para nosotros en formas diferentes de las que se nos ofrecían hace más de un siglo, todavía tiene que ser consumido en macabros vasos que son parte de nuestro hábitat actual solo a través de la destructividad del pasado capitalista.

Historiografía: la huella de Marx y el futuro

Ha sido la historiografía marxista, más que cualquier otra tradición interpretativa identificable, la que se ha basado en las ideas críticas anti-capitalistas de Marx, siguiendo sus pasos. Este materialismo histórico marxista ha ampliado la concepción de Marx de que las formas de resistencia de clase de los desposeídos constituyen una rica reserva, un legado de lucha al que se puede recurrir para apreciar la complejidad del pasado, vigorizar nuestro presente y reconfigurar nuestro futuro.

El conocimiento del mundo griego antiguo, por ejemplo, nunca puede parecer el mismo después de la aplicación idiosincrática e innovadora del marxismo a esta área temática hecha por G.E.M. de Ste. Croix en *The Class Struggle in the Ancient Greek*

13.- Véanse, por ejemplo, los debates en Michael Denning, «Wageless Life» *New Left Review*, 66 (November-December 2010), pp. 40-62; Bryan D. Palmer, «Reconsiderations of Class» Precariousness as Proletarianization» *Socialist Register* (2014), pp. 40-62. Esto no quiere negar que ciertas características de la producción a gran escala facilitan la organización del trabajo y la conciencia de clase, o que en una situación revolucionaria sectores específicos de la clase trabajadora podrían tener roles diferenciales al desafiar al capital. Ver Mike Davis, «Old Gods, New Enigmas» *Catalyst*, 1 (Summer 2017), pp. 7-40.

14.- Karl Marx, «Proceedings of the Sixth Rhine Province Assembly, Third Article Debates on the Law on Theft of Woods» en Marx and Engels, *Collected Works*, Volume I Moscú, Progress, 1975, 224-263, y el debate en Erica Sherover-Marcuse, *Emancipation and Consciousness: Dogmatic and Dialectical Perspectives in the Early Marx*.

15.- Marx, *Capital*, I, 641-642

World (1981). En Inglaterra, cuna de la primera revolución industrial, los historiadores marxistas británicos crearon un cuerpo de trabajo que reconfiguraba las sensibilidades históricas: Christopher Hill alcanzó una preeminencia indiscutible en los análisis de la Revolución Inglesa del siglo XVII; la magnitud de Eric Hobsbawm, con sus interpretaciones de la transformación capitalista desde la crisis del siglo XVII hasta el largo siglo XIX y el corto XX, fue inigualable; y la recuperación de Edward Thompson de las tradiciones de rebelión plebeyas y obreras en el siglo XVIII y principios del XIX reformuló las conceptualizaciones de clase para reavivar la apreciación de la acción humana en formas que forzaron un replanteamiento de la relación de determinación. Todo este trabajo histórico sería inimaginable sin Marx.

El ascenso y caída de acontecimientos históricos mundiales tales como la Revolución Bolchevique de 1917 serían incomprendibles sin las aportaciones de participantes y críticos marxistas como Leon Trotsky, cuyos tres volúmenes de *La Historia de la Revolución Rusa* (1932) siguen siendo una narrativa histórica de peso y elegancia cautivadora, al igual que la biografía como género se ha enriquecido con contribuciones como la trilogía de Isaac Deutscher, *The Prophet Armed*, *The Prophet Unarmed* y *The Prophet Outcast* (1954-1963). La historiografía de la fallida Revolución alemana (1917 - 1923) y de la Guerra Civil española se ha enriquecido con la investigación marxista y la tenacidad intelectual de Pierre Broué. En los Estados Unidos, probablemente el más creativo y prolífico de los intelectuales públicos de la izquierda, Mike Davis, ha anclado sus imaginativas historias de Los Angeles —los barrios marginales del mundo en desarrollo, el terrorismo, las epidemias— en los peldaños más apocalípticos de la escalera analítica del

materialismo histórico. Robert Brenner nos ofrece planteamientos marxistas sobre la transición del feudalismo al capitalismo en la Europa preindustrial; examina de nuevo la revolución comercial paralela a dicho desarrollo y traza la economía política del mundo posterior a la Segunda Guerra Mundial, que pasó del auge a la quiebra.

La historiografía feminista sin duda ha gravitado, en las secuelas del postmodernismo, hacia un compromiso crítico con Marx, como es evidente en la trayectoria de Joan Wallach Scott¹⁶. Pero el estudio de las mujeres y el género disminuirían inconmensurablemente si esas historiadoras de la mujer y el género que tienen una deuda con Marx, como es el caso de Sheila Rowbotham y Marianne Debouzy, no hubieran estado publicando activamente en campos diversos. Además, los estudios marxista-feministas, a menudo recurriendo a la historia pero más probablemente emergiendo de disciplinas como la sociología, la ciencia política o incluso la geografía, han abordado cuestiones fundamentales que han estado en el meollo del pensamiento marxista desde la época de la II Internacional y la publicación de *Origin of the Family, Private Property, and the State* (1884) de Engels.

Esto nos recuerda las contribuciones de los investigadores marxistas en campos congruentes con la historia, una consideración cada vez más importante dado el impulso irreprímible de la investigación histórica contemporánea en campos de investigación interdisciplinarios donde las preocupaciones teóricas son justificadas.

16.- Los primeros escritos de Joan Wallach Scott, desde *The Glassworkers of Carmaux: French Craftsmen and Political Activism in a Nineteenth-Century City*, Cambridge, Harvard University Press, 1974; a (con E. J. Hobsbawm) «Political Shoemakers», *Past & Present*, 89 (Noviembre 1980), 86-114 debían mucho a Marx y al materialismo histórico, mientras que su trabajo posterior a *Gender and the Politics of History*, Nueva York, Columbia University Press, 1988, adopta un enfoque distinto.



Tejedoras trabajando, Nueva York, EEUU, entre 1910 y 1915 (Foto: Byron, fuente: The Library of Congress).

mente trascendentes. Entre las figuras que podrían ser nombradas al respecto estarían Fredric Jameson y Terry Eagleton (teoría literaria y estudios culturales); Neil Smith y David Harvey (geografía); y Ellen Meiksins Wood, Vivek Chibber y Leo Panitch, cuyas extensas contribuciones enlazan la sociología y la economía política.

Mi capacidad para comentar sobre la historiografía de Marx está condicionada por mis propias deplorables y determinantes limitaciones como angloparlante, pero soy consciente de que en el mundo existe una inmensa historiografía marxista, influyente y publicada en las lenguas de Europa, Asia, América Latina y África. Hay también movimientos sociales de oposición resistente para los que el marxismo es a la vez guía e inspiración y estas movilizaciones

no carecen de influencia. En India y Brasil, por ejemplo, donde la palabra de Marx está reforzada por la *praxis* de los partidos marxistas y los movimientos sociales, el estudio del materialismo histórico y la lucha por un mundo mejor y que mira a Marx avanzan juntos. Hay indicios de que el marxismo disidente está haciendo incursiones dentro de regímenes establecidos en los que el marxismo oficial (estalinismo) casi había eviscerado el pensamiento marxista serio y la práctica socialista, como China y la antigua Unión Soviética. Puede que el marxismo en nuestro tiempo no esté ganando —ni mucho menos!— pero ni su resonancia en el presente ni su relevancia para el futuro tienen porque ser descartadas por aquellos que se toman en serio el interpretar el mundo y cambiarlo.

Marx para historiadores: aportaciones y estancamientos, capacidades y límites

Marx for historians: contributions and deadlocks, capacities and limits

Juan Sisinio Pérez Garzón

Universidad de Castilla-La Mancha

Con independencia de la posición ideológica de los distintos historiadores, se podría alcanzar fácilmente el consenso sobre las aportaciones de Marx, si se plantea que, para explicar el pasado, no se pueden silenciar cuatro factores: el modo de organización de las relaciones económicas, la realidad de las diferentes clases sociales, las formas de dominio y de poder sociopolítico y cultural y, por supuesto, el conflicto social como expresión de los citados factores previos.

Enunciadas así las aportaciones de Marx, probablemente se evitaría el rebote que en bastantes científicos sociales produce la esclerosis escolástica que ciertos marxismos han hecho de las ideas de Marx. Empeñado en desentrañar el funcionamiento del capitalismo, Marx usó las nociones de «modo de producción», «explotación», «dominación» y «lucha de clases», para explicar las formas de ese «capital» cuyo despliegue histórico constituyó el tema de estudio de su vida. Nunca pensó que sus palabras, tan concretas e incluso cambiantes, se convertirían en una jerga escolástica despojada de las capacidades analíticas originarias. En ningún momento pensó que sus escritos iban a servir de comfortable comodín demostrativo,

por un lado, y, por otro, de trinchera para dogmas y ortodoxias.

Por eso conviene esbozar, solo de forma somera, ciertas consideraciones sobre cómo la obra de Marx primero dio paso a una doctrina esclerótica, luego, ya en la segunda mitad del siglo XX, a la elaboración de una fértil historiografía, para iniciar posteriormente su declive y marginación, y también verse zarandeada por el reclamo de formulaciones tan dispares como discutibles.

Del materialismo histórico a las historiografías marxistas

Marx produjo su obra sumergido en el proceso de expansión del primer capitalismo industrial en la Europa noroccidental durante el siglo XIX. Los debates filosóficos, ideológicos y políticos en los que estuvo implicado en los sucesivos momentos de su vida han sido descifrados recientemente por Gareth Stedman Jones, quien contextualiza magistralmente la génesis intelectual de cada uno de sus escritos¹. Aunque

1.- Gareth Stedman Jones, *Karl Marx. Ilusión y grandeza*, Madrid, Taurus, 2018.

su obra quedara inconclusa, se puede afirmar que Marx confeccionó un complejo sistema de explicación social que, a partir de aportaciones precedentes, supuso una ruptura profunda con el panorama de saberes de su época. Trastocó la concepción y comprensión de los distintos ámbitos de la vida humana, y propuso una perspectiva materialista para analizar las sociedades, desde sus soportes económicos hasta sus diferentes formas de poder, regulación, idearios, culturas, etc. Es lo que pronto dio en catalogarse como materialismo histórico.

No es tarea de estas páginas resumir contenidos y evolución de esa concepción materialista de los hechos sociales, tanto pasados como presentes. En estas líneas parece más importante subrayar los distintos usos que ha experimentado el materialismo pensado por Marx. Se podrían simplificar en tres momentos. El primero, específicamente vinculado a la obra del mismo Marx; el segundo, cuando los socialistas centroeuropeos y rusos, más los partidos comunistas creados tras la revolución de 1917, hicieron del materialismo histórico una doctrina institucionalizada, con una muy limitada aplicación a los estudios e investigaciones históricas; y el tercero tuvo lugar tras la segunda guerra mundial. Desde la década de 1950 aquellos presupuestos materialistas, pensados por Marx un siglo antes, fructificaron como historiografía diferenciada. Propiamente, por tanto, se puede hablar de historiografía marxista desde la segunda mitad del siglo XX. Eso sí, con dos rostros muy distintos, el más flexible de la escuela marxista anglosajona, por un lado, y, por otro, el paroxismo soviético que redujo la historia a un determinismo unilineal, pura escolástica para el Partido Comunista de la Unión Soviética, que se aplicaba de forma doctrinal en los manuales de la Academia de Ciencias Sociales de la URSS, guía reconocida, más o menos directamente, por los

comunistas de los países occidentales.

En efecto, en un primero momento, Marx concibió la historia como el estudio del camino hacia la instauración del comunismo en cuyo devenir había una serie de fases o «modos de producción», que siempre eran superados a través de la «lucha de clases». Su punto de partida era el comunismo primitivo, situado cronológicamente en la Prehistoria, que, tras la revolución agrícola dio paso a la sociedad de clases con una primera forma de explotación que fue la esclavitud. El esclavismo marcó, por tanto, los largos siglos de lo que llamamos Edad Antigua, desde las civilizaciones egipcias y orientales hasta el imperio romano. Posteriormente, el feudalismo marcó los largos siglos de la Edad Media, hasta que de su seno emergieron las formas de explotación capitalista desde el siglo XVI de modo que ya, con la revolución industrial en marcha, en el siglo XIX el capitalismo se había impuesto y generado la nueva clase social llamada a restablecer un comunismo esta vez de carácter científico y con abundancias tales que pudiera organizarse la sociedad con esta fórmula: «De cada cual según sus capacidades, a cada cual según sus necesidades»^[2].

Lo importante es que Marx planteó el análisis de los procesos históricos desde el concepto de «totalidad social» como referente metodológico. Fue una novedad radical, aunque la idea de «totalidad social» procedía de la Ilustración escocesa, sobre todo de Adam Smith, y también de Hegel y de Henri de Saint-Simon, quienes se plantearon las explicaciones del cambio de un tipo de sociedad a otra con la perspectiva del progreso como motor de la historia^[3].

2.– La fórmula la propuso Marx en su *Crítica del Programa de Gotha*, escrita en 1875 y publicada póstumamente; ver David McLellan, *Karl Marx. Su vida y sus ideas*, Barcelona, Crítica, 1973, p. 498.

3.– Ver a este respecto Josep R. Llobera, *Hacia una historia*



Trabajadora con máquina de oropelos en EEUU, ca. 1920 (Foto: Lewis W. Hine, fuente: George Eastman Museum).

Ahora bien, conviene subrayar que Marx, lo mismo que Saint-Simon, aceptaba una pluralidad de determinantes en el proceso histórico, porque la acción social no podía concebirse desde una determinación unidimensional, tal y como demostró el propio Marx en sus análisis históricos concretos^[4].

En tales análisis, Marx desplegó esa mezcla química de la que hablaba Schumpeter, porque no hizo una yuxtaposición mecánica entre datos económicos, sociales y políticos, sino que los combinó para dar como resultado una teoría explicativa de los procesos históricos, con suficiente

apoyo empírico para anclar sus ideas teóricas^[5]. Sin adentrarnos en el debate sobre el papel de F. Engels, lo cierto es que a éste se le puede atribuir la sistematización de las ideas de Marx como una teoría universal de la historia y de la naturaleza, con la propuesta de un materialismo filosófico. Sin embargo, parece muy discutible pensar que Marx se apoyase en un materialismo ontológico, porque más bien utilizó el término de materialismo como sinónimo de método científico, aplicado sólo a la historia^[6].

5.- Joseph Schumpeter, *Capitalismo, socialismo y democracia*, Madrid, Aguilar, 1968.

6.- Conviene recordar las propias palabras de K. Marx: «El todo, tal como aparece en la mente como todo del pensamiento, es un producto de la mente que piensa y que se apropia el mundo del único modo posible, modo que difiere de la apropiación de ese mundo en el arte, la religión, el espíritu práctico. El sujeto real mantiene, antes como después, su autonomía fuera de la mente, por lo menos durante el tiempo en que el cerebro se

de las ciencias sociales. *El caso del materialismo histórico*, Barcelona, Anagrama, 1980, pp. 69-75; Raymond Aron, *Les étapes de la pensée sociologique*, Paris, PUF, 1967; y Louis Althusser, *Para leer a Marx*, México, Siglo XXI, 1970.

4.- Ver Pierre Vilar, *Historia marxista, historia en construcción. Ensayo de diálogo con Althusser*, Barcelona, Anagrama, 1974.

Lo cierto es que a partir de Engels se anudó la noción de «marxismo» como doctrina convertida en canon del movimiento obrero y de *Weltanschauung*. De este modo el materialismo histórico acuñado por Engels se empezó a identificar con una concepción positivista, determinista y unilineal de la historia; y en esta doctrina la economía adquirió el rango de *deus ex machina* con poderes explicativos para todo detalle de cualquier dinámica histórica y de la totalidad de la estructura social. A principios del siglo XX, por tanto, la totalidad social marxiana había cristalizado en una especie de determinismo tecnoeconómico y en un evolucionismo unilineal, lo que desencadenó importantes consecuencias teóricas para las ciencias sociales en general, y para la propia evolución del marxismo^[7].

Paradójicamente, mientras se extendía la influencia política e ideológica de los partidos de la Segunda Internacional, oficialmente marxistas, en los países occidentales se extendió la idea de que Marx había sido refutado por las ciencias sociales, primero con Durkheim, luego con Weber. Sin embargo, con la revolución bolchevique de 1917, sus distintos adalides, desde Lenin y Trostsky a Bujarin, insistieron en el carácter práctico de la teoría de Marx y en su concepto de luchas de clases para llevar a cabo su proyecto político. Tras la muerte de Lenin, fue Stalin, quien, tras purgar sanguinariamente toda disidencia política, implantó una ortodoxia marxista que dio cobertura al funcionamiento del régimen

soviético en general, y en concreto legitimó las distintos vaivenes en las decisiones de política internacional.

En consecuencia, en las ciencias sociales de los países occidentales se produjo una doble tendencia. Por un lado, se asoció el marxismo con un sistema dogmático, motivo, entre otros, por el que Marx dejó de ser importante, a pesar de que los trabajos de Lukács, Korsch, Gramsci y la escuela de Frankfurt exponían las posibilidades de una interpretación no determinista económicamente de la totalidad social. Por otro, se produjo un vivo debate porque el marxismo era bastante más que una simple teoría de la historia y de la sociedad. Su influjo era inevitable. El propio Max Weber, poco antes de morir, en 1920, afirmó con rotundidad con respecto a Marx y Nietzsche que «la persona que no admita que no hubiera podido llevar a cabo las partes cruciales de su obra sin la aportación de dichos autores, se engaña a sí misma y engaña a las demás. Lo cierto es que nuestro universo intelectual ha sido moldeado por Marx y Nietzsche»^[8].

De cualquier modo, la tesis de que la obra de Weber representaba la refutación del marxismo fue propagada con éxito por Talcott Parsons en el mundo anglosajón y continuada por R. Bendix. Sin embargo, en ese mismo mundo anglosajón, sobre todo en el Reino Unido, fue donde se desarrolló la escuela historiográfica marxista de mayor capacidad renovadora. Tras la segunda guerra mundial, hubo una hornada de intelectuales que coincidieron en un mismo punto teórico de partida e idéntico compromiso social. Unos, más atentos a los asuntos económicos y sociales, como Rodney Hilton, Maurice Dobb o Eric Hobsbawm, y otros más interesados por aspectos socio-culturales, como E. P. Thompson, Christo-

comporte únicamente de manera especulativa, teórica. En consecuencia, también en el método teórico es necesario que el sujeto, la sociedad, esté siempre presente en la representación como premisa», en *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política, 1857-1858*, México, Siglo XXI, 2ª ed., 1972, p. 22.

7.- Ver Gareth Stedman Jones, *op. cit.*, caps. 11 y 12; y Montserrat Galcerán Huguet, *La invención del marxismo (Estudio sobre la formación del marxismo en la Socialdemocracia alemana de finales del s. XIX)*, Madrid, IEPALA, 1997.

8.- En A. Mitzman, *The Iron Cage*, New York, Grosset and Dunlap, 1969, p.182, cit. en J. R. Llobera, *op. cit.*, p. 147.

pher Hill, Eugene Genovese o George Rudé. Ninguno aplicaba la dicotomía radical entre base y superestructura, dogma propio de la ortodoxia soviética de la misma.

En concreto, Gordon Childe, Perry Anderson, Raphael Samuel y los citados Christopher Hill, Rodney Hilton, Edward P. Thompson y Eric Hobsbawm investigaron el pasado con postulados materialistas, sin caer en fórmulas mecanicistas. No echaron mano de la lucha de clases ni de los modos de producción como fáciles exorcismos para explicar las experiencias vitales de las clases populares. Plantearon lo que se conoció como «historia desde abajo», y pensaron que además el cambio cultural tenía que constituir un paso esencial en la lucha por la instauración del socialismo^[9]. En todos ellos existía una «problemática teórica común», y sus propuestas tuvieron amplio eco en distintos países occidentales, o convergieron con planteamientos similares derivados de las lecturas de Gramsci, sobre todo en Italia desde la década de 1960.

Se puede formular, por tanto, que la historiografía marxista se hizo realidad, como propuesta metodológica para el análisis del pasado, entre las décadas de 1950 y 1970 en las democracias occidentales. Además, con importantes polémicas como las protagonizadas por el citado E. P. Thompson y L. Althusser, pues también se desarrolló en

tales democracias un marxismo estructuralista cuyo catecismo doctrinal lo sistematizó Marta Harnecker. Los planteamientos y debates desarrollados en el marxismo occidental llegaron a España en los años en que se gestaba y construía el tránsito de la dictadura a la democracia, con una influencia muy dispar y de limitado alcance para las investigaciones concretas en ciencias sociales^[10].

En este sentido, conviene subrayar que en España no hubo marxismo como sistema de pensamiento hasta muy a finales de la década de 1960, con Manuel Sacristán y sus discípulos; y en el campo de la historiografía hasta que el materialismo histórico en esos mismos años fue la agenda para una nueva hornada de historiadores como Marcelo Vigil, Abilio Barbero y Julio Valdeón en Historia Antigua y Medieval; o ya en la década de 1970, para los núcleos de jóvenes historiadores formados en torno a maestros como Josep Fontana, Enric Sebastià y Juan José Carreras en Historia Contemporánea. No hay que olvidar, por otra parte, el impacto de los encuentros organizados en esa década por Manuel Tuñón de Lara en Pau (Francia), porque sumaron a muchos investigadores unidos no por coincidir en propuestas marxistas, sino sobre todo por buscar alternativas y explicaciones diferentes a la historiografía académica dominante bajo la dictadura, inmovilizada en la erudición

9.- Ver Harvey J. Kaye, *Los historiadores marxistas británicos. Un análisis introductorio*, Universidad de Zaragoza, 1989, pp. 9-22; José Antonio Piqueras, *La era Hobsbawm en historia social*, México, El Colegio de México, 2016; Raphael Samuel (ed.), *Historia popular y teoría socialista*, Crítica, Barcelona, 1984, p. 81 y ss.; Julián Casanova, *La historia social y los historiadores ¿Cenicienta o princesa?*, Barcelona, Crítica, 1991, pp. 95-109.; Bryan D. Palmer, *E. P. Thompson. Objeciones y oposiciones*, Valencia, Publicaciones de la Universitat de València, 2004; Perry Anderson y otros, *E. P. Thompson, diálogos y controversias*, Valencia, Fundación de Historia Social; Centro UNED de Alzira Tomás y Valiente, 2008; Gregory Elliot, *Perry Anderson. El laboratorio implacable de la historia*, Valencia, Publicaciones de la Universitat de València, 2004.

10.- Lo cierto es que la polémica entre E. P. Thomson, L. Althusser y otros autores, así como el intento de construir una historiografía marxista, en España se quedó en la traducción, y se supone que la lectura, de las obras de sus protagonistas: Louis Althusser, *Para leer a Marx*, México, Siglo XXI, 1969; la dura respuesta de E. P. Thompson, *Miseria de la teoría*, Barcelona, Crítica, 1981; las posiciones de Perry Anderson: *Teoría, política e historia. Un debate con E.P. Thompson*, Madrid, Siglo XXI, 1985; también su obra *Consideraciones sobre el marxismo occidental*, Madrid, Siglo XXI, 1979; y el libro traducido por Rafael Aracil y Mario García Bonafé, *Hacia una historia socialista*, Barcelona, ed. del Serbal, 1983, con una introducción muy certera sobre «Marxismo e historia en Gran Bretaña».

tradicionalista, salvo impactos concretos de renovación metodológica como los expandidos por Vicens Vives^[11].

Simplificando, el esplendor de la historiografía marxista tuvo lugar ante todo, y paradójicamente, en las democracias occidentales; y se podría acotar entre las décadas de 1950 y 1980. En las obras de los autores citados más arriba, que obviamente no es exhaustiva, se albergan las principales aportaciones metodológicas, en lo que se refiere a modos y propuestas de renovación. También para el caso español. Sin embargo, es justo significar que, aun siendo autores y obras con indudable relevancia, nunca dejaron de ser una minoría en el gremio académico y en el panorama de la producción historiográfica. Predominaban las escuelas catalogables como positivistas, con unas investigaciones que fluctuaban entre la creciente especialización por países, áreas y temáticas y el predominio de una erudición, rigurosa y loable, al margen o incluso en contra de los debates teóricos impulsados por esas minorías marxistas. Es cierto que en esos trabajos de erudición se incluyeron perspectivas de historia social y de historia económica, y hasta se han desarrollado las máximas especializaciones en esos campos, con revistas científicas de alto prestigio en todos los países, pero con análisis y nociones ajenos en su mayoría a las perspectivas críticas de la dialéctica materialista propia del marxismo.

Por eso, no es de extrañar que en las décadas de 1980 y 1990, con el derrumbamiento del imperio soviético, disuelto como un azucarillo, más el rearme ideológico del liberalismo económico, la historiografía marxista se quedara en los márgenes

de los estudios y debates suscitados por las distintas olas de lo que se catalogó como posmodernidad. A eso se sumó la fuerte irrupción de la historia de género, más la historia cultural, la nueva historia política, la historia de las ideas y un amplio panorama de investigaciones pegadas a las inquietudes más coyunturales de un presente inundado de «memorias» y agitaciones identitarias. El hecho es que en la primera década del siglo XXI parecía que el marxismo se había quedado como material para la arqueología sociopolítica, hasta que la profunda crisis del capitalismo abierta en 2007 rehabilitó en gran medida los clásicos diagnósticos de la tradición marxista, si bien desde posiciones que ya no respondían ni a las demandas sociales de un proletariado industrial, ni a las ortodoxias de unos partidos comunistas superados por las nuevas estructuras de clases.

¿Existen, en tal caso, posibilidades de desarrollo de una historiografía marxista en el siglo XXI?

En este nuevo contexto de sociedades postindustriales y democráticas, con Estados de bienestar de mayor o menor magnitud, cabe renovar la potencialidad analítica de las principales categorías del materialismo histórico, como las de relaciones de producción, explotación, dominación y conflicto social. De ningún modo valen los textos de Marx o Lenin convertidos en anteojeras escolásticas de valor omnímodo. El materialismo histórico ha cumplido su papel como estímulo para ampliar el horizonte de conocimiento social, pero se debe rechazar como fundamento para diagnosticar estrategias políticas, o vademécum para presagiar el futuro. Se está cumpliendo el dictamen de aquellos dos jóvenes, Marx y Engels, que en 1848 evaluaron el capitalismo como el modo de producción que

11.- Juan Sisinio Pérez Garzón, «La historiografía en España. Quiebras y retos ante el siglo XXI», en Salustiano Del Campo y José Félix Tezanos, dirs., *España Siglo XXI*, vol 5: *Literatura y Bellas Artes*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2009, pp. 223-260.

tiene la extraordinaria capacidad histórica de «disolver todo lo sólido en el aire». En efecto, también las escolásticas marxistas han quedado desbaratadas por las inéditas transformaciones de un capitalismo que, implantado nada menos que, con criterios leninistas, por el más poderoso partido comunista existente, ha hecho de China una potencia capitalista cuyo futuro protagonismo mundial ni sospechamos.

Semejante contradicción no puede solventarse con una mirada de soslayo ni con el simple desconcierto. De hecho, si se analizan los nuevos textos que se reclaman marxistas en el mercado intelectual, predominan dos características: o son análisis con perspectivas persistentemente eurocéntricas, que solo analizan el capitalismo existente en los países ricos occidentales, asumiendo como novedad el ecologismo y a veces el feminismo; o se trata de propuestas realizadas desde países latinoamericanos, con fuertes ingredientes de viejas inercias doctrinales^[12].

En consecuencia, para revitalizar la historiografía marxista es insoslayable despojarla de teleologías más o menos explí-

cas, esto es, de la tentación de postular que todo el devenir social está regido por unas determinadas causas finales. Además, el materialismo histórico ya no es la única teoría de la evolución social que establece un enfoque materialista del desarrollo social. Existen planteamientos tan fértiles y consistentes como, por ejemplo, los desarrollados por dos autores de la relevancia de Michael Mann o Yuval Noah Harari^[13].

Por otra parte, el llamado «giro lingüístico» zarandeó las meta-narrativas, con críticas que sobre todo afectaron al paradigma de marxismo más clásico al descodificar los contenidos referenciales de un lenguaje tan abstracto como vacuo. Ahora bien, llegados al punto de las críticas que la posmodernidad realizó a las teorías producidas por la izquierda occidental, no sobra de ningún modo releer la obra de Marx *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*, donde anticipó casi la totalidad de lo que más tarde plantearían Lyotard y Baudrillard sobre el colapso de las metanarraciones ilustradas^[14]. En ese libro, Marx analizaba el modo en que sucesos tan absurdos como el golpe de estado bonapartista enfrentaban la razón dialéctica con un reto que aparentemente excedía sus premisas sobre el progreso social. El pasaje más citado de *El dieciocho brumario* es su frase inicial: «Hegel dice en alguna parte que todos los grandes hechos y personajes de la historia universal se producen, como si dijéramos, dos veces. Pero se olvidó de agregar: una vez como

12.– Destacan los análisis de David Harvey, con impactos muy ceñidos a ámbitos minoritarios universitarios, aunque sus obras son de provechosa lectura. Están publicadas en español por la editorial Akal: *Espacios de esperanza* (2003), *El nuevo imperialismo* (2004), *Espacios del capital* (2007), *Breve historia del neoliberalismo* (2007), *El enigma del capital y las crisis del capitalismo* (2012), *El cosmopolitismo y las geografías de la libertad* (2017) y los dos volúmenes de su *Guía de El Capital de Marx* (2014 y 2016). Por lo demás, en los ámbitos político-académicos latinoamericanos persiste el predominio de enfoques doctrinales, bastante limitados para asimilar los cambios sociales ocurridos en el continente, por más que prediquen la necesidad de reconstruirse. Quizás basten, como muestra, los escritos de Omar Acha y Débora D'Antonio, «Cartografía y perspectivas del 'marxismo latinoamericano'», *A Contracorriente. Una revista de historia social y literatura de América Latina*, vol. 7, núm. 2, 2010, pp. 210-256; y Laura Sotelo, «Sobre la actualidad del marxismo y de la teoría crítica. Una discusión con Elías Palti», *Políticas de la Memoria*, núm. 10-11, 12, verano 2011/12.

13.– Michael Mann, *Las fuentes del poder social*. Vol. 1, *Una historia del poder desde los comienzos hasta 1760 d.c.*, Madrid, Alianza, 1991, y *Las fuentes del poder social*. Vol. 2, *El desarrollo de las clases y los Estados nacionales, 1760-1914*, Madrid, Alianza, 1997; y Yuval Noah Harari, *Sapiens. De animales a dioses. Breve historia de la humanidad*, Madrid, Debate, 2014.

14.– Jean-François Lyotard, *La condición posmoderna*, Madrid, Cátedra, 1993; y de J. Baudrillard se citan obras en nota 21.



Trabajadores de la Capilano Timber Company, Vancouver, Canadá (Autor: desconocido, fuente: University of British Columbia. Library).

tragedia y otra vez como farsa»^[15]. Y el texto prosigue desarrollando este argumento hasta un punto que todos los axiomas del método científico, que tanto obsesionaba a Marx, quedan subordinados a una especie de parodia autodeconstructiva, con descripciones salvajemente exuberantes en tono realista que ponen el progreso patas arriba y no dejan lugar para una repetición dialéctica.

Todo los contenidos de *El dieciocho brumario*, las metáforas, los paréntesis, las estrategias narrativas, las observaciones al margen, los recursos estilísticos, las irónicas vueltas atrás, el inexorable amontonamiento de detalles... parecen albergar el mismo mensaje, que la razón dialéctica se halla fuera de su terreno, que no existe ningún paradigma o teoría posible con los

que hallar algún sentido en un episodio tan profundamente ilógico. Baste recordar, por ejemplo, la descripción del variopinto cortejo que respaldaba a Luis Bonaparte^[16]. No servía apelar a los «fundamentos reales» de la vida socioeconómica, cuando la historia había dado un giro tan extravagante e impredecible que sólo cabía explicarlo desde una espectral pseudológica de misteriosas repeticiones.

En este aspecto, el posmodernismo ha llegado a leer *El dieciocho brumario* como máximo ejemplo de un marxismo con capacidad para autodeconstruirse al llegar a los límites de su propio alcance explicativo^[17]. También es cierto que se puede concluir que justamente el marxismo está capacitado para reconocer que determinados giros de los acontecimientos históricos pueden desconcertar o frustrar los mejores esfuerzos del pensamiento materialista. Y más aún, esta conciencia de sus limitaciones metodológicas ya las abordó sin tapujos Marx en este texto, donde se podría afirmar que prefigura los rasgos característicos de la posmodernidad *avant la lettre*. Lo impresionante del texto de Marx, leído en su totalidad, es la gama extraordinaria de recursos estilísticos, entre los que cabe recordar ese segundo párrafo igualmente citado con mucha frecuencia: «Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen arbitrariamente, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo circunstancias directamente dadas y heredadas del pasado»^[18].

La naturaleza del análisis de Marx se manifiesta con claridad cuando deconstruye el caos de ese momento histórico: «La revolución social del siglo XIX no puede

15.- Karl Marx, *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*, Barcelona, Ariel, 1971, p. 11.

16.- Karl Marx, *op. cit.*, p. 85.

17.- Christopher Norris, *¿Qué le ocurre a la posmodernidad? La teoría crítica y los límites de la filosofía*, Madrid, Tecnos, 1998, pp. 54-60.

18.- Karl Marx, *op. cit.*, p. 11

sacar su poesía del pasado, sino solamente del porvenir. No puede comenzar su propia tarea antes de despojarse de toda veneración supersticiosa por el pasado. Las anteriores revoluciones necesitaban remontarse a los recuerdos de la historia universal para aturdirse acerca de su propio contenido. La revolución del siglo XIX debe dejar que los muertos entierren a sus muertos, para cobrar conciencia de su propio contenido. Allí, la frase desborda el contenido; aquí, el contenido desborda la frase [...] Y justo cuando parecían entregados a revolucionarse a sí mismos y a las cosas, a crear algo que aún no ha existido nunca, precisamente en períodos tales de crisis revolucionaria, conjuran a los espíritus del pasado para servirse de ellos y tomarles prestados nombres, gritos de batalla y ropajes para presentar el nuevo escenario de la historia mundial en un disfraz honrado por el tiempo y un idioma prestado»^[19].

Estas citas de Marx pueden servirnos para mostrar que el posmodernismo no es sino la otra cara que desde el principio está en la propia modernidad, su autocrítica. Desde este punto de vista, *El dieciocho brumario* es un texto misteriosamente tan premonitorio como clarividente de los obstáculos e impensables paradojas de la naturaleza de la representación histórica sufridos por la teoría marxista en estas últimas décadas. Lo que observaba Marx para la Francia de 1848 a 1851 sería aplicable a la difícil situación de los intelectuales de izquierdas y marxistas en el momento presente, enfrentados al espectáculo de unas transformaciones históricas cuyos intereses, recursos informativos, valores sociales y programas políticos producen tanto desconcierto como abundante insustancialidad analítica.

En resumen, la lectura posmoderna puso

en la década de 1980 los paradigmas establecidos literalmente patas arriba. Si nos sirve el ejemplo de *El dieciocho brumario* no es para ejemplificar la tesis ultratextualista, sino porque el propio fundador del materialismo histórico hizo un uso deliberado de unos recursos estilísticos, calificados hoy como posmodernos, para transmitir con el máximo grado de verosimilitud lo fantásticos que fueron realmente los sucesos que ocurrieron en aquel interludio de la historia, un argumento compatible con lo que Derrida proclamaba de que «no hay nada ‘exterior’ al texto»^[20]. Por lo demás, el propio análisis de Marx para aquella Francia de mitad del siglo XIX sería extrapolable, conviene reiterarlo, a importantes realidades de estos inicios del siglo XXI, cuando se hacen añicos las distinciones entre materialidad e ilusión, cuando los intereses sociales pueden quedar reemplazados por una gama de ficciones y cumplimientos imaginarios, y además la retórica simulada y el mercadeo de imágenes se han convertido en una segunda naturaleza, incluso para criticar a tan solemne adversario como es el capitalismo.

Pensadores como Baudrillard tienen razón cuando diagnostican la condición posmoderna como una situación de crisis generalizada en el orden de los signos y representaciones, pues borra todo sentido de diferencia entre verdad y falsedad, realidad e ilusión, discurso serio y no serio^[21]. Por eso, el impacto en nuestra profesión del posmodernismo va más allá de lo estrictamente metodológico. En efecto, abrirse a

20.- Jacques Derrida, *La escritura y la diferencia*, Barcelona, Anthropos, 1989.

21.- De la abundante bibliografía sobre el posmodernismo, es obra necesaria la de Jean Baudrillard, *El sistema de los objetos*, Méjico, Siglo XXI, 1969, y *La Post-modernidad*, (con Hal Foster y otros), Barcelona, Kairós, 1985; también la de Nicolás Casullo (comp.), *El debate modernidad-posmodernidad*, Buenos Aires, Ed. El cielo por asalto, 5ª ed., 1995.

19.- Ibidem, p. 15 y 108.

una nueva epistemología historiográfica implica adoptar un nuevo concepto de lenguaje o, para ser más exactos, establecer una clara distinción entre la noción convencional de lenguaje como medio de comunicación y la noción de lenguaje como patrón de significado, pues sin esa distinción seríamos incapaces de explicar el origen de la conciencia y de las acciones de los individuos. Sin adentrarnos ahora en todas las consecuencias epistemológicas del giro lingüístico, baste recordar que hubo rápidas adecuaciones de tales planteamientos a la historiografía^[22].

Por lo demás, existe otra a renovación a tener en cuenta, porque ha subvertido métodos y contenidos. Se trata de la historia de género. En general, el marxismo se ha desarrollado a espaldas de las implicaciones que han supuesto los movimientos feministas desplegados en sucesivas oleadas desde el siglo XIX. No es tampoco el momento de desglosar la riqueza de las propuestas de la historiografía de género. Baste reseñar que, en estrecha sintonía con el giro lingüístico y con el feminismo, los estudios culturales también deben ser considerados no sólo por las exigencias de perspectivas poscoloniales, con la consiguiente ruptura del eurocentrismo, sino además por las rupturas de lenguaje y la creación de universos intelectuales que, más que rivales, deberían ser referencias para el debate, pues el marxismo los necesita para cumplir con el afán de descifrar la totalidad social.

En este sentido, la propuesta originaria de Marx de la búsqueda de claves explicativas del todo de una sociedad, por encima

de las necesarias parcelaciones en estudios concretos, también obliga a compartir criterios metodológicos con otras ciencias sociales. Solo así cabe explicar las interrelaciones de los procesos históricos, siempre con un anclaje empírico insoslayable. Por eso, aunque se haya denostado el positivismo y el historicismo, porque mutilan en gran medida la realidad social, sus aportaciones no pueden ser descalificadas desde exclusivos reproches ideológicos. La incorporación de aspectos y métodos de otras disciplinas científicas requiere un permanente diálogo con la economía, la sociología, la antropología, la politología, la literatura, etc. Al fin y al cabo, la historia aparece siempre con el adjetivo que califica alguno de los múltiples aspectos que contiene: historia social, historia política, historia cultural, historia económica, y un rico etcétera que debe desarrollarse sobre los principios de crítica, depuración, comparación y verificación.

Es cierto que en la historia, como en todas las ciencias sociales, el historiador tiene que empezar por seleccionar hechos. El mismo punto de arranque ya contiene inevitablemente hipótesis vinculadas a las inquietudes del presente, y tales hipótesis son las que permiten interpretar los hechos provisionalmente para, de inmediato, dar paso al diálogo con los nuevos datos que, en ningún caso, deben someterse a esquemas prefijados, porque la labor del historiador y el sentido del saber histórico —incluyendo las diferentes posiciones teóricas y metodológicas— ni puede estar determinado previamente, ni tampoco reducirse a la secuencia de hechos aislados, en modo de crónica.

Así pues, al pretender la explicación, interpretación y valoración de los hechos con parámetros científicos, la historia se instala en el permanente debate sobre el método, esto es, sobre el logro de esa científicidad.

22.- Sobre las implicaciones del giro lingüístico en la historiografía: Georges Iggers, *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales*, Barcelona, Idea, 1998, pp. 96-104; Gérard Noiriel, *Sobre la crisis de la historia*, Madrid, Cátedra-Universitat de València, 1997, pp. 126-130; y un ejemplo de aplicación en Gareth Stedman Jones, *Lenguajes de clase. Estudios sobre la clase obrera inglesa*, Madrid, Siglo XXI, 1989.

Aquí es donde se enraízan polémicas sobre causas y móviles en los procesos históricos, carácter de los mismos, elección entre interpretaciones y también sobre la función social que debe cumplir como ciencia y, por consiguiente, como saber ciudadano. En cualquier caso, a los historiadores les corresponde una función extraordinariamente singular dentro de las ciencias sociales, la paradójica tarea de luchar contra la fetichización de la historia, porque ni existen fuerzas históricas sobrehumanas o incontrolables, ni todo es fruto del azar individualizado. Nada está íntegramente anticipado, aunque todo se encuentra condicionado. Tampoco los condicionantes de la acción individual se pueden traducir en impotencia social, o en indiferencia histórica. En este sentido, el reto más urgente quizás consista en elaborar un discurso historiográfico que rompa la hegemonía de las perspectivas nacionalistas de todo signo, porque no existen culturas ni identidades perennes, sino cambios y transformaciones constantes en toda sociedad, con poderes, conflictos y disidencias que impulsan metas tan dispares que no hay rutas incuestionables.

Y justo, llegados a este punto, es necesario subrayar que en el proceso de construir ese relato científico sobre la complejidad del pasado, nos acecha el afán de alcanzar un conocimiento universal objetivo, cuando lo cierto es que conocemos la realidad también desde los afectos, desde las experiencias de la convivencia social y política, porque, en definitiva, la historia también trata de explicar quiénes somos y qué camino guía los procesos sociales. De ahí el em-

peño de encontrar pruebas irrefutables que demuestren que nuestra particular utopía nos acompaña desde el pasado, en nuestro hipotético camino hacia el futuro. Mientras los físicos están reflexionando sobre nuestro universo como una fluctuación del vacío cuántico, los historiadores o los científicos sociales no podemos empeñarnos en encontrar una explicación global de todo el pasado, de toda la complejidad de las realidades sociales. Quizás nos obsesiona encontrar la explicación unitaria, demostrar una tesis totalizadora, pero tenemos que asumir la humildad epistemológica de que en las búsquedas de los porqués persiste la validez de varias respuestas posibles, a las que lógicamente hay que aplicar el método científico de contrastar hipótesis.

Se impone, por tanto, el diálogo razonable y paciente para contemplar las distintas facetas de una realidad, y además para admitir diferentes interpretaciones de esa realidad. Esto implica una revisión constante de todo conocimiento. Un revisionismo que, en sentido etimológico, significaría la capacidad de la razón para analizar la realidad sin verdades cerradas, siempre alerta ante nuevas perspectivas, con la exigencia de identificar mitificaciones y prejuicios para ser desmontados. Además implica, por coherencia científica, la búsqueda de los otros, que pueden ser los opuestos y similares a la vez. Por eso, más que rebatir, se trata de aprender de lo que otros investigan o aportan sobre la realidad. El diálogo enriquece, no se puede demonizar de antemano a nadie, aunque es legítimo y necesario hacer una valoración crítica de las distintas interpretaciones.



Metalúrgicos soldando una tubería en las instalaciones de la NACA, predecesora de la NASA, año 1929 (Fuente: NASA on the Commos).

Pensar en la Historia con Marx (1818-2018)

Thinking History with Marx, 1818-2018

José Antonio Piqueras

Universitat Jaume I

¿Cuáles considera que han sido las principales contribuciones de Marx a la concepción de la Historia y la historiografía?

El marxismo, según lo desarrolla Karl Marx, me parece esencialmente un método, no una teoría general ni una filosofía. Con frecuencia es presentado como una teoría social y, asociado a la acción política transformadora, como una filosofía de la praxis. Para el trabajo de historiador tiene sentido en tanto método de análisis.

El materialismo histórico fue concebido por Marx como un método de conocimiento de la sociedad pasada y presente, si se prefiere, del pasado hacia el presente, que en términos de Marx sería más correcto. Es un método que se considera conforme a la naturaleza de la realidad estudiada, no es una mera técnica analítica. La obra de Marx se encuentra saturada de historia a pesar de que nunca escribe un libro de Historia. El análisis del derecho, del conflicto, de los grupos sociales, de la sociedad, de la economía (esa fue la secuencia de sus preocupaciones intelectuales), es en Marx eminentemente histórico porque considera que cada hecho social o económico se ha formado en un proceso temporal —de duración diversa— en el que interactuaron factores de diversa índole, personales e impersonales; sin acceder a la génesis y desarrollo de tales

factores no es posible desentrañar el lugar que han venido a ocupar en el conjunto, ni la función que desempeña ni, por emplear una expresión hoy muy difundida, su significado.

Marx dedica la mayor parte de su obra a explicar el capitalismo. Su formación e inclinación primera, sin embargo, es la de la filosofía del derecho, posiblemente la menos jurídica de las materias de Derecho y la menos filosófica de las materias de Filosofía, orientada frecuentemente a la teoría y naturaleza del derecho y del ordenamiento jurídico, justo cuando en Alemania y en otros países europeos el Estado se hallaba en intenso proceso de reedificación en un sentido liberal y las formas de propiedad anteriores, feudales, estaban siendo materia de apropiación privada. Hegel le proporciona la manera de pensar los cambios, las claves que pronto Marx, declarado materialista, invierte. La secuencia es conocida: en Francia se embebe de teoría social, las ideas con las que dos generaciones de pensadores, desde la revolución, han pretendido explicar el ordenamiento de la nueva sociedad burguesa y sus desarmonías que mantienen viva la brasa de la protesta; Inglaterra le pone en contacto con la economía política, a la que traslada su atención. Esta explicación casi canónica del aprendizaje intelectual de Marx omite la poderosa influencia que ejerce en él la historio-

grafía francesa liberal, los Thierry, Guizot, Mignet, Thiers, volcados en considerar la revolución o revoluciones como expresiones fundacionales de la nueva sociedad, de atribuir una base sociológica a la historia, una intencionalidad a agrupaciones sociales que definen como clases. Son las herramientas que Marx adopta y, al igual que sucede con el hegelianismo, se las apropia y adapta. En cuanto a la economía política, la primera tarea a la que se aplica es su crítica sistemática, lo que le consume más de una década y todavía se halla presente a lo largo de *El capital*. La crítica a la economía política anterior y contemporánea tiene tres dimensiones: una es conceptual; la segunda es funcional, sobre cómo se explica el orden del capitalismo, la naturaleza de la mercancía y la relación con ésta del trabajo, la producción y circulación, la ganancia, etc.; la tercera dimensión es histórica, sobre cómo se ha generado el capital antes del capitalismo, la formación de clases básicamente a partir de la articulación de intereses, la transformación de las instituciones. Pero también el debate sobre los conceptos de la economía política está jalonado de referencias históricas porque a diferencia de la economía clásica, las categorías que Marx depura en su análisis del capitalismo no son absolutas e intemporales sino estrictamente históricas. El capitalismo es una economía históricamente determinada, nos dice.

El método es crítico y es histórico. Ambos supuestos son necesarios para develar las contradicciones que a cada paso caracterizan cualquier sociedad donde los intereses se contraponen. La primera cualidad del método que Marx pone en pie es la adopción de una lente histórica en la observación de todo fenómeno, sea material, social, cultural o espiritual. Esa perspectiva incluye observar el presente en su dimensión histórica, diluyendo la distancia entre

pasado y presente porque su afán es dirigirse a los hombres y mujeres de su tiempo.

En segundo lugar, se sirve de un conjunto de categorías analíticas (relaciones sociales de producción, fuerzas productivas, clase, modo de producción, formación social, etc.), nociones que no son concebidas como artificios ni como «tipos ideales» que ayudan al conocimiento práctico, sino que han sido elaboradas sobre el estudio de la sociedad observadas en un tiempo dado. La época en la que Marx vive le permite comparar la nueva sociedad con la precedente, todavía en proceso de modificación en numerosas partes de Europa. El ejercicio de abstracción no implica imaginar la economía campesina feudal porque el tardofeudalismo está reciente y subsiste en amplias regiones, incluidas las que toman la delantera y sin embargo «el muerto atrapa al vivo». Marx, en cambio, duda al definir modos de producción anteriores o distintos. Así, habla de un modo de producción asiático y otro «antiguo», que a veces, no siempre, califica de esclavista.

Naturalmente, concibe la sociedad como una totalidad. La noción requiere precisiones, pues a diferencia de las tesis del funcionalismo esa totalidad no implica un equilibrio más o menos estable orgánicamente integrado en todos sus elementos, de manera que modificado alguno se sacuda la estructura. Los factores de la sociedad se encuentran jerarquizados. En esa totalidad, operan grupos sociales constituidos o en proceso de constitución y de disgregación, porque aun presentándose en torno a un modo dominante de producción, por ejemplo en la articulación económica establecida por el capital, este es también un proceso abierto; de igual modo, las clases son esencialmente relaciones sociales y, por lo tanto, se hallan en continua modificación, en «condimentación».

En tercer lugar, dado que su método se



Obrero en una fundición de Oregón, EEUU, ca. 1910 (Fuente: Oregon State University).

propone el conocimiento de la sociedad, nos advierte de que no es ajeno a una determinada concepción sobre la cognoscibilidad de la realidad, y esta es aprehensible en su compleja contradicción por medio del método dialéctico. Es la dialéctica hegeliana invertida en su orientación: sustituyendo el Espíritu por la realidad material en la que se halla instalada la vida social. Sin el método dialéctico, Marx dirá de forma peyorativa, el conocimiento se vuelve metafísico. La mirada dialéctica es la que posibilita explicitar lo implícito, emerger las condiciones que permanecen veladas a los individuos que se hallan inmersos en procesos en los que median determinados factores económicos e ideológicos o culturales; en la economía capitalista, supone indagar en las formas de explotación y de dominación, en la conciencia de los seres humanos objetivamente explotados y ajenos a la causa de esta y a su condición. Sin la dialéctica no se llega a captar la con-

tradicción inherente a la sociedad, a comprender la formación de las clases como las entiende el marxismo (aunque no todos los marxismos ni los autores marxistas lleguen a las mismas conclusiones). Trasladándonos a contribuciones posteriores, sin dialéctica tampoco es posible comprender el concepto de «hegemonía» en el sentido que lo explica Antonio Gramsci, que no lo circunscribe a términos de poder de un partido o del Estado sobre la sociedad, como sucede con su apropiación bastarda en nuestros días por la derecha política, sino de unas clases sobre otras. Sin mirada dialéctica no ha lugar a comprender los escritos de George Lukács, Walter Benjamin o, en otro plano, de Jürgen Habermas.

El método dialéctico es consustancial al materialismo histórico en Marx y en los marxistas. Engels lo consideró el segundo pilar de la concepción comunista y habló de materialismo dialéctico. Pero esa es otra historia, no siempre afortunada. En la dé-

cada de 1920 y 1930 su uso reduccionista en el marxismo ruso despertó la protesta de marxistas occidentales como Lukács y Gramsci que reprocharon a Bujarin la omisión de la dialéctica en su libro *Teoría del materialismo histórico*, quien a la vez, anticipándose a Stalin, proclamaba que era la única filosofía «científica». Precisamente, el problema aparece en el marxismo (y para el marxismo) cuando la dialéctica se convierte en una filosofía y en una «ciencia del conocimiento», en lugar de ser una praxis de pensamiento. Su colisión con la lógica del historiador es inevitable, pues aquella se erige en verdad que dicta la realidad frente a la contrastación de las categorías con los hechos verificables, la materia empírica que conduce a revisar las reglas que hemos conferido provisionalmente a esas mismas categorías, o a reelaborarlas.

En cuarto lugar, Marx no cesó de elaborar teorías específicas. Una teoría no es una filosofía de la historia, de la ciencia o de la sociedad. Una teoría es una explicación debidamente informada que nos adelanta en el conocimiento gracias a que hace proposiciones, sienta principios, formula hipótesis probables y previsiones, no siempre verificados empíricamente, como sabemos por las ciencias experimentales, donde pueden resultar inverificables más allá de una ecuación sofisticada. Marx elaboró teorías sobre el cambio histórico (la contradicción entre crecimiento de fuerzas productivas y las relaciones de producción que contiene y en un momento frenan ese crecimiento), sobre el valor-trabajo (generador de la plusvalía), sobre las crisis periódicas en el capitalismo y su capacidad de transformarlo (aunque llevado por un optimismo injustificado que legaría a la Segunda Internacional, pensaba que las crisis erosionaban de tal manera al capitalismo que lo abocaba a un colapso más o menos cercano), sobre la determinación de la conciencia por

la realidad material, sobre la función de la alienación, etc., etc.

El capital se ofrece como una crítica de la economía política burguesa, y en ese sentido se propone desvelar lo que el pensamiento de la economía clásica había mistificado de su funcionamiento. El propósito inicial, sin embargo, es superado en su realización, para convertirse en una «teoría» acerca del capitalismo. Una teoría inconclusa, como sabemos. Pero conviene recordar que aparte del deterioro de la condición física del autor, el volumen segundo de la obra queda paralizado por una cuestión estrictamente histórica: Marx ha formulado lo que llama la «Ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia», convertida en un axioma que explica las crisis cíclicas, pues al reducirse el beneficio decrece la inversión, crece el desempleo y la recesión es el desenlace inevitable, hasta que se reactiva la competencia de los supervivientes, de lo que saldrá una nueva fase económica expansiva. En pleno proceso de redacción de esta sección de *El capital*, la crisis comercial que se arrastraba desde 1873, seguida de la crisis industrial y financiera, conducen a Marx a afirmar que no entregaría el manuscrito al editor hasta que la crisis hubiera alcanzado su punto culminante, ya que estaba convencido de que era un fenómeno distinto de las crisis anteriores, entre otras razones porque tenía un alcance general que comprendía a los Estados Unidos, América del Sur, Australia y el corazón de Europa. Solo cuando el fenómeno alcanzara su madurez, escribe en una carta a Danielson, estaría en condiciones, dice, de consumir esos acontecimientos «teóricamente». No era posible formular una abstracción teórica sin examinar y comprender los fenómenos reales, históricos, y no es posible el conocimiento sin acudir a categorías explicativas, pues la suma indefinida de casos particulares por sí mismos nunca ofrecerán una idea cabal

de causalidad, interdependencia, relación, etc. Años atrás, Marx ha creído estar en condiciones de explicar el capitalismo y se ha dado a la tarea de hacerlo. Entre 1875 y 1879 se halla paralizado en el proceso de redacción porque se encuentra observando la realidad económica, su presente histórico, sin el cual no puede extraer una conclusión «teórica», no puede hacer una abstracción de un fenómeno inconcluso. En suma, eso significa que el capitalismo, como sistema histórico, estaba en fase de constitución cuando él —la voluntad antepuesta a la razón— había pensado que se dirigía a su declive.

El propio Marx entresaca de *El capital* un fragmento, gracias a lo cual nos indica cómo hemos de leerlo: no como una teoría completa, terminada, sino atendiendo a realidades concretas, históricas, en países concretos. Lo hace en una célebre carta a Vera Zassulitch, de 1881. Allí le recuerda que la expropiación de los cultivadores, que estaban en la génesis de la acumulación capitalista, solo se había realizado de manera completa en Inglaterra, aunque la tendencia era común en todos los países de Europa occidental, previsión que acabaría cumpliéndose, como sabemos. Pero a continuación explica a su interlocutora que esa «fatalidad histórica» —la expropiación de la forma en que se hacía— se hallaba reducida a los países de Europa occidental, donde el cultivador directo era reemplazado por la propiedad privada. En otras realidades, añade, la transformación podía ser distinta. Él no había formulado ni una ley general ni una teoría general porque el mundo pre-capitalista era sumamente diverso y se hallaba mal conocido. A veces olvidamos el estado de los conocimientos históricos en 1835-1880. Sobre este último, hizo acopio de notas y redactó borradores, precisamente los conservados en los *Grundrisse*, que tanta difusión alcanzaron cuando en 1964

los reeditó Eric Hobsbawm precedidos de una larga introducción como *Formaciones económicas precapitalistas*.

El apartado específicamente histórico de *El capital*, el capítulo XXIV, dedicado a la acumulación originaria de capital, es un texto central para el crecimiento de la historiografía en el siglo XX, sea marxista o no marxista. En él bebió Maurice Dobb para sus ensayos sobre el origen del capital, y a partir de estos y del texto de Marx se desarrolló la rica controversia sobre la transición del feudalismo al capitalismo (de los economistas Dobb y Sweezy, a los historiadores), la caracterización de la coerción extraeconómica como factor decisivo del régimen feudal (que rescató Kohachiro Takahashi), y su incidencia posterior en los teóricos del sistema-mundo (los sociólogos Wallerstein y Arrighi). El breve capítulo XXV, sobre la moderna colonización (tema del que se había ocupado en varias ocasiones), ha incidido directamente en los estudios históricos.

La obra de Marx es asimismo una invitación a practicar la historia social. Escribía Marshall Berman (*Aventuras marxistas*) que *El capital*, por encima de las restantes obras de su autor, sacaba a la luz su visión de la vida moderna como una totalidad. Esa visión consumía miles de páginas que en el primer volumen incluía a cientos de personajes con voz propia: tenderos, aparceros, mineros, molineros, poetas, publicistas, doctores, clérigos, filósofos, políticos, famosos y anónimos, con una fuerza y habilidad que solo hallamos en *Las ilusiones perdidas* de Balzac o *Casa desolada* de Dickens. Una sucesión de voces con acentos distintos que recrean el cuadro social de una época y un régimen social. Claro, que todas esas voces, debemos añadir, quedan sepultadas por un argumento económico que en esta exposición reduce unidimensionalmente al ser humano. Es el marxismo posterior a Marx, de los años 1930 y

después, el mismo que se interroga por la ausencia de correspondencia entre crecimiento del trabajo asalariado, proletarianización, empobrecimiento del campesinado y explotación económica, y subordinación o pasividad de las clases subalternas, el que reacciona contra la previsión más o menos mecánica incumplida, sobre los límites y plazos de la «determinación» económica, y sobre qué debemos entender por determinación a la vista de los factores extraeconómicos que la modifican, en una sociedad, la capitalista, en la que supuestamente las relaciones entre clase habían pasado a ser exclusivamente económicas.

La contribución de Marx a la concepción de la Historia se desprende asimismo de las dos obras en las que analiza políticamente la coyuntura de 1848: *Las luchas de clases en Francia* y *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*. La relación entre clase, intereses y política es ilustrada en un ejercicio de pensar el presente como si fuera histórico.

Me detendré en Marx, y lo haré aquí, sin comprender la obra personal de Engels (*La situación de la clase obrera en Inglaterra* y el *Anti-Düring*, serían pertinentes) y no avanzaré en el marxismo posterior a fin de evitar todo un ensayo.

¿Qué aportaciones fundamentales realizó la historiografía marxista del siglo XX?

En el siglo XX, que es el siglo a lo largo del cual se institucionaliza la Historia como una disciplina académica en un sentido moderno en la mayor parte de los países, el marxismo ha estado presente en la historiografía, «contaminando» incluso libros que difícilmente admitirían esa etiqueta. Las categorías definidas por los clásicos, el vocabulario, elementos que no formaban parte del lenguaje de los historiadores antes de Marx, Engels, Lenin, Trotsky,

Gramsci o Benjamin, entre otros muchos, son inseparables de buena parte de la historiografía moderna desde 1925. También la selección de cuestiones que el marxismo consideró relevantes. Hay un marxismo creativo que se desarrolla fuera de Europa, particularmente útil para pensar realidades no europeas, como el de Mariátegui. Probablemente, junto con el historicismo, es el primer método histórico en universalizarse y hacerlo con contribuciones locales y corrientes que a partir de 1945 se diversifican y en ocasiones compiten entre sí, no solo por alzarse con el sello de la verdadera ortodoxia sino en un abierto espíritu «heterodoxo».

En el siglo XX se desarrolla un marxismo historiográfico creativo, esto es, una historiografía que responde a las exigencias del oficio y explora la realidad pasada desde el marxismo, a la vez que reevalúa los instrumentos del marxismo al ser contrastados con esa realidad pretérita empíricamente verificable. Por lo general, se menciona aquí al Grupo de Historiadores del PC británico, a los llamados historiadores marxistas británicos (Hill, Hobsbawm, Thompson, Hilton, el economista Dobb, el agregado Rudé, el habitualmente omitido Raymond Williams...). Pero eso es un reduccionismo historiográfico muy poco «histórico». Mucho antes, en 1924, George Lefebvre abordaba el papel de los campesinos durante la Revolución francesa con una perspectiva marxista abierta, que reproduce en su interpretación de *La Grande Peur*; su marxismo va haciéndose más explícito con el paso de los años, es decir, más conforme con las formulaciones y el vocabulario, como sucede con su discípulo Albert Soboul, pero la perspectiva marxista está presente desde el principio. Como se encuentra en alguien que transita del marxismo a formulaciones eclécticas sin desprenderse de las categorías de aquél, como Ernest Labrousse; sin



Trabajadoras en Inglaterra, en torno a 1920 (Fuente: The Library of Congress).

adscribirse al materialismo histórico, se hallan presentes —incluso como plan de estudio— en la obra de Marc Bloch. Más explícitos resultan los libros de los trinitarios Eric Williams y C.L.R. James.

Después de 1945, el marxismo orientó los trabajos de la historiografía francesa del trabajo (Rebérioux, Droz, Haupt, Lequin, Perrot, etc.) que vino a aglutinarse en torno a la revista *Le Mouvement Social*, la obra de Pierre Vilar, tan influyente en España durante los años setenta y ochenta del siglo XX, la historiografía italiana más dinámica (Villari, Manacorda), y la relación puede extenderse de manera considerable. A ese marxismo creativo pertenecen varios historiadores españoles, entre los que destacaré, circunscribiéndome al ámbito del contemporaneísmo, a Enric Sebastià, Josep Fontana y Juan José Carreras. El marxismo se encuentra en los estudios sobre esclavi-

tud del estadounidense Eugene Genovese, del cubano Moreno Fraginals, de la brasileña Viotti da Costa, su influencia se deja sentir en la *New Labour History* estadounidense. Sin la relectura de Gramsci no hay lugar a los *Subaltern Studies*, el movimiento de estudios poscoloniales pujante desde los años 1980. De orientación marxista es el movimiento *History Workshop*, que con Raphael Samuel a la cabeza generó una corriente participativa en los talleres que organizaba y que diluía la frontera entre académicos, estudiantes y «gente común». El jamaicano Stuart Hall estuvo entre sus promotores y su figura es inseparable del auge posterior de los *Cultural Studies*. El estructuralismo althusseriano alentó una revisión de la historiografía marxista, en mi opinión en un sentido opuesto a todo lo que venimos enumerando, tan rígido y teorético bajo su apariencia anti-dogmática.

Es otro reduccionismo considerar que en los países socialistas solo se produjo doctrina histórica o textos acartonados. Los libros que circularon en occidente en los años sesenta y setenta desmentían esa aseveración. Los nombres de los polacos Witold Kula —partícipe de una historiografía muy extensa y rica, particularmente en los ámbitos de la historia rural y de la historia económica—, de los soviéticos Anatoli Ado, Boris Porshnev, y Alexandra Lublinskaya, de los germanoorientales Manfred Kossok o Max Zeuske, del checo Miroslav Hroch, son la mejor demostración.

Como vemos, la diversidad es tanta, y en ocasiones tan contradictoria, que sobre Marx y el marxismo se levanta una historiografía que en gran medida es la historiografía del siglo XX. Obviamente, no es toda, ni toda la mejor, ni pueden olvidarse contribuciones como las de Braudel, cuidadosamente no-marxista e interesado en edificar un modelo estructural weberiano alternativo a la historia marxista estructural y a la no estructural (el aborrecido acontecimiento). No está ahí gran parte de la historia económica de la segunda mitad del siglo XX, ni la mayor parte de la microhistoria, la historia desde una perspectiva de género (con unas pocas excepciones), un amplio sector de la nueva historia política o muchos de los recientes estudios culturales. Señalaba Isaac Deutscher en su libro *Herejes y renegados* que uno de los problemas de la izquierda antiestalinista es que estaba integrada en gran parte por excomunistas. Pues bien, no como problema sino como constatación de antiguas huellas que pueden rastrearse (en algunos casos en reacción a las mismas) sucede que la historia alternativa al marxismo estuvo promovida en no escasa medida por antiguos marxistas desengañados: Furet, Le Roy Ladurie, Agulhon en Francia, Fogel en los Estados Unidos, Ginzburg en Italia, entre otros muchos. En ese sentido,

el marxismo ha sido también la cultura de una época: era la cultura crítica de la sociedad capitalista y de las circunstancias que habían llevado a formarla desde el pasado sobre la desigualdad, la explotación, la injusticia, el dominio y la opresión, y los procesos que profundizan en la alienación de los seres humanos y les distancia de objetivos emancipadores. Su mengua es indicativa de sus insuficiencias y posiblemente de su error, pero también de la hegemonía incontestable de otras formulaciones culturales en la era de la globalización (capitalista) y de la profundización en el abismo norte-sur.

¿Cuál es la situación actual del marxismo en los estudios históricos?

La influencia del marxismo en la historiografía se encuentra en retroceso desde los años setenta y ochenta. Aunque el marxismo occidental, el de mayor incidencia en la historiografía, era ajeno a los modelos ortodoxos imperantes en los países socialistas, el derrumbe del socialismo «realmente existente» provocó un tsunami que arrastró consigo en todo el mundo ideales comunitarios y perspectivas marxistas de análisis histórico. Esa circunstancia, a partir de 1989-91, es inseparable de dos procesos anteriores: el primero es la quiebra a partir de 1968 de la identificación entre izquierda transformadora y marxismo en la forma —incluso plural— en que había sido entendido (una herencia de las «revoluciones» del 68), que en el terreno de la historiografía conduce a seleccionar nuevos temas y nuevos sujetos o a cuestionar desde postulados críticos no-marxistas las raíces del poder, la sociedad y el conocimiento (Foucault, Derrida, el posestructuralismo, la posmodernidad); el segundo proceso que antecede al eclipse de 1989-91 es la «revolución conservadora» que elevó el neoliberalismo a

pensamiento global, trasladó la ideología a prácticas políticas y económicas nacionales y se apuntó el último tanto en el juego de la Guerra Fría, dejando el camino expedito a la gran globalización actual. La pérdida de prestigio intelectual del marxismo ha sido paralela a este devenir del último medio siglo, en especial de los treinta últimos años.

Sucede, sin embargo, que la historiografía se ha hecho mucho más plural a medida que se multiplican las escuelas universitarias en todos los países desarrollados y en vías de desarrollo, países que pueden financiar estudios que hace tiempo han dejado de considerarse «prácticos» y conservan un papel nacionalizador residual. Al mismo tiempo, la Historia, de saber crítico, de conciencia documentada sobre el pasado colectivo, va reduciéndose a mercancía desprovista de otras consideraciones y, como tal, el producto queda sujeto a una demanda orientada por un público que busca entretenimiento y a veces espectáculo, totalmente distanciado de una historia problemática y crítica, vertientes que se han desplazado al ámbito minoritario del ensayo.

Revisando la evolución del marxismo en el último medio siglo, hallamos que los nuevos estudios y planteamientos se han situado en las esferas de la filosofía, la ciencia política, la teoría política y social, de la economía en menor grado, etc. El marxismo ha quedado atrapado por la filosofía, después de todo. El caso de Althusser es uno más entre muchos. Con experimentos historiográficos que es mejor olvidar. Hasta llegar al neomarxismo, una corriente que se decía al rescate frente a tradiciones escolásticas y se ha mostrado estéril en aportes al historiador. El denodado esfuerzo llevado a cabo por Gerald Cohen (*La teoría de la historia de Karl Marx. Una defensa*) no ha producido un solo libro de historia digno que siga sus planteamientos. En general, el

marxismo analítico, desprovisto de dialéctica, que considera una antigüalla hegeliana, se convierte en un funcionalismo.

En esos debates se echa en falta a los historiadores, convertidos en usuarios de una caja de herramientas conceptuales en lugar de contribuir a diseñar los instrumentos, como en el pasado hicieron, entre otros, Hobsbawm, E.P. Thompson o, desde la sociología histórica, Perry Anderson, en particular en sus trabajos de los años setenta y ochenta. Poner fechas en este asunto, como se ve, nos conduce a un pasado cada vez más distante.

¿Qué posibilidades existen del desarrollo de una historiografía marxista en el siglo XXI y sobre qué fundamentos debería apoyarse?

En las últimas décadas, los historiadores e historiadoras han regresado cada vez con más frecuencia a llenar su cesto en el supermercado de las ciencias sociales. La necesidad de sofisticar su trabajo distanciándolo del positivismo ramplón, tan extendido, y la presión a la que los más jóvenes se ven sometidos de abrirse camino académico con planteamientos innovadores, genera una demanda incesante de «nuevas» perspectivas, nuevas técnicas, nuevos conceptos. Ahí entran los temas *sexy*, seductores, livianos unas veces y graves otras, casi siempre muy humanos pero sin asomo de ofrecer respuesta a las preguntas que los contemporáneos puedan hacerse sobre su explotación, cómo domina la clase dominante, el papel de la tecnología en el trabajo y la producción, la reconfiguración de clases, si eso que un día llamaron capitalismo sigue vigente y sobre qué fundamentos, o por qué la subjetividad se convirtió en la medida de las cosas mientras «el mercado» (impersonal) redefine lo que es un puesto de trabajo y la capacidad adquisitiva del

salario en nombre de la competitividad en sociedades «modernas».

En *La ideología alemana*, Marx y Engels escribieron que la Historia, prescindiendo de su base real, que era la producción para la vida, se veía obligada a compartir en cada época histórica las ilusiones de esta época. La cita acerca de la historiografía que predominaba en 1846, es como sigue: si «una época se imagina que se mueve por motivos puramente ‘políticos’ o ‘religiosos’ [...] el historiador de la época de que se trata acepta sin más tales opiniones. Lo que estos determinados hombres se ‘figuraron’, se ‘imaginaron’ acerca de su práctica real se convierte en la única potencia determinante y activa que dominaba y determinaba la práctica de estos hombres». Pareciera que escribían sobre quienes hoy interpretan el pasado conforme lo experimentaron los individuos, en una apoteosis de la subjetividad que nos distancia de las condiciones y la acción colectiva, como si estas no hubieran sido experimentadas también.

Siguen publicándose buenos libros marxistas de Historia. Muchos más de los que nunca hubo antes de 1960. El marxismo será útil a los historiadores mientras sepan examinar racionalmente el pasado y no olviden que escriben para lectores no

imaginarios que tienen en alta estima su individualidad, sin que eso los convierta en cautivos irremediables del individualismo posesivo que para la inmensa mayoría es una quimera. Ciertamente, cualquier determinación se hizo odiosa en cuanto menoscaba la ilusión de una autonomía de la persona, concebida como cualidad humana inherente en lugar de lo que histórica —e incompleta— ha venido a ser, una conquista con avances y retrocesos.

La Historia, como la Filosofía, la Sociología y otras ciencias de la sociedad, es inseparable del conocimiento que apela a la reflexión y a la consciencia humana. El marxismo seguirá siendo útil a los historiadores si alcanza a desprenderse de cualquier tono doctrinal y es repensado conforme al presente y a las oportunidades que la complejidad actual nos ofrece, también para elaborar nuevas categorías de análisis del pasado y escoger problemas dignos de estudio. Pensar la Historia con Marx en el siglo XXI posee la ventaja de que podemos beneficiarnos de la lectura crítica de una tradición intelectual posterior a Marx, extraer conclusiones de los cambios que hemos llegado a conocer, y atender el desafío de ofrecer explicaciones a cuestiones nuevas y nuevas interpretaciones del pasado.

La vigencia del marxismo en el análisis de las sociedades antiguas

The validity of Marxism in the analysis of ancient societies

Domingo Plácido

Universidad Complutense de Madrid

La crucial importancia del marxismo, tanto en las humanidades como en las ciencias sociales, difícilmente se podría exagerar, puesto que incluso los autores que rechazan sus postulados se ven a menudo obligados a utilizar conceptos asociados a él —como clase, alienación (en el sentido social) o ideología (como forma de expresión intelectual del sistema de clases)— o a definir su postura con respecto al pensamiento de Marx. Desde el punto de vista histórico, la mayor contribución del materialismo es el protagonismo que otorga a los factores económicos y sociales combinados para formar una unidad y, en concreto, la idea de que la lucha de clases, entendida como explotación del hombre por el hombre en el plano de las relaciones de producción, desempeña un papel central en el proceso histórico.

De manera ocasional, Marx define las sociedades antiguas de diferentes modos, en relación con el protagonismo de la política y de las formas de propiedad, vinculadas al desarrollo del derecho romano. También se aplica a la Antigüedad el concepto de lucha de clases de manera diversa, de acuerdo con la presencia mayor o menor de los esclavos, dado el carácter evolutivo de las sociedades, desde la comunidad primitiva hasta el desa-

rollo pleno de la esclavitud. Ello quiere decir que los textos de Marx no sirven como guía dogmática para la interpretación de las sociedades antiguas, en lo que se refleja el aspecto no dogmático del marxismo. Más bien interesa comprender la dinámica de su pensamiento como marco para el estudio específico de dichas sociedades.

En *El Manifiesto comunista*, 1848, Marx y Engels comienzan con una referencia a la lucha de clases:

«La historia de todas las sociedades existentes hasta hoy es la historia de la lucha de clases. Libres y esclavos, patricios y plebeyos, barones y siervos de la gleba, miembros de las corporaciones y criados, en una palabra, opresores y oprimidos han estado siempre en oposición entre ellos, han sostenido una lucha ininterrumpida, a veces oculta, a veces evidente: una lucha que terminó siempre o con una transformación revolucionaria de toda la sociedad o con la ruina común de las clases en lucha».

Así se ve cómo se mezcla la disyuntiva libre / esclavo con la de patricio / plebeyo. En la Carta a Engels de 1855, Marx habla de la lucha de clases entre latifundistas y pequeños poseedores, con las modificacio-

nes debidas a la existencia de la esclavitud. Esto se verá de nuevo en 1869 (*18 Brumario*). Se ve en ello el peso de la cuestión del campesinado romano que había puesto de relieve Niebuhr.

En cualquier caso se trata de un elemento nuclear de la teoría marxiana, aunque no fue Marx quien acuñó el concepto, sino quien lo redefinió y dotó de un sentido propio en el marco de su pensamiento, en que describe la tensión y antagonismo permanente entre clases, hasta el enfrentamiento entre la clase proletaria y la clase burguesa que se apropia de los frutos del trabajo de la primera. La proyección y trascendencia histórica que Marx confería a este concepto a lo largo del tiempo quedan plasmadas en la frase inicial del *Manifiesto comunista* citada.

En los *Grundrisse* de 1857-58 (Borrador: elementos fundamentales de la crítica de la economía política= Formaciones económicas precapitalistas) tiene lugar la elaboración del pensamiento marxiano tras el fracaso revolucionario de 1848. En ellos su pensamiento cobra una mayor profundidad histórica, apoyada en su formación clásica. Se refiere a Aristóteles, *Política*, I 9, 18= 1257b14-19, que consideraba la *oikonomía* como la forma natural de adquisición, la adquisición «necesaria», mientras que la *chrematistiké* era una forma no necesaria. Marx comprendió la preocupación de Aristóteles como similar a la desarrollada en época moderna desde los inicios del capitalismo, como se revela en el *Timón de Atenas*, de Shakespeare^[1]. No hay anacronismos, pero sí sensibilidad por las preocupaciones humanas ante situaciones similares que le sirven de apoyo a sus teorías.

Se incorpora así el carácter social del trabajo en el ámbito de la producción en el libro sobre la *Crítica de la economía po-*

lítica^[2], pero el proceso diferenciador está marcado por la yuxtaposición que hace que los aspectos capitalistas de las sociedades antiguas no se integren en el proceso productivo. El capital comercial antiguo funciona de manera independiente de la producción. Es lo que justifica la distinción de Aristóteles entre crematística y economía. Se justifica por la importancia de la esclavitud.

En 1867, momento de máxima teorización del pensamiento revolucionario, en *El Capital*, alude de nuevo a Aristóteles y a la teoría del valor como equivalencia (*isótes* y *symmetría* que permiten el cambio); pero la igualdad se basa en el trabajo humano y Aristóteles no podía verlo en razón de la existencia de la esclavitud, que implica la desigualdad entre los hombres y entre su fuerza de trabajo. Aristóteles sólo se ocupa de la calidad y el valor de uso. En su época el trabajo no era una mercancía, lo era el hombre. Resulta de gran interés constatar la fuerza del pensamiento marxiano en la comprensión de las realidades antiguas y su proyección en el presente.

En 1869, en el prólogo a la nueva edición de *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, dice:

«En esta superficial analogía histórica se olvida lo principal: en la antigua Roma, la lucha de clases sólo se ventilaba entre una minoría privilegiada, entre los libres ricos y los libres pobres, mientras la gran masa productiva de la población, los esclavos, formaban un pedestal puramente pasivo para aquellos luchadores».

La esclavitud aparece como base, pero en relación a la lucha aparecen los proble-

1.- G. D. Thomson, *Marxismo y poesía*, Barcelona, A. Redondo, 1971.

2.- D. Musti, «Per una ricerca su valore di scambio nel modo di produzione schiavistico», L. Capogrossi, A. Giardina, A. Schiavone, a cura di, *Analisi marxista e società antiche*, Roma Editori Riuniti-Istituto Gramsci, 1978, 147-174. Ver pp. 151, 156.



Mineros del carbón de la compañía East Greta Colliery, EEUU, en 1894 (Foto: Ralph Snowbal, fuente: NSW State Archives).

mas de definición de clases en sí y para sí, y de si la «lucha de clases» depende de la «conciencia de clase». Son problemas que han afectado a la concepción de la lucha de clases en la Antigüedad, sobre todo en los debates de los coloquios del GIREA, Groupe International de Recherches sur l'Esclavage de l'Antiquité.

Naturalmente, la lucha de clases entendida como guerra abierta no está presente en la investigación histórica, pero en toda la historiografía está presente el conflicto social en que se incorporan los enfrentamientos entre clases que pueden manifestarse de modo más o menos palmario. Cuando se hace historia de las luchas políticas por ejemplo de los momentos finales de la República romana, es difícil encontrar estudios que no perciben tras ellas los diferentes niveles de los enfrentamientos de clases que derivan de la explotación, aunque no siempre se manifiesta de manera explícita la que podremos llamar «contra-

dicción principal». Pero eso ya ocurría en *El Manifiesto* cuando de enumeraban libres y esclavos, patricios y plebeyos, como ejemplos de lucha de clases.

Dicen Marx y Engels en *La ideología alemana*, 1844-45 (capítulo IA):

«Las diferentes fases de desarrollo de la división del trabajo son otras tantas formas distintas de propiedad, o, dicho de otro modo, cada etapa de la división del trabajo determina también las relaciones de los individuos entre sí, respecto del material, el instrumento y el producto del trabajo».

Se conoce como materialismo histórico el sistema marxista, cuya génesis sitúa Engels en 1845, con la publicación de las *Tesis sobre Feuerbach* de Marx (ambos autores discípulos del idealismo y la dialéctica hegeliana), que consiste fundamentalmente en destacar como factor de explicación histórica las relaciones que los hombres man-

tienen entre sí en el plano de la explotación del trabajo. Con el enunciado de la teoría se relaciona la frase citada de *La ideología*.

El conjunto de las relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, sobre la cual se eleva la superestructura jurídica, política e ideológica, y a la que corresponden determinadas formas sociales de conciencia. Tales relaciones sociales de producción no conforman una estructura estática y equilibrada, sino que sufren procesos de cambio internos en razón de la existencia de dos tipos esenciales de contradicciones: las que se dan entre los intereses de los grupos sociales y las que se dan entre las fuerzas y las relaciones de producción; ambas determinan los modos de producción, concebidas como una idea derivada de la misma dialéctica hegeliana. La raíz hegeliana entronca el pensamiento de Marx con el clasicismo a través de su tesis sobre Demócrito y Epicuro.

El conjunto de las relaciones sociales, y sus determinaciones económicas, constituye, según la teoría marxiana, la infraestructura, sobre la que se edifica, determinada por ésta «en última instancia», la superestructura, el conjunto de la vida política y cultural. Tanto Marx como Engels insistieron en más de una ocasión en el carácter complejo de las relaciones entre una y otra, donde no se produce un condicionamiento mecánico de la cultura y la política en relación con la vida material. Fácilmente se relacionaba la libertad social con la libertad política.

El materialismo histórico ha ejercido una poderosa influencia en la investigación histórica, por su insistencia en la necesidad de indagar bajo la superficie de los acontecimientos, en busca de las relaciones sociales subyacentes, o la importancia que se da a los factores económicos. Marx y Engels incorporan el tema de la religión y la familia como lo había tratado Fustel de Coulan-

ges, en la *Cité antique*, de 1864, de enorme trascendencia por establecer las relaciones entre la religión y la propiedad, de influencia en el marxismo.

El historiador tiene la obligación de traspasar la primera imagen que ofrece la realidad histórica. Si no, estaríamos condenados a seguir las pautas de aquellos a quienes criticaba Marx en *El Capital*, que pensaban que las relaciones sociales sólo funcionaban como motor histórico en la época contemporánea, mientras que en la Antigüedad funcionaba la política y en la Edad Media la religión. Marx nota que ni los antiguos se alimentaban de la política ni los medievales de la religión, y recuerda el drama que había significado para Don Quijote la confusión de la realidad y la apariencia en la visión de su época. La representación de los *status* como modo de relacionarse los hombres tal como la ve Finley depende del modo real de relacionarse los hombres, como veía Marx al pensar que la vida antigua como determinada por la política dependía del modo en que los hombres organizaban su vida social. La cuestión se revela a través de la «falsa conciencia».W

La concepción ecuménica se apoya así en la esclavitud, pero ésta permanece escondida en la conciencia^[3], como ocurre en la Antigüedad con el conjunto de la realidad económica. Viene a ser la «Historia secreta de la República romana» a la que se refería Marx en *El Capital*, en 1867, cuando contestaba a una crítica americana a la interpretación económica de las sociedades, crítica que atribuía base económica sólo a la sociedad contemporánea. (Edad Media reinaba el catolicismo y Grecia y Roma la política).

La forma en que se organiza la producción en los distintos tipos de sociedad, que ha servido para definir éstas, se define

3.- A. Schiavone, *La storia spezzata. Roma antica e Occidente moderno*, Roma-Bari, Laterza, 1996.

como modo de producción estatal o asiático, antiguo o esclavista, servil o feudal, asalariado o capitalista..., según la estructura social básica dominante en cada momento. Según Marx «el modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política e intelectual.» Constituye, pues, el núcleo de la teoría marxiana y está basado en un sistema o combinación de elementos: el obrero, los medios de producción, el no obrero que se aprovecha del excedente productivo. Con este modelo general, cualquier sociedad puede ser objeto de análisis. El concepto de modo de producción se usa frecuentemente como modelo metodológico, frente al más descriptivo de formación social.

Perdura en la investigación sobre la Antigüedad la visión del dinamismo de las sociedades y el protagonismo de las formas de explotación (extracción del excedente). Desaparece en cambio el dogmatismo relacionado con la definición de cada sociedad y su sucesión mecanicista. En una carta de 1878 Marx protestaba de que se hubiera leído su interpretación del origen del capitalismo occidental como una teoría de la marcha que el destino impone sobre las sociedades.

En el «Prefacio» de 1859 a la *Contribución a la crítica de la economía política*, aclara que las relaciones de producción independientes de la voluntad de los hombres, funcionan según el desarrollo de las fuerzas productivas, sobre las que se eleva la superestructura. Pero pueden entrar en contradicción, con lo que se producen los cambios de modos de producción: asiático, antiguo, feudal, burgués, épocas progresivas en la formación social, se entienden con transformaciones dialécticas. Pero se añade el planteamiento de las leyes tendenciales como alternativo al desarrollo automático de la sociedad precisamente que servía para destacar los procesos contradictorios,

como destacó Gramsci^[4].

Con respecto la teoría de la sucesión de los modos de producción, la mayor parte de la historiografía marxista rechaza tal esquematismo y sólo acepta la teoría de los modos de producción como marco conceptual, cuya evolución dinámica se ve sometida a múltiples factores que funcionan de manera independiente, confluyentes en procesos comprensibles en sí mismos a través de análisis precisos. De esta manera, han servido como criterio periodizador de la historia más allá de cuestiones exclusivamente institucionales o personales. En una carta de 1878 protesta de que se haya leído su interpretación del origen del capitalismo occidental como una teoría de la marcha que el destino impone sobre las sociedades. Una cosa es aprovechar la experiencia en el estudio de la esclavitud americana para entender Roma y otra aplicar una teoría suprahistórica sobre la esclavitud. Exigencia de rigor empírico. También Engels escribe hacia 1894 contra las aplicaciones mecánicas de los esquemas.

Mazza^[5] considera más adecuado hablar de formación económica y social esclavista que de modo de producción esclavista. Afectaría a la estructura tanto como a la superestructura. El modo reproducción esclavista resulta extraño entre otros modos de producción. Mazza insiste en la concepción dinámica de Marx al tiempo que estudia el proceso mismo de elaboración de sus planteamientos, lo cual impide cualquier interpretación dogmática. La aplicación debe ser tan dinámica como el mismo proceso de

4.- P. Togliatti, «Pensatore e uomo d'azione», discurso leído en el Aula Magna de la Universidad de Turín e 23 de abril de 1949, incluido en *Gramsci*, Roma, Editori Riuniti, 1967., pp. 57-79, ver pp. 66-67.

5.- M. Mazza, «Marx sulla schiavitù antica. Note di lettura», in L. Capogrossi, A. Giardina, A. Schiavone, a cura di, *Analisi marxista e società antiche*, Roma Editori Riuniti-Istituto Gramsci, 1978, pp. 107-145.

elaboración. El problema que se plantea es el de la dinámica interna del sistema. Tras la unificación de formas de dependencia, existen importantes diferencias históricas derivadas de los procesos de transformación de las sociedades antiguas. Marx atribuye a la esclavitud un papel dinámico y transitorio, relacionado con el desarrollo del capital mercantil.

Los historiadores de la Antigüedad del Instituto Gramsci se referían, como derivado del concepto de hegemonía cultural, al «Bloque histórico», que en este caso se traduciría en los sistemas clientelares de las sociedades antigua. Así se define la Estructura «nascosta» de Schiavone^[6]. Tocaban temas como el arte como expresión de las relaciones sociales o las relaciones entre los espacios urbanos y el control social. El bloque histórico está formado por la infraestructura y la superestructura. El conocimiento histórico estaba vinculado a la práctica política por medio de la alianza de intelectuales y trabajadores. La interpretación de la Historia estaba de acuerdo con las vivencias sociales.

Sin embargo, el concepto de Modo de Producción presenta su eficacia como modelo derivado de la experiencia del estudio de la Antigüedad válido para continuar los estudios de las sociedades antiguas^[7], más allá de las relaciones precisas referidas a la explotación del trabajo.

La primera visión, dinámica, del romanticismo se relaciona con la posición del marxismo, primer movimiento que revela cómo la razón está sometida al mundo material y no actúa independientemente^[8], pero la

conciencia derivada de la percepción de las relaciones entre la realidad y la razón puede erigirse en arma para asumir la realidad y transformarla, como ocurre con la conciencia epicúrea. No en vano Marx se interesó desde el principio por el epicureísmo como filosofía de la libertad, dada la actitud tomada por Epicuro ante el poder despótico y ante la esclavitud. La libertad epicúrea tiene carácter individual y de grupo, como reacción frente al sistema de poder.

Hoy se apoya la investigación en el uso de conceptos como el concepto del modo de producción antiguo más o menos explícito. *Pólis* y *politeía* nacen como especificación de un sistema en que los campesinos propietarios de tierra tienen la *arché*, según el vocabulario aristotélico. Se corresponde en el plano militar con el sistema hoplítico, como sistema preponderante en el conjunto de las ciudades griegas, que puede identificarse como oligarquía. Es el sistema que Marx denominaba «modo de producción antiguo», en que la ciudadanía disfrutaba colectivamente de la tierra y de los esclavos, pero surgen condiciones para la ruptura de la cohesión.

Más que los planteamientos teóricos de Marx, importan los análisis específicos. En general, se mueven entre la historia socio-cultural, con protagonismo de la acción humana, relacional e interaccional, y la estructural, con predominio de las estructuras, que provoca un grupo no homogéneo, pero cohesionado, a través de la visión integrada de una realidad compleja (Hobsbawm). El Marxismo se concibe como método continuo, inacabado, no dogmático. Esta perspectiva resulta especialmente productiva en relación a los estudios del mundo antiguo.

6.- A. Schiavone, «La struttura nascosta. Una grammatica dell'economia romana», *Storia di Roma*, IV, Turín, Einaudi, 1989, pp. 5-69.

7.- I. Sastre, «El modo de producción como estructura de explotación: esclavismo y tributación», *Hispania*, 58, 1998, pp. 705-711.

8.- E. Lévinas, «Algunas reflexiones sobre la filosofía del

hitlerismo», en A. Moraleja, *Nietzsche y la «gran política». Antídotos y venenos del pensamiento nietzscheano*, Cuaderno Gris, 2001, 161-167, tomado de *Esprit*, 1934, pp. 27-41.

Marx: la revolución en el conocimiento histórico

Marx: the revolution in the Historic Science

Juan Trías Vejarano

Universidad Complutense de Madrid

Iré respondiendo a cada una de las preguntas:

La contribución del Materialismo histórico o concepción dialéctico materialista de la historia según el título que se suele dar al Marxismo en este campo y que comprende no sólo las aportaciones de Marx sino la de los que se han inspirado en ellas, es la mayor que se ha dado en el campo del conocimiento para una comprensión racional del proceso histórico, es una auténtica revolución gnoseológica, semejante a la revolución científica del siglo XVII, con razón Della Volpe llamó al Marxismo galileísmo moral. Evidentemente, Marx, como el mismo reconoció, es deudor del trabajo de la Ilustración en el esfuerzo por desmitificar la comprensión de la naturaleza y la vida social, que en él no son universos separados. Pero, lo que representa la formulación que se contiene en *Prefacio* de 1859 a la *Contribución a la crítica de la economía política* marca un hito decisivo en la comprensión de ellas.

Pues la aportación de Marx no se limitó a poner el acento en el papel clave de las condiciones materiales de vida, en las relaciones de producción, sino que se extendió a lo que llamó supraestructura jurídica y política y a las formas de consciencia social.

Sobre lo último son esenciales las observaciones contenidas en *La Ideología alemana* y, por más que su esfuerzo se centrara en el análisis del modo de producción capitalista, que culminan en *El Capital*, en el conjunto de su obra se contienen puntos capitales para una comprensión de los sucesivos modos de producción y formaciones económicas, así como para una teoría del poder político. Otro campo en el que nos proporcionó una guía fueron sus estudios sobre sociedades concretas, como fueron la Francia de mediados del XIX y otras: como señaló Pierre Vilar, Marx nos enseñó a pensar históricamente. Es también relevante su contribución a la metodología del análisis social, expuesta entre otros textos en la *Introducción* de 1857 a los *Grundrisse*, en *El Capital* y en otros escritos.

La obra de Marx es inseparable de la de su fraternal amigo F. Engels, aquél destacó sus aportaciones pese a la modestia del segundo que atribuyó todo el mérito al primero. Hay que matizar el juicio de los que subrayan las simplificaciones del *Marxismo* de Engels. Este acometió la tarea de edición de la parte inacabada o no editada de *El Capital*, prologó diversas reediciones de sus escritos, realizó diversas exposiciones de la nueva concepción de que eran autores y

ejerció una labor de magisterio con los que estaban organizando los partidos socialistas o socialdemócratas de inspiración *marxista*.

Lo más criticado es su exposición de las leyes generales de la dialéctica. El libro que influyó enormemente en el *Marxismo* fue *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* (1884), sobre todo en el llamado *Marxismo-Leninismo*. Con él, apoyándose en el trabajo de Morgan y otros estudiosos, incorporó el marxismo al estudio de la antropología que, como veremos, ha tenido unos interesantes desarrollos. En nuestra opinión, en este libro Engels incurre en simplificaciones ahistóricas al tratar del Estado, pues presenta como determinaciones generales rasgos que son propios del Estado capitalista y no de la configuración del poder político en otras formaciones económicas sociales como la Antigua, la Feudal y la sociedad del Antiguo Régimen, por no hablar de la Asiática, que no menciona, abriendo camino a la periodización unilineal que consagró el *Marxismo-Leninismo*.

De los *marxistas* posteriores, se ha criticado la concepción del Materialismo histórico prevaleciente entre los teóricos del principal partido socialdemócrata de la Segunda Internacional, es decir, del alemán, acusándola de determinista y *objetivista*. Contra ella reaccionaron los que fundarían la Tercera Internacional, como Lenin, Trotsky, Rosa Luxemburg, y la gran generación que renovaría el *Marxismo* en el siglo XX, la de Gramsci, Korsch y Lukacs, que subrayarían la importancia del elemento subjetivo, del momento político, de la consciencia.

Todavía en el siglo XIX, merece una mención especial como aplicación del Materialismo histórico al análisis de una sociedad concreta, la obra de Lenin *El desarrollo del capitalismo en Rusia. El proceso de formación del mercado interior para la gran industria*. Como indica el propio autor el estudio se centra en la estructura económica,

pero dentro de ésta constituye un ejemplo de análisis total e interrelacionado, que inaugurará una tradición de estudios que llega hasta el presente y que muestra las capacidades eurísticas del *Marxismo* en el campo sociohistórico.

En las fronteras de los siglos XIX y XX, nuevos problemas y realidades motivaron una reflexión en el seno del *Marxismo* que lo enriquecieron y, con ello, su contribución al conocimiento de las realidades sociohistóricas. En primer lugar, la cuestión nacional sobre la que ya habían tratado Marx y Engels con referencia a Irlanda y Polonia y la situación en el área centroeuropea. Pero a finales del siglo XIX y comienzos del XX, se volvieron a plantear con agudeza en los territorios mencionados y, en general, en los imperios plurinacionales austrohúngaro, ruso y turco, con movimientos de reivindicación y autodeterminación nacional. Kautsky, Rosa Luxemburg, los Austromarxistas, Lenin, Stalin, en el ámbito europeo, aparte las soluciones políticas, aportaron a la teoría de la nación y los nacionalismos valiosos análisis, que se han incorporado al acervo de la reflexión sobre dicho fenómeno en el siglo XX por parte de autores de inspiración marxista y de otras orientaciones.

En segundo lugar, el Imperialismo, en el que hay una teorización pionera por parte de Hilferding en *Das Finanzkapital*, que será seguida por Kautsky, Rosa Luxemburg, Lenin, Bujarin, etc, en los comienzos del siglo XX, y que a lo largo de este siglo se convertirá en un asunto central de la reflexión de las fuerzas y autores que se reclaman del marxismo. Pero, la categoría de Imperialismo es también un instrumento de análisis historiográfico que, basándose en el Materialismo histórico, servirá para dilucidar estructuras y relaciones, sobre todo coloniales y semicoloniales, y en este sentido supone una aportación del *Marxismo* al conocimiento histórico.



Obrero textil en Paterson, New Jersey, EEUU, en 1937 (Foto: Lewis W. Hine, fuente: The U.S. National Archives).

Para completar la respuesta a la pregunta de la contribución del Marxismo y de sus méritos y punto débiles, aparte lo ya dicho, es necesario entrar en las aportaciones y limitaciones del Marxismo del siglo XX. Para muchos, especialmente los de militancia comunista, el marxista más relevante del siglo es Lenin. En mi opinión, que comparto con bastantes, si se examina la cuestión desde el punto de vista de la relevancia para el conocimiento histórico, o desde una perspectiva más amplia, al Materialismo histórico como sistema de comprensión de la realidad y, concretamente, de la social, la primacía la tiene Gramsci. Este aporta tantos elementos que sería muy largo enumerarlos. Sólo mencionaré dos: En primer lugar, la categoría de *Bloque histórico*, con la que designa esa unidad comprensiva de la *estructura* y la *sobreestructura*, que es además siempre histórica, pues la historicidad

es una de las afirmaciones más tajantes del teórico italiano, cosa a la que el marxismo no ha sido siempre fiel. Después, la relevancia otorgada a la sobreestructura, mediante la puntualización de un célebre pasaje de Marx del *Prefacio* de 1859 a la *Contribución a la crítica de la economía política*. Aquí se sitúa el concepto de *Hegemonía*, cuando insiste en que para mantener la dominación son necesarios fuerza y consentimiento, y que para conseguir éste entra en juego la ideología y los intelectuales, con la caracterización de los *intelectuales orgánicos*, que cambian según el Bloque histórico. Señalaré que habiéndome especializado en el estudio del campo ideológico, el arsenal teórico gramsciano es el que me ha servido en mis estudios sobre el Federalismo y el Catalanismo y en el análisis de la transición entre el Antiguo Régimen y el Capitalismo en el terreno de lo mental.

La aportación de la historiografía de inspiración marxista al conocimiento histórico es inmensa en el siglo XX, si bien hay algunas limitaciones que iré señalando. En una panorámica, necesariamente muy general, empezaré destacando a los historiadores marxistas británicos con nombres tan relevantes como M. Dobb, R. Hilton, Ch. Hill, E.P. Thompson y E. Hobsbawm, más los historiadores del Mundo Antiguo, y otros, que, aparte sus estudios de diferentes fenómenos, han contribuido al enriquecimiento del Materialismo histórico desde un marxismo nada dogmático, siempre abierto. Precisamente, algunos de los mencionados abrieron el debate sobre la Transición del Feudalismo al Capitalismo en los años cincuenta, en el que se dilucidaron cuestiones tan fundamentales como la primacía de las relaciones de producción (tesis de Dobb) o de las de cambio (tesis de Sweezy) en la transición. Un cuarto de siglo más tarde, se abrió el que se ha llamado *Debate Brenner*, que lleva como subtítulo *Estructura de clases agraria y desarrollo económico preindustrial*, en el que intervinieron también historiadores *neomalthusianos*, y en el que se confrontaron puntos capitales del Materialismo histórico como el papel de la lucha de clases, defendido por Brenner, cuya formulación criticó Guy Bois. En el ámbito del marxismo, se sitúan otros estudiosos anglosajones que asimismo han enriquecido el conocimiento histórico, como Perry Anderson con sus estudios sobre la transición al feudalismo y el régimen absolutista, Ellen M. Wood, etc. Merece una mención especial la obra de Wallerstein *El moderno sistema mundial*, por su perspectiva, lo que él denomina la *Economía-mundo*, y porque reabre la debatida cuestión de los factores decisivos en la transición al capitalismo por el peso que otorga al mercado, aportando nuevas categorías como la de *Centro, Periferia y Semiperiferia*.

Antes se ha mencionado al historiador francés Guy Bois, que se ha adscrito al llamado *Estructuralismo marxista*. Esta referencia nos permite hablar de esta corriente, que en su momento gozó de amplio predicamento en el campo intelectual en Europa y en Latinoamérica, y que popularizó el libro de Marta Harnecker *Conceptos elementales del Materialismo histórico*, con múltiples ediciones y que se convirtió para muchos en una *Biblia*. En nuestra opinión esta corriente en tanto que teoría, por su rigidez, no aporta gran cosa al conocimiento, pues en lugar de manejar la teoría para organizar los hechos pretende sujetar éstos a unos esquemas conceptuales orientados por el *Estructuralismo*. Lo anterior no excluye obras muy valiosas de historiadores como es la del citado Guy Bois sobre el Feudalismo. Pero, además, desde la misma Francia por parte de historiadores de orientación marxista, como es el caso de Pierre Vilar, se ha criticado esa corriente por su falta de atención a los hechos que se pretenden encuadrar en unos esquemas; lo hizo P. Vilar a propósito del concepto de nación, a cuyo estudio ha contribuido con su monumental obra *La Catalogne dans l'Espagne moderne. Recherches sur les fondements économiques des structures nationales* y otros trabajos. En relación a esta categoría hay que señalar la aportación anglosajona de Hobsbawm, B. Anderson, etc, con su énfasis en los procesos mentales en la construcción nacional.

En Francia, descartado el *Estructuralismo marxista*, existe una riquísima tradición de estudios históricos inspirados en el marxismo que se extiende al estudio de todas las épocas, pero que ha prestado, asimismo, atención a cuestiones teóricas como la delimitación de categorías como *modo de producción, formación económico-social o social, transición, revolución, Burguesía de Antiguo régimen* etc. El estudio se ha extendido al

análisis de las sociedades sin clases, en el que son muy interesantes las reflexiones de Maurice Godelier sobre el funcionamiento en ellas de las *relaciones de parentesco* como *relaciones de producción*. En general, se ha superado el punto de vista eurocéntrico, abriéndose a las sociedades precolombinas en América, a las africanas y a las asiáticas, lo que ha motivado la atención al *modo de producción asiático*, se admita o no esta denominación. En la mismas líneas de amplitud que acabamos de señalar para Francia, se mueve el marxismo en Italia, con orientaciones diversas, pero en el que ha jugado un papel decisivo el *historicismo* de inspiración gramsciana.

Merecen una referencia los estudios históricos realizados en la URSS y en los países del llamado *socialismo real*. En ellos ha jugado un papel negativo el *Marxismo-leninismo* ideología oficial que imponía las pautas interpretativas, así sucedió con el *modo de producción asiático*, eliminado de la periodización histórica en nombre de una única y lineal que buscó legitimarse en Engels. La llamada desestalinización jugó un papel decisivo en la corrección del dogmatismo y, pese a que la herencia anterior no desapareció del todo, la historiografía de esos países ha realizado notables aportaciones. Sin ánimo exhaustivo, vamos a citar algunas, como la de Witold Kula sobre *La teoría económica del sistema feudal*, la de Boris Porshnev a propósito de la *Fronde* en su libro *Los levantamientos populares en Francia en el siglo XVII*, y la investigaciones sobre las revoluciones burguesas efectuadas en la extinta RDA por el grupo de la Universidad de Leipzig dirigido por el profesor Manfred Kossok.

Paso a contestar las siguientes pregun-

tas. En cuanto a la situación actual del marxismo en los estudios históricos, éstos se han visto afectados por factores externos e internos. De los primeros, destacan las caída de la URSS y de los países del Este, que han arrastrado a instituciones (editoriales, institutos como los de marxismo-leninismo, etc.) y a personas, por ejemplo, las expulsiones de profesores en la antigua RDA. En el mundo capitalista occidental, el ascenso del Neoliberalismo y del Neoservadurismo a partir de los años ochenta, acompañado de la crisis de la izquierda, tanto de los partidos socialdemócratas como de los comunistas, se ha traducido en el avance del Revisionismo histórico y no ha dejado de manifestarse en el alejamiento del marxismo de muchos estudiosos y en el descenso editorial de la literatura inspirada en el Materialismo histórico.

Pese a lo anterior, continuamos pensando que el marxismo como instrumento heurístico continua conservando su valor, si bien deberá incorporar, como así lo ha hecho en muchos casos, nuevos elementos, como, por ejemplo, los traídos en el ámbito lingüístico con el análisis del lenguaje, con la importancia de la construcción del relato, con la ecología y los enfoques de género. Por otro lado, los cambios operados en la composición de la clase trabajadora, de las formas de explotación y el paso del capitalismo industrial al financiero, obligan a enriquecer los análisis. Pero al hilo de lo que supone la acentuación de los efectos destructores del capitalismo en su actual fase sobre la naturaleza y las personas, ha revivido el interés por el marxismo, su revalorización, como estamos apreciando en este año del bicentenario del nacimiento de Karl Marx



Herrero en la puerta de su taller en East Maitland, Nueva Gales del Sur, Australia , ca. 1910 (Foto: Victor Studios, fuente: State Library of New South Wales).

Karl Marx y el aporte del marxismo para las Ciencias Sociales del siglo XXI

Karl Marx and the contribution of marxism to the Social Sciences of the 21st Century

Carlos Antonio Aguirre Rojas

Universidad Nacional Autónoma de México

«Por primera vez se erigía la historia sobre su verdadera base; el hecho palpable, pero totalmente desapercibido hasta entonces, de que el hombre necesita en primer término comer, beber, tener un techo y vestirse, y por lo tanto, trabajar...».

Federico Engels y Karl Marx, 1877.

Más allá de los reiterados discursos, siempre renovados y siempre falsos, sobre la muerte del marxismo, o sobre la crisis del pensamiento crítico, o en torno del fin del socialismo y de las utopías, que han vuelto a ser relanzados con cierta fuerza después de la caída del Muro del Berlín en 1989, sigue siendo un hecho incontestable la necesidad y cada vez mas urgente presencia, actualización y desarrollo de *perspectivas críticas*, en el plano de la teoría y de los diversos análisis sobre las sociedades contemporáneas de todo el mundo, que sean capaces de abrir caminos y de proponer salidas *alternativas* a este mundo capitalista que continua aún desarrollándose, y que cada día que pasa se presenta mas y mas evidentemente como un mundo explotador, opresivo, injusto y discriminador en una escala cada vez mas insoportable e intolerable para toda la gente.

Además, y al revisar el paisaje general de las ciencias sociales mas contemporáneas, siempre resulta claro que, más allá de estas repetidas declaraciones sobre el fin del marxismo —que ha sido enterrado decenas de veces para reaparecer y resucitar con mas fuerza otras tantas ocasiones—, dicho paisaje se encuentra totalmente influenciado, en lo que se refiere a estas manifestaciones del pensamiento crítico, y a las posiciones siempre mas innovadoras y de vanguardia en todos los campos de este análisis múltiple de lo social, por dicha herencia e impronta del marxismo original, y después de las diversas tradiciones de los múltiples marxismos del siglo XX^[1].

1.— Una corriente que ha subrayado con especial énfasis esta dimensión del marxismo como *horizonte general del pensamiento crítico contemporáneo*, tratando de aplicarlo además de una manera muy creativa y muy radical, ha sido la importante Escuela de Frankfurt. Por ello, la extraordinaria *actualidad y vigencia* de muchos de sus planteamientos principales. Al respecto, y por mencionar solo algunos de los textos mas importantes, cfr. Theodor Adorno, *Minima Moralia*, Taurus, Madrid, 1987, y *Dialéctica negativa*, Taurus, Madrid, 1975. También el texto de Theodor Adorno y Max Horkheimer, *Dialéctica del iluminismo*, Sudamericana, Buenos Aires, 1969, y de Max Horkheimer, *Crítica de la razón instrumental*, Sur, Buenos Aires, 1969, *Teoría crítica*, Amorrortu, Buenos Aires, 1974, *Historia, Metafísica y escepticismo*, Alianza editorial, Madrid, 1982, *Ocaso*, Anthropos, Barcelona, 1986, y *Teoría tradicional y*

Algo que siendo evidente en *todas* las ciencias sociales actuales, se halla igualmente presente dentro del campo de la historiografía contemporánea, es decir de la historiografía que, en sus muy diversas modalidades, se practica hoy en día a lo largo y ancho de todo el planeta. Porque cuando intentamos, de una manera conciente, llevar a cabo un análisis histórico que sea realmente *científico* y verdaderamente *explicativo* y *comprehensivo* de las realidades que investigamos, nos vemos entonces obligados a inscribirnos dentro del horizonte global del pensamiento crítico actual, y con ello dentro de una línea de filiación intelectual que es simplemente *incomprensible* sin esa raíz fundadora y estructurante que es la perspectiva crítica del marxismo original.

Porque cuando rechazamos también abiertamente, volver a hacer la historia aburrida, complaciente, cómoda y estéril que todavía hoy practican los historiadores positivistas de todo el planeta, entonces se nos impone de inmediato la necesidad de intentar construir y elaborar una historia *nueva* y *diferente*, que será también sin duda una *historiografía crítica*. Una historia genuinamente *crítica*, que, en consecuencia, nos remite directamente a lo que han sido los fundamentos mismos de la *historiografía contemporánea actual*, es decir de la historiografía todavía hoy vigente que arranca su periodo de existencia precisamente con esas versiones primeras del marxismo original, las que al romper con los discursos historiográficos que fueron dominantes durante los tres primeros siglos de la historia de la modernidad capitalista, sentaron

las bases de *toda* historia crítica posible en la actualidad.

Ya que la historia crítica *no* es un proyecto reciente, ni una preocupación que haya aparecido solo en los últimos tiempos, sino que es, en las *modalidades específicas que hoy presenta*, un proyecto que prácticamente acompaña, desde su propio nacimiento, a los discursos y a las formas de hacer historia que hoy podemos llamar estrictamente *contemporáneas*. Formas que habiendo comenzado su desarrollo singular, como ya lo hemos apuntado, desde la segunda mitad del siglo XIX cronológico, se han desarrollado y complejizado de diferentes maneras, para mantenerse hasta el día de hoy como las específicas formas *vigentes* de hacer historia en la actualidad.

Pues cuando remontamos hacia atrás el hilo del tiempo, a la búsqueda de los orígenes históricos de los tipos de historia que hoy son todavía vigentes en el mundo entero, resulta claro que dichos orígenes se encuentran en esa segunda mitad del siglo XIX cronológico. Ya que es en estas últimas décadas de ese siglo XIX que se afirma, como es bien sabido, por un lado el modelo de la historia positivista que antes mencionamos, y que intenta «copiar» la «exactitud» de las ciencias naturales, promoviendo una historia puramente descriptiva, fáctica, empirista, especializada y reducida a «narrar los hechos tal y como han acontecido», mientras que del otro lado se va configurando y difundiendo, también progresivamente, la *primera* versión de la *historia crítica contemporánea*, que es justamente la historia que se encuentra incluida dentro del complejo y más vasto proyecto crítico de Karl Marx.

Así, es claro que ha sido Marx el que ha sentado los fundamentos de la historia crítica, tal y como ahora es posible concebir a esta última, y tal y como ella se ha ido desarrollando a lo largo de los últimos ciento

teoría crítica, Paidós, Barcelona, 2000. Finalmente, también los brillantes trabajos de Walter Benjamin, *El concepto de crítica de arte en el Romanticismo alemán*, Península, Barcelona, 1988, *El origen del drama barroco alemán*, Taurus, Madrid, 1990, *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*, Contrahistorias, México, 2005, e *Iluminaciones*, vols. I, II, III, IV, Taurus, Madrid, 1998.



Trabajadores de la New England Fish Company, EEUU, en 1909 (Fuente: University of British Columbia - Library).

cincuenta años. Ya que no existe duda respecto al hecho de que, después de Marx y apoyándose en mayor o menor medida en el tipo de historia crítica y científica que él ha promovido y establecido, se han ido afirmando, a lo largo de todo el siglo XX y hasta hoy, distintas corrientes, autores y trabajos que, reclamándose abiertamente «marxistas», han alimentado de manera considerable el acervo de los progresos y de los desarrollos de toda la historiografía del siglo XX. Y entonces, lo mismo los autores de la Escuela de Frankfurt que los del llamado austromarxismo, y hasta los autores de la actual historia socialista británica o de la historiografía crítica neomarxista del «world-system analysis» (del análisis de los sistemas-mundo), y pasando por los trabajos históricos de las escuelas marxistas polaca, o alemana, o italiana, pero también latinoamericana, entre muchas otras, son todas distintas manifestaciones y proyectos intelectuales que es necesario inscribir dentro de esa vasta presencia global y den-

tro de esa herencia todavía viva y poderosa, de esa primera versión de la historiografía crítica que ha sido la historia defendida y propuesta por el propio Karl Marx.

Y si bien la caída del Muro de Berlín en 1989, ha significado sin duda la muerte de todos esos proyectos de construir mundos «socialistas» dentro de sociedades esencialmente escasas —es decir, de sociedades que carecían de las condiciones y del grado de desarrollo necesarios, en lo económico, en lo social, en lo político, y en lo cultural, para intentar edificar sociedades no capitalistas—, también es claro que eso *no* significa, para nada, el fin del discurso crítico y de la historiografía también crítica marxistas, que encuentran en cambio su fundamento, *no* en esas sociedades del que fue llamado el «socialismo realmente existente» y que hoy están en proceso de cambios profundos, sino en las contradicciones esenciales mismas del capitalismo, hoy mas vivas y apremiantes que nunca, así como en la necesidad todavía vigente y urgente de la ne-

cesaria superación histórica de ese mismo capitalismo^[2].

Puesto que si es claro que, en donde hay explotación habrá lucha en contra de esa misma explotación, y si donde hay opresión habrá siempre resistencia, y si es una experiencia reiterada de la historia, que la injusticia y la discriminación sociales engendran también ineludiblemente la rebeldía y la sublevación contra dicha discriminación e injusticia, entonces también es evidente que mientras exista capitalismo habrá un *pensamiento crítico*, destinado a explicar su naturaleza destructiva y despótica, y a orientar la reflexión que ilumine la lucha contra ese capitalismo y la búsqueda de las vías concretas de su superación real. Por eso, y en contra de las visiones simplistas y siempre apresuradas de ciertos periodistas y de ciertos politólogos actuales, *el pensamiento crítico sigue más vigente que nunca*, junto a la necesidad y posibilidad de una historia igualmente crítica.

¿Cuáles son, entonces, las lecciones todavía vigentes para una historia aún crítica, derivadas de su versión marxista fundadora y originaria?. ¿Y cuáles las implicaciones que podemos derivar de estas mismas lecciones para todo el conjunto de las actuales ciencias sociales contemporáneas?. La primera de ellas, en nuestra opinión, se refiere al estatuto mismo de la historia, es decir, a la necesidad de concebir que toda la actividad que desarrollamos, y todos los resultados que vamos concretando, están claramente encaminados hacia la consolidación de un proyecto de construcción de una *ciencia de la historia*. Una ciencia de

la historia que, de acuerdo a la noción del mismo Marx, debería abarcar absolutamente a *todos* los territorios que hoy están ocupados por las llamadas «ciencias sociales», y que en la medida en que hacen referencia a los distintos aspectos, actividades, manifestaciones o relaciones sociales construidas por los hombres, en el pasado o en el presente, se engloban igualmente dentro de esa «historia de los hombres» cuyo estudio corresponde justamente a dicha ciencia histórica. Ciencia de la historia que entonces, y concebida en esta vasta dimensión, es para Marx una historia necesariamente *global*, una historia que posee la amplitud misma de lo social-humano en el tiempo, considerado en todas sus expresiones y manifestaciones posibles^[3].

Estatuto *científico* de nuestra disciplina, concebida en esta vasta y englobante definición, que se hace necesario reiterar ahora de nueva cuenta, tanto frente a las minoritarias posiciones postmodernas, que quieren reducir a la historia a la condición de simple juego estético, de arte, o de mero ejercicio discursivo, como también frente a las posiciones que pretendiendo «defender» una fantasmal «identidad» dura de la historia, *distinta* de las «identidades» de la sociología, la antropología, la economía,

3.- Marx será muy enfático en afirmar que *no conoce* mas que «una sola ciencia» y que esa ciencia única es la ciencia de la historia. Cfr. su libro *La Ideología Alemana*, Pueblos Unidos, Buenos Aires, 1973. De ahí, el importantísimo papel que ocupa en su formación el estudio de la historia y de las obras de los historiadores, que hemos tratado de desarrollar en nuestro ensayo, Carlos Antonio Aguirre Rojas, «El problema de la historia en la concepción de Marx y Engels» en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 45, num. 3, 1983. Y no es por casualidad que, por ejemplo Marc Bloch, coincida en este punto con Marx, al definir a la historia como «la ciencia que estudia la obra de los hombres en el tiempo», en su célebre libro *Apología para la Historia o el Oficio de Historiador*, Fondo de Cultura Económica, México, 1996. Sobre estas coincidencias, puede verse también nuestro ensayo, Carlos Antonio Aguirre Rojas, «Entre Marx y Braudel: hacer la historia, saber la historia» en la revista *Cuadernos Políticos*, num. 48, México, 1986.

2.- Sobre esta naturaleza específica del fundamento del discurso de Marx, cfr. el libro de Bolívar Echeverría, *El discurso crítico de Marx*, Era, México, 1986 y también *Definición de la cultura*, Itaca - UNAM, México, 2001. Sobre la vigencia del marxismo en el pensamiento actual, cfr. nuestro libro, Carlos Antonio Aguirre Rojas, *Para comprender el mundo actual. Una gramática de larga duración*, Centro Juan Marinello, La Habana, 2003.

la psicología, etc., terminan reduciéndola también al simple trabajo del coleccionista de antigüedades y del anticuario, del amante de las «cosas del pasado», erudito y positivista.

Pero si, como Marc Bloch lo ha repetido, la historia es la ciencia que estudia «la obra de los hombres en el tiempo», sólo puede hacerlo dentro de esta declarada vocación de constituirse en un determinado y claro proyecto *científico*. Y por lo tanto, asumiendo todo lo que este concepto de «ciencia» implica. Porque una simple descripción o relato *no* es todavía ciencia, como no lo es tampoco cualquier tipo de discurso, o cualquier actividad de mera recolección y clasificación de documentos, de datos y de fechas. En cambio, la idea de ciencia conlleva necesariamente la de la existencia de todo un aparato categorial y conceptual específico, organizado de una determinada manera, a través de modelos y de teorías de orden general, y que busca y recolecta dichos hechos y acontecimientos históricos, para ensamblarlos e insertarlos dentro de explicaciones científicas comprensivas, y dentro de modelos de distinto orden de generalidad, que definen tendencias de comportamiento de los procesos sociales, y regularidades de las líneas evolutivas de las sociedades, a la vez que dotan de sentido y de significación a esos mismos sucesos y fenómenos históricos particulares.

Noción fuerte de la historia como verdadera ciencia, que implica entonces que la historia, como cualquier ciencia, se haya ido configurando a partir de diferentes y complejas tradiciones intelectuales, estando atravesada por debates teóricos, epistemológicos y metodológicos, y apoyada en un amplio conjunto de teorías, de paradigmas, de modelos teóricos y de armazones conceptuales diversas^[4]. Lo que desmiente

entonces, la repetida frase de que «el buen historiador se hace en los archivos». Porque *nunca* será dentro de los archivos, en donde el historiador se pondrá al tanto de esas tradiciones, debates y teorías que conforman el verdadero edificio de su ciencia. Y de la misma manera en que el físico va al laboratorio, o el biólogo a la práctica de campo, solo *después* de haber aprendido lo que es, lo que investiga, lo que quiere comprender y resolver la física o la biología, así el buen historiador solo va al archivo *después* de que ha asimilado lo que es y lo que debe ser la historia, y luego de haber definido con claridad una problemática historiográfica determinada, desde y con las teorías, la metodología y los conceptos y categorías de su propio oficio.

Y también es claro que, aunque la historia incluye sin duda una cierta dimensión artística, y otra dimensión narrativo-discursiva, dimensiones que cuando son conocidas y bien manejadas enriquecen enormemente el trabajo y los resultados del historiador, sin embargo la historia *no* se reduce a ninguna de esas dos dimensiones, las que si bien están siempre presentes, no son nunca el elemento o momento *determinante* de la disciplina o ciencia de la historia en su conjunto^[5]. Y si la historia no

tareas esenciales de la rama de la historia que es la *historia de la historiografía*, es precisamente la de estudiar, analizar y reconstruir esas múltiples tradiciones intelectuales, junto a esos debates, teorías, conceptos, paradigmas y modelos utilizados por los distintos historiadores en el ejercicio cotidiano de su oficio. Tarea que frecuentemente olvidan quienes sólo conciben a esta historiografía como simple recuento de autores y de obras. Sobre este punto cfr. Massimo Mastrogregori, «I problemi della storia della storiografia», en *Rivista di storia della storiografia moderna*, año 8, num. 2 - 3, 1987, «Storiografia e tradizione storica» en *Passato e Presente*, año 12, num. 32, 1994, «Storiografia, A.D. 2062» en *Belfagor*, año 54, num. 323, 1999 y «Liberation from the Past», en *The European Legacy*, vol. 6, num. 1, 2001.

5.- Sobre esta dimensión *narrativa* del trabajo del historiador, vale la pena revisar el trabajo de Paul Ricoeur,

4.- Y vale la pena insistir en el hecho de que una de las

se reduce ni a arte, ni a discurso, ni tampoco a la práctica del erudito en los archivos, entonces la investigación histórica misma debería también ajustarse a su condición de verdadera ciencia, remontándose más allá de la mera búsqueda y del establecimiento de cronologías y de series de datos, y superando su condición de simple crónica de fechas, lugares y sucesos, que es a lo que la han reducido sistemáticamente esas visiones de la historia positivista que todavía hace falta criticar y superar.

Por lo demás, es también claro que si Marx concebía a la historia como la *única ciencia de lo social humano en el tiempo*, entonces hubiese estado en contra de la actual organización del episteme hoy vigente dentro de las llamadas ciencias sociales actuales, episteme que solo se afirma a finales del siglo XIX y principios del siglo XX, y que cuadricula y fragmenta la unidad de esa totalidad humana social, en los supuestamente autónomos e independientes campos de lo económico, lo geográfico, lo social, lo histórico, lo político, lo cultural, lo antropológico, etc. Campos artificialmente establecidos por la actividad humana del conocimiento, que *no se corresponden* con el funcionamiento real de lo social, y que al haber establecido sus supuestamente diversos «objetos» de estudio, con sus méto-

dos diferentes y sus técnicas, teorías y conceptos siempre específicos y distintos, han terminado por provocar las múltiples, infinitas y paralizantes «especializaciones» en que hoy se fragmenta ese mismo estudio de las realidades humanas sociales en general.

Pero, si para Marx solo existe esa única ciencia de la historia, eso nos proporciona hoy una salida viable y muy sugerente frente a la crisis actual de ese episteme parcelado aún vigente, crisis que *no se resolverá* con las limitadas y solo cosméticas salidas de la «interdisciplinariedad», la «multidisciplinariedad», la «pluridisciplinariedad» o la «transdisciplinariedad», —todas ellas inviables e ineficaces, en virtud de que continúan respetando como legítima esa división del conocimiento de lo social en diferentes «disciplinas», cuando de lo que se trata es de negar radicalmente dicha división y de suprimirla— sino solamente mediante el retorno a esa visión genuinamente *unidisciplinaria* sobre lo social que es la que ha defendido y asumido justamente el gran autor de *El Capital*.

En consecuencia, esa noción fuerte de ciencia que Marx aplica para la historia, y que nos permite distanciarnos tanto del posmodernismo en historia como del limitado positivismo historiográfico, vale igualmente para *todas las ciencias sociales actuales*, acosadas también por el irracionalismo de los discursos logocéntricos posmodernos, como por las múltiples versiones renovadas del empirismo y del funcionalismo actuales, puramente descriptivos y puramente apegados al trabajo monográfico mas limitado.

Una segunda lección importante de esta historia científica promovida por Marx, y que sigue manteniendo toda su vigencia hasta el día de hoy, es el de concebir a la historia, en todas sus dimensiones, temáticas y problemas abordados, como una historia profundamente *social*. Es decir,

Tiempo y narración, 3 tomos, Siglo XXI, México, 1995 – 1996. Sin embargo, es claro que estamos en contra de las derivaciones e interpretaciones *posmodernas* de este libro, y mas en general de la exageración desmesurada y de la hipostatización de esa dimensión narrativa del trabajo histórico llevada a cabo por esas mismas posturas del posmodernismo en historia. Para una crítica muy aguda de estos puntos de vista posmodernos, cfr. la obra de Carlo Ginzburg, por ejemplo *Tentativas*, Universidad Michoacana, Morelia, 2003, *A microhistória e outros ensaios*, Difel, Lisboa, 1989, *Ninguna Isla es una Isla*, Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, Villahermosa, 2003 y *Rapporti di forza. Storia, retorica e prova*, Feltrinelli, Milan, 2000. Véase también el ensayo de Immanuel Wallerstein, «La escritura de la historia» en la revista *Contrahistorias*, num. 2, México, 2004.



Trabajadores de una fábrica de productos electroquímicos en Stangfjord, Noruega (Foto: Paul Stang, fuente: Fylkesarkivet i Sogn og Fjordane).

que además de estudiar a los individuos, a los grandes personajes de todo tipo y a las élites y clases dominantes, la historia debe investigar también a los grandes grupos sociales, a las masas populares, a las clases sociales mayoritarias y a todo el conjunto de los protagonistas hasta hace muy poco «anónimos», protagonistas y clases y grupos, que sin embargo son las verdaderas *fuerzas sociales*, los verdaderos *actores colectivos*, que hacen y construyen la mayor parte del entramado de lo que constituye precisamente la historia^[6].

6.– Vale la pena insistir en el hecho de que prácticamente todas las corrientes historiográficas importantes del siglo XX cronológico, con la única excepción del anacrónico positivismo y de su variante historicista, podrían muy bien ser clasificadas como diversas vertientes o caminos de exploración de este vasto universo de la historia social. Historia social que se ha pluralizado y diversificado tanto en los últimos cien años, que el término mismo ha

Ya que es justamente a Marx, a quien debemos la *incorporación sistemática* de las clases populares como verdaderos protagonistas de la historia, al habernos ilustrado como han sido los esclavos y las comunidades arcaicas, lo mismo que los siervos, los obreros, los campesinos y los grupos

terminado por perder un sentido minimamente preciso. Con lo cual, el problema *no está* en saber que tal corriente promueve o defiende la historia social —lo que hacen lo mismo los *Annales*, que la historiografía socialista británica, que la microhistoria italiana, o casi cualquier historiografía sería del planeta—, sino en saber *como concibe* cada autor o corriente o tendencia dicho término de esa *historia social*. A título de meros ejemplos de esta problemática, cfr. Raphael Samuel, (Editor) *Historia popular y teoría socialista*, Crítica, Barcelona, 1984, Lucien Febvre, *Combates por la historia*, Ariel, Barcelona, Edoardo Grendi, «Microanálisi e storia sociale» en *Quaderni Storici*, num. 35, 1975 y todo el número especial de la revista *Historia Social*, num. 10, Valencia, 1991, titulado «Dos décadas de historia social».

sociales explotados y sometidos, los que en gran medida «han hecho la historia». Clases sociales sometidas, que involucradas dentro de un conflicto social o lucha de clases que atraviesa una gran parte de la historia humana, —y en particular, aquella que ha comenzado luego de los múltiples procesos de disolución de las muy diversas y variadas formas de la comunidad, que están en el punto de partida de *todas* las sociedades humanas^[7]—, han ido tejiendo con su trabajo cotidiano y con su actividad social permanente, pero también con sus luchas y con sus acciones de resistencia y de transformación, el específico tejido de lo que en términos concretos ha sido y es justamente la historia humana.

Y es claro que *no* hay historia científica o crítica posible, pero tampoco una sociología o economía serias, ni una antropología o psicología realmente científicas, que no tomen en cuenta, por ejemplo, a las formas de la cultura popular, o a los grandes movimientos sociales, a las expresiones de la lucha de clases o a los grandes intereses económicos colectivos, lo mismo que a las grandes corrientes de las creencias colectivas o a los diversos contextos y condicionamientos sociales generales de cualquier proceso, fenómeno o hecho social e histórico analizado.

Lo que no implica, ni mucho menos, que dejemos de estudiar a los individuos, a los grandes personajes, o a las élites, pero si en cambio modifica de raíz el enfoque tradicional desde el cual han sido, y son aún a veces abordados, estos grupos o clases minoritarias y estos individuos. Porque todo individuo es *fruto* de sus condiciones socia-

les, y son estas últimas las que determinan siempre los límites generales de sus acciones diversas. Y si bien su propia acción, es un vector que puede influir en el cambio de estas mismas circunstancias, lo es solo dentro de los márgenes que fijan las tendencias, una vez más sociales, de la evolución específica que vive esa sociedad determinada en esa época o momento también particular^[8].

Con lo cual, la historia o la ciencia social críticas son sociales en un doble sentido: en primer lugar en cuanto a que, para la explicación de cualquier hecho o fenómeno social e histórico, tienen que involucrar y hacer intervenir a los grandes actores colectivos que antes eran omitidos e ignorados, y que son *siempre* el entorno inmediato obligado, tanto de la formación como de las acciones de cualquier personaje individual. Y en segundo lugar, en el sentido de que también cualquier suceso o situación histórica o social, se desenvuelve dentro de un determinado y múltiple contexto social general, que lo condiciona y envuelve, fijándole tanto sus límites como sus posibilidades de repercusión determinada. Y parece ser claro que, una de las tendencias más marcadas de prácticamente *todas* las corrientes historiográficas que se han desarrollado durante el siglo XX, con la única y obvia excepción de la tendencia positivista de los historiadores, ha sido ésta de incorporar a los grandes grupos sociales, a las sensibilidades colectivas, a las masas populares, a las formas de conciencia mayoritarias, y a las clases y movimientos sociales

7.- Sobre este problema cfr. el texto de Karl Marx, *Formas que preceden a la producción capitalista*, Pasado y Presente, México, 1976 y *El porvenir de la comuna rural rusa*, Pasado y Presente, México, 1980. También Carlos Antonio Aguirre Rojas, «La comuna rural de tipo germánico» en *Boletín de Antropología Americana*, num. 17, México, 1988.

8.- Lo que nos remite al complejo problema de la biografía histórica y del papel de los individuos dentro de la historia. Sobre este problema, cfr. Jorge Plejanov, *El papel del individuo en la historia*, Roca, México, 1978, Maximilien Rubel, *Karl Marx. Ensayo de biografía intelectual*, Paidós, Buenos Aires, 1970, y Carlos Antonio Aguirre Rojas, «La biografía como género historiográfico» en el libro *Itinerarios de la historiografía del siglo XX*, Centro Juan Marinello, La Habana, 1999.

en todas sus expresiones, dentro de los terrenos y de las perspectivas habituales de la historia. Lo que, necesariamente, ha sido acompañado también de esa introducción sistemática de los diversos contextos sociales —políticos, intelectuales, económicos, civilizatorios, etc.— dentro de las explicaciones históricas cotidianas.

Otra lección importante de la historia y de la ciencia y el análisis social que Marx ha construido, la tercera, es su dimensión como historia, ciencia y análisis *materialistas*. Y no en el sentido vulgar, aunque muchas veces repetido, de que lo «espiritual» sea un simple «reflejo» directo o dependiente de lo material, sino más bien en la línea de que, en general, resulta *imposible* explicar adecuadamente los procesos culturales, las formas de conciencia, los elementos del imaginario social, las figuras de la sensibilidad colectiva, etc., sin considerar también las *condiciones materiales* en que se desenvuelven y apoyan todos esos productos, y todas esas manifestaciones diversas de los fenómenos intelectuales, y de la sensibilidad humana en general.

Porque las ideas no flotan en el aire, separadas de los hombres y de los grupos sociales que las producen, y los productos de la cultura, de la conciencia o de la sensibilidad, solo se hacen vigentes en la medida en que se encarnan y «materializan» en determinadas prácticas, en instituciones, en comportamientos y en realidades totalmente materiales. Lo que, sin embargo, no elimina el hecho de que el tipo de relación específica y concreta que se establece, entre esa dimensión intelectual y sus condiciones materiales de producción y de efectivización, sea un problema *abierto y por establecer*, y que puede abarcar desde la forma de la condensación o la transposición sublimada que a veces se expresa en el arte, hasta la forma del «reflejo invertido» que en ocasiones descubrimos en la religión, y

pasando por diversas y complejas variantes como la de la «traducción», la negación, la simbolización, la construcción de fetiches o las múltiples figuras de una cierta reconstrucción diferente de ese mundo material en el nivel cultural^[9].

Por lo tanto, afirmar que la historia crítica o la sociología científica, o la antropología o la ciencia política actuales, deben de ser también materialistas, solo implica que *no* es posible hacer, por ejemplo, una historia de las llamadas «mentalidades», sin considerar los contextos sociales, políticos, económicos y generales de esas mismas «mentalidades». Es decir, que debemos evitar una historia o un análisis social idealista de los fenómenos políticos o culturales o jurídicos o intelectuales, como la que ha escrito por ejemplo Philippe Aries, pero también como la que nos entregan con frecuencia connotados politólogos o juristas modernos. O también una historia puramente logocéntrica, y puramente ocupada del plano discursivo o conceptual, como la que proponen Hyden White y los demás autores que defienden el posmodernismo dentro de los estudios históricos actuales.

En cambio, la verdadera historia científica y el análisis social pertinente deben estar siempre atentos, cuando se ocupan de esos hechos, fenómenos y procesos del

9.— Es claro que esta relación que existe entre los productos y los fenómenos culturales y las condiciones materiales en que dichos fenómenos o productos se gestan, se encuentra en el centro mismo de todo posible proyecto de una historia cultural seria y genuinamente crítica. Lo que explica los límites y la pobreza enorme de la historia francesa de las mentalidades, la que *nunca* fue capaz de resolver adecuadamente este problema crucial. Frente a esto, véase en cambio el interesante proyecto de una historia cultural, naturalmente materialista y también crítica, desarrollado en general por Carlo Ginzburg en obras como *El queso y los gusanos* o *Historia Nocturna*, entre otras. Sobre este punto, cfr. Carlos Antonio Aguirre Rojas, «El queso y los gusanos: un modelo de historia crítica para el análisis de las culturas subalternas» en *Prohistoria*, num. 6, Rosario, 2002.

llamado «espíritu humano» —y que nosotros llamaríamos más bien fenómenos de la conciencia y de la sensibilidad sociales—, de las condiciones *materiales* que acompañan y se imbrican con dichos fenómenos intelectuales, conscientes de que el tipo de relación que se establece entre ambas esferas, la material y la «espiritual», es un problema abierto y por investigar y redefinir en cada caso concreto, pero seguros a la vez de que *sin* esas condiciones materiales, no es realmente comprensible la naturaleza profunda y el sentido esencial de todos esos fenómenos de la mente y de la economía psíquica de los individuos y de las sociedades.

Y es precisamente este error, de ignorar la importancia de esa base material y de ese conjunto de condiciones reales, el que reencontramos no solo en muchas de las versiones de la historia de las «mentalidades» antes referida, sino también en múltiples historias o estudios contemporáneos sobre los fenómenos de la religión, del arte, de la literatura, de la cultura y de las ideas, que prosperan lo mismo dentro del gremio de los seguidores de Clío, que en todas las restantes ciencias sociales contemporáneas. E incluso, y muy frecuentemente, en muchas de las historias predominantemente políticas que han escrito los historiadores positivistas de América Latina y de Europa, historias donde también ese nivel de lo político parece «cerrarse sobre sí mismo» y ser totalmente *autosuficiente*, y en donde se ignoran por completo también las condiciones sociales reales y las condiciones materiales de esos procesos políticos que se estudian.

La cuarta posible lección derivada de los trabajos de Karl Marx, para una historia genuinamente crítica y para un análisis de lo social que sea realmente comprensivo y explicativo, es la relevancia fundamental que tienen, dentro de los procesos sociales

globales, los *hechos económicos*. Una lección marxista que quizá sea la más vulgarizada y la más mal interpretada de todas, por parte tanto de los historiadores, como incluso de una gran mayoría de los científicos sociales. Y ello, debido a la amplia difusión e influencia importante del marxismo *vulgar* en prácticamente todo el mundo, y a lo largo de casi todo el siglo XX cronológico. Porque esta lección *no* implica, ni mucho menos, que todos los fenómenos sociales deben de «reducirse» a la base económica, ni que la economía es la «esencia» oculta o el «espíritu profundo» escondido de todo lo social, sino simplemente —¡simplemente!— que, en la historia que los hombres han recorrido y construido desde su origen como especie y hasta el día de hoy, los *hechos y las estructuras económicas* han ocupado y ocupan todavía un rol que posee una *centralidad* y una relevancia fundamentales innegables. Lo que significa que dichos *procesos sociales globales* son incomprensibles sin la consideración de las evoluciones y la naturaleza determinada de esa dimensión económica, pero no significa, en cambio, que debamos buscar cuál es, por ejemplo, «la base económica de la pintura de Picasso», o la «estructura económica en que se apoya esa ‘superestructura’ que ha sido el arte surrealista», lo que es a todas luces una empresa ridícula y sin sentido, a pesar de haber sido alguna vez planteada por los marxistas vulgares de Francia en la primera mitad del siglo XX^[10].

10.— Felizmente, y en contra de esas simplificaciones de este aporte importante de Marx, siempre ha habido autores inteligentes que, manteniendo su perspectiva marxista crítica, han desarrollado muy interesantes análisis de los muy diversos problemas de la cultura humana y del arte, del fenómeno de la ciudad, del estudio de la vida cotidiana, del papel de la tradiciones o del rol de la religión, entre muchos otros. Nos referimos, por ejemplo, y solo para aludir a aquellos marxistas pereteneientes a las tradiciones del mejor *marxismo crítico* del siglo XX que han abordado estos temas enlistados, a las obras y trabajos

Reconociendo entonces esta centralidad de lo económico para la interpretación de los procesos sociales históricos globales, el buen analista social y el buen historiador crítico saben también que la relación específica que esos fenómenos económicos pueden tener, o pueden *no* tener con otros hechos y realidades sociales, es igualmente un problema *abierto* y por definir en cada caso concreto, y cuyo abanico de respuestas abarca, lo mismo la opción de que *no existe* ningún vínculo, o de que no existe un vínculo *directo*, y por lo tanto la conexión se da sólo a través de complejas e indirectas mediaciones de *otros* niveles y relaciones, hasta la posibilidad de relaciones claras y evidentes de determinación directa de ese mismo nivel económico, y pasando nuevamente por vínculos de dependencia, o de condicionamiento sólo general, de encuadramiento, de limitación indirecta, o de muy diversos matices de influencias de mayor o de menor peso específico.

Y puesto que ha sido Marx el primero en rescatar de manera sistemática esta centralidad de lo económico dentro del proceso histórico global, es lógico que sea también él, el *fundador* de la rama de los estudios de *historia económica* dentro del tronco mayor de la historiografía contemporánea. Rama que, desde el autor de *El capital* y hasta hoy, ha tenido una buena parte de sus más importantes representantes, precisamente dentro de las distintas corrientes y expresiones de los múltiples «marxismos» que llenan la historia y también la historiografía

del siglo XX, y que una vez más, abarcan desde las finas y elaboradas versiones del marxismo de Marx y de algunos de los marxismos críticos posteriores, —como es el caso de algunos de los trabajos que, con cierta flexibilidad, podríamos calificar de obras de «historia económica», escritos por Lenin, por Rosa Luxemburgo o por Henry Grossman, entre otros^[11]—, hasta las variantes simplificadas del marxismo vulgar o del marxismo reducido a ideología oficial, en muchos Manuales de la antigua Unión Soviética o de los países del llamado «bloque socialista».

Una quinta lección importante para todos los científicos sociales genuinamente críticos, y por ende también para todo historiador serio, es la exigencia de Marx de ser capaces de observar, y luego de explicar, todos los fenómenos investigados «desde el punto de vista de la totalidad». Lo que quiere decir que debemos de cultivar y desarrollar la capacidad de detectar y de descubrir, sistemáticamente y en todo examen de los problemas sociales e históricos que abordamos, los diversos vínculos y conexiones que

de Georg Lukács en el campo de la estética y de la historia literaria, de Henri Lefebvre sobre lo rural y lo urbano o sobre la cotidianidad, o de Edward Palmer Thompson, sobre la formación de la clase obrera inglesa. Un ensayo de reconstrucción de la compleja visión de Marx sobre, por ejemplo, la sociedad europea medieval, que está lejos de reducir todo a esas visiones economicistas mencionadas, lo hemos intentado en nuestro artículo, Carlos Antonio Aguirre Rojas, «El modo de producción feudal» en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 48, num. 1, 1986.

11.— Nos referimos a los trabajos de Vladimir Ilich Lenin, *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, Estudio, Buenos Aires, 1973, Rosa Luxemburgo, *Introducción a la historia económica*, Pasado y Presente, México, 1976, y Henryk Grossman, *La ley de la acumulación y del derrumbe del sistema capitalista*, Siglo XXI, México, 1979. Para un planteamiento adecuado de esta compleja relación entre los hechos económicos y otras dimensiones de la vida social, cfr. Bolívar Echeverría, «La forma natural de la reproducción social» en *Cuadernos Políticos*, num. 41, 1984, y Carlos Antonio Aguirre Rojas, «Economía, escasez y sesgo productivista. Desde los epigramas de Marx hasta los apogemas marxistas» en *Boletín de Antropología Americana*, num. 21, México, 1990. Para un desarrollo mas amplio del punto del papel de Karl Marx como *fundador* de la moderna rama de los estudios de historia económica, cfr. nuestro ensayo, Carlos Antonio Aguirre Rojas, «La corriente de los *Annales* y su contribución al desarrollo de la historia económica en Francia», en el libro *Corrientes, temas y autores de la historiografía contemporánea*, Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, Villahermosa, 2002.



Obrera fabricando cubiertas de papel para encuadernación en EEUU, principios del s. XX (Foto: Lewis W. Hine, fuente: George Eastman Museum).

existen entre dicho problema y las sucesivas «totalidades» que lo enmarcan, y que de diferentes modos lo condicionan y hasta sobredeterminan.

Porque *no* existe problema social o histórico que esté aislado y encerrado entre ciertos muros infranqueables, sino que, por el contrario, todo problema histórico y social está siempre inserto en determinadas coordenadas espaciales, temporales y contextuales, que influyen sobre el, en distintos grados y medidas, pero siempre de modo eficaz y fundamental. Y entonces, al científico social le corresponde ir reconstruyendo, cuidadosamente y de modo articulado, esa inserción de su tema de estudio dentro de las sucesivas totalidades espaciales, temporales y contextuales que lo envuelven y

que lo sobredeterminan. Ya que es siempre una pregunta pertinente y esclarecedora, la que plantea porque tal fenómeno ocurrió en el lugar y en el tiempo específico en el que aconteció y no en ningún otro, desarrollándose además dentro de las particulares circunstancias en que ha acontecido, y en ningunas otras, lo que nos abre justamente al análisis de las diversas influencias y de las conexiones específicas que se establecen entre esas dimensiones del espacio, del contexto y de la época sobre el singular fenómeno del cual tratamos de dar cuenta.

Pues aunque parezca y quizá sea una obviedad, —que frecuentemente olvidan no obstante los científicos sociales empiristas y funcionalistas, lo mismo que los historiadores positivistas—, es claro que no es lo mismo una sociedad capitalista del siglo XX que una del siglo XVI, o que la sociedad china del siglo XIII y la sociedad europea de esa misma época, como tampoco es lo mismo un hecho social o histórico que aconteció en América Latina, que otro que sucede en Europa, o en Rusia, o en el sur de África, por mencionar solo algunos ejemplos posibles.

Y si estas coordenadas o «totalidades» más generales que son las del tiempo y el espacio correspondientes a un cierto hecho histórico cualquiera, son siempre *relevantes* y *fundamentales* para su adecuada comprensión, también lo son las «totalidades» diversas que constituyen los diferentes contextos que enmarcan e influyen sobre ese hecho histórico y social. Pues es claro que dichos contextos geográficos, económicos, tecnológicos, étnicos, sociales, políticos, culturales, artísticos, psicológicos, etc., además de *especificar* y volver más *concretas* a esas totalidades o coordenadas espaciales y temporales, —acotando al espacio como área, región, lugar, país o entorno geográfico *determinado*, y al tiempo como una época, momento, coyuntura, era o periodo igualmente *particularizado*—,

van también a establecer de manera igualmente concreta, todo el nudo de específicas conexiones que tendrá ese hecho social o fenómeno histórico investigado con esos diferentes y sucesivos medios contextuales en los que el se despliega.

Por lo cual, como lo ha explicado Jean-Paul Sartre, se impone siempre un proceso de «totalización progresiva» del problema que abordamos, proceso que reconstruye esa inserción dada del tema en esas múltiples y diversas totalidades, que son las que le otorgan su significación y su sentido globales. Reconstruyendo así, un análisis social y una historia «desde el punto de vista de la totalidad», el historiador o el científico social que adopta esta lección central de la perspectiva crítica de Marx se instala entonces dentro del terreno de un examen social global de los hechos sociales investigados, o también en el espacio claro de una historia *global o globalizante*, tal y como la han defendido y promovido también, después del propio Marx, los autores de la primera y la segunda generación de la mal llamada «Escuela de los Annales»^[12].

La lección número seis que es posible extraer del pensamiento social e histórico de Marx, es la necesidad de enfocar los problemas de la historia y de la sociedad desde una perspectiva *dialéctica*. Una perspectiva

que los historiadores y los cientistas sociales del siglo XX han cultivado muy poco en general, a pesar de las ricas y profundas contribuciones que podría implicar el desarrollo, el ejercicio sistemático y la aplicación creativa de este pensamiento y de esta visión *dialéctica* de la historia y de la totalidad social. Visión dialéctica que nos invita a dejar de ver los hechos sociales y también los fenómenos y situaciones históricos como «cosas», y a la historia misma o a la sociedad actual como un conjunto de realidades muertas, terminadas y disecadas, realidades que además, estarían determinadas en *un* sólo sentido, siempre claro y siempre bien establecido. En lugar de esta última visión, tan extendida entre los sociólogos funcionalistas, los antropólogos tradicionales, los politólogos contemporáneos o los historiadores positivistas, entre otros, esta perspectiva dialectizante afirma por el contrario que todos los hechos históricos y sociales son realidades *vivas* y *en devenir*, a la vez que elementos de procesos *dinámicos* y *dialécticos* en los que el resultado está siempre *abierto* y en redifinición constante, a partir de las *contradicciones* inherentes y esenciales que se encuentran, tanto en esos mismos procesos, como en el conjunto de los hechos antes mencionados^[13].

Así, junto a la positividad de cualquier situación o fenómeno de la sociedad y de la historia, es necesario también captar su correlativa *negatividad*, mostrando por ejemplo, junto al carácter hoy dominante del capitalismo, su naturaleza irremediablemente efímera, y junto a la modernidad burguesa que hoy se enseorea todavía en el planeta entero, a las múltiples modernidades *alternativas* que la combaten y que

12.- Jean Paul Sartre ha definido esta estrategia como un proceso de «totalización progresiva» en su libro *Crítica de la razón dialéctica*, Losada, Buenos Aires, 1963. La tesis que postula ser capaz de analizar los distintos problemas que abordamos «desde el punto de vista de la totalidad» fue desarrollada por Carlos Marx en su célebre texto de la Introducción general a la crítica de la economía política. 1857, Pasado y Presente, México, 1980. Para un desarrollo agudo de las implicaciones de esta tesis, cfr. Georg Lukács, *Historia y conciencia de clase*, Grijalbo, 1969. Y para la conexión entre esta historia asumida desde el punto de vista de la totalidad y la perspectiva de la historia global de la escuela de *Annales*, cfr. nuestros libros, Carlos Antonio Aguirre Rojas, *La escuela de los Annales. Ayer, Hoy, Mañana*, Montesinos, Barcelona, 1999 y Fernand Braudel y las ciencias humanas, Montesinos, Barcelona, 1996.

13.- Sobre este punto, cfr. el ensayo de Leo Kofler, *Historia y dialéctica*, Amorrortu, Buenos Aires, 1974 y Karl Korsch, *La concepción materialista de la historia y otros ensayos*, Ariel, Barcelona, 1980, por mencionar solo dos ejemplos de entre muchos otros posibles.

se le resisten, negándola permanentemente. Porque para este enfoque dialéctico, la realidad social e histórica es como una manzana que sólo existe si lleva adentro el gusano que la corroe, o como un dulce que al chuparlo tuviese también un sabor amargo y agrio. Lo que explica entonces que, para este punto de vista, todo progreso es al mismo tiempo un cierto retroceso histórico, y todo «documento de cultura es al mismo tiempo un documento de barbarie», como lo ha afirmado y explicado tan brillantemente Walter Benjamin^[14]. Y si por ejemplo la historia o la sociología son ciencias que se interesan de manera especial en el estudio del cambio histórico, es claro que no pueden captar adecuadamente a este último si no lo «atrapan» y lo perciben desde su misma cuna, desde las contradicciones y tensiones esenciales que caracterizan a cualquier sociedad histórica de las que han existido hasta hoy, tensiones y contradicciones que se reproducen y proyectan de distintas maneras en los diferentes hechos, situaciones y acontecimientos que se suceden en esas mismas sociedades.

Por eso, en la historia humana que hasta hoy conocemos, los hechos *no* son nunca de un solo sentido, y entonces es la derrota la que es la madre del triunfo, y es la guerra la que engendra la paz y a la inversa, y es por eso que «el triunfo de una idea crea siempre a la institución que habrá de darle muerte», y también es esta la razón que explica que las sociedades perecen *no* por *no* haber tenido éxito, sino mas bien por haberlo tenido en demasía. Por ello, sin ninguna duda, frente a la explotación, la opresión, el despotismo y la discriminación, que han estado siempre tan presentes dentro de los procesos de la historia de las sociedades humanas, han existido también, con la mis-

ma persistencia y regularidad, la rebeldía, la insubordinación, la resistencia y la lucha de las clases y de los grupos sometidos y explotados, en un acontecer que nos demuestra, con la fuerza de casi una ley, que los vencedores de hoy son sin fallo los derrotados del mañana. Lo que por lo demás, es una lección importante y también muy útil, para alimentar las esperanzas de cambio que hoy se afianzan y difunden con tanta fuerza en todo el planeta. Porque es solo al mas genuino pensamiento dialéctico al que se le revelan, de manera clara y necesaria, la obligada caducidad de todo lo existente y los límites y la naturaleza siempre efímera de cualquier realidad por él analizada.

Finalmente, una séptima lección del marxismo para la historiografía y para la ciencia social contemporáneas, es la de la necesidad de construir siempre una historia y un análisis social profundamente *críticos*^[15]. Una historia o un examen de los hechos y fenómenos sociales actuales que, como lo ha desarrollado por ejemplo también Walter Benjamin, se construyen siempre «a contrapelo» de los discursos dominantes, a contracorriente de los lugares comunes aceptados y de las interpretaciones simplistas, interpretaciones consagradas sólo a fuerza de repetirse y machacarse tenazmente por todas las vías de las que dispone ese mismo pensamiento dominante.

Una «contrahistoria» y una «contramemoria», como las llamó Michel Foucault, que *descolocándose* de los emplazamientos habituales de la historia positivista, rescate todo el haz de los pasados vencidos y silenciados de la historia, desechando las explicaciones lineales y simplistas, y elaborando una historia que sea realmente una historia profunda, compleja y sutil. Una perspectiva crítico-histórica, que sea también capaz de

14.- En su agudo ensayo, «Sobre el concepto de historia» incluido en el libro, Walter Benjamin, *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*, citado anteriormente.

15.- Sobre este punto cfr. el ensayo de Bolívar Echeverría, «Definición del discurso crítico» en el libro *El discurso crítico de Marx*, antes citado.

dar cuenta de todos esos fenómenos históricos desde explicaciones multicausales y combinadas, que sumando y articulando los varios elementos y dimensiones de dichos fenómenos, terminen por dar cuenta de ellos en toda su específica complejidad^[16].

Historia realmente crítica, pero también análisis realmente científico e igualmente crítico de los hechos sociales que, por lo demás, sólo pueden construirse desde los criterios que antes hemos enumerado y esbozado. Ya que sólo desde una noción fuerte de ciencia social o de ciencia de la historia y de sus implicaciones, es que pueden constituirse estos discursos críticos historiográficos y de ciencias sociales, los que tampoco podrán ser otra cosa que las ya referidas formas de la historia o del análisis radicalmente *social*, en la doble acepción tanto de historia o estudio de los fenómenos y procesos colectivos y sociales en sentido estricto, como también de análisis e historia siempre contextualizados socialmente, aún cuando se ocupen de las élites, los individuos o los personajes singulares. Además, será también, necesariamente, una ciencia social y una historia materialista, que reconozcan las condiciones materiales de todo fenómeno intelectual, de conciencia o de la sensibilidad, y a las que no escapará nunca la centralidad general de los hechos económicos dentro de la sociedad y dentro de la historia. Y serán por último, también una ciencia social y una historia vistas desde el punto de vista de la totalidad, y con perspectiva dialéctica, que recorrerán ágilmente los niveles de la totalización sucesiva del tema investigado, a la vez que disuel-

ven toda positividad o afirmación social e histórica en su caducidad negativa y en su «lado malo», para hacer saltar siempre el carácter contradictorio y dialéctico de los problemas que abordan.

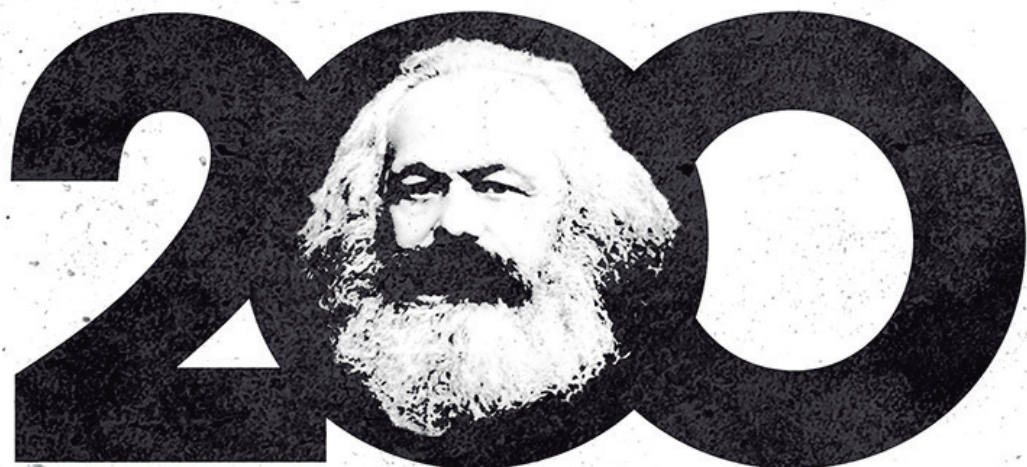
Una ciencia social y una historia cuyos resultados habrán de oponerse, necesariamente, a los de la ciencia social y a la historia hoy dominantes, las que promovidas y divulgadas desde el poder, se regodean todo el tiempo en análisis puramente monográficos, descriptivos, y aburridos, pero igualmente legitimadores del *statu quo* actual. Ciencias sociales genuinamente *críticas*, que, sin duda alguna, deben todavía hoy muchos de sus fundamentos esenciales y de sus herramientas mas importantes a ese proyecto teórico del marxismo original, cuyos ecos principales continúan resonando, a pesar de todo, mas de un siglo y medio después de que fuesen formulados por el mas importante intelectual de todo el siglo XIX: Karl Marx. Marx, fundador del mas moderno y contemporáneo pensamiento crítico y radical, bajo cuya sombra intelectual seguimos todavía viviendo, y cuya herencia teórica seguirá vigente, necesariamente, mientras continúe con vida este injusto e irracional capitalismo contemporáneo que él mismo ayudo con tanta agudeza y claridad a diagnosticar y a entender, siempre en el ánimo de ayudarnos a superarlo para construir sobre sus ruinas un futuro realmente diferente y mejor.

Porque, si como afirmo alguna vez Michelet, hemos todavía de creer en el futuro, será solo en la medida en que estemos radicalmente dispuestos a participar en el proceso complejo de su propia construcción.

16.- Hemos intentado desarrollar el modo en que esta tradición de la historia genuinamente *crítica* se hace presente en varios autores de la historiografía francesa del siglo XX, como Marc Bloch, Fernand Braudel y Michel Foucault, en los ensayos incluidos en nuestro libro, Carlos Antonio Aguirre Rojas, *Los Annales y la historiografía francesa*, Quinto Sol, México, 1996.

Pensar con Marx hoy

CONGRESO



ANIVERSARIO

2-6 OCTUBRE. MADRID

FIM



Fundación de
Investigaciones
Marxistas



transform!
europe

NUESTROS CLÁSICOS

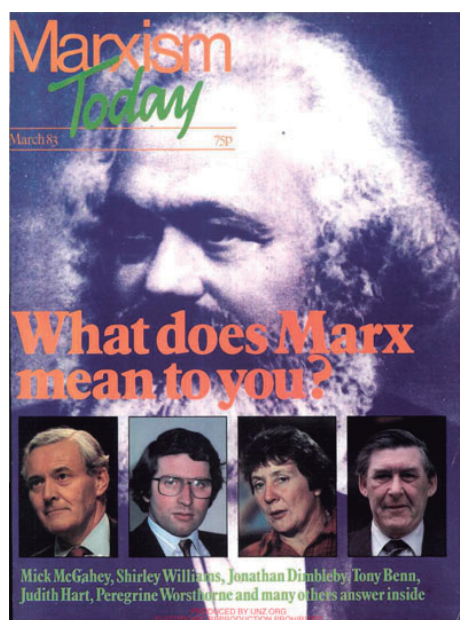
Introducción a «Karl Marx: 100 not out»

Anne Showstack Sassoon

Universidad de Londres

Este artículo, «Karl Marx: 100 not out», cuyo título se refiere a una expresión usada en cricket surgió de una mesa redonda que tuvo lugar en 1983 para recordar el centenario de la muerte de Marx. Marx llevaría mucho tiempo muerto pero se reivindicaba que el marxismo todavía era una parte esencial del debate político contemporáneo. El texto apareció en la revista *Marxism Today* que publicaba el Partido Comunista de Gran Bretaña y que aunque era una publicación oficial del partido, proporcionaba discusiones abiertas sin sectarismos y solicitaba contribuciones de un amplio espectro de colaboradores, muchos de los cuales no militaban en la organización. No es una exageración decir que la apertura crítica de *Marxism Today* así como muchos de los textos que se publicaron en este período contribuyeron de forma importante a la renovación del pensamiento de la izquierda que miraba hacia el futuro en lugar de estar ligada a debates del pasado. Era innovadora en formas en que muchas otras tradiciones de la izquierda de aquel tiempo en Gran Bretaña no lo eran.

Mirando hacia atrás ahora, 35 años más tarde, el momento es interesante por varias razones. Era 15 años después de 1968 y sólo 6 años antes del colapso del comu-



Portada de *Marxism Today* (marzo de 1983).

nismo. «Karl Marx: 100 years out» es un documento histórico que presenta algunas cuestiones que entonces eran urgentes, algunas que han sido superadas, otras que todavía son relevantes y otras más que tienen que ser reformuladas para amoldarse a los tiempos en que vivimos. Ni que decir tie-

*Anne Showstack Sassoon: profesora emérita de Kingston, Universidad de Londres y actualmente profesora visitante de Política y género en Birkbeck College, Universidad de Londres. Traducción de Antonia Tato Fontaíña.

ne que tenemos que ser críticos con todo lo que leamos. Después de todo esa es la propia esencia del trabajo de Marx —aunque no siempre de los que reivindicaban o reivindicaban estar inspirados por sus escritos. Y tenemos que preguntarnos con total honestidad qué es lo que en 2018 todavía sirve, si lo hay, para desarrollar ideas que puedan contribuir a una política progresista ahora y en el futuro. Si no otra cosa, los contradictorios aspectos a los que nos enfrentamos requieren una amplia gama de instrumentos analíticos con el objetivo de combatir esas tendencias reaccionarias y retrógradas de las que todos somos conscientes.

Marx y el marxismo podrían proporcionarnos algunas de esas herramientas, que como aquí dice Eric Hobsbawm, tienen que ser «constantemente afiladas y modificadas». El marxismo, dice, tiene una variedad de respuestas distintas para las mismas cuestiones al tiempo que hace posible que se formulen otras. Para que cualquier estrategia de izquierda tenga éxito, según se manifiestan las nuevas necesidades socio-económicas, debe tener sus raíces en los cambios que están ocurriendo más allá del control de cualquier fuerza política y en las necesidades de la gran mayoría de la población, en sus experiencias de vida, y aprovechar el potencial progresista de las tendencias actuales. Esto es esencial para poder tener la oportunidad de ganar un apoyo popular amplio. Y para entender cómo actuar con éxito en esta realidad, para aumentar la posibilidad de resultados progresistas que beneficien a muchos y no sólo a unos cuantos a la vez que evitamos las trampas

del nacionalismo y del populismo regresivo, demasiado amenazantes en la actualidad, como decía Gramsci, necesitamos una serie de herramientas para fomentar la inteligencia política vinculada a la comprensión de los sentimientos y deseos de la población.

En 2018, cuando pensamos en la obra de Marx y en los escritores marxistas que le sucedieron, de los cuales en mi opinión el más interesante es Gramsci, sorprende no solo el hecho de que haya un interés permanente en su obra sino que el contexto en el que se puede debatir, analizar y discutir sea tan diferente del de 1983. El colapso de la Unión Soviética y del comunismo en la Europa del Este no solo ha provocado una transformación en la sociedad de esos países sino que ha sido el factor principal, si es que no el único, que explica los enormes cambios de la situación de los partidos de izquierda y de centro-izquierda en la mayoría de los países de Europa Occidental. Después de 1989, superada la Guerra Fría, cualquier discusión sobre Marx o el marxismo ha estado libre en gran parte, si es que no en su totalidad, de la camisa de fuerza de las implicaciones políticas inmediatas del período anterior, cuando ciertas posturas a menudo se veían como apoyo u oposición al bloque soviético. Lo que también es cierto, sin embargo, es que han aparecido nuevas formas de dogmatismo que hacen afirmaciones basadas en versiones de Marx o del marxismo. Por lo tanto, cualquier cosa que pueda contribuir al debate contemporáneo no sectario, abierto y crítico de la izquierda como es la nueva publicación de «Karl Marx: 100 not out» es muy positivo.

Londres, abril 2018

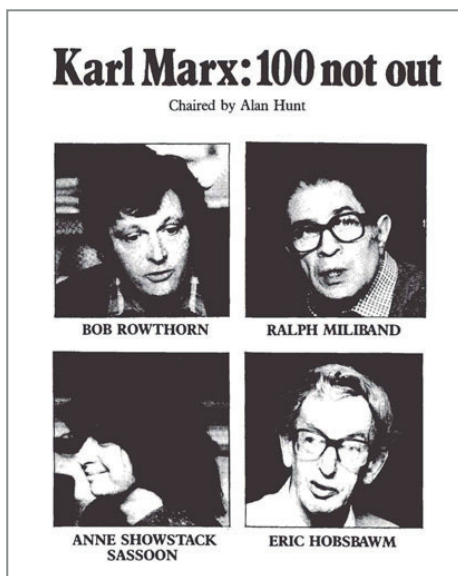
Karl Marx: vigente 100 años más tarde*

Mesa de debate moderada por Alan Hunt

¿Cuál consideráis que es la característica más importante a la hora de explicar la constante influencia del marxismo?

[Eric Hobsbawm] La característica principal es claramente la crítica del capitalismo; si todo marchara bien con el capitalismo nadie se preocuparía de una teoría cuya esencia es una crítica del capitalismo. Mientras haya razones para creer que el capitalismo tiene contradicciones internas, la gente seguirá considerando el marxismo como guía para el análisis.

La segunda característica es el hecho de que la transformación del mundo emprendida por gente inspirada por Marx es enorme; el mismo hecho de que una tercera parte del mundo de una u otra manera haya sido transformada así es un elemento que hace que la gente siga interesada en el marxismo. Así que, en un cierto sentido, el marxismo es un tema de actualidad en gran parte por esta razón. Este hecho se refuerza por el éxito que el marxismo tuvo en tragarse, por así decirlo, todas las anteriores teorías socialistas y revolucionarias y en



Marxism Today, marzo de 1983, p. 7.

convertirse en la tradición central del socialismo. La tercera característica, y aquí hablo como académico, es que el marxismo es una forma de pensar sobre el mundo que ha estimulado a generaciones; yo, como histo-

*«Karl Marx: 100 not out», *Marxism Today*, marzo, 1983. Traducción de Antonia Tato Fontañá. El título original está tomado de una expresión usada en el juego del cricket, que se refiere al bateador que después de hacer 100 carreras continúa en el juego. Alan Hunt: sociólogo y escritor fue miembro del consejo editorial de *Marxism Today*. Eric Hobsbawm (1917-2012): historiador y profesor en el Birkbeck College, Universidad de Londres. Fue miembro del Partido Comunista de Gran Bretaña y del consejo editorial de *Marxism Today*. Ralph Miliband (1924-1994): profesor de Ciencia Política en la London School of Economics y en la Universidad de Leeds. Cofundador de *Socialist Register*, formó parte del Partido Laborista y de la Nueva Izquierda. Robert Rowthorn: profesor emérito de Economía en la Universidad de Cambridge, fue miembro del consejo editorial de *Marxism Today*. Anne Showstack Sassoon: profesora emérita en Kingston, Universidad de Londres y actualmente profesora visitante de Género y Política en el Birkbeck College, Universidad de Londres. Pertenece al Partido Laborista [Nota de la Traductora].

riador, le adjudico una importancia especial a la concepción materialista de la historia. Creo que, tanto en el plano teórico como en el práctico, eso es el meollo del marxismo.

[Robert Rowthorn] Estoy de acuerdo con Eric. Creo que lo más importante del marxismo es que proporciona la única crítica coherente del capitalismo que existe. Destaca la importancia de la lucha de clases en la sociedad capitalista y evidentemente vivimos en un mundo donde la lucha de clases es una realidad muy presente. En segundo lugar, subraya que el desarrollo capitalista está azotado por la crisis y que sufre crisis recurrentes. Y una vez más, este es un hecho evidente de la vida y por tanto es natural que una teoría que resalta estos hechos mantenga su influencia. Además de ser una teoría con un considerable poder explicativo, el marxismo también es una guía de acción, una teoría de la lucha. Gramsci lo denominó «la filosofía de la práctica».

[Anne Showstack Sassoon] Las contradicciones internas dentro del capitalismo son realmente la raíz del interés en el marxismo. Pero el mismo hecho de que el marxismo tenga que lidiar con nuevas formas de contradicciones significa que tenemos que estar constantemente preguntándonos ¿es adecuado el marxismo para esta tarea?

[Ralph Miliband] Mientras el conflicto de clase dure, el marxismo como la doctrina del conflicto de clase seguirá siendo fundamental. Pero hay también en el marxismo una insistencia en que el conflicto no es la guerra de todos contra todos, que no es inherente a la naturaleza humana y por tanto que no es algo que tenga que ser soportado o que sólo se pueda atenuar. El marxismo proporciona una interpretación coherente del conflicto de clase, pero junto

con el análisis, está también la idea de que el conflicto puede de hecho eliminarse, que está dentro de la capacidad humana acabar con el conflicto social.

Las sociedades capitalistas modernas han mostrado un grado notable de estabilidad mucho después de que Marx afirmara que el capitalismo había agotado su potencial. ¿Pensáis que el marxismo ha comprendido y explicado adecuadamente la continuidad del capitalismo moderno?

[Robert Rowthorn] Después de lo visto, el marxismo lo ha hecho bastante bien. El marxismo tiene una historia que es como la del hombre anuncio que dice: ¡Ten cuidado, tu fin está próximo! Cuando el fin no llega en el espacio de tiempo previsto, los marxistas vuelven al principio, examinan el pasado y con frecuencia ofrecen una explicación bastante buena sobre las razones por las que el capitalismo se las ha arreglado para sobrevivir a otra crisis más. Los escritos de Marx y Engels dan la impresión de que el mundo entero pronto sería dominado por la industria moderna y entonces el proletariado arrasaría con todo. Creo que la expansión del capitalismo a escala *mundial* ha sido más lenta de lo que ellos esperaban. Ese es el primer punto. El segundo y más importante es que Marx y Engels no valoraron bien que la instauración de la democracia parlamentaria y el logro del sufragio universal actuarían como un estabilizador político. La democracia parlamentaria moderna es un sistema relativamente flexible. Permite compromisos que tienen un efecto profundamente estabilizador. La razón más importante para que el capitalismo perdure es el hecho de que ha desarrollado un sistema político que, hasta ahora, ha sido capaz de hacer los ajustes necesarios para su supervivencia.

[Ralph Miliband] Hay un aspecto en el que creo que se puede decir que Marx sí apreciaba la capacidad de perdurar del capitalismo. Es verdad que a veces se encuentra en la correspondencia de Marx la expectativa del derrumbe inminente del capitalismo, pero también se encuentra la muy clara constatación del grado de ferocidad con el que el orden social existente se defendería ante un desafío serio. Este siglo ha sido la demostración de ese hecho, por medio del fascismo, de la contrarrevolución, de la intervención y de la agresión a gran escala. Había en Marx una indefectible percepción de lo encarnizada que podría ser la lucha de clases. Pero más allá de eso quisiera repetir lo que ha dicho Bob, que también había una infravaloración de la flexibilidad y capacidad de adaptación de la democracia burguesa y de su potencial para atenuar las crisis y las contradicciones del capitalismo.

[Anne Showstack Sassoon] Quisiera disentir al respecto, no estoy convencida de que la gente haya leído en suficiente profundidad el concepto de «crisis» del marxismo. Tenemos que ir más allá de Marx y Engels. En el *Prefacio* de 1859 Marx habla del capitalismo desarrollándose hasta agotar su potencial y de una época de revolución social a continuación; esto se ha leído de forma muy abreviada. Cuando Gramsci tomó este concepto de «crisis» dijo que el capitalismo de hecho entraba en una crisis orgánica prolongada en la que todavía existía la posibilidad de que el capitalismo se siguiera desarrollando, pero en el nuevo contexto de una larga época de revolución social.

No estoy de acuerdo con Bob sobre la velocidad de transformación del mundo moderno. En un cierto sentido estamos deslumbrados por la velocidad del desarrollo. Tenemos que dejar de considerar el marxismo como una especie de sistema cerra-

do y simplemente recapacitar sobre él para preguntarnos si funciona o no. El marxismo en sí mismo parte de estos cambios y la pregunta es: ¿puede analizar estos últimos problemas, puede guiarnos en la comprensión de la enorme rapidez del cambio social en una situación en la que la propia expansión del conocimiento nos obliga a reconsiderar la manera de comprender el mundo?

[Eric Hobsbawm] ¿Tenemos razón al decir que Marx sostenía que el capitalismo había agotado su potencial? De ninguna manera tengo claro que dijera eso. En 1833 evidentemente no había agotado su potencial y además Marx tiene mucho cuidado en no decir que las revoluciones eran probables en cualquier sitio excepto quizás en Rusia. Es una crítica de muchos marxistas posteriores que han creído que el capitalismo estaba en su lecho de muerte inminente, pero no de Marx, creo yo.

Sin embargo, sería justo decir que a Marx le sorprendería descubrir, cien años después de su muerte, que el capitalismo está aún tan floreciente como lo está hoy. Pero esta crítica es más apta para los marxistas posteriores a Marx, que no intentaron analizar la naturaleza exacta del capitalismo que se desarrolló y que no era el mismo que Marx analizó en *El Capital* en 1867. Empezaron haciéndolo así. Casi en cuanto Engels murió, marxistas como Kautsky, Hilferding y Luxemburg comenzaron a concentrarse en tratar de descubrir la naturaleza de la fase curiosamente nueva del desarrollo capitalista que claramente estaba teniendo lugar entonces, del imperialismo, el capitalismo monopolista y el capitalismo financiero. Desde esa época los marxistas han sido un poco lentos en afrontar las novedades del capitalismo y analizarlas según se iban desarrollando y no retrospectivamente. Este es el caso de la evolución del capitalismo global después de la Segunda Guerra

Mundial. Solo en los años setenta y en los ochenta se están encarando los marxistas en serio con la naturaleza de los cambios.

[Ralph Miliband] La importancia del marxismo reside, entre otras cosas, en el análisis de un modo de producción particular, el capitalismo, y la verdadera pregunta que tenemos que hacernos es: ¿ha desaparecido este modo de producción? Si lo hubiera hecho, se podría decir que el marxismo ya no es relevante. Lo que los marxistas dicen es que después de todos los cambios que han tenido lugar en el mundo, el capitalismo perdura como sistema de explotación por medio del trabajo asalariado y de la producción de productos básicos y desde este punto de vista la dinámica del capitalismo en sus aspectos culturales, políticos y económicos perdura, pero asume nuevas formas.

Si se pregunta del marxismo: ¿proporciona un modo de explotación, un «instrumento de análisis»? La respuesta es «sí»; pero un instrumento es solo eso —tiene que ser usado adecuadamente y ser modificado y afilado constantemente. Desde luego yo no creo que cuando leemos *El Capital* o las *Obras Completas* de Marx y Engels vayamos a encontrar una explicación para todos los fenómenos que han ocurrido desde que Marx murió. Sería absurdo esperar eso. Así que al preguntar ¿ha comprendido el marxismo la continuidad del capitalismo moderno? la respuesta sería sí y no. «Sí» en términos de unas ideas básicas fundamentales, «no» en términos de cambios contrarios a las expectativas marxistas

¿Cómo valoráis el alcance de la comprensión que tiene el marxismo del fracaso del socialismo revolucionario en la Europa Occidental? ¿Hasta qué punto ha desarrollado una estrategia realizable para la transformación socialista dentro de las sociedades capitalistas desarrolladas?

[Ralph Miliband] Si se pregunta si el marxismo ha desarrollado una estrategia adecuada de cambio revolucionario en los países capitalistas avanzados, la respuesta, me parece a mí, tiene que ser claramente «no». Hasta ahora las estrategias ofrecidas al movimiento socialista son dos; ambas, por diferentes razones, han demostrado ser deficientes. Por una parte, la socialdemocracia, en varias formas, que propone reformas graduales, evolutivas y lentas, por medio de presión parlamentaria y electoral, que un día daría lugar a una situación en la que nos despertaríamos y nos encontraríamos con que llevábamos años viviendo en el socialismo. Esta estrategia ha tenido gran influencia y tiene que ver con la existencia de un marco de representación y democracia capitalista que ha sido de enorme importancia y con el que los movimientos obreros han estado muy sintonizados.

La otra estrategia ha sido una estrategia insurrecta para la cual la experiencia de los países que han tenido una revolución con levantamiento debe ser reproducida. Ahora nuestro problema es que el marxismo no ha encontrado una manera de evitar las trampas e ilusiones del parlamentarismo, por un lado, y las ilusiones y el aventurerismo de la insurrección, por el otro. A un lugar entre estas dos tiene el marxismo que dirigir su búsqueda de una estrategia apropiada en el futuro.

[Eric Hobsbawm] La obviedad de que no tenemos transformaciones socialistas en los países capitalistas desarrollados sugiere que esa estrategia no ha sido desarrollada con éxito hasta el momento. No estoy seguro de si hablamos solo de una estrategia política. Creo que también deberíamos tener en cuenta la clase de programas políticos que se podrían aplicar en una sociedad semejante si se intentara esa «tercera vía», por ejemplo el tipo de cosas que los italia-

nos llaman «reforma estructural». ¿Exactamente qué clase de reformas estructurales y adónde conducen? ¿Qué tipo de economía y qué fases de economía de transición tendremos como objetivos? A la larga eso suscita la cuestión mucho más importante de la naturaleza de las economías socialistas que esperamos se construyan sobre la base de lo que ha sucedido en el pasado en las sociedades capitalistas desarrolladas.

¿El marxismo ha entendido el fracaso del socialismo revolucionario en Occidente? Yo creo que la respuesta es sí, sin duda. No todos los marxistas por supuesto —de hecho no me gusta la palabra «marxismo» en singular porque hay y siempre ha habido un número considerable de desacuerdos dentro del marxismo. Sin embargo, bastantes escuelas marxistas, incluyendo las de los partidos comunistas, han comprendido el fracaso del socialismo revolucionario, en gran medida por dos experiencias históricas: los largos períodos de expansión y estabilidad capitalistas como los que tuvimos en los años cincuenta y sesenta y el fracaso de las revoluciones cuando se hicieron después de 1918. Gramsci, cuyas ideas se basan en el reconocimiento de la imposibilidad de hacer una simple repetición de la Revolución de Octubre en la Europa Occidental, demuestra que hay, por lo menos, una tradición marxista muy fuerte que ha sido plenamente consciente de que tenemos que repensar lo que los socialistas revolucionarios harían en los países capitalistas desarrollados.

[Anne Showstack Sassoon] A mi no me hace muy feliz esta fórmula de la «tercera vía». Ese enfoque contrapone la primera vía, la socialdemocracia, a la segunda, la Revolución de Octubre. Pero la manera en la que a menudo se expresa es que hay una vía, en algún sitio *entre* las dos. La razón de que esta idea no me haga feliz es que tenemos

que ir más allá de estos dos modelos y plantear cuestiones de una forma muy nueva.

La cuestión del socialismo se presenta ahora de una forma nueva. Ya no se formula en términos de más reformas en la tradición de la socialdemocracia. Ya no se plantea en términos de remitirse a la experiencia de la Unión Soviética y de los propios países socialistas. Se plantea en términos de la necesidad, por ejemplo, de tener un control racional sobre los recursos. Se plantea en términos de la incapacidad del sistema social de proporcionar empleos a la mayoría de la gente. Se plantea en términos de la incapacidad del sistema de atender a toda una amplia gama de necesidades nuevas que están apareciendo en la actualidad.

[Robert Rowthorn] Yo estoy de acuerdo con los últimos puntos de Anne. Uno de los problemas para encontrar una estrategia creíble para la transformación socialista es desarrollar una idea convincente de lo que queremos decir con socialismo. La opinión tradicional es que sabemos qué es el socialismo; tenemos que ir y predicar el mensaje y finalmente si encontramos la clave para entrar en las mentes de la gente, ellos aceptarán ese mensaje. Esto me parece muy poco materialista. Lo que se entiende por socialismo, a menudo tanto por los que predicar el mensaje como por los que lo escuchan, no es muy atractivo y no se corresponde con las percepciones de la gente sobre lo que es importante en sus vidas.

Para Marx y Engels el socialismo era esencialmente una economía democrática con producción socializada, en la que hay muchas libertades diferentes, era una sociedad libre organizada sobre la base de la cooperación. Naturalmente, estos eran solo eslóganes generales. Hoy el único modelo que existe, el único modelo de socialismo completamente desarrollado y llevado a la práctica, es el sistema sumamente autori-

tario del Este. La implantación del socialismo en los países de la Europa del Este y en otras partes fue un logro histórico enorme que ha dado a la gente pleno empleo y un nivel de seguridad económica sin parangón en el mundo capitalista. Sin embargo, el sistema político de estos países es autoritario y realmente no se le puede llamar democrático en el sentido en que Marx y Engels entendían el término.

Hay también las formas de gobierno socialdemócrata, bastante burocráticas y anónimas, de ciertos países occidentales que, aunque han proporcionado algunos beneficios materiales, todavía son sociedades de clase con profundas desigualdades y no le han dado a la masa trabajadora mucho control directo sobre su propia existencia. Sin embargo, existen en la actualidad movimientos populares, como los del movimiento de mujeres o en contra de las armas nucleares, que sí plantean estas demandas de un control democrático sobre el que se debe construir el socialismo.

[Ralph Miliband] Por supuesto que uno siempre está de acuerdo con que hay nuevas fuerzas, nuevos movimientos y nuevos problemas que tienen que ser incorporados a un movimiento popular por el socialismo. Ningún marxista negaría esto en serio. La pregunta es: ¿tiene el marxismo una estrategia política para transformar la estructura de poder existente? Cuando Bob se pregunta ¿qué significa socialismo? yo querría responder que desde luego significa destruir esta estructura de poder y sustituirla por una democrática, que necesariamente significa que sea también más o menos igualitaria. La vocación última del marxismo es una vocación democrática. Pero uno se queda con la pregunta: ¿dicho esto, cómo se transforma la estructura de poder que existe?

[Eric Hobsbawm] Una transferencia de poder puede ser un criterio necesario para la construcción del socialismo, pero no es suficiente. La culpa la tiene el propio Marx que cometió el error de no plantearse, más que en líneas muy generales, qué sociedad iba a suceder al capitalismo. Por ejemplo, fueron los economistas burgueses los que culparon a los socialistas al decir, habláis de la socialización de la producción, no habéis considerado los problemas de la asignación de recursos en una economía. Los socialistas no los analizaron, ni los socialdemócratas ni los comunistas; no hasta que los comunistas estuvieron en el poder en la Unión Soviética y tuvieron que enfrentarse a ellos. Una buena parte de lo que viene sucediendo en el socialismo del Este se debe en cierta medida a no considerar los problemas de la organización real de una economía no-capitalista, algunos de los cuales podrían haber sido tenidos en cuenta antes. Estos problemas todavía tienen que analizarse hoy cuando pensamos en términos de la transformación socialista de la sociedad occidental.

Marx vio al proletariado como actor principal de la revolución socialista. ¿El proletariado de Marx está siendo eliminado en el capitalismo moderno? ¿Tiene la «nueva clase trabajadora» capacidad para ser la «fuerza líder» en la transformación socialista?

[Robert Rowthorn] El proletariado no está siendo eliminado si por proletariado se entiende todos los que se ganan la vida trabajando para otros. En este sentido, el proletariado de hecho está aumentando de tamaño en la sociedad occidental. Pero el problema es que la mayoría de los marxistas y la tradición socialista en general han interpretado el término «proletariado», limitándolo estrictamente al proletariado industrial. No hay la menor duda de que en



Marx y Engels (fuente: marxists.org).

estos momentos el proletariado industrial está desapareciendo a un ritmo extraordinario. Las estimaciones hechas para Gran Bretaña indican que en los próximos diez años la proporción de trabajadores industriales en la fuerza laboral puede disminuir en un 25%. En realidad ahora estamos siendo testigos de una segunda revolución industrial que está destruyendo al proletariado en los países capitalistas avanzados a un ritmo mucho más rápido que al que fue creado. El proletariado industrial está siendo aniquilado por la nueva tecnología tan rápidamente como lo fueron los tejedores artesanos. Esto crea profundos problemas para la comprensión de la sociedad capitalista y de las posibilidades futuras.

[Ralph Miliband] Incluso si fuera cierto que hay un declive en el proletariado tradicional y que hay una creciente clase trabajadora de cuello blanco, de técnicos,

trabajadores subsidiarios y profesionales, ¿significa que la disponibilidad de la clase trabajadora como un todo para la transformación socialista es menor de lo que era? De hecho hay mucha incertidumbre sobre el significado político de estos cambios sociológicos.

[Anne Showstack Sassoon] Yo creo que los temas son mucho más amplios que la desaparición del proletariado industrial. Lo que supone es en realidad un cambio completo en la relación entre la producción y todos los otros sectores que se necesitan para la producción de servicios. Según disminuye el proletariado industrial algunos son absorbidos en empleos de mantenimiento. Nuestra imagen del trabajador industrial ha sido la de un hombre trabajando en una fábrica o en una mina, unido a un sistema doméstico de reproducción; esto siempre ha ignorado a las mujeres trabajadoras.

Ahora nuestra imagen tiene que cambiar porque la relación real entre producción y reproducción está cambiando como resultado de los cambios en la situación de las mujeres. Nuestra estrategia política tiene que relacionarse con estos cambios y desde luego todavía no lo hemos conseguido de forma satisfactoria.

[Eric Hobsbawm] Esta es una cuestión muy difícil y crucial para los marxistas. Marx hizo dos clases de predicciones, que eran diferentes pero que él conecta. Primero, vio al capitalismo proletarizando a la mayoría de la población, es decir, transformándolos en trabajadores asalariados al tiempo que el capital se centralizaba cada vez más; y al final el conflicto entre estas dos situaciones sería tal que forzaría la expropiación de los expropiadores. La sociedad que siguiera estaría lógicamente basada en la propiedad social y la gestión de los recursos. Segundo, él creía que esto sucedería a través de una clase trabajadora con conciencia de clase, ampliamente definida como una clase trabajadora industrial, que gradualmente adquiriría esta conciencia y se organizaría políticamente como una clase (es decir, como un partido); y esto sería lo primordial para conseguir el socialismo.

Esa primera predicción a largo plazo a mi me parece extremadamente válida porque las tendencias están ahí. La segunda predicción fue a medio plazo muy aguda y correcta porque es exactamente lo que pasó con la clase trabajadora en la mayoría de los países industriales, adquirieron conciencia, se organizaron como clases, como partidos de clase (nuestro propio Partido Laborista es un ejemplo muy típico). Lo que estaba equivocado es que asumía que esta clase iba a seguir expandiéndose de esa forma y que los partidos por sí mismos serían los agentes de la transformación socialista. No ha sucedido así y, con los cambios que Bob

ha subrayado correctamente, no es probable que en la actualidad suceda de esta forma. Naturalmente no quiere decir que los partidos que sobrevivan a este largo período histórico y que continúen existiendo como partidos de clase no sigan teniendo un papel central e importante en la transformación.

[Ralph Miliband] Lo que los marxistas en los países occidentales tienen que afrontar es el encontrar cuáles son los organismos adecuados para las nuevas clases trabajadoras y los nuevos movimientos. Puede ser que ahora necesitemos un pluralismo de organizaciones, en coalición unas con otras para avanzar en los diferentes frentes.

Hablar de «crisis del marxismo» se ha convertido en algo frecuente. ¿Es esta una caracterización certera del estado del marxismo contemporáneo?

[Eric Hobsbawm] Bueno, sí, evidentemente hay una crisis, pero no es una crisis del marxismo. Probablemente en la actualidad hay más marxistas de los que ha habido en toda mi vida. Pero hay una crisis en el marxismo. Consiste en una ruptura del consenso sobre lo que constituye el cuerpo principal de las ideas marxistas. No me refiero a diferencias en estrategia o en organización política porque siempre ha habido diferencias sustanciales sobre estos puntos. Pero desde el momento en que el marxismo como tal hizo su aparición en los 1880 en Alemania, cuando se formuló en gran parte como respuesta al desafío de Bernstein y del revisionismo, hasta mediados de los años 50 hubo un consenso bastante considerable y continuado sobre lo que queríamos decir con marxismo.

Ese consenso se rompió en los años 50. Sobrevivió al declive y caída del Partido Socialdemócrata Alemán, que en su momento

fue la máxima autoridad intelectual sobre lo que era o no era marxismo. Pero no ha sobrevivido al desmoronamiento del movimiento comunista internacional. Si esto es bueno o malo es otro tema, pero por el momento no existe tal consenso. Prácticamente no hay propuesta que se haya hecho, incluidas las de Marx, que no sea cuestionada por unos u otros, que se autodenominan marxistas. Y el hecho de que se llamen marxistas no es irrelevante. Hace treinta años la gente que cuestionaba esas cosas, lo hubiera considerado una razón absolutamente definitiva para dejar de ser marxistas.

Bien ¿puede el marxismo sobrevivir a esta crisis? Sí, históricamente es muy probable que sobreviva a esta crisis. Ha sobrevivido crisis similares anteriormente. Es posible y creo que deseable que un cierto grado de consenso sobre lo qué es marxismo retorne. Sugiero que vuelva, o debería volver, sobre la base de la concepción materialista de la historia. Pero al mismo tiempo, y creo que es algo positivo —de aquí en adelante será imposible hablar de marxismo en singular únicamente. El marxismo es un cuerpo de pensamiento que permite una variedad de respuestas a la misma pregunta y que sea posible abordar nuevas preguntas. Viviremos y vivimos en un mundo de marxismos.

[Anne Showstack Sassoon] Creo que la forma en que Eric ha descrito la crisis del marxismo refleja un cierto éxito y vitalidad del marxismo. En la actualidad hay una fuerte presencia de diferentes versiones del marxismo en Gran Bretaña. Lo que me preocupa es el uso del término «crisis»: implica que hubo un momento en que todo iba bien. Lo que es bueno de esta crisis es que el marxismo tiene que afrontar un número de desafíos. La cuestión es si a través de esto el marxismo será capaz de evolucionar y continuar ayudándonos a analizar nues-

tra situación presente y el posible futuro.

[Robert Rowthorn] Yo creo que la crisis del marxismo tiene lugar en dos niveles. Existe una crisis, una seria crisis dentro del marxismo, pero en algunas cosas es una crisis de crecimiento. Primero, de alguna manera todos estamos intentando liberarnos de la herencia del estalinismo y por lo tanto el marxismo refleja las incertidumbres y el conflicto político que nace del hecho de que el Partido Comunista Soviético ya no domina los partidos occidentales. El segundo problema atañe al período alrededor de los años 60 cuando los marxistas intentaban aceptar los cambios que estaban teniendo lugar en las sociedades occidentales. En ciertos aspectos caían en la clásica trampa revisionista de asumir que el capitalismo era próspero y de que tenemos que producir un marxismo para una sociedad próspera con pleno empleo. Los cogió desprevenidos, porque justo cuando habían transformado sus mentes en consonancia con la nueva realidad, esta nueva realidad se vuelve como la vieja realidad. Y ahí tenemos una situación bastante extraña en la que muchos «nuevos marxismos» de los últimos 60 ahora parecen muy anticuados, incluso en comparación con la versión estalinista que era la ortodoxia mucho tiempo antes.

Sin embargo, al mismo tiempo se produce una cantidad inmensa de textos importantes e interesantes en estos momentos. Creo que los marxistas tienen hoy mucho más que ofrecer en la comprensión de lo que está sucediendo en la crisis mundial actual que cualquier otra escuela de pensamiento. Paradójicamente parece como si el marxismo estuviera en crisis, pero sólo se tiene que examinar el ámbito de la economía, donde el pensamiento convencional es un caos, para darse cuenta de que el marxismo goza de una relativa buena salud.

[Ralph Miliband] Ha habido enormes avances, cuando pienso en lo que pasaba por marxismo en los tiempos en que yo era estudiante. Uno tenía una visión sumamente estrecha de lo que se llamaban los cuatro grandes maestros. La gente creía que Luxemburg era una emisora de radio, Trotsky un agente de la Gestapo y Gramsci era un completo desconocido. Cuando lo comparo con la eflorescencia de los últimos veinte o treinta años creo que, en conjunto, ha sido un período positivo. Sin pasarme de optimista no pondría demasiado énfasis en una crisis del marxismo. El marxismo sigue representando la proyección más humana del futuro así como el más convincente análisis del presente que se pueda ofrecer.

¿Hasta qué punto creéis que el marxismo es capaz de analizar tanto los rasgos positivos como los negativos de lo que se ha dado en llamar «socialismo real»?

[Ralph Miliband] Hay un problema al que el marxismo no ha hecho frente eficientemente y es el problema de las élites, la oligarquía, la burocracia y la reproducción de los privilegios y la represión sobre las ruinas del viejo orden económico y social. El desafío que presenta a este respecto gran parte de la experiencia de la Unión Soviética, China y los otros países socialistas existentes es muy grande pero no tiene que ser paralizante. Algunas de las categorías del marxismo se pueden usar para explicar y entender esa experiencia pero acometer su análisis requiere de mucho reequipamiento. En Marx sí se encuentran conceptos de dominación y poder que son útiles, aunque él subestimó el alcance del problema. Hay un número de cuestiones que surgen aquí y en las que los marxistas solo han empezado a desarrollar un análisis sociológico y político serio.

[Robert Rowthorn] La tradición marxista tiene que hacer frente a la degeneración del socialismo «real». Un problema muy serio lo plantean los oponentes del socialismo que sostienen que, no importa cuáles sean las intenciones del socialismo, esta degeneración es una característica inherente a cualquier sociedad socialista. Los marxistas no se han defendido de esta acusación realmente, han culpado a las circunstancias históricas en que se crearon las sociedades socialistas o han culpado a algunos individuos, como Stalin. O se encuentran demonios o accidentes de la historia. Explicaciones que veo muy poco convincentes. Nos encontramos con dos problemas difíciles que los marxistas no han asumido. ¿Cómo se puede organizar una sociedad compleja de manera no burocrática? y ¿cómo es posible mantener instituciones centralizadas y preservar al mismo tiempo su carácter democrático?

[Anne Showstack Sassoon] Creo que tenemos que establecer un nuevo punto de partida. Hay razones históricas y políticas por las que estos países aparecieron como modelos pero ya no pueden funcionar así. Aún así un número de los problemas que afrontan son problemas que existen para nosotros en la actualidad; el problema de instituciones complejas, del control popular, de socializar el trabajo doméstico, las contradicciones entre la creciente centralización de la sociedad y la aspiración a un control democrático. No debemos ver los problemas de la sociedad capitalista como si se resolvieran automáticamente con la llegada del socialismo. Tenemos que realizar un análisis bilateral, de los países socialistas y de los países capitalistas, asumiendo que estos son problemas que van a estar con nosotros durante un largo período de la historia.

[Eric Hobsbawm] No hay razón para asumir que el primer país que haga una revolución bajo el liderazgo de un partido marxista tiene que convertirse en un modelo. De hecho, por razones históricas, la Unión Soviética fue considerada como *el* modelo durante mucho tiempo. Gran parte del análisis y la crítica del «socialismo real» ha estado empapada en las pasadas polémicas de la tradición bolchevique. Los trotskistas, por ejemplo, continuaban sus debates dentro de la Unión Soviética en los años 20 y a pesar de lo útiles e importantes que fueran, históricamente son debates específicos que no necesariamente inspirarán nuestra actitud de hoy.

En el lado no marxista, todo el análisis ha estado abrumadoramente dominado por el deseo de encontrar un argumento contra el movimiento obrero y contra el socialismo en cualquier parte. No hay absolutamente ninguna razón para suponer que el intento de construir el socialismo tiene que llevar necesariamente a la clase de poder dictatorial y estructura antidemocrática que se han producido en un número de países. Si hay una razón, no se aplica solo al socialismo, se aplica también a todo el desarrollo del estado del siglo XX, Este y Oeste.

¿Ha resuelto el marxismo adecuadamente la variedad de cuestiones planteadas por el feminismo moderno?

[Anne Showstack Sassoon] La verdadera pregunta aquí es si el marxismo es capaz de analizar la evolución de los movimientos sociales y las necesidades reales, incluyendo las de las mujeres. Mucho de lo que ha salido del marxismo ha sido útil en este contexto, por ejemplo, la crítica de la noción burguesa de igualdad de que nosotros somos todos iguales en abstracto. Lo que el feminismo también sugiere es que no podemos entender la forma en que las insti-

tuciones producen desigualdad si no criticamos esta noción.

Al mismo tiempo, el movimiento de mujeres plantea nuevas cuestiones a los marxistas. Plantea la posibilidad de una diferente afiliación entre la esfera doméstica y la productiva. Esto se corresponde con un cambio muy real en las vidas de las mujeres porque, como la mayoría de las mujeres forman parte ahora de la fuerza laboral, significa que están combinando esas dos áreas de forma diferente. Así que hay una amplia gama de problemas nuevos que, por ejemplo, presentan un desafío a la actual organización tradicional de la producción y el trabajo. Hasta ahora el trabajo se organizaba siguiendo una lógica que no tiene en cuenta las necesidades individuales. Los sindicatos siempre han aceptado que debíamos cambiar nuestras vidas para adaptarnos al puesto de trabajo o no entrar a competir por determinados puestos. El desafío que plantea el feminismo es que el trabajo se amolde a las necesidades humanas y no la gente al trabajo.

Hay muchas maneras, pues, en las que el marxismo es muy útil para analizar la posición de las mujeres, pero al mismo tiempo está siendo cuestionado por el movimiento de mujeres y por el feminismo.

[Eric Hobsbawm] Si hay algún aspecto del marxismo en el que no tenemos que ser demasiado auto-críticos atañe precisamente a las mujeres. Desde el mismo principio el marxismo trató específicamente este problema. Las listas más cortas de lecturas marxistas siempre incluyen *Los Orígenes de la Familia* de Engels, el libro con el que la socialdemocracia alemana se crió. El movimiento mismo, en contra de los instintos de muchos de sus miembros, viejos trabajadores machistas, retrógrados y campesinos, recalcó constantemente la necesidad de liberar a las mujeres porque no era solo

la liberación de un sexo sino la liberación de toda la humanidad. Y no nos andemos con rodeos, cualesquiera que sean las críticas que se puedan hacer del socialismo real, ha supuesto una tremenda diferencia positiva para las mujeres. Hay un número de cuestiones que han surgido de la experiencia histórica del movimiento de mujeres. Una de ellas ha sido, por ejemplo, que los primeros avances de la emancipación de la mujer primero en los países capitalistas y en los países socialistas aparentemente han perdido fuerza. Cuando en los 60 empezó un nuevo movimiento de mujeres, actuaban como si fuesen las primeras. Todavía hace poco que el marxismo se ha dado cuenta de la seriedad del problema de la situación inferior de la mujer en la sociedad. Después de todo es la primera forma de explotación de un ser humano por parte de otro. Sería demasiado optimista esperar que se aboliese tan fácilmente como otras formas más recientes de explotación. En la actualidad hay de nuevo un movimiento feminista fuerte con el que todos simpatizamos mucho y es un componente esencial del movimiento por el socialismo.

[Robert Rowthorn] Los países socialistas han tenido un programa bastante avanzado sobre la posición de la mujer en la sociedad. Ha tenido ciertas limitaciones: no tiene completamente en cuenta el papel de la mujer en la división del trabajo y de su posición dentro de la familia; aún así ha supuesto un enorme avance para las mujeres. Este proceso está llegando a su límite. Este estancamiento refleja un problema que es muy serio en la Europa del Este. Nace de la posición de monopolio de los partidos comunistas en esos países y del hecho de que no hay movimientos autónomos de mujeres en la Europa oriental. Sin esos movimientos es difícil que se pueda desarrollar una presión real para lograr nuevos avances.

[Ralph Miliband] Creo que Eric tiene razón cuando habla de la postura del marxismo en relación con el feminismo, pero hay una importante salvedad que nace del fuerte elemento salvacionista que hay en el marxismo, que implica que después de la revolución todo irá bien para todo el mundo, incluidas las mujeres. La insistencia de las feministas en que la dominación masculina no es fácil de eliminar es algo que ha sido muy positivo en la denuncia de este elemento salvacionista del marxismo. Pero esta insistencia ha llevado a algunas feministas radicales a rechazar cualquier idea de que el socialismo sea particularmente importante para su causa. A mí eso me parece un error.

[Anne Showstack Sassoon] Me sorprende la complacencia que veo aquí. El marxismo tiene muchísimo que aprender del desafío que el feminismo supone para él. Hay vacíos importantes en la forma en que Marx y Engels plantean cuestiones que atañen a las mujeres. Por ejemplo, está todo el tema del «produccionismo», la creencia en la producción por la producción en sí misma, relegando la esfera de la reproducción a un lugar secundario. En la actualidad el movimiento de mujeres insiste en que hacer esto es insatisfactorio. A menos que empecemos ahora a plantear estas cuestiones de manera muy concreta, en términos de crear instituciones que realmente permitan una transformación de la división del trabajo entre hombres y mujeres aquí y ahora ¿por qué motivo iban a ir mejor las cosas con el socialismo?

¿Cuáles son los puntos fuertes y los puntos débiles de la tradición política marxista en Gran Bretaña?

[Eric Hobsbawm] La fuerza de la tradición política marxista de Gran Bretaña es

que es y ha sido desde el principio una parte integral del movimiento obrero. Ha sido una parte minoritaria —por qué negarlo—, pero siempre ha sido una parte integral. Es especialmente claro en la fuerza de los militantes marxistas dentro de los sindicatos y es una tradición que continúa hasta hoy en día. El punto débil ha sido que por una serie de razones históricas ningún partido político de masas comprometido con el marxismo se ha desarrollado en este país, a diferencia de otros países. Hasta el momento y previsiblemente en el futuro, los partidos políticos marxistas han sido partidos de minorías que funcionaban en una conexión orgánica con el movimiento obrero de masas, pero como una especie de intruso. Hasta los años 30 la debilidad de la tradición política marxista en Gran Bretaña fue la ausencia de un cuerpo importante de teoría política marxista. Por el contrario, de todos los otros países casi solamente en Gran Bretaña se desarrolló una ideología del socialismo específicamente no-marxista o anti-marxista. Esta es una de las cosas que hicieron los fabianos. Así que en esa medida, la ideología y el análisis político marxistas y los trabajadores atraídos por ellos, eran más débiles en Gran Bretaña. Desde los años 30 esto ha sido menos acusado.

[Ralph Miliband] Creo que Eric tiene razón al sugerir que ha existido un delgado hilo rojo en el paño rosado del movimiento obrero. Pero cuando se ha observado y valorado, lo que queda es que el movimiento obrero británico en líneas generales ha estado basado en una inveterada y poderosa tradición anti-marxista. Su liderazgo no ha sido solo indiferente al marxismo sino que se le ha opuesto enérgicamente. Y el marxismo ha estado muy a la defensiva. En ese sentido ahora estamos en una posición más fuerte. Creo que es importante que el marxismo evolucione y se convierta en una



Karl Marx (Tullio Pericoli, 1990).

parte más fuerte del movimiento obrero en Gran Bretaña; y entiendo que la lucha por el marxismo es uno de los ingredientes esenciales de la lucha por el socialismo. El marxismo es un desafío, es un punto de vista alternativo en el movimiento obrero, no de forma dogmática, exclusivista o sectaria sino como un auténtico reto para las predominantes tradiciones fabiana y socialdemócrata del movimiento obrero.

¿Se ha acabado el interés por el marxismo que aumentó tanto en los años 60 y 70?

[Anne Showstack Sassoon] Un cierto nivel de interés por el marxismo, por leer textos marxistas, todavía existe. El marxismo de los años 60 vino del activismo, probablemente no de leer mucho a los clásicos. Nació del desmoronamiento de la hegemonía americana en la guerra de Vietnam y del movimiento de derechos civiles. Pero creo

que en términos de discusión y de debate marxista hoy estamos a un nivel más alto que en 1968.

[Eric Hobsbawm] A mi no me preocupa especialmente que la atracción del marxismo fluctúe como un asunto generacional. De 1950 a los últimos 60 no hubo mucha gente que se hiciera marxista. Lo que me preocupa es que estas oleadas de interés en el marxismo generalmente son el reflejo de un giro a la izquierda en la política del país como un todo o del mundo. Y en estos momentos eso no está pasando. Mi generación se hizo marxista a causa de la crisis y de las luchas anti-fascistas de los años 30. Más tarde, la gente se politizó por la guerra de Vietnam o por algún otro gran acontecimiento político, por ejemplo, los movimientos de 1968-1969. Lo importante es la despolitización actual dentro del movimiento obrero y en todas partes, más que el hecho de que menos gente haya escrito libros marxistas o de que menos se hayan hecho marxistas en los últimos cinco o siete años. Me preocupa menos ese aspecto aunque solo sea porque una buena parte del análisis marxista de los últimos años ha sido particularmente positivo y competente. Gran parte del trabajo desarrollado es mucho mejor y más realista que mucho de lo de los años 70 cuando había una enorme cantidad de charlatanería: filósofos que no estaban interesados ni en interpretar el mundo ni en cambiarlo sino en ponencias de seminario para otros filósofos marxistas. En otro orden de cosas, algo que sí me preocupa es el ataque sistemático al marxismo, que se está dando en Inglaterra y en toda Europa Occidental. Creo que nos enfrentamos a una batalla de ideas anti-marxistas movilizadas contra nosotros.

¿Cómo valoráis las perspectivas de futuro del marxismo en Gran Bretaña?

[Eric Hobsbawm] No es exactamente lo mismo que las perspectivas políticas del marxismo en Gran Bretaña porque a veces el marxismo académico puede florecer sin que haya mucho movimiento político marxista. Diría que las perspectivas son positivas en la medida en que existe una cierta radicalización tanto dentro del Partido Laborista como más generalizada. Puesto que ahora hay más gente abierta a ideas de izquierda, es una buena noticia en términos marxistas. Al respecto deberíamos reconocer el importante papel del Partido Comunista de Gran Bretaña; porque el Partido Comunista, si bien tiene los puntos débiles de la tradición marxista de Gran Bretaña, también tiene sus puntos fuertes. Una razón para su fuerza es que es parte integral del movimiento obrero y al mismo tiempo tiene también el análisis político y teórico y que, en cualquier caso, en años pasados nunca ha perdido de vista el hecho de que lo que tenemos que hacer no es organizar a minorías no representativas sino movilizar y mover a las masas, no solo del movimiento obrero sino también de otros grupos que se oponen a la guerra y a la reacción. Lo que mi generación de comunistas aprendió es que el camino a seguir en la vía británica al socialismo no es sectario. Y sin querer menospreciar los méritos de otros grupos marxistas, que hay muchos, creo que el Partido Comunista es el menos sectario y el más fuerte a la hora de hacer un análisis marxista realista sobre la situación británica. Llevamos más tiempo que muchos en esto y hemos aprendido, a la fuerza, que tenemos que operar dentro del marco sociopolítico real de Gran Bretaña. El Partido Comunista tiene un papel clave en la izquierda especialmente porque sabe que no es la única fuerza de la izquierda.

[Ralph Miliband] Creo que es muy probable que las ideas fundamentales del marxismo continúen ganando influencia en el movimiento obrero y más allá, y a servir como base sobre la que los socialistas construirán mientras afrontan nuevos problemas y tareas. Pero la cuestión realmente importante, tal como yo lo veo, no es sobre el marxismo como cuerpo de pensamiento sino sobre la clase de organizaciones políticas que pueden articular mejor las aspiraciones socialistas implícitas en el marxismo y representarlas en la práctica. A este respecto, no hay sitio para la complacencia; porque no creo que ninguna de las formaciones políticas existentes del movimiento obrero puedan, por diferentes razones en cada caso, sacar el movimiento adelante —ni el Partido Laborista ni el Partido Comunista ni ninguno de los otros grupos de la izquierda. No debemos convertir en fetiches a los partidos y a las organizaciones, pero son necesarios; en mi opinión ha llegado la hora de que los marxistas y otros empiecen a hablar entre ellos sobre qué clase de formación política podría servir como fuerza efectiva en las luchas de la clase trabajadora y en los «nuevos movimientos sociales» y como podría ayudar a darle a las ideas socialistas la amplia audiencia y aceptación que hoy no tienen. Sin duda, el Partido Laborista continuará siendo el mayor partido de reforma social en Gran Bretaña; pero los socialistas deberían pensar seriamente en qué más se necesita y cómo se puede lograr.

[Robert Rowthorn] Bueno, yo creo que el punto de partida debe ser la seria crisis económica que aflige ahora al mundo occidental, crisis de la que no se ve el final. Aunque la clase trabajadora ha estado hasta ahora bastante pasiva ante la situación, creo que no puede continuar así indefinidamente; antes o después habrá oposición. Habrá en-

tonces un creciente interés en teorías que señalen el camino a seguir hacia una alternativa. Y la teoría principal es, desde luego, el marxismo; es el mayor rival. Es probable que haya un resurgimiento del interés popular en el marxismo.

Hay un número de cuestiones respecto del carácter del marxismo que emergerán del período actual. Una posibilidad es que podría haber un aumento del marxismo utópico, del tipo ejemplificado por la auto-denominada izquierda revolucionaria, que a menudo va con las formas sectarias de actividad política. Esta es una posibilidad —un marxismo sectario y semi-religioso. El otro es un tipo de marxismo mucho más amplio que puede lograr una posición hegemónica dentro de los movimientos populares de protesta y oposición. Ese marxismo debe ser capaz de proporcionar orientación en lo que es una situación política muy difícil. No estamos en una época revolucionaria en Gran Bretaña. El marxismo debe aportar directrices para la lucha en una época no-revolucionaria, marcar un camino a través de la crisis actual; un camino que suponga el fortalecimiento de las fuerzas populares para sentar las bases de una transformación más radical en algún tiempo futuro.

El Partido Comunista ha reconocido esto en el periodo de postguerra. Por esa razón no tenía solamente un programa revolucionario; ha formulado un programa de reformas avanzadas en un contexto nacional —*The British Road to Socialism*. Ha recibido críticas desde su izquierda por reformista y chauvinista, porque ve la nación como el lugar primordial de acción. Ambas críticas son injustas y defiendo al Partido Comunista por elegir este tipo de enfoque ya que supone un intento serio de afrontar la realidad.

Sin embargo, nuestro énfasis en la necesidad de un programa puramente nacional ya no es del todo adecuado porque la crisis

afecta a la totalidad del mundo occidental y Gran Bretaña es ahora una economía expuesta y relativamente débil.

No es realista creer que Gran Bretaña sola pueda diseñar una forma de salir de la crisis. Debe haber un enfoque más internacional y eso requiere un grado de unidad de la izquierda en la Europa Occidental como un todo.

[Anne Showstack Sassoon] No estoy de acuerdo con los que califican el programa actual como reformista, implicando que en una etapa posterior entraremos en una nueva fase «revolucionaria». Es precisa-

mente en el periodo actual de inestabilidad política y económica cuando necesitamos ser sensibles a la naturaleza contradictoria de los acontecimientos y a las nuevas necesidades sociales que se están manifestando. La situación exige soluciones radicales. La cuestión es qué fuerza política va a influir en el resultado de los hechos. Para que cualquier estrategia de izquierda tenga esperanzas de triunfar tiene que estar enraizada en los cambios que están teniendo lugar. Creo que lo que hemos estado discutiendo es que el marxismo puede ser útil para desarrollar dicha estrategia. El tiempo lo dirá.

ENTREVISTA

Reyna Pastor

Introducción y entrevista a cargo de Ana Rodríguez

Instituto de Historia CCHS-CSIC

Introducción

Reyna Pastor nació en Buenos Aires (Argentina) en octubre de 1925, descendiente de gallegos y asturianos. Estudió Filosofía y Letras, y se especializó en historia de España, en particular en su etapa medieval, en el momento en que Claudio Sánchez Albornoz, presidente de la República española en el exilio, y medievalista reputado fundador del centro de Estudios Históricos de Madrid, impartía docencia en la universidad bonaerense. Su dedicación a la historia medieval tomó pronto un camino propio, centrado desde entonces en la historia social y económica de la España medieval desde una aproximación materialista y atenta a la imbricación entre el Cristianismo y el Islam, a las resistencias y luchas del campesinado al poder feudal en la época del crecimiento que se produjo en los siglos centrales de la Edad Media, a las formas



de propiedad señorial —laica y eclesiástica—, a la organización de las comunidades aldeanas y, desde la década de 1980, tras fundar con otras historiadoras la Asociación Española de Investigaciones de la Historia de las Mujeres (AEIHM), a la construcción de una metodología de análisis colectivo e individual de la historia de las mujeres medievales. Reyna Pastor fue profesora en las universidades argentinas de Buenos Aires y Rosario, antes de tener que emprender el camino del exilio a causa de las amenazas de la dictadura militar argentina. A partir de entonces ha vivido en Madrid. En 1976 retomó su carrera docente en España, en la Facultad de Economía de la Universidad Complutense de Madrid. En 1987 se incorporó al Instituto de Historia del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), hasta su jubilación en 1997. De entre sus numerosas publicaciones de investigación españolas e internacionales, destacan: *Problèmes d'assimilation d'une Minorité: Les mozarabes de Tolède (de 1085 à la fin du XIIIe siècle)*, en la revista *Annales (E.S.C.)* (1970); *Conflictos sociales y estancamiento económico en la España medieval* (1973); *Del Islam al Cristianismo. En las fronte-*

ras de dos formaciones económico-sociales (1975); *Resistencias y luchas campesinas en la época del crecimiento y consolidación de la formación feudal. Castilla y León, siglos X-XIII* (1980), la dirección del volumen relativo a España de la *Historia de las Mujeres en Occidente*, dirigida por Georges Duby (1991); y, como coautora, *Transacciones sin mercado. Instituciones, propiedad y redes sociales en la Galicia Monástica, 1200-1300* (1999), traducido al inglés en 2001.

Entrevista

[A. Rodríguez] *Nos encontramos Reyna y yo, en presencia de su hija Mariana en dos ocasiones y de su hijo Juan Pablo en una, en su casa de Madrid, entre los meses de marzo y abril de 2018. De largas conversaciones interrumpidas por recuerdos, precisiones, silencios para ordenar y enunciar mejor algunos pensamientos, surge un relato coherente y explicativo de una vida llena de cambios y de nuevos comienzos. El texto escrito de esta entrevista es el resultado de lo dicho en esos encuentros.*

Descendiente de españoles, argentina de nacimiento, exiliada en España y establecida en Madrid desde hace más de cuarenta años...

[R. Pastor] Nací en Buenos Aires, Argentina, en octubre de 1925, así que tengo ahora 92 años, vivo en Madrid desde 1976, donde llegué con mis dos hijos y donde ellos también se establecieron. Mi padre era un médico descendiente de asturianos, de allí heredé el nombre de Reyna. Mi madre era hija de gallegos. Entré en la Universidad de Buenos Aires en la especialidad de Filosofía y Letras.

¿Cuáles son los acontecimientos que han marcado tu vida? ¿Cuáles son tus recuerdos de tu vida en Argentina antes del exilio?

En el libro homenaje que editaste en mi honor (Ana Rodríguez (ed.), *El lugar del campesino. En torno a la obra de Reyna Pastor*, Publicaciones de la Universidad de Valencia, 2007), titulas la presentación “Rey-

na Pastor: entre lo estudiado y lo vivido”. Yo cambiaría el orden, y diría, sobre todo refiriéndome a mi vida en la Argentina: entre lo vivido y lo estudiado. Las cosas que han marcado mi vida fueron fruto del azar y de elecciones personales que culminaron, a mediados de 1976, con el exilio, cuando tenía 50 años. Hay un antes y un después de esa fecha. Lógicamente, tengo una visión en parte deformada, ahora vista cuarenta años después, de mi vida en Argentina. La considero como un largo período de formación personal y de búsqueda de mí misma, de crecimiento, como mujer independiente a partir de una primera juventud, imprecisa, llena de tanteos, de aciertos y desaciertos, de oscilaciones entre una educación en parte tradicional y la apertura hacia inquietudes intelectuales, políticas, militantes, que se presentaba como vertiginosa, terriblemente cambiante. Todos los pasos dados hasta que cumplí 30 años fueron de ensayo y de búsqueda, de caminos variados, seductores, difíciles y alternativos. Porque la vida, y la intelectual en especial, sufrió profundas alternativas, ya se tratara de la Argentina de Perón y del peronismo, desde 1943 hasta 1955, y la que siguió a partir de entonces hasta el golpe militar del general de turno, Onganía en esta ocasión, que echó por tierra la mayor parte de lo construido en los once años anteriores de actividad y apertura.

En el convulso mundo político argentino y en una época de despertar y de revueltas en

todo el mundo, ¿cómo se desarrolla tu proceso de concienciación política?

Ya antes de 1955 me había ido inclinando por las ideas de izquierda y por la lucha estudiantil en contra de las ideas fascistas que predominaban entre los profesores y estudiantes con poder en la Universidad. Esta lucha se recrudeció especialmente entre 1952 y 1955, año de la llamada Revolución Libertadora y de la caída de Perón, que trajo unas elecciones democráticas, aunque los sucesivos gobiernos presidenciales quedaron sometidos siempre a las presiones militares. La vida en la universidad argentina estuvo siempre muy politizada, sobre todo en Buenos Aires.

Elegiste una época, la medieval, y un ámbito, la historia de España que quizás no eran muy habituales en tu entorno. ¿Cuáles fueron las razones que te llevaron a elegir caminos tan poco frecuentados en el mundo universitario argentino?

Antes de finalizar mi carrera me había incorporado a los seminarios semanales que ofrecía Claudio Sánchez Albornoz sobre aspectos parciales de la historia medieval de España. Mi elección se debió a que había sido el mejor profesor que había tenido en la Universidad y a que, en una Facultad desolada y tomada entonces por la derecha, Sánchez Albornoz aparecía como un exiliado de ideas progresistas, una de las cabezas del exilio republicano español en América y, a la par, un sabio erudito y dispuesto a enseñar con rigor. Éramos pocos alumnos, varios hicimos nuestra carrera académica fuera del Instituto de Historia de España y nos apartamos de sus teorías, pero a todos nos quedó una enseñanza muy importante, la del rigor en la investigación y la certeza de que, para ser historiador, había que ser paciente, dedicado y riguroso. Don Claudio



Con el historiador Claudio Sánchez-Albornoz en los Lagos del Sur (Argentina) en la década de 1960 (Foto facilitada por la familia).

nos hacía leer documentos de los siglos XII y XIII. Años después, en el Archivo Histórico Nacional de Madrid pude ver por primera vez los originales de esa documentación. Cuando un bedel me trajo una carpeta que contenía unos veinte pergaminos y lo primero que vi al abrirla fue el sello de Alfonso VIII, se produjo uno de esos momentos especiales de acercamiento a la investigación y de experiencia vital conjuntamente.

Antes de mi decisión de convertirme en medievalista y de estudiar la Historia de España, tuve varios intentos frustrados de dedicarme a la Historia Argentina y sobre todo a la Antropología. En ambos casos me rechazaron por ser mujer. El director del Museo de Antropología y Arqueología, un exiliado fascista, me dijo que una mujer nunca iría a una misión mientras él las dirigiera, y las dirigía todas. Ya para entonces yo tenía fama de izquierdista, tampoco ayu-

dó a abrirme puertas. Estas circunstancias personales no solo me hicieron medievalista, sino que me fueron abriendo los ojos sobre la condición de las mujeres en el medio profesoral universitario. Entretanto, buscaba otros caminos, frecuentemente asistía a curso que dictaba en instituciones privadas otro medievalista, José Luis Romero, sobre Historia Social y de las Ideas en la Edad Media. Estas clases fueron fundamentales para mí: por primera vez se me presentaba lo que se iba definiendo como Historia Social. Eso era lo que yo quería. Romero y Sánchez Albornoz fueron mis maestros (los hombres no suelen hablar de sus maestros). Ideológicamente seguí a Romero y desde 1958 fui su colaboradora principal, en la etapa del gran desarrollo intelectual en las principales universidades. Esos fueron mis comienzos, vacilantes, pero vistos con la perspectiva de los años, ya estaban encaminados a hacer de mí una intelectual de izquierdas militante, abierta, curiosa, y también muy estudiosa.

Madrid y París, Kula, la historiografía francesa: ¿Cuáles fueron tus primeras experiencias en Europa y cómo influyeron en tu pensamiento y en tu investigación?

En 1962 viajé a España y a Francia. En Madrid conocí el Archivo Histórico Nacional y un mundo muy gris. Recuerdo que en esa primera visita yo tenía un abrigo que me había hecho una amiga modista y que llamaba mucho la atención porque era peludo y de un color rojo llama. Me pararon varias mujeres en la Gran Vía, preguntándome quiera era yo, porque les parecía que debía ser una actriz famosa, con un abrigo así. Yo decía, orgullosa, que me lo había hecho una amiga en Buenos Aires, Argentina. De Madrid me fui a París, para conocer l'Ecole des Hautes Études en Sciences Sociales, donde enseñaba Ruggero Romano, a quien había

conocido en Buenos Aires. En ese primer viaje a París conocí a Witold Kula, me encantó su personalidad y la manera totalmente nueva de abordar el estudio de los precios en la Edad Media. Muy cálido en su trato, odiado por Braudel porque estaba fuera de su círculo, incorporó el concepto fundamental del tiempo en el sistema feudal. Le seguí en su seminario y nos hicimos amigos, yo le pedí su libro que estaba en francés, *Teoría económica del sistema feudal*, que luego tradujimos al español.

¿Cómo llegaste entonces al marxismo y cómo se fueron configurando tus planteamientos metodológicos en aquellos años?

En Buenos Aires yo iba al seminario de León Rozitchner, que era un egresado de la Facultad, pero que había hecho cursos en París con Merleau-Ponty y Lévi-Strauss. Era una cabeza muy interesante, y fui años a su seminario, centrado en la lectura de *El Capital* de Marx. Todo ello me abrió la cabeza, estuve años yendo a su seminario, que era después de comer, y todos los que me conocen saben lo mal que me viene a mí esa hora. Ya murió, hace unos años. El *Capital* me hizo ver que todo empieza con la economía, que la explotación empieza por la economía, el dominio político sigue con la economía. También era esa la época de Simone de Beauvoir, de Sartre. Mi hijo se llama Juan Pablo por él; yo decía, si tengo un hijo le voy a llamar Jean-Paul. Había grupos que leían *El Capital* y estudiaban marxismo, pero no en la Facultad, en los seminarios que se daban al margen de la Universidad.

Metodológica y teóricamente me apoyé fundamentalmente en el materialismo histórico, incorporando los avances de la historiografía francesa que conocía en Historia Rural y Urbana, de las Mentalidades, en Historia social, Demografía Histórica, estructuras familiares, etc. En alguno de

estos campos apliqué, con el sumo cuidado que exige trabajar en la Plena y Baja Edad Media, algunas técnicas cuantitativas, por entonces de gran desarrollo en la Historiografía francesa. También apareció entonces un problema que me preocupó durante muchos años, tanto a nivel teórico como metodológico, el de la frontera entre las formaciones económico sociales. Junto a él se enunciaba otro igualmente importante, el de las definiciones y conceptualización del feudalismo.

Abandonaste la universidad tras el golpe de Onganía ¿Qué actividad desarrollaste entonces?

Entre 1962 y 1966, repartí mi tiempo viajando todas las semanas a Rosario. Aunque estaba allí solo dos días por semana, inicié una amplia labor de seminarios, conferencias, preparación de ayudantes. Esos ayudantes llegaron a ser, con el tiempo, muy buenos profesores, de los que me enorgullecí. Yo era también secretaria de la Facultad, la primera secretaria mujer que hubo en la Universidad de Buenos Aires.

Toda esa labor fue cortada brutalmente por el golpe de estado del general Onganía, que tomó el poder y que en la noche llamada de “los bastones largos” hizo apalear por la policía a profesores y estudiantes de varias facultades de Buenos Aires. El golpe de Onganía nos puso a todos en una situación peligrosa, todos éramos de izquierdas y se sabía, la policía lo sabía. Vinieron a continuación las renunciadas masivas de todos los profesores de izquierdas y de los demócratas en general. Aquí se generó el primer exilio de varios de ellos. Era peligroso, mi marido Jorge Togneri era entonces dirigente estudiantil en Matemáticas. Entonces Jorge, sin decirme nada, compró pasajes para Europa. Fue entonces, en abril de 1967, cuando volvimos. Conocí entonces en

Francia a los grandes medievalistas, a Georges Duby, a Jacques Le Goff. Yo estuve en el 68 en París, aunque no participé en las revueltas. Mis hijos vinieron con nosotros en ese viaje a Europa, eran pequeños entonces.

Quedamos sin trabajo, sin concursos y con las aulas clausuradas, hasta 1970-71, cuando otro general de turno, nuevo presidente, más abierto en varios sentidos, impulsó lentamente el retorno a las universidades. En los años intermedios, cada uno trabajó como pudo y donde pudo. Yo lo hice como profesora de historia en un colegio de secundaria en Buenos Aires. En 1971, aprovechando la tímida apertura, me reincorporé a la Facultad de Rosario primero y a la de Buenos Aires después. En Rosario conocí a algunos de mis alumnos más queridos: Marta Bonaudo, Susana Belmartino y Arturo Firpo. Estuve en Rosario hasta el 74. Los últimos años en Argentina antes del exilio los viví muy ocupada. Mis hijos eran pequeños. Pero las amenazas de muerte, las detenciones, las muertes y las desapariciones de alumnos y profesores que culminaron con la clausura de las universidades, hicieron imposible llevar una vida normal. Sufrimos amenazas directas, eso te mina. Muchos alumnos míos desaparecieron, era el gobierno de Isabel Perón con Cámpora. Iba un día con mis hijos y en la calle delante de mi casa veo un auto con cuatro paramilitares, el clima era muy opresivo, teníamos que mirar bien a dónde íbamos. Las amenazas reales y directas, el clima de enorme intranquilidad y miedo y la situación general motivaron el exilio a Madrid.

¿Cómo se desarrolló tu exilio en España? Háblanos de tus nuevas preocupaciones investigadoras.

Antes del 75 yo había vuelto a Madrid, di una conferencia en la Casa de Velázquez sobre el origen de los movimientos sociales

en España. Estuve entonces con Gonzalo Anes, a quien ya conocía y con Abilio Barbero, a quien conocí entonces, ambos muy importantes para luego poder instalarme en España. Pude trabajar ya en el curso 1976-77 en la Facultad de Económicas de la Complutense, en la cátedra de Historia Económica Mundial y de España de la que era catedrático Gonzalo Anes. Él me brindó esa oportunidad por la que le he estado siempre agradecida. En esos comienzos era la única mujer en un grupo de unos veinte docentes. Tuve también que buscar otros trabajos en editoriales, informes, correcciones de pruebas, todo. Colaboré especialmente con Siglo XXI de España, cuyos directores Faustino Lastra y Javier Pradera se preocuparon mucho por los exiliados que habíamos pertenecido a Siglo XXI Argentina y por otros muchos más.

Pronto surgió la necesidad de hacer otra tesis doctoral pues por entonces no se convalidaban las tesis hechas en el extranjero. Tras largos años de mucho trabajo y sacrificio pude presentarla, y fue casi inmediatamente publicada por Siglo XXI como *Resistencias y luchas campesinas*. Hace 35 años estos temas de los campesinos, sus estructuras familiares, sus alianzas internas, sus comunidades, sus capacidades para utilizar recursos propios, sus resistencias y sus luchas, así como los problemas teóricos que planteaba su conciencia de clase, eran casi totalmente desconocidos por la historiografía al uso. Sólo Abilio Barbero, Marcelo Vigil y yo los comenzamos a investigar con distintas cronologías. Por mi parte, lo hice a partir de mi formación teórica, la influencia de Rodney Hilton y sus trabajos para Inglaterra medieval, de otros historiadores británicos y de Marc Bloch y de Georges Duby especialmente entre los franceses.

Poco después de obtener el doctorado en España, pude optar a un concurso, que entonces tenían carácter nacional. Saqué la

plaza de Madrid y, más tranquila, pude seguir mi investigación y mis tareas docentes, que eran muchas.

A principios de 1987 comenzó una nueva etapa, en el CSIC y dedicada íntegramente a la investigación. Hasta que llegué al CSIC y formamos el grupo de investigación, con becarios y colaboradores como vosotros —Ana Rodríguez, Esther Pascua y Pablo Sánchez León—, yo no había encontrado en España alumnos progresistas que me entusiasmaran con su pensamiento y su seguimiento, que me aceptaran plenamente. Entre el alumnado español y el argentino preferí siempre el argentino. No había dinero, nos perseguía la policía, pero no había obstáculos insalvables. Los alumnos argentinos se acercaban al profesor, Romero los tenía a puñados, don Claudio no, porque no aceptaba hablar con los alumnos que no fueran al seminario.

Y, por último, ¿cómo llegaste a las nuevas visiones y preocupaciones de la Historia de las Mujeres? Es esta una de las facetas que más desarrollaste en los últimos años que te dedicaste a la investigación.

Llego por varios canales: por una parte, Duby me pide hacer la parte española de la gran obra en la que estaba entonces embarcado, los tres volúmenes de la *Historia de las Mujeres en Occidente*, que aquí publicó Taurus en 1991. Por otra, porque ya para entonces participaba en las incipientes y entusiastas reuniones con historiadoras de distintas universidades, Mary Nash, Cándida Martínez, Susana Tavera, Gloria Nielfa, que culminaron en la fundación de la revista *Arenal*, que publica la Universidad de Granada. Ha sido una fuente de satisfacción, de entusiasmo, de nuevas perspectivas, de conjugar muy diversas preguntas en un sujeto histórico olvidado hasta entonces y una capacidad explicativa inmensa.

LECTURAS

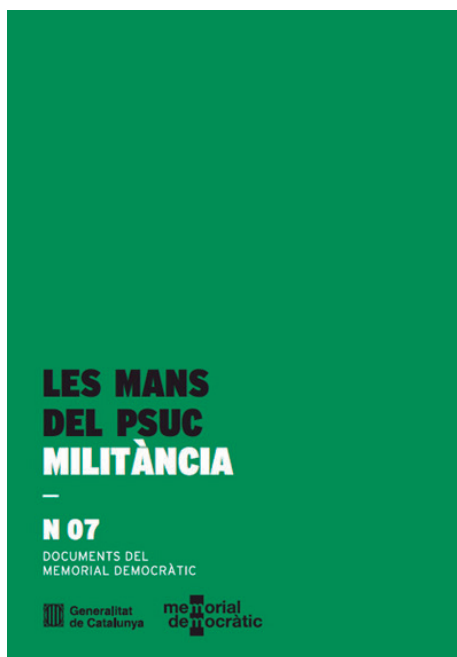
Les mans del PSUC: militància, de Josep Puigsech Farràs y Giaime Pala (eds.)*

Jordi Sancho Galán

Universitat Autònoma de Barcelona - CEDID

En las últimas décadas la historiografía ha dedicado una especial atención al Partit Socialista Unificat de Catalunya (PSUC), permitiéndonos considerar, hoy por hoy, su historia durante la guerra civil y en su lucha contra el franquismo, no solo como una de las mejor conocidas, sino, también, como una fuente de importantes contribuciones al estudio de ambos procesos históricos. No en vano, como lo definen Josep Puigsech y Giaime Pala, en la introducción del libro que aquí se presenta, el PSUC ha sido «uno de los ejes vertebradores de la trayectoria histórica catalana del siglo XX», siendo un actor importante en el contexto de la Guerra Civil y de la Transición y, esencialmente, «el partido del antifranquismo». Aun así, nuevos trabajos y encuentros siguen demostrando que el PSUC no solo continúa siendo un elemento de interés y de debate historiográfico, sino que su estudio sigue aportando nuevas claves interpretativas que nos ayudan a entender mejor, tanto al propio Partido, su relación con la sociedad catalana, los movimientos de masas o la lucha antifranquista, como el propio período analizado. Una buena prueba de ello es el libro *Les*

* Josep Puigsech Farràs y Giaime Pala (ed.), *Les mans del PSUC: militància*, Barcelona, Memorial Democràtic, 2017, 298 pp.



mans del PSUC: militància, donde se recogen las ponencias del II Congreso de Historia del PSUC celebrado en octubre de 2016.

El libro, que se divide en tres grandes apartados cronológicos —Guerra Civil, antifranquismo y Transición—, representa, sin duda alguna, un avance en el conocimiento del papel que el PSUC tuvo en el siglo XX

catalán, zanjando algunas de las controversias y mitos generados entorno al partido y abriendo y aportando debates y elementos de análisis. Es, asimismo, especialmente interesante la apuesta que el trabajo hace por analizar la parte menos orgánica e institucional del Partido, tomando un especial relieve la militancia, los movimientos sociales y la cuestión cultural y nacional, elementos que recorren transversalmente los diferentes apartados.

El primer bloque, dedicado a los años de la Guerra Civil, lo abre José Luis Martín Ramos con el propósito de desmontar uno de los tópicos más extendidos sobre el partido: la idea del PSUC como «*el partit dels botiguers*», es decir, un partido de clases medias que, por ende, frente a los proyectos obreros y revolucionarios de la CNT-FAI y del POUM, habría defendido intereses «contrarrevolucionarios». En cambio, Martín Ramos, analizando los datos referentes a la militancia, defiende que el PSUC fue un partido de trabajadores de la ciudad y del campo que defendió «un proyecto revolucionario popular para hacer frente al fascismo consiguiendo para esta propuesta la adhesión de trabajadores, asalariados y campesinos» y también una minoría de profesionales liberales y pequeños comerciantes identificados con los valores republicanos y democráticos, que para diciembre de 1937 sitúa respectivamente en el 3,7% y el 1,9% de la militancia, frente al 56% de obreros, 27,4% de campesinos y 11% de empleados. Lo que le permite definir al PSUC en el contexto de la Guerra Civil, como un «partido frentepopulista en el que el frente de los trabajadores es claramente hegemónico».

Un partido, además, donde la cuestión nacional tendrá, desde sus inicios, un lugar destacado entre sus principales debates. A ello dedica su capítulo Manel López Esteve trazando la posición mantenida por el Par-

tido en sus primeros años. Para López Esteve el PSUC practicó un «patriotismo dual» que le permitió combinar «la liberación nacional de Catalunya hasta las últimas consecuencias, como elemento central de su identidad política, con la independencia nacional de la República española frente al fascismo». Todo ello con el objetivo de erigirse como el portador de la «legitimidad nacional» frente al patriotismo nacionalista, defendiendo la soberanía y la liberación nacional, «elementos constitutivos de la identidad política del partido».

En la misma línea, Josep Puigsech define al PSUC como un nuevo tipo de partido: «marxista, antifascista y nacionalista», aunque su ponencia está centrada en la relación entre el PSUC y la diplomacia soviética. Una relación que partía de intereses mutuos: por parte del PSUC aparecer como el principal interlocutor con la URSS, mientras que, por parte del consulado soviético en Barcelona, consistía en disponer de información directa sobre los planes de la *Generalitat* y «reconducir el poder político y social que tenían los anarquistas en favor de un modelo que pudiera generar confianza desde Londres y París». Sin embargo, como demuestra Puigsech, esta relación no siempre estuvo en plena sintonía dado que, en diferentes aspectos, unos y otros mantenían proyectos y estrategias políticas distintas. Entre los ejemplos que presenta el capítulo, destacan la relación con la CNT-FAI, la competencia con ERC y, principalmente, el proyecto político. Un proyecto político que los comunistas catalanes consideraban que debía derivar en una revolución popular, mientras que la URSS era partidaria de un modelo liberal democrático para España. Por lo tanto, concluye Puigsech, el PSUC fue para el consulado soviético un excelente interlocutor, pero en ningún caso una correa de transmisión de sus planteamientos, ni mucho menos, un

partido subordinado a sus intereses.

Finalmente, cierra el apartado dedicado a la Guerra Civil, Maria Campillo analizando la relación entre el PSUC y los escritores catalanes, especialmente, de la *Agrupació d'Escriptors Catalans*. Campillo hace una descripción de los intensos debates y discrepancias en torno a qué función debía tener la literatura en ese determinado momento histórico y qué hacer con la tradición literaria catalana burguesa y/o no estrictamente antifascista o revolucionaria. Debates que, partiendo de posiciones claramente encontradas, tal y como avanzará el período, tenderán a una mayor afinidad entre el Partido y los escritores, llegando a ser especialmente fructíferos a partir de la aparición del semanario *Meridià*. Con este análisis, Maria Campillo pretende desmontar otro de los mitos sobre el PSUC en el período: su control sobre la *Agrupació d'Escriptors Catalans*.

El segundo apartado, centrado en el período antifranquista (1939-1975), se inicia con el capítulo de Carme Molinero y Pere Ysàs, en el que analizan la retroalimentación entre las dos principales consignas del PSUC en el período —la apuesta por la movilización social y la política unitaria—, y como estas serán elementos clave para que el PSUC se acabara convirtiendo en «el partido hegemónico del antifranquismo». Molinero e Ysàs recorren la actuación del partido en el movimiento obrero y estudiantil y en las asociaciones de vecinos para demostrar como su conexión con los elementos más activos de la sociedad les permitió convertirse en el partido de los movimientos sociales, pudiendo así romper el aislamiento político en el cual estuvieron instalados los comunistas hasta bien entrada la década de los sesenta. Constatando, también, como las plataformas unitarias promovidas por el PSUC beneficiaron la movilización social en el tardofranquismo.

Carme Molinero y Pere Ysàs defienden que el PSUC mantuvo esta apuesta por la movilización social y por la unidad antifranquista hasta las primeras elecciones democráticas. No obstante, esto en ningún caso les lleva a concluir que, a partir de ahí, el Partido propiciara una desmovilización, posicionándose en la cuestión del papel jugado por la dirección comunista en cuanto la movilización social durante la Transición, uno de los aspectos que en los últimos años está generando un mayor debate historiográfico.

Un buen ejemplo de ese vivo debate es el capítulo que les sigue, escrito por Francisco Erice y centrado en la política de alianzas y la movilización de masas por parte de los comunistas españoles, donde analiza críticamente la evolución programática y discursiva de la dirección comunista en la etapa final del franquismo y la Transición. Francisco Erice considera que el PCE mantuvo, en este período, unas posiciones tendentes a la moderación, especialmente a partir del Pacto por la Libertad y los «sucesivos llamamientos a los centristas del régimen y a los sectores del capitalismo español», que para Erice, marcaran el paulatino paso de la apuesta por una transformación revolucionaria con un fuerte contenido social, hacia un acuerdo que «aunque siguiera hablando de la ‘democracia’ como objetivo primordial, [...] excluía necesariamente cambios sociales vinculados a la caída del régimen, posponiéndolos para un momento ulterior». Esta evolución hacia la moderación, el autor la observa claramente en las movilizaciones y el «reajuste táctico» del período 1975-1977, cuando el partido, defiende Erice, entrará «en una cadena de renuncias que situaban la perspectiva política del PCE fuera o en los bordes de la misma idea de ruptura», que pasaría a significar «simplemente acabar con el ‘monopolio político del Movimiento’».

Los movimientos sociales son también el hilo conductor del capítulo escrito por Nàdia Varo, donde se centra en la labor que en ellos desarrollaron las militantes del PSUC, a partir del estudio de tres generaciones de mujeres comunistas. Varo destaca, en el período 1939-1956, el trabajo de estas militantes en la reconstrucción de las redes clandestinas y su apoyo al maquis. Sin embargo, expone, también, cómo algunas mujeres implicadas políticamente con maridos comunistas redujeron su actividad en pro de mantener el núcleo familiar en el caso que su marido fuese detenido y cómo el PSUC promovió activamente este discurso. Analiza, a continuación, las militantes de los años sesentas y setentas, enumerando su participación en los movimientos obrero, estudiantil y vecinal, así como la creación del *Moviment Democràtic de Dones* y la eclosión del movimiento feminista; exponiendo las contradicciones, cambios y debates que este generó en el interior del Partido.

Joaquim Sempere dedica su capítulo a los intelectuales comunistas, quienes, considera, partían «de un bagaje intelectual muy precario» consecuencia de una dirección formada esencialmente en «la lucha política, sindical y militar» y de un «marxismo momificado por la influencia estalinista», algo que cambiaría sustancialmente a partir de mediados de los cincuenta con la formación del primer núcleo de intelectuales del PSUC. A partir de aquí, pasa a analizar el rol de estos intelectuales en el Partido, concretándolo en cinco puntos: la lucha por la hegemonía y el proyecto cultural nacional-popular; la crisis Claudín-Semprún; 1968, Checoslovaquia y los ecos del Mayo Francés; las asociaciones profesionales y el movimiento vecinal; y, finalmente, Manuel Sacristán y su influencia intelectual. Muy relacionado con la ponencia anterior, Jordi Mir pone el foco sobre la universidad para

analiza el proceso «de autorganización y liberación respecto a las estructuras del régimen» que llevó a la ruptura con el sindicato oficial y a la creación del Sindicato Democrático de Estudiantes de la Universidad de Barcelona (SDEUB). Un proceso en el que los estudiantes comunistas fueron hegemónicos. Mir centra especialmente su ponencia en las reivindicaciones democráticas y universitarias de los estudiantes, a partir del análisis del manifiesto *Por una Universidad Democrática* y el impacto que la constitución del SDEUB tuvo en el ámbito social y político, contribuyendo a que el régimen «perdiera la Universidad».

Finalmente, resulta especialmente interesante y de actualidad el capítulo escrito por Giaime Pala, donde analiza la cuestión nacional en el período que va desde la expulsión de Comorera (1949) hasta 1980. Expone que el PSUC defendió, en lo referente al encaje político institucional de Cataluña, un federalismo leninista, es decir, autodeterminante. «Una Cataluña autodeterminada que se adhiere voluntariamente a una España republicana respetuosa con las singularidades nacionales y avanzada socialmente». Sin embargo, Pala no se queda en su análisis en lo institucional y dedica buena parte del texto al análisis de la identidad nacional de los diferentes partidos que es al mismo tiempo el PSUC (el de los trabajadores, los estudiantes, los intelectuales, etc.); la relación con el PCE; y, finalmente, la cuestión de la integración de las comunidades inmigradas en el Partido y en la sociedad catalana. Es en este punto donde Giaime Pala destaca como el PSUC lejos de intentar «‘nacionalizar las masas de la inmigración’ trató de integrar las culturas de su militancia inmigrada a la cultura catalana [que] no sustituía la cultura personal de cada militante, sino que la complementaría y la enriquecería».

El tercer y último apartado del libro está

dedicado a los años de la Transición y los primeros de la democracia. Abre el apartado el pormenorizado análisis de Andreu Mayayo sobre la militancia del PSUC en el período, estudiando, a partir de los datos de afiliación, la militancia comunista tanto a nivel de cifras —poniéndolas en relación con el momento histórico—, como la cultura militante del partido en el tardo-franquismo y los cambios que en ella se producen a partir de la Transición. En este apartado, además, resultan especialmente destacables los capítulos de Carme Cebrián y de Joan Tafalla, donde se presenta desde dos perspectivas diferentes, aunque en cierto modo complementarias, la crisis y el final del Partido.

Carme Cebrián, expone la evolución del PSUC desde los años setenta, cuando lo define como «un partido heterodoxo y plural» de tipo gramsciano que buscaba la hegemonía política y cultural mediante el voto, ofreciendo a largo plazo, un proyecto de socialismo en libertad. Un proyecto que, sin embargo, no solo no pudo ser, sino que terminó con una grave crisis y la congelación del partido. En consecuencia, entra a analizar los porqués centrándose básicamente en tres puntos: en primer lugar, un nuevo mundo desconocido para el PSUC, el de la competencia democrática entre partidos, en el que destaca también, el papel del poder económico, que «no podía consentir que el titular ‘Catalunya, poder comunista’ se hiciera realidad»; en segundo lugar, la cuestión ideológica que, para Carme Cebrián, en el fondo, es la cuestión de la política del partido en la Transición y el descontento que esta produce en una parte significativa de la militancia. Y, finalmente, añade como elementos la crisis económica y las primeras elecciones al *Parlament*, cuando el axioma «partido de lucha y de gobierno» dejará de tener sentido».

Joan Tafalla complementa esta visión

de la crisis del PSUC desde una interesante perspectiva: analizando la Transición española a partir de los conceptos gramscianos de revolución pasiva y transformismo molecular. Una relación ya apuntada por Rafael Díaz-Salazar, pero que Joan Tafalla lleva un paso más allá estudiando la actuación de la dirección comunista y relacionándolo directamente con la crisis del PSUC^[1]. Ambos autores coinciden en considerar la Transición como un proceso de «revolución desde arriba» que parte de una crisis orgánica del régimen producida por las movilizaciones populares, obreras y estudiantiles, las cuales amenazaban con una ruptura tendencialmente emancipadora. Ante ello, el bloque dominante, encabezado por Suarez, emprendería esa revolución pasiva a partir de modificaciones moleculares: incorporando los planteamientos menos radicales del antifranquismo, integrando, en parte, a los líderes opositores y reduciendo las protestas populares. Este proceso, en consecuencia, daría como resultado una transición basada en un modelo de innovación/conservación, con una cierta modernización sociopolítica a costa de no implantar un nuevo sistema socioeconómico. Joan Tafalla, analiza la crisis del Partido como un epifenómeno de esta guerra de posiciones que habría sido la Transición, donde los comunistas habrían cosechado una «derrota estratégica» que actuaría como uno de los factores fundamentales de la suma de descontentos que, entiende, fue la crisis del PSUC. Cierra finalmente el libro, Raül Digné Martín analizando el proceso de reorganización ideológica y organizativa que seguirá el comunismo catalán, en sus diferentes expresiones, a partir de esta crisis y hasta la «definitiva» hibernación del PSUC.

1.— Rafael Díaz-Salazar, «Transición política y revolución pasiva», Juan Trias Vejarano (coord.), *Gramsci y la izquierda europea*, Madrid, Fundación de Investigaciones Marxistas, 1992, pp. 97-114.

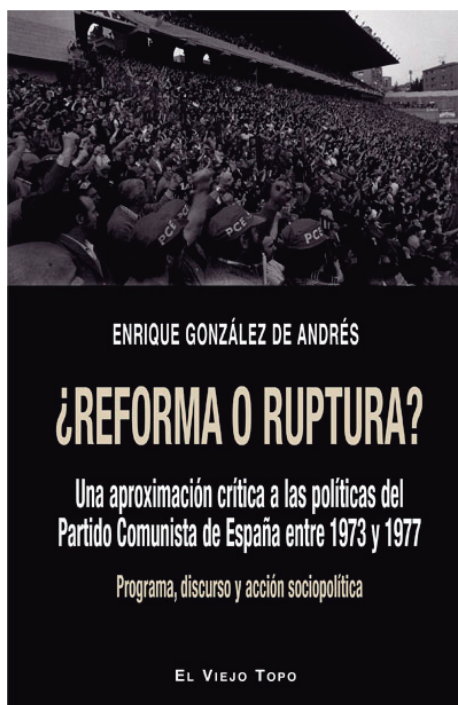
¿Reforma o ruptura? Una aproximación crítica a las políticas del Partido Comunista de España entre 1973 y 1977, de Enrique González de Andrés*

Eduardo Abad García
Universidad de Oviedo

Enrique González de Andrés ha publicado en 2017 un interesante trabajo que viene a contribuir al debate historiográfico sobre las políticas del Partido Comunista de España en un periodo tan crucial para la historia reciente del país como fueron el tardofranquismo y la transición. En los últimos años han continuado apareciendo libros sobre esta temática, demostrando que la historiografía sobre el PCE se encuentra en un buen momento.[1] La obra es una síntesis revisada de su tesis doctoral presentada en 2015 en la UNED y que llevó por título *El PCE durante la transición. Discurso*

*Enrique González de Andrés, *¿Reforma o ruptura? Una aproximación crítica a las políticas del Partido Comunista de España entre 1973 y 1977. Programa, discurso y acción sociopolítica*, Barcelona, El Viejo Topo, 2017, 400 pp.

1.-Algunos de los más relevantes aparecidos en los últimos años: Carme Molinero, Pere Ysàs, *De la hegemonía a la autodestrucción. El partido comunista de España (1956-1982)*, Barcelona, Crítica, 2016. Francisco Erice, *Militancia clandestina y represión. La dictadura franquista contra la subversión comunista*, Gijón, Trea, 2017. Alfonso Pinilla, *La legalización del PCE. La historia no contada*, Madrid, Alianza editorial, 2017. Giaime Pala, *Cultura clandestina. Los intelectuales en el PSUC bajo el franquismo*, Granada, Comares, 2016. Puigsech Farràs, Josep i Pala, Giaime (ed.), *Les mans del PSUC. Militància*. Barcelona, Memorial Democràtic de la Generalitat de Catalunya, 2017. Fernando Hernandez Sánchez, *Los años de plomo la reconstrucción del PCE bajo el primer franquismo (1939-1953)*, Barcelona, Crítica, 2015.



y acción política. 1973-1977. Este historiador tiene publicadas varias obras sobre este periodo, fundamentalmente encuadradas dentro del análisis económico y la crítica a los discursos sobre la transición, como son *La economía franquista y su evolución, 1939-*

1977. *Los análisis económicos del Partido Comunista de España* (Los libros de la Cata-rata, 2014) y el más reciente *Las transicio-nes políticas. Enfoque ideológico y discurso académico: Una mirada crítica* (Académica española, 2016).

Las palabras escogidas por el autor para encabezar el libro no son baladíes. La dicio-tomía entre reforma o ruptura fue decisiva para la táctica del partido de Carrillo en este convulso periodo que abarca los últi-mos años del franquismo y la primera etapa de la monarquía. Sin embargo, el autor lejos de ceñirse exclusivamente al marco político que debía seguir a la muerte del dictador también la sitúa en el marco económico. Es decir, la dicotomía que ya había planteado a finales del s. XIX Rosa Luxemburgo con-tra las tesis reformistas de Eduard Bernstein de *reforma o revolución*. La perspectiva de análisis, como no podía ser de otra mane-ra, parte de una exhaustiva revisión crítica de múltiples fuentes y de la confrontación de posiciones con lo que hasta el momen-to han sido las visiones hegemónicas de la historiografía sobre el PCE en este periodo. González de Andrés no utiliza como pun-to de partida a la dirección comunista y sus políticas sin más, sino que trata de con-trastar el auge del movimiento obrero en ciertas zonas con la táctica del PCE en ese contexto mostrando, a su vez, las múltiples contradicciones existentes entre los análi-sis comunistas y las experiencias del mo-vimiento obrero. La intención del autor es estudiar el alcance y la influencia de estas políticas en el contexto de las luchas socia-les de la época, especialmente de las luchas obreras de la última etapa del franquismo. Esta obra sigue de alguna manera la estela de otros autores como Raquel Varela quien previamente ya analizó para el caso por-tugués las políticas del Partido Comunista de dicho país desde la perspectiva de que el partido dirigido por Álvaro Cunhal fre-

naba los impulsos transformadores de las masas que buscaban una orientación socia-lista de la revolución.[2] No obstante, como veremos más adelante, Enrique González de Andrés es bastante más prudente en sus aseveraciones, dejando muchas veces una sensación de ambigüedad a los ojos del lec-tor o lectora.

En la introducción destacan los objeti-vos del libro y el estado de la cuestión de la temática que pretende abordar. En ella se sitúan aspectos importantes para la pos-terior comprensión de las ideas expuestas. Uno de ellos es el «carácter probabilístico» que debe adoptar la investigación histórica. Es decir, indagar en torno a por qué no se produjeron otros hechos y qué aspectos de-terminaron ese rumbo histórico en concre-to. Otras cuestiones esbozadas emplazan a tener cuidado al valorar a las organizacio-nes situadas teóricamente a la izquierda del PCE, puesto que tendrían una línea más moderada de la que se les ha caracteriza-do tradicionalmente. El periodo que aborda abarca desde la muerte de Carrero Blanco hasta la firma de los Pactos de la Moncloa, un contexto histórico lleno de contradic-ciones. El autor se cuestiona sobre los des-ajustes existentes entre las orientaciones políticas promovidas por el PCE y las ex-pectativas de su base social, especialmen-te sobre la orientación del cambio demo-crático. Para González de Andrés no se ha culminado la normalización historiográfica sobre el PCE y es necesario valorar más el papel de su militancia. El objetivo del libro, expuesto en su introducción no es otro que responder a la pregunta de si hubiera sido posible una ruptura si el liderazgo de la iz-quierda hubiera actuado en una dirección más combativa. Para ello, el autor parte de una reivindicación de los preceptos funda-

2.- Raquel Varela, *A Historia do PCP na Revolução dos Cra-vos*, Lisboa, Bertrand, 2011.

mentales del materialismo histórico, defendiendo que, pese a estar condicionados por la realidad material que les rodea, los seres humanos son los auténticos protagonistas de la historia.

El libro se estructura en tres grandes bloques temáticos: que guardan una estrecha relación entre sí. El primero lleva por título *Programa y discurso del PCE*. En este, el autor defiende las tesis trotskistas de que el verdadero origen de las políticas posteriormente conocidas como «eurocomunistas» se encuentra en el triunfo de las tesis del Stalin frente a las de Trotsky en los años veinte. Por lo tanto, todas las políticas posteriores no tienen un carácter novedoso, sino que constituirían adaptaciones de la línea de frentes populares del VII congreso de la *Kommintern*. De esta manera, en vez de aglutinar a la clase obrera en la lucha por la revolución socialista, el PCE habría dedicado sus esfuerzos a tejer una estrategia interclasista, lo que confrontaría con los anhelos anticapitalistas de sectores destacados de la militancia obrera. En su opinión, resulta nocivo establecer una línea gruesa entre una Política de Reconciliación Nacional caracterizada de rupturista y las políticas del PCE en la transición, donde existe más consenso sobre su carácter reformista. Posteriormente aborda el debate entre Claudín y Carrillo, donde parece defender las tesis del primero al considerar que el discurso sobre el carácter monopolista del capitalismo de Estado en las sociedades occidentales es una forma de encubrir una desviación de los verdaderos objetivos de la lucha de clases. También realiza una breve comparativa internacional para criticar la táctica «etapista» de los comunistas occidentales, entre los que no duda en incluir al Partido Comunista Portugués. Posteriormente se centra en los análisis del PCE sobre la crisis económica mundial y la situación en España. El autor se muestra

muy crítico con su línea, ya que considera que pese a la aparente utilización de parámetros marxistas, los comunistas españoles utilizaban argumentos similares a los de los economistas pro-capitalistas. Por lo tanto, no identificaban correctamente las crisis de superproducción, defendiendo que la solución pasaba por establecer un régimen democrático-burgués al estilo de otros países de Europa Occidental. Esta reflexión plantea que el PCE no vislumbraba en ningún momento un horizonte no capitalista para el postfranquismo, idea que está presente en toda la obra. La última parte de este primer bloque es una introducción sobre la actitud del PCE ante la conflictividad huelguística entre 1962 y 1977. González de Andrés defiende que los conceptos de huelga política y económica no están obsoletos, sino que no han sido siempre usados con mucho rigor, aplicando normalmente una interpretación mecanicista de estas tipologías huelguísticas. También reflexiona sobre aspectos importantes para indagar en el estudio de las movilizaciones obreras, como son la toma de conciencia, la identidad proletaria o la construcción cultural de este sujeto transformador. El marco general que se presenta como contextualización de esta época aparece, en palabras de González de Andrés, como bastante radicalizado. Destaca especialmente el supuesto giro a la izquierda de los sindicatos en toda Europa. En ese contexto el PCE habría tenido un papel que fomentaba las huelgas reformistas, mientras trataba de contener aquellas de carácter más revolucionario y anticapitalista.

En el segundo bloque titulado *Discurso y acción social del PCE* se analizan tres procesos huelguísticos que para el autor son cruciales a la hora de entender las dinámicas existentes en aquellos años. La primera huelga es la de Navarra en 1973, donde por primera vez el PCE se vio superado por

las dinámicas propias del movimiento y las acciones de las organizaciones situadas a su izquierda. No obstante, el autor es muy crítico con estas organizaciones, ya que en su gran mayoría estas no impulsaban el proceso en una dirección revolucionaria fuertemente anticapitalista, dado que sus programas buscaban la constitución de frentes populares y alianzas antifascistas. Una crítica más dura es la que plantea a las posiciones del PCE, más preocupado en buscar alianzas con los empresarios «no monopolistas» que en extender la lucha de clases en un sentido superador del capitalismo. El segundo proceso analizado es la huelga general del País Vasco y Navarra del 11 de diciembre de 1974. En este caso destaca especialmente el análisis que hace de la situación del antifranquismo en el País Vasco y el papel de la cuestión nacional en todo el proceso. También resulta relevante el minucioso seguimiento de la táctica del EPK que, en palabras del autor, no atraía a unos sectores de la clase obrera radicalizados por las propias dinámicas de la movilización. La tercera parte la componen las huelgas de enero de 1976 en Madrid. Para González de Andrés la larga conflictividad parece abonar la idea de que es cuestionable que el franquismo tuviera la fuerza para dar continuidad a su proyecto sin sufrir un alto coste. Además, la aparición de comandos y otras formas combativas de lucha demostraba que existía en las bases una concepción más clasista de huelga general. Por lo tanto, la moderación del PCE no tenía la intención de conectar mejor con el movimiento obrero sino de aparecer como un partido responsable ante sectores de la clase dominante. Una vez más, esta dinámica de movilización es interpretada por el autor como un obstáculo que el PCE intenta de todas las maneras moderar en vistas de su proyecto de pacto con la burguesía no monopolista que era el *Pacto para la libertad*.

El último bloque, *Discurso y acción política del PCE*, analiza el final del gobierno de Carrero Blanco contrastándolo con la visión que el PCE defendía en aquel momento. González de Andrés pone en cuestión la supuesta debilidad del régimen y su incompatibilidad con un capitalismo desarrollado a imagen del entorno europeo occidental. Según su criterio, la burguesía obtenía todo el respaldo por parte del régimen para el aumento de sus beneficios, por lo que era imposible que se sintiera atraída por las propuestas democráticas que defendía el partido de Carrillo. Posteriormente, se adentra en los análisis que los comunistas tuvieron sobre la Ley de Reforma Política promulgada por Adolfo Suárez. Para el autor, el PCE no se esforzó en buscar la abstención en el referéndum, ni se explicaron bien los resultados. Esto fue debido a que no se estaba de acuerdo con las formas en que se planteaba el plebiscito, pero no tanto con el contenido y el rumbo emprendido por el sector reformista de los franquistas. Por último, el autor profundiza en los Pactos de la Moncloa, poniendo de manifiesto la idea de que la firma de los pactos iba en la línea de lo defendido anteriormente por el PCE. Según González de Andrés este partido no tenía un análisis distinto del resto de economistas que defendían el capitalismo. No existía en su programa una alternativa en clave marxista y por lo tanto la solución a la crisis recayó sobre las espaldas de la clase trabajadora. Según plantea el autor, todo se reduce a que el PCE no creía que fuera posible el socialismo y, por tanto, su alternativa se basaba en un pacto social en base a un pacto político en el cual se visibilizara su papel responsable y moderado.

El libro de González de Andrés es una lectura necesaria que aporta nuevas visiones críticas a la deriva moderada del PCE en unos años cruciales para entender el final del franquismo. No obstante, el autor tie-

ne una visión en ocasiones excesivamente esquemática sobre las posibilidades de la lucha de clases durante los años finales del franquismo. La correlación de fuerzas aparece en algunos casos como algo sin importancia, capaz de ser cambiado mediante un ejercicio de voluntarismo. Además, el carácter contrafáctico de la metodología empleada resta rigor al análisis histórico. El autor acierta en señalar la obsesión del PCE por el pacto con sectores de la burguesía, clase social poco proclive a los acuerdos con comunistas. Sin embargo, sería una simplificación plantear que en el capitalismo monopolista de Estado la única contradicción

existente es la capital-trabajo, máxime en un régimen como el franquista. En mi opinión, la alianza de las distintas clases oprimidas por el régimen dictatorial pudo ser una alternativa democrática y revolucionaria, donde construir la hegemonía de la clase obrera en un nuevo bloque histórico que caminara hacia el socialismo en España. No obstante, la verdadera labor de la comunidad investigadora debe centrarse en analizar las múltiples contradicciones existentes entre los sectores en lucha de aquella época, sin prejuzgar su orientación ni reducir su praxis a la de meras marionetas de una dirección inmersa en la *realpolitik*.

Cuarenta años y un día. Antes y después del 20-N, de Ferran Archilés y Julián Sanz*

Víctor Manuel Santidrián Arias

IES do Milladoiro

Ferran Archilés y Julián Sanz, coordinadores de *Cuarenta años y un día. Antes y después del 20-N*, toman la fecha de la muerte de Franco como eje para reunir una serie de trabajos sobre la última década de la dictadura y de su legado inmediato. Los enfoques de los trece capítulos que componen el libro responden a las variadas procedencias de las personas que los firman: desde la historia cultural hasta la social y de género.

Los coordinadores del volumen afirman que si bien el franquismo no terminó con la muerte de Franco, tampoco le sobrevivió. La razón está relacionada con el hecho de que la dictadura «no dejó de influir en varias generaciones de españoles», pero, al mismo tiempo, no fue capaz de generar «una legitimidad autónoma o suficiente», porque basó su poder en la violencia y en la represión. Estamos, por lo tanto, ante una reflexión acerca de las actitudes sociales ante el franquismo, acerca de las fuerzas del cambio, del papel jugado por las élites y por la oposición democrática, «que posiblemente sobreestimaba sus fuerzas» (p. 11).

En «La lucha por la democracia en España» (escrito que forma parte, junto al de Alfonso Botti, del primer bloque de conte-

* Ferran Archilés y Julián Sanz (coords.), *Cuarenta años y un día. Antes y después del 20-N*, Valencia, Universitat de València, 2017., 326 pp.



nidos: «Entre dictadura y democracia»), Ismael Saz se aleja tanto de aquellos relatos que convierten la transición en un «mito, en positivo» —los que sacralizan el fenómeno—, como de aquel otro «en negativo» —los que lo demonizan—. Y lo hace porque considera que se trata de lecturas retrospectivas, «como si hubiera una necesidad de saldar cuentas con el pasado, en ocasio-

nes más personales que colectivas» (p. 21). Por todo ello, el trabajo de Saz se basa en la idea, en primer lugar, de que la transición «es una parte cronológicamente delimitada (julio 1976-diciembre 1978) de un proceso mucho más amplio, el de la conquista de la libertad» (p. 31); a fin de cuentas, «ninguna periodización de la transición es políticamente neutra» nos dice el autor en la página 19. En segundo lugar, Saz afirma que históricamente, «casi siempre», el pueblo siempre ha sido el «gran protagonista» de los procesos democratizadores. Por eso, el subtítulo de este capítulo es sumamente expresivo: «No solo élites». La transición fue fruto de la presión social.

Pau Casanellas abre con «¿Un país donde reina el orden? Represión, control social y resistencias al cambio antes y después de Franco» un apartado dedicado a la violencia: «Los años de plomo españoles». Casanellas apuesta por la movilización social para explicar la superación de las inercias del aparato franquista, a pesar de los resortes represivos puestos en funcionamiento por la dictadura. De hecho, el fracaso de los intentos de reforma de los meses inmediatamente posteriores a la muerte de Franco evidenció que «sin el concurso de la oposición y rechazada de plano en la calle, no había reforma posible» (p. 114). No hubo una hoja de ruta pilotada por una, dos o tres personas para salir del franquismo.

Como Ismael Saz, de mitos también se habla en otros capítulos de este libro, concretamente en el trabajo de Sophie Baby: «La violencia en la transición española: el derrumbe de un mito». Porque lo que cuestiona Baby es el mito de la transición como periodo pacífico. La opinión de Baby se apoya en evidencias extraídas de la realización de un censo de actos de violencia física y de amenazas «siempre que se refieran a usos de la fuerza con fines políticos» (p. 128); actos y amenazas protagonizados

por «grupos contestatarios» y por agentes de las fuerzas del orden público entre el 20 de noviembre de 1975 y la llegada del PSOE al poder en octubre de 1982. Solo en lo que se refiere a quienes perdieron la vida en esos años, la autora contabiliza más de 530 personas a manos de los «contestatarios» y 178 muertas por balas policiales. Al añadir otros tipos de violencia física política, la autora habla de un ciclo de violencias específico de la transición, que podría ser el más sangriento de Europa (p. 147). Negar esta realidad, como hace el mito transicional, es la causa de que las víctimas hayan quedado relegadas a un rincón.

De violencias escribe también Borja Ribera, en su caso referido al territorio valenciano: «De la violencia a la negociación. El anticatalanismo y el proceso autonómico valenciano», un texto que cierra el apartado sobre la violencia política, pero que bien podría haber sido incluido en el dedicado a la «cuestión nacional». Borja Ribera describe la «Batalla de Valencia» (marzo de 1978-diciembre de 1979), una campaña ejecutada por la derecha valenciana con actitudes violentas para frenar el desarrollo de una identidad valenciana encuadrada en el marco catalán.

«Construir la imagen del 20-N», título del segundo bloque en que se divide *Cuarenta años y un día...*, agrupa dos trabajos sobre la representación audiovisual del 20-N y del franquismo, un interesante enfoque que no siempre está presente en los libros de historia. El capítulo «La reconquista audiovisual de la invisible agonía de Franco», del que es autora Nancy Berthier, estudia de qué manera los últimos días de la vida del dictador «tomaron cuerpo en la narrativa audiovisual para colmar retrospectivamente el vacío de la imagen ausente, percibida como imagen prohibida» (p. 42). Partiendo de la teoría de los dos cuerpos del rey, Berthier nos habla del «cuerpo natural»

y del «cuerpo político», de cómo la imagen de Franco, omnipresente en los espacios públicos y privados de la vida española, fue ocultada en su agonía con el objetivo de ensalzar su imagen política hasta que, posteriormente, se elaboraron nuevas narrativas audiovisuales, de las que la autora estudia tres ejemplos (*Hic digitur rei*, 1976, de Antoni Martí; *Así murió Franco*, 1994, de Carlos Estévez; y *¡Buen viaje Excelencia!*, 2003, de Albert Boadella). Por su parte, José Carlos Rueda Laffond escribe sobre «La última apoteosis del franquismo», que no podía ser otra que el 20-N. Se trata del estudio que más se centra en el día de la muerte del dictador y lo hace, fundamentalmente, a través de la programación audiovisual de Televisión Española, la única existente: no en vano el autor habla de «Franco y su televisión» (la cursiva es mía).

El título y el contenido del trabajo «La hora X. El PCE ante el 20-N» hacen un poco extraña su inclusión en un apartado llamado «Una sociedad en movimiento», lo que no resta interés a la colaboración de Emanuele Treglia, buen conocedor de la historia del Partido Comunista. Treglia analiza el tránsito del PCE, una organización que provocaba simpatías en la opinión pública progresista occidental, desde posiciones rupturistas hasta la adopción de la estrategia de la ruptura pactada, lo que generó tensiones en el seno de la organización.

Completan el cuarto bloque un trabajo de Mónica Granell Toledo y otro de Irene Abad Buil. Mónica Granell reivindica el papel de la sociedad civil en el proceso de la transición. La contracultura, ejemplificada en la revista *Ajoblanco*, buscó un espacio propio en aquel momento histórico. El hecho de haber nacido en la dictadura le confirió una marca militante antifranquista en una relación conflictiva con la política.

Por su parte, Irene Abad, escribe sobre «Feminismo y género en la década de los

setenta». Frente al «modelo falangista de mujer», en los años sesenta las mujeres antifranquistas, en particular las comunistas, organizaron el Movimiento Democrático de Mujeres, que «acabaría teniendo mucho peso en el desarrollo del feminismo en España» (p. 225). 1975 puso la «cuestión femenina» sobre la mesa tanto por la propia evolución de los movimientos de mujeres en España como por el hecho de que Naciones Unidas lo convirtió en Año Internacional de la Mujer. Irene Abad remata su capítulo afirmando que «la cuestión femenina durante la Transición se tornó en feminismo y marcó las pautas de lo que seguiría siendo la lucha por la igualdad de género a lo largo de la democracia» (p. 236). Cabe preguntarse si la evolución del feminismo se vio condicionada por la dinámica de la transición o si se trata de una coincidencia cronológica.

El quinto y último apartado de este libro se titula «La cuestión nacional». Ferrán Archilés entiende las «demandas nacionales» como una «presión social» ejercida «desde abajo entre 1975 y 1977 (p. 241). Nada estaba escrito de forma que la respuesta de la Carta Magna a esas demandas fue fruto de la correlación de fuerzas. Curiosamente, Archilés comienza su reflexión con una cita de Manuel Fraga fechada en 1976: «[...] no puede haber en España más que una soberanía [...]: la de la Nación española; ni puede haber más que un poder político soberano: el del Estado español, del que todos formamos parte» (p. 240). Aviso para navegantes que, vista la realidad de la Cataluña de 2017/2018 y con la aplicación del artículo 155 de la Constitución por medio, puede poner en solfa la afirmación de que a la muerte del dictador «no todo estuvo «atado y bien atado»» (p. 241).

Si Archilés estudia en sus páginas la postura del Partido Comunista y la del PSOE ante la cuestión nacional, Vega Rodríguez-

Flores analiza con mayor profundidad la de los socialistas entre 1974 y 1979, entre los congresos de Suresnes y el XXVIII. Ese periodo supone el tránsito del derecho de autodeterminación a la defensa del Estado de las Autonomías con vistas a un futuro Estado Federal en un horizonte que no se acaba de alcanzar.

Finalmente, Leire Arrieta cierra el apartado sobre «La cuestión nacional» —y el libro—, con un trabajo acerca del Partido Nacionalista Vasco. En 1975 el PNV era ya una organización con muchas décadas de vida política que se vio obligada a desplazar su centro neurálgico desde el exilio hasta el interior, donde, siguiendo su tradición, intentó consolidar una amplia comunidad nacionalista más allá de los límites partidarios. También en línea con su trayectoria histórica, el PNV se mantuvo en «terrenos imprecisos» (p. 304), lo que le permitió

convertirse en fuerza mayoritaria en Euzkadi. En esos años, marcó claramente su oposición a la violencia etarra y pactó con el Estado de forma que el autogobierno se convirtió en una actualización de los «derechos históricos» vascos.

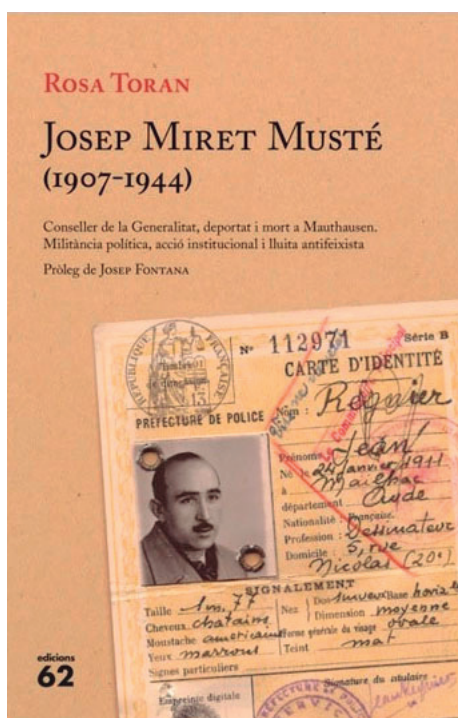
Quien se aproxime a «La cuestión nacional» puede buscar análisis sobre otros territorios —Galicia, ejemplo—. No los encontrará como tampoco encontrará otros temas para los que el 20-N fue un punto final o un punto de arranque. No están porque Ferran Archilés y Julián Sanz avisan en las primeras páginas que este volumen «No aborda todos los ámbitos de estudio posibles, ni pretende cerrar ningún debate» (p. 13). Lo que no resta ningún interés a este muy recomendable *Cuarenta años... y un día. Antes y después del 20-N*, que reivindica la movilización social para explicar lo que fue la transición.

Josep Miret i Musté (1907-1944) Conseller de la Generalitat, deportat i mort a Mauthausen, de Rosa Torán*

Jorge Torres Hernández

El libro nos presenta una compilación ingente de información y documentación que Joan Molet, sobrino-nieto de Josep y Conrado, estuvo estos años recabando, pero que no pudo publicar a causa de una muerte prematura derivada de un cáncer. Se nos expone una obra breve, pero apasionante, sobre uno de los padres fundadores del Partit Socialista Unificat de Catalunya (PSUC) que desarrolló tareas de primer nivel en la resistencia de la Francia ocupada por la Alemania de Hitler. Descubriremos a un personaje relevante en la historia, el cual para muchos es un completo desconocido, pero también citaremos a su hermano Conrado Miret i Musté con quien compartió gran parte de sus vivencias. La autora sin embargo, y a pesar de que Josep Miret hacía una especie de «tándem» con Conrado, no hace mucho hincapié en él. Probablemente sea debido a que el rol más político y mediático de Josep ha dejado más pistas y documentación, que el de su hermano. Sin embargo, no se puede entender la figura de Josep sin Conrado y viceversa.

Como obra biográfica trata de establecer las etapas que formarían su vida, encontrando en ella 5 apartados dedicados a la existencia de Josep en diferentes momen-



tos trascendentales muy ligados a su desarrollo político (sobre todo en el periodo de la Segunda República), a la Guerra de España, a sus actividades como resistente en la Francia ocupada y a su destino último y fatal en el campo de concentración nazi de Mauthausen. Para terminar, una última sección en donde se repasan los actos desarrollados a lo largo de los años con

* Rosa Torán, *Josep Miret i Musté (1907-1944) Conseller de la Generalitat, deportat i mort a Mauthausen. Militància política, acció institucional i lluita antifeixista*, Barcelona, Edicions 62, 2017, 203pp. Prólogo de Josep Fontana.

la finalidad de mantener viva la memoria de un personaje importante para la historia contemporánea de Catalunya y que sin embargo, ha sido olvidado y relegado como tantísimos otros.

Así, la escritora nos introduce a Josep, un joven barcelonés con inquietudes políticas, jugador de rugby juvenil y formado en la Escola del Treball de Barcelona en los años tardíos de la Restauración y la Dictadura de Primo de Rivera. Fundador de las juventudes de la Unió Socialista de Catalunya (USC) y estrecho colaborador de quien sería el primer secretario general del PSUC, Joan Comorera.

Como a muchos, el cambio de régimen y el advenimiento de la República, la consecución del autogobierno para Catalunya y las reformas que se iniciaron, animó y esperanzó, más sin embargo, las limitaciones del cambio pronto quedaron bien presentes. En este punto es muy interesante observar al Miret activista de la USC y la UGT, militante incansable y señalador de contradicciones y ver como trabajaba en ellas para subsanarlas, cosa que queda patente en los artículos que se citan en estos primeros apartados. Artículos que toman especial importancia a partir de la llegada de la CEDA al gobierno de la República en 1933. Josep es consciente del peligro de involución no sólo a nivel español, sino a nivel internacional con la amenaza del fascismo bien presente y el progresivo extremo de las posturas del mismo, como reflejo de la radicalización y bolchevización de la mayoría de la USC en estos años. Ejemplo vivo de ello es como a raíz de los hechos de Octubre de 1934 se focalizan dos objetivos de trabajo prioritarios: Por un lado, la unificación de las fuerzas marxistas catalanas en una sola organización y por otro, la adopción de la estrategia de los Frentes Populares emanada de la Komintern, con el fin de establecer un nuevo gobierno para la

República que aleje la amenaza de involución que simbolizan los monárquicos y fascistas en España.

A J. Miret, también se le define como a un hombre de fuertes ideales catalanistas, que defiende una identidad catalana complementaria a la española dentro del proyecto de República; un proyecto y una idea, que la guerra que se desencadenaría poco después, no haría más que reforzar en los valores catalanistas, republicanos, frente populistas y socialistas-comunistas que poseía de base.

El estallido de la Guerra pues, no le coge desprevenido y es consciente de cómo el golpe de estado sirve de catalizador de la unidad de las fuerzas marxistas catalanas (menos el POUM), derivado en gran medida por la solidaridad y camaradería, expresadas en la consecución de objetivos comunes; entre ellos, parar el levantamiento de los facciosos en Catalunya, la trinchera como sellador de fuertes vínculos políticos y personales y la visualización de la necesidad imperiosa de unificación para vencer al peligro que acecha. Así entonces, cuando hablamos de Josep Miret, hablamos de uno de los fundadores del PSUC, primer secretario general de las Joventuts Socialistes Unificades de Catalunya (JSUC), miembro del Comité Central de Milicies Antifeixistes y quien no tardaría en entrar en el Govern de la Generalitat de Catalunya con la cartera de abastos, cartera que en tiempos de guerra fue valiosísima y refleja la responsabilidad contraída.

A partir de los hechos de Mayo de 1937, Miret deja las responsabilidades de Govern y se centra más en las actividades militares propiamente dichas dentro de la 31ª División del recién formado Ejército Popular Regular de la República Española. En ella habría que destacar su trabajo en el frente de Aragón y posteriormente en la Batalla del Ebro, sin que esto suponga una merma

de su influencia política en el PSUC, como demuestra su nombramiento como miembro del Comité Central en la Conferencia Nacional celebrada en 1937 al año de la fundación. Hombre enérgico como comisario de la división, centra sus esfuerzos en elevar la moral y la disciplinas de los integrantes de las unidades militares en las que estuvo al mando, con una fe ciega en la victoria y en la estrategia establecida por el gobierno Negrín resumida en «resistir es vencer». Para ello centraba sus labores culturales en la alfabetización e instrucción no sólo militar, sino cívica de los soldados, con el propósito de que hubieran ciudadanos dispuestos y preparados para la sociedad al día siguiente de la victoria de la República en la guerra.

Una victoria que nunca llegaría, ya que se inicia el camino del exilio del que jamás volvería. En la tragedia de la huida de Barcelona y la ocupación de Catalunya por los facciosos en enero de 1939, cabe señalar el nacimiento de su hijo Josep durante el camino a la frontera francesa. Mientras este hecho sucedía, la aviación alemana e italiana bombardeaba la ruta, así que bien podría tomarse como una metáfora: Incluso en tiempos oscuros, siempre hay esperanza para la vida y un futuro mejor. Pese a la derrota sin paliativos, Miret demuestra un carácter fuerte y disciplinado, consiguiendo la huida de gran parte de sus efectivos de la unidad de tanques (de la cual había asumido el mando con anterioridad) y de un gran número de refugiados españoles, permitiéndoles así cruzar la frontera. Una vez establecido en el sur de Francia, antes del fin de la guerra, Josep intentó planificar su vuelta al territorio hispánico y continuar, de este modo, la lucha tras la caída de Catalunya. Sólo el golpe de Casado y el hundimiento rápido de lo que quedaba de zona controlada por la República entre Marzo y Abril de 1939 le hacen desistir de seguir esta vía.

Con la guerra ya perdida, lo único que queda como principal tarea es la de ayudar a cuantos refugiados españoles se pueda y es con este fin, por el que J. Miret se implica en la organización del SERE, ayudando así a subsanar el insulto y drama humanitario que supusieron los campos franceses de refugiados españoles en el sur de Francia (Argelès-sur-mer, Gurs, etc...). Empieza a su vez a reorganizar al Partido dentro del enmarañado mundo que es la inmigración de estos años. Es el inicio de la Segunda Guerra Mundial, el detonador que impulsa a nuestro protagonista a adentrarse en el mundo de la ilegalidad y de la organización de la Resistencia contra el ocupante alemán y contra el gobierno colaborador del Mariscal Pétain.

A esta etapa le seguirá la detención y el posterior asesinato durante un interrogatorio de la Gestapo de su hermano Conrado, cuyo cuerpo acabará arrojado a una fosa común cerca de la Santé, en París. En noviembre de 1942, Josep correría una suerte similar tras una redada coorganizada entre las Gestapo y la policía colaboracionista de Vichy. La documentación consultada indica que hubo un gran interés y un fuerte seguimiento para provocar la caída de éste. Empezaría así el periplo hacia Mauthausen y el subcampo de Gusen Florisdorf, en cuyo lugar trabajaría en los túneles de construcción de modelos experimentales de Heinkel, donde encontraría la muerte en noviembre de 1944, después de un ataque aéreo aliado, a manos del SS Rapportführer Hans Bühner.

En la actualidad, Josep Miret i Musté es uno de esos personajes desconocidos que jugó un papel importantísimo en un periodo muy turbulento de nuestro pasado reciente. Fue conseller, miembro de un gobierno democrático (como era la Generalitat Republicana), que acabó sus días en los campos de la muerte de la Alemania Nazi.

Pero, sobre todo, fue un militante de las ideas socialistas y un abnegado y trabajador participante de dicho proyecto. Sin embargo, un personaje de este calibre que daría para hacer películas o series y homenajes a raudales por la intensa vida que tuvo, es prácticamente un desconocido, una víctima más de la memoria selectiva que se impuso en este país. Obras como esta, en donde se sintetizan años de investigaciones y trabajo para recomponer el hilo rojo de la vida de este personaje son necesarias, no sólo para rendir un tributo impagable a personas que como él se dejaron la vida, la juventud y muchas cosas por el camino en la lucha por

la libertad, si no que también, para que seamos capaces entre todos de aprender lo que tuvo que vivir y sufrir toda una generación, para precisamente evitar que se repita en el futuro. Como lectura breve, apasionada y que bebe de una buena cantidad de fuentes de todo tipo (desde entrevistas personales a archivos públicos, militares y privados, entre otros) seguro que aporta su grano de arena para la recomposición democrática de nuestra memoria histórica y fomenta el conocer un poco más de cerca a quien fue uno de los primeros organizadores de grupos de la mítica «Résistance» contra la ocupación nazi de Francia.

Gavà, Barcelona. 9 de Marzo de 2018

Una biografía, un símbolo: reseña de la obra de David Ginard i Féron *Aurora Picornell (1912-1937). De la història al símbol**

Irene Abad Buil

Doctora en Historia por la Universidad de Zaragoza

Una vez más David Ginard i Féron nos vuelve a ofrecer los resultados de una ardua investigación que, desde la perspectiva biográfica, contribuye a ampliar la historia local de Mallorca, en particular, y de la España de la guerra y el franquismo, en general. *La resistencia antifranquista a Mallorca (1939-1948)* (1970); *Les Baléares sous le régime franquiste* (2002), *Matilde Landa: de la Institución Libre de Enseñanza a las prisiones franquistas* (2005) o *Heriberto Quiñones y el movimiento comunista en España* (2010) son algunos de los títulos que preceden a *Aurora Picornell (1912-1937). De la història al símbol*, biografía que responde a la pregunta de quién fue una de las más significativas militantes del PCE mallorquín.

Esta «biografía contextualizada» nos presenta algo más que la corta existencia de una mujer convencida de que había muchas cosas que cambiar para las mujeres, para los trabajadores, para la sociedad en general; nos conduce, con una narrativa perfectamente lineal, por el camino que llevó a la creación de todo un símbolo. Ya que desde el primer momento en el que arranca



la historia nos encontramos con factores que permiten cubrir esos dos objetivos del libro: relatar la vida de una mujer marcada por las abruptas circunstancias de la época en la que le tocó vivir y describir el proceso de construcción de un símbolo cultural a través de lo que representó la figura de Au-

* David Ginard i Féron, *Aurora Picornell (1912-1937), De la història al símbol*, Palma de Mallorca, Edicions Documenta Balear, 2017, 344 pp.

ra Picornell: feminismo, laicismo, obrerismo, izquierdismo. Un ejemplo de esto sería el propio contexto de nacimiento, por nombrar alguno. La biografiada nació en Mallorca, en 1912, en el seno de una casa ubicada en el barrio industrial de El Molinar. Era el momento y el lugar en el que dejaría una importante huella el incipiente obrerismo mallorquín de izquierdas. Aurora lo mamó y lo interiorizó de tal manera que desde muy joven estuvo vinculada a agrupaciones políticas o asociaciones culturales de perfil progresista. Pero no sólo se conformó con la militancia, sino que pronto pasó a ser un elemento destacado dentro del mismo, contribuyendo a la creación y posterior consolidación del PCE en Mallorca. El contexto marcó la personalidad de la protagonista de esta historia.

Su familia paterna respondía al modelo de familia obrera ilustrada y la materna profesaba una intensa religiosidad. Sin embargo, y otra vez, el entorno y las circunstancias hicieron que tanto Aurora como sus seis hermanos se decantaran por el autodidactismo ilustrado, la solidaridad obrera y la conciencia política y social. Una formación que quedó enriquecida por la escuela «La Bandera», de la Casa del Pueblo del barrio, y por las lecturas extraídas de la biblioteca donde trabajaba su padre.

En el aspecto del feminismo, es interesante ver cómo la protagonista transita por él. Su hermana Joana le enseñó el oficio de modista. «Igual que el resto de mujeres obreras de aquel tiempo, comenzó en el mundo laboral aproximadamente a los 14 años» (p. 28). Desde un ámbito laboral feminizado pronto descubrió las necesidades que como obreras y como mujeres tenían y las malas condiciones que envolvían a las trabajadoras. Consecuencia de las inmundas circunstancias laborales murió María Ginard Mascaró, en 1927, amiga de Aurora. Su entierro civil se convirtió en esos mo-

mentos en un verdadero símbolo de laicismo que, en el caso de la biografiada se materializó en la militancia de Lliga Laica, asociación preocupada por la construcción de un Estado laico. Los distintos estadios ideológicos de Aurora se vinculaban de manera inexorable, puesto que sus aprendizajes de género en el ámbito de la industria textil pronto se vieron implementados por la influencia que sobre ella ejerció la escritora Margarita Leclerc y la posibilidad que ésta le brindó de publicar en su revista *Concepción Arenal*, con una importante preocupación por la emancipación de la mujer. Sus escritos en este campo nos presentan una mujer con una clara conciencia feminista.

Decía anteriormente que la obra de Ginard nos presenta una biografía trazada por el contexto, como ya hemos podido ejemplificar. Pero podemos afirmar, al mismo tiempo, que la obra puede presentarse como la narración de un «contexto biografiado», es decir, el conocimiento de un lugar y un espacio a partir de una vida determinada. Un ejemplo muy claro de esta idea es el capítulo 5, «entre Octubre i Octubrina (novembre 1933-deseembre 1934)». Dicho capítulo representa un buen ejemplo de historia local, cómo se vivió la preparación, el desarrollo y las consecuencias de octubre de 1934 en Palma de Mallorca, con una clara presencia en todo el proceso tanto de Aurora como de Heliberto. Un contexto perfilado por dos vidas y en cuya proyección política se vieron los efectos del ámbito personal, como fue el hecho de que fue justo en estos momentos cuando nació la única hija de ambos, Octubrina Rojo (un nombre, a su vez, totalmente condicionado por acontecimientos históricos como la Revolución rusa).

Abordar la investigación histórica desde la perspectiva biográfica no es un reto sencillo y más si cabe cuando no se cuenta con el testimonio del *objeto de estudio*, como es el caso de la presente obra. Y esa problemá-

tica la constata el autor de manera paralela a la inexistencia de documentación que complete algunas partes de la corta vida de la biografiada que quedan, por tanto, sin cerrarse del todo, como bien apunta Ginard, a pesar del intento por tratar de resolverlas con una intensa investigación centrada en la recopilación de testimonios de personas que sobrevivieron a la existencia de Aurora y que, en su momento, la rodearon. Entre todos destaca el de su hermana Llibertat. Otro mecanismo utilizado es el intento por completar vidas paralelas a la de Aurora, como la de Heriberto Quiñones, su compañero sentimental y padre de su única hija, pues no se pudo llegar a demostrar si llegaron a casarse. Una época de la que existen pocos datos es de cuando estuvo en Valencia, se sabe que utilizó el pseudónimo de Amparo Pino, que participó en un mitin junto a M^a Teresa León, y ambos antecedentes llevan a la generalización, probable, de que su actividad política fue intensa (p. 76).

El sustrato ideológico de Aurora es, por el contrario, el mejor documentado, puesto que fue una prolífica escritora de artículos desde su más temprana juventud en la revista *Concepción Arenal* hasta sus numerosos artículos en la revista republicana federal *Ciudadanía* o en *Nuestra palabra*.

Ginard demuestra un profundo conocimiento sobre la biografiada al hilvanar a la perfección sus actitudes de vida con la proyección que ella misma hizo de su ideología a través de los distintos discursos, intervenciones o artículos. Encajando, al mismo tiempo, con los acontecimientos políticos, económicos, culturales y sociales que definían el entorno en el que se sucedían las actividades de Aurora. Todo esto nos permite a los lectores sacar nuestras propias conclusiones sobre la implicación de la protagonista en la realidad que le tocó vivir, como cuando extraemos la idea de que las primeras intervenciones públi-

cas de Aurora Picornell resultaron enormemente transgresoras con las convenciones de edad y de género del momento. Transgresora, adelantada a su tiempo, politizada, con conciencia, valiente, voz de las y los sin voz, incansable, comunicadora, soñadora, trabajadora, feminista. Estas son algunas de las conclusiones que se sacan de la corta vida de Aurora Picornell. Corta vida porque las circunstancias la llevaron al peor de los finales.

Y es en este punto donde nos volvemos a encontrar la combinación entre la escasa documentación existente y los testimonios indirectos para relatar la última fase de vida de la biografiada, existiendo algún dato que se ha podido contrastar. Por ejemplo, mientras el expediente del Centro Penitenciario de Palma especifica que Aurora entró en prisión el 19 de julio, el libro de anotaciones de la Secretaría del Gobierno Civil de Baleares señala el día 24 como la fecha en la que la «comunista del Molinar» entró en prisión. De lo que no hay ninguna duda es que Aurora Picornell fue la primera mujer presa en Mallorca tras el golpe de estado franquista. Ella mantenía una actitud optimista sobre su futuro, como así lo relató un preso aragonés en la cárcel de Palma, Odón de Buen, «sobre el departamento nuestro se hallaba la cárcel de mujeres y algunas de ellas animaban a los presos con sus cantos; se distinguía una muchacha joven que me dijeron que era una valerosa propagandista de las reivindicaciones obreras» (p. 155). Pero, sin embargo, la situación en la cárcel poco a poco se iba a volver cada vez más insostenible, fundamentalmente por los niveles de hacinamiento alcanzados, que mezclados con las pocas posibilidades de salir en libertad, hicieron desaparecer cualquier atisbo de optimismo que pudiera quedar. Con el relato de los meses de prisión sufrido por Aurora, Ginard nos ofrece la oportunidad de conocer las condiciones

de vida en el penal de mujeres de Mallorca. Su hija, en esos momentos, contaba únicamente con dos años y acudió con su abuela en alguna ocasión a visitar a su madre a la prisión. Y esas serían las últimas posibilidades que Octubrina tendría de disfrutar de su madre porque en enero de 1937 Aurora fue fusilada en las tapias del cementerio de Porreres, junto a Catalina Flaquer Pascual, sus hijas Antonia y María Pascual Flaquer y Belarmina González Rodríguez.

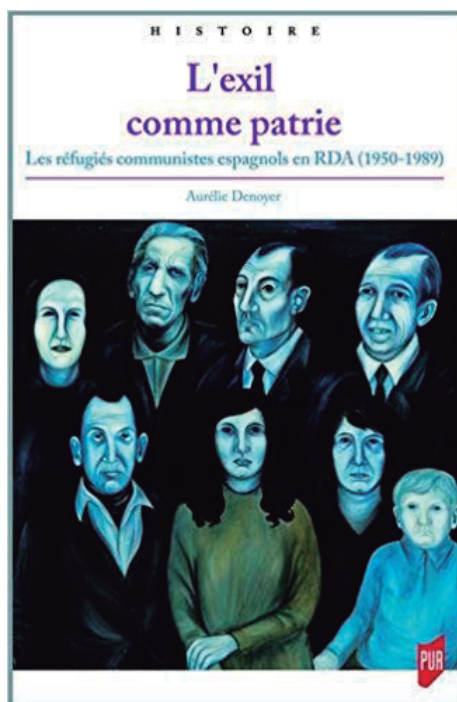
Y, como escribe David Ginard en la página 172, a partir de aquí es prácticamente imposible distinguir entre la historia y la leyenda. «La conmoción que generó el brutal asesinato de Aurora Picornell estimuló, sin duda, la fantasía popular». La tragedia que rodeó a la familia Picornell (el padre de Aurora y sus hermanos, Ignasi y Gabriel también fueron fusilados) representa las dimensiones alcanzadas por la violencia estructural del franquismo. Todo el entra-

mado político que años atrás se construía con ansias de crear una realidad basada en la igualdad y en la libertad, ahora se desmoronaba con los efectos de la represión sublevada. Dicha represión ponía fin a una corta pero intensa vida de compromiso político, social y cultural y contribuía a crear los cimientos de un recuerdo que, aunque durante los años dictatoriales permaneció en el silencio, a partir de 1975 se reactivó para acabar construyendo un símbolo representativo de todos aquellos valores por los que había dejado su vida. Y esta representa otra de las grandes contribuciones de Ginard en su libro: el análisis de cómo evoluciona la memoria colectiva de la represión franquista dependiendo de las circunstancias políticas que se suceden. Del olvido provocado por un largo silencio impuesto, a la reactivación democrática de un recuerdo que quedó convertido en símbolo, como nos demuestra la biografía de Aurora Picornell.

*L'exil comme patrie. Les réfugiés communistes espagnols en RDA (1950 – 1989), de Aurélie Denoyer**

Mercedes Yusta Rodrigo
Université Paris 8

En un reciente (y sugerente) libro sobre las líneas de investigación recientes del exilio republicano español, *Líneas de fuga*, Mari Paz Balibrea y Sebastiaan Faber calificaban dicho exilio de «anomalía historiográfica»^[1]. En efecto, la historiografía en general, y la española de manera acusada, tiene tendencia a organizar el conocimiento desde el marco del Estado-nación, con lo cual el fenómeno del exilio, por definición extraterritorial y transnacional, ha tendido a «desaparecer» de los radares de los historiadores —excepto, claro está, de aquellos que le han dedicado sus trabajos— y que, afortunadamente, son cada vez mas numerosos, como lo atestigua la entidad importante del volumen mencionado más arriba. Esta exclusión del exilio de la construcción de un «relato» nacional, obviamente, ha tenido también —quizá sobre todo— causas políticas: el exilio republicano dibuja los contornos de una comunidad altamente politizada, que



* Aurélie Denoyer, *L'exil comme patrie. Les réfugiés communistes espagnols en RDA (1950 – 1989)*, Presses Universitaires de Rennes, 2017., 288 pp.

1.- Balibrea, Mari Paz y Sebastiaan Faber, «Hacia otra historiografía cultural del exilio republicano español. Introducción a modo de manifiesto» en Mari Paz Balibrea (ed.), *Líneas de fuga. Hacia otra historiografía cultural del exilio republicano español*, Madrid, Siglo XXI, 2017, pp. 13-25.

concentra en sí la potencialidad de un futuro al que no le fue permitido advenir. Por eso, hacer la historia del exilio es también hacer una historia de los posibles, la historia de las utopías y de los proyectos que fueron violentamente cercenados de la comunidad nacional. De ahí también que la

cuestión del retorno sea una cuestión profundamente política, como lo señalan los autores antes mencionados, pues no sólo fueron los individuos quienes regresaron, sino también las ideas.

En el caso de la historiografía española (o en español) asistimos desde hace años a un importante trabajo de reconstrucción de esta comunidad del exilio republicano español y de sus culturas políticas. El esfuerzo se ha concentrado principalmente en el ámbito de la historia cultural y literaria, gracias en gran medida al impulso de potentes y dinámicos grupos de investigación como el GEXEL de la Universidad Autónoma de Barcelona. Los campos de la historia política y de la historia social han sido algo menos frecuentados, aunque también hay que destacar la importante labor de investigadores como Alicia Alted y asociaciones como AEMIC (Asociación para el Estudio de las Migraciones Contemporáneas). Sin embargo, más que con esta historiografía (a la que por supuesto no ignora), el trabajo de Aurélie Denoyer entronca con una potente tradición francesa de historia social de la política, por un lado, y de estudios migratorios, por otro, que proporcionan una sólida estructura interpretativa en la cual el exilio republicano español se entiende como parte integrante de una historia europea de las migraciones políticas y del antifascismo. Gracias en gran medida a este anclaje historiográfico, *L'exil comme patrie* supone un salto cualitativo en la historiografía del exilio republicano español, tanto por su ambición metodológica como por su amplitud geográfica y cronológica, al seguir al objeto de su estudio, un colectivo de exiliados comunistas españoles, a lo largo de un periplo transnacional y durante un lapso de dos generaciones.

El libro de Aurélie Denoyer reconstruye la trayectoria, las experiencias de integración y la reelaboración identitaria de una

comunidad compuesta por unas 30 familias españolas, marcadas por la militancia comunista de alguno-a de sus miembros, que fueron expulsadas de Francia en el marco de una operación policial que se desarrolló en septiembre de 1950, conocida como *Opération Bolero-Paprika*, y que encontraron refugio en la República Democrática Alemana, instalándose finalmente en Dresde. En realidad, el propósito de la autora, como ella misma lo expone en la introducción, no parte en origen de la voluntad de interrogar el exilio republicano español sino de comprender una forma peculiar de exilio entre el Este y el Oeste de Europa en plena Guerra Fría. En efecto, mientras que los estudiosos de las migraciones políticas durante dicho período suelen contemplar el exilio desde el Este hacia el Oeste, Denoyer elige seguir la trayectoria de un grupo minoritario que realiza el trayecto inverso: desde un país occidental, Francia, hacia un país comunista. La talla reducida del grupo le permite realizar un análisis casi microhistórico, en el que se entrecruzan diferentes cuestiones estudiadas con minuciosidad y abundante aporte documental: las políticas migratorias y de acogida de refugiados de Francia y la RDA, las relaciones entre partidos comunistas europeos (en particular el PCE y el SED alemán), el problema planteado por un exilio caracterizado como comunista al inicio de la Guerra Fría o el papel del exilio en la construcción identitaria de los individuos y de los grupos sociales.

La primera parte del libro aborda la gestión del exilio republicano en Francia y la razón de ser de la operación policial *Bolero-Paprika*, que condujo a la expulsión y deportación de un número importante de refugiados comunistas españoles. Dicha operación es analizada no solamente como un acontecimiento puntual producto de la coyuntura del recrudecimiento de la guerra fría, sino desde la óptica de la propia po-

lítica interior francesa y su gestión de la cuestión migratoria. En particular, el papel crucial de los prefectos de policía en el impulso a la operación es analizado de forma minuciosa a partir de fuentes primarias, y la autora demuestra que lo que preocupaba a las autoridades locales no era tanto la amenaza fantasma de una insurrección comunista, como el peligro concreto de subversión que representaban unos militantes extranjeros que se habían comprometido de forma importante con los movimientos sociales franceses, en particular las importantes huelgas de 1947. Denoyer desmonta también la supuesta «peligrosidad» de los militantes expulsados, que ocupaban en el mejor de los casos cargos menores dentro del PCE, mientras que los altos cargos consiguieron escapar a la deportación. Los métodos expeditivos empleados, que privaron a los españoles de cualquier asistencia jurídica, tienen por otra parte un eco particular en un momento, el nuestro, en el que el gobierno francés proyecta endurecer de nuevo las políticas migratorias y el acceso al estatuto de refugiados, y en que las expulsiones *manu militari* están a la orden del día. En suma, esta primera parte ya representa en sí misma un aporte muy novedoso al conocimiento de un acontecimiento crucial en la historia del exilio republicano español, en particular comunista, y constituye a día de hoy el aporte más completo al conocimiento y análisis de la famosa operación *Bolero-Paprika*.

La segunda parte de la obra abandona el terreno francés para centrarse en las políticas de acogida e integración que la RDA desarrolló en dirección de este colectivo. En esta parte, la autora desarrolla un análisis a la vez microhistórico y sociológico del colectivo español en RDA, concentrado principalmente en Dresde. Al «grupo de los 31» iniciales se añadirán, por otra parte, otros antifranquistas españoles, proceden-

tes en gran medida del interior de España, que encuentran refugio en la RDA. En esta parte, Denoyer desarrolla su análisis en dos direcciones: las políticas desarrolladas por la RDA para la integración de este colectivo (analizando tres parámetros: la integración estructural, social y cultural), y la evolución de los individuos frente a la «réalité durable» del exilio. Las particularidades de la política de acogida en un país comunista, que no había firmado la Convención de Ginebra, son analizadas con agudeza, mostrando que esta integración fue un *enjeu* tanto de política exterior, en particular en el marco de la relación entre dos partidos comunistas «hermanos» (el PCE, particularmente protegido por el «Gran Hermano» soviético, y el SED), como de política interior, puesto que el colectivo español fue regularmente movilizado en el contexto de una política de prestigio del SED y utilizado para el control de la población, al considerar a estos españoles como «políticamente seguros». Más allá de las particularidades de un exilio fundamentalmente político, el análisis de la integración social y cultural permiten desmontar ciertos mitos, como el del dominio de la lengua para considerar una integración como exitosa, o el de la oposición entre integración en la sociedad de acogida y cohesión del colectivo: en efecto, en el contexto de una sociedad comunista que garantizaba a todos sus miembros el derecho al trabajo, la integración de los españoles se realizó principalmente por esta vía, y también por la de la educación recibida en el caso de la «segunda generación». Lo cual no está reñido con una contrapartida autoritaria: en palabras de Sandrine Kott, citadas por la autora, si bien la política de acogida puede ser considerada como muy generosa, el individuo debía ser en contrapartida «cooperativo y obediente». En fin, la cuestión del retorno también es analizada. En el caso de la comunidad

de comunistas españoles, dicha cuestión revestía un carácter militante, puesto que durante toda la duración del exilio los comunistas españoles creyeron en la inminencia de la caída de Franco y, por tanto, dicho retorno se interpretaba como una contribución a la liberación del país. Sin embargo, la RDA no favoreció una política de retornos, dado que las posibilidades de fracaso de un proyecto de reintegración en la España franquista eran importantes.

La tercera parte del libro se centra en las trayectorias de algunos miembros de la segunda generación, la mayor parte de los cuales acabaron abandonando la RDA e instalándose en España o Francia. La autora interroga los motivos de estos proyectos migratorios y su efecto en la construcción identitaria de los individuos. La aportación más interesante de esta última parte es probablemente la constatación de que, con bagajes biográficos muy similares, los individuos desarrollan una panoplia de identidades notablemente diferentes, en función de elementos como la transmisión de la memoria del exilio por parte del entorno familiar o la relación afectiva establecida con España y con la RDA. Como ocurre en el resto del libro, más allá de las informaciones factuales aportadas —en este caso, con el recurso a las historias de vida de varios miembros de esta segunda generación— lo más interesante es el fino análisis realizado por Denoyer y la extrapolación que podemos hacer entre estas biografías y la situación actual en Europa, en la que cientos de miles de individuos comparten experiencias de migración y exilio y el problema de la integración ocupa el primer plano de las

agendas políticas. Aunque es difícil comparar un movimiento migratorio masivo con la experiencia del reducido grupo de españoles en la RDA, las biografías de los hijos e hijas de estos refugiados, educados en Alemania y portadores de una doble identidad, son aleccionadoras con respecto a las problemáticas individuales que suscita la movilidad geográfica y la dificultad de pertenecer enteramente a una sola cultura. De esta experiencia dificultosa, que consiste en combinar identidades y lealtades múltiples (la heredada de la historia familiar y la de la sociedad de acogida), así como de las difíciles experiencias de retorno a una España en la que la mayoría de ellos nunca había vivido (la autora habla de «desexil»), Aurélie Denoyer deduce que, realmente, esta comunidad de españoles tuvo el exilio como patria.

En suma, nos encontramos frente a un libro profundamente original, que renueva la visión del exilio republicano español no solamente analizándolo en un escenario poco conocido, sino también aportando elementos documentales inéditos que le permiten trazar la historia de dicho exilio tomando en cuenta toda su complejidad y matices. Con documentación procedente de archivos de tres países (Francia, Alemania y España) y el complemento de las fuentes orales, el libro de Aurélie Denoyer muestra de manera rigurosa las implicaciones políticas, sociales e identitarias de un exilio político, y lo que a mis ojos es aún más importante, abre pistas de reflexión que nos permite pensar, en una perspectiva histórica, las consecuencias de la gestión política de los exilios de hoy.

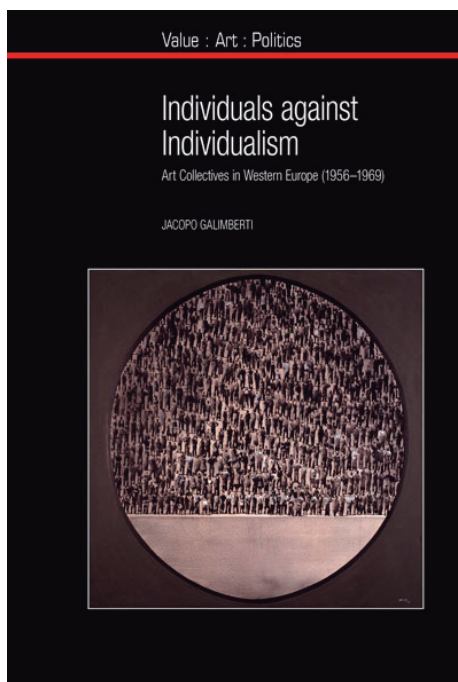
*Individuals against Individualism. Art Collectives in Western Europe (1956 - 1969), de Jacobo Galimberti**

Amaya Henar Hernando González
Universidad San Pablo - CEU

Ángel Llorente Hernández
Universidad Complutense de Madrid

La gran variedad de la manifestaciones artísticas contemporáneas ha provocado felizmente que la historia del arte ampliase sus límites de modo que desde hace más de dos décadas los estudios históricos se ocupan de multitud de aspectos que no siempre son considerados artísticos. Ahora bien, si hay algo que vincula, sin unificar, a los historiadores y estudiosos del arte es la atención prestada a las obras de arte y a sus creadores. Jacopo Galimberti se ocupa en su estudio *Individuals against Individualism* de ambos, más concretamente, de las creaciones y de los artistas de Europa occidental, con incursiones en la, llamada entonces, Europa del Este y en otros espacios geográficos extraeuropeos, especialmente Estados Unidos y Cuba, de un periodo en el que se produjeron cambios importantes con la irrupción de las conocidas como segundas vanguardias en unas sociedades en las que la democracia parlamentaria se imponía, excepto en el sur de Europa, donde gobernaban Salazar, un dictador civil, y Franco, un dictador militar. El periodo estudiado es reducido: comienza una década

* Jacopo Galimberti, *Individuals against Individualism. Art Collectives in Western Europe (1956 - 1969)*, Liverpool, Liverpool University Press, 2017, 384 pp.



después del final de la Segunda Guerra Mundial, en plena Guerra Fría y termina con las agitaciones sociales de los años sesenta.

La originalidad del libro de Galimberti —basado en su tesis doctoral— consiste

en que se centra en los grupos artísticos y no, como es habitual, en los artistas considerados individualmente. Y lo hace teniendo presente siempre las relaciones de aquellos con las sociedades en las que surgieron y en las que se desarrollaron. Como buen historiador Galimberti incluye en su trabajo a numerosos grupos, muy diferentes tanto por sus prácticas artísticas como por sus orígenes y organización, sin dejarse llevar por sus preferencias estéticas. Los puntos focales de la perspectiva adoptada por el autor son la historia y la sociología, con las que construye un relato en el que se describen, explican y analizan colectivos artísticos corrientes y movimientos, a los que ha unido el de la política, entendida en su sentido más amplio. Así, a lo largo de las 349 páginas del libro, encontramos tanto colectividades artísticas con una relación laxa entre sus miembros como las integrantes del Situacionismo, como grupos muy organizados en los que sus integrantes renunciaron a su individualidad a favor del grupo, como fue el caso del Equipo 57. Galimberti demuestra como los compromisos social y político de la mayor parte de los artistas considerados estuvieron unidos estrechamente a su deseo de cambiar los códigos artísticos vigentes, ya fuese figurativos o abstractos, para lo cual expone las actuaciones de aquellos en sus sociedades respectivas y, sobre todo, como es lógico, en el desarrollo del arte y la cultura de cada una de ellas. El autor explica, asimismo, las raíces ideológicas que propiciaron la creación, el desarrollo y la desaparición de los grupos artísticos. Expone, también, la influencia de los colectivos artísticos en el desarrollo del arte contemporáneo, especialmente por su labor innovadora en el arte y la cultura europeas con el efecto de despertar el interés del público por manifestaciones artísticas heterodoxas, como, entre otras, las de los situacionistas y las

del parisino GRAV (Groupe de Recherche d'Art Visuel) formado por artistas americanos y europeos, uno de ellos el español Francisco Sobrino.

Los grupos artísticos han tenido una gran influencia social tanto en los colectivos artísticos como en los intelectuales y han sido decisivos para el desarrollo del arte contemporáneo al haber presentado a la sociedad importantes innovaciones dentro del mundo de la cultura y de las artes. Como indica el autor «en los años 60 varios artistas supieron reconocer el crecimiento de la conciencia social y política de la comunidad en contraposición al individualismo, y subrayaron el carácter colectivo en su obra». Además de que —añade Galimberti— «Postularon formas alternativas de compañerismo, subjetivación y acercamiento a lo común [...] establecieron la autoría en grupo, atacaron el individualismo y denunciaron la ideología de la 'creación'» y «redefinieron las ideas de competición e individualismo como dos de los componentes necesarios de un proceso dirigido en primer lugar al igualitarismo».

Por lo que respecta a España Galimberti explica el intento de acercamiento del régimen franquista a las democracias extranjeras, lo que en el ámbito del arte supuso una convivencia entre un modelo oficial de cultura y el impulso —unas veces oficial y otras oficioso— a las iniciativas de vanguardia, y la simultánea oposición de algunos artistas a la cultura establecida, como la de los tres grupos más conocidos por los posicionamientos políticos de sus miembros: Equipo Crónica, Equipo Realidad y Equipo 57. El autor no ha incluido en su trabajo al Grupo El Paso, el colectivo más importante de aquellos años y con más reconocimiento internacional, queremos suponer que no lo ha hecho en razón de la menos conocida oposición al franquismo de los integrantes de aquel grupo, si bien,

pensamos que debía haberlo hecho, ya que el compromiso antifranquista de algunos de ellos, sobre todo los de Manolo Millares y Antonio Saura, fue patente. Ante la indefensión social a la que el franquismo sometía a los españoles, los artistas vanguardistas al agruparse se sentían fuertes, de modo que ya en la segunda mitad de la década de los años sesenta se habían afianzado y dejado atrás los vínculos que tuvieron con el régimen. Tanto en España como en Europa las agrupaciones de artistas se interesaron por promover aspectos de la vanguardia artística del momento y por despertar el interés del público por el arte

contemporáneo. Por tanto, tuvieron una preocupación cultural amplia, patente no solo en los manifiestos que hicieron, sino también en los coloquios y las charlas que organizaban.

Para terminar este reseña breve queremos destacar el cuidado de la edición, que incluye ciento cuarenta y cinco ilustraciones que, junto con el índice onomástico y de conceptos (algo que lamentablemente no solemos encontrar en ediciones de editoriales españolas) hacen que el libro de Galimberti sea de consulta obligada para los estudiosos e historiadores del arte contemporáneo.

Que cien años no es nada... Octubre (1917-2017): la Revolución que dio forma al siglo XX*

José Manuel Rúa Fernández

Centre d'Estudis Històrics Internacionals de la Universitat de Barcelona (CEHI-UB)

El pasado siglo fue, sin duda alguna, el siglo de la Revolución y más concretamente de la Revolución Rusa. Así lo ha recogido recientemente Josep Fontana en su último libro (*El siglo de Revolución*) y, en buena medida, así lo entendía Eric Hobsbawm cuando hablaba del corto siglo XX, comprendido entre la I Guerra Mundial y la disolución de la URSS: dos extremos que también enmarcan a la propia Revolución, con la chispa —o mejor dicho la llamada bélica— que la provocó y el ocaso de su obra, con la desaparición de la denominada patria del socialismo. A partir de 1917 todo lo acontecido en el antiguo Imperio Zarista, traspasará fronteras y sacudirá los cimientos de todo tipo de sociedades, independientemente de su identidad nacional, credo religioso, estructura económica o institucionalización política. Los sucesos de Octubre servirían tanto de modelo a imitar como de fantasma a combatir, inspirando y alentando los conflictos, reformas, revoluciones y contra-revoluciones que han dado forma al corto siglo XX.

De acuerdo con lo anterior, la conmemoración el pasado año 2017 del centenario del inicio de la Revolución fue concebida desde el Centre d'Estudis Històrics Internacionals de la Universitat de Barcelona (CEHI-UB), en colaboración con la Comissió del Centenari de la Revolució Russa de 1917, como una magnífica oportunidad para recoger las aportaciones historiográficas relativas a dicho proceso, con las perspectiva histórica que nos brindan los 100 años transcurridos, dando lugar a la celebración de un Congreso Internacional, entre los días 25 y 27 del mes de octubre del 2017, en la Facultad de Geografía e Historia de la Universitat de Barcelona.

Las citadas aportaciones se enmarcaron dentro de seis líneas de trabajo que, además de poner de relieve la multitud de enfoques y factores que concurrieron entorno a la caída del zarismo, la creación de la URSS y su impacto a nivel internacional, sirvieron para estructurar el propio Congreso. Todas ellas contaron con una serie de ponentes que, al contextualizar históricamente los diferentes ámbitos, introdujeron las ideas-fuerza de cada temática y dieron paso al posterior debate, con el concurso de las respectivas comunicaciones. De este

* «Congreso Internacional: Centenari de la Revolució Russa», Barcelona, 25-27 de octubre de 2017. Este artículo formará parte, como introducción, de la futura publicación de las actas del Congreso por parte de la Universitat de Barcelona.



modo nos encontramos con los apartados sobre *I Guerra Mundial y Revolución* (con la ponencia a cargo de Alberto Pellegrini), *Revolución y mundo del trabajo* (José Manuel Rúa), *Mujer y Revolución* (Gemma Torres), *Las miradas cinematográficas de la Revolución* (Magí Crusells), *Las miradas sobre la Revolución* (Andreu Mayayo), *El miedo a la Revolución* (Paola Lo Cascio) y *La Implosión de la Unión Soviética* (Antoni Segura).

El listado de participantes que enviaron sus comunicaciones incluía investigadores e investigadoras procedentes de universidades y centros de estudios de Portugal, México, Brasil, Italia y Cuba, además de españoles. En la inmensa mayoría de los casos, los trabajos presentados y debatidos ponían de relieve el desplazamiento del foco de interés en los estudios sobre la Revolución Rusa hacia el impacto de los acontecimientos en realidades geográficamente alejadas del mundo soviético. Cien años después de Octubre, el congreso evidenció un interés creciente no tanto por las causas, el contexto o el desarrollo del proceso revolucio-

nario ruso, sino por las repercusiones de su onda expansiva en todo tipo de ámbitos y entre los colectivos más diversos, como podría ser el caso de los campesinos mexicanos o los jornaleros andaluces —poniendo en cualquier caso de manifiesto el impacto en un mundo rural sediento de tierras—, tal y como refleja el apartado sobre el mundo del trabajo. Más que estudiar la Revolución Rusa, el objeto de estudio se centraría actualmente en estudiar cómo la Revolución Rusa cambió el mundo del siglo XX.

De acuerdo con esto, no resulta extraño que el apartado con más aportaciones haya sido el de «Las miradas de la revolución»: cómo vieron y como se vivieron los días que estremecieron al mundo desde los lugares y las perspectivas más variadas. El volumen de comunicaciones en este campo nos obligó, para poder desarrollar un debate en condiciones, a crear una nueva división dentro de este apartado, con un ámbito relativo a las miradas cinematográficas de la Revolución, que incluía estudios de películas de carácter histórico de directo-

res como Sergéi Eisenstein, Warren Beatty o Nikita Mikhalkov, así como trabajos sobre la recepción del cine soviético en los círculos anarcosindicalistas durante la II República española o las producciones de ciencia ficción norteamericanas, durante la Guerra Fría, como metáforas en pantalla de la «amenaza roja». De este modo, para el ámbito original de «Las miradas sobre la Revolución», quedarían aquellas aportaciones sobre la recepción de la revolución en ámbitos tan diversos como Cuba (con la representación que la gráfica mural de la Cuba revolucionaria hizo de la experiencia soviética), México (con un intercambio de miradas entra las dos revoluciones), Albania (a partir de las interpretaciones divergentes con motivo del LI aniversario de la Revolución en comparación con la URSS y Bulgaria), Alemania (tomando como protagonista la figura del dirigente comunista durante la República de Weimar Ernst Thälmann) o Barcelona (partiendo del nomenclátor de la ciudad durante los períodos democráticos). En este apartado también encontraríamos los estudios sobre los testimonios de visitantes procedentes de la localidad catalana de Vilafranca del Penedès en la Unión Soviética de los años 30, o del bailar flamenco Juan Martínez durante la guerra civil rusa; así como sobre la influencia de la psicología en la construcción de un gusto musical soviético por parte de las nuevas autoridades, y sobre la utilización del fútbol como instrumento al servicio de la diplomacia soviética. Finaliza este ámbito con las aportaciones en forma de ensayo sobre el significado histórico-social y la naturaleza de la Revolución y de la URSS, y sobre los problemas historiográficos derivados de la comparación entre las revoluciones de Febrero y de Octubre.

Por lo que respecta al resto de apartados, en el primero de ellos, «I Guerra Mundial y Revolución», encontramos una comuni-

cación que sitúa la crisis del zarismo en el contexto de «los otros 1917 europeos», dentro una amplia oleada de movilizaciones que afectaron tanto a países beligerantes como neutrales. En el apartado relativo al papel de la Mujer en la Revolución, destacan trabajos que inciden en las conquistas revolucionarias de las mujeres en todo tipo de ámbitos, como el político (con la primera constitución soviética y el derecho al voto femenino), el social (con legislación sobre el derecho al divorcio y al aborto) o el educativo (en consonancia con el nuevo papel de la mujer en la sociedad socialista). Dentro del campo de «El Miedo a la Revolución», podemos constatar desde los prejuicios de los liberales contemporáneos cubanos a las ideas bolcheviques, hasta el anti-comunismo desatado en Japón con motivo de la Expedición del Norte (1926-1928) llevada a cabo por nacionalistas y comunistas, con el apoyo soviético, contra los señores de la guerra; pasando por las vicisitudes de los exiliado rusos de 1917 en Europa y su contribución al discurso antibolchevique y al miedo del contagio revolucionario.

Finalmente, el último apartado, «La implosión de la Unión Soviética», incluye la radiografía final de la época soviética, a partir de la adaptación cinematográfica de Fred Schepisi de la novela de John Le Carré *La Casa Rusia*, las reflexiones, dentro de la tradición de la escuela de marxismo analítico y especialmente del filósofo Gerald A. Cohen, del impacto de 1989 para el futuro de la izquierda; y la importancia del factor nacional en la desintegración de la URSS tomando como ejemplo el caso moldavo (1989/1994).

El programa también contó con la intervención de reconocidos especialistas que contribuyeron a los debates congresuales con una serie de conferencias, que reproducimos junto a las ponencias y comunicaciones, focalizadas en aspectos más concretos,

pero imprescindibles a la hora de calibrar el alcance geográfico y temporal de la Revolución Rusa, como fueron el impacto de las revoluciones rusas en España (Álvaro Soto), el papel de la Internacional Comunista (Serge Wolikow) y la perspectiva de la Revolución en la Rusia actual (Francisco Veiga). Como actividades complementarias debemos destacar la conferencia pre-congresual de los profesores Jorge Saborido y Mercedes Saborido sobre la influencia de la Revolución en Rusia en la izquierda argentina y uruguaya, el cine-fórum sobre la película *Octubre* (1927) de Serguéi Eisenstein, una mesa redonda, a cargo de Mariano Aragón, Martí Caussa y Miquel Izard sobre el peso de la Revolución rusa en particular, y del concepto de revolución en general, en la militancia política de la izquierda del siglo XX; y finalmente la presentación del libro *Y el mundo cambió de base. Una mirada histórica a la revolución rusa* (Editorial Yulca, 2017), editado por Andreu Mayayo y José Manuel Rúa, y resultado de un trabajo coral —participan un total de nueve historiadores de la Universitat de Barcelona— con capítulos que combinan la clásica narración de historia política, militar y económica del periodo, con originales apartados dedicados

a aspectos menos trabajados por la bibliografía tradicional sobre el tema como los roles de género, la aparición del anticomunismo como ideología política, la cuestión judía en el seno del proceso revolucionario o el papel del fútbol como arma propagandística y diplomática de los bolcheviques.

Todos estos trabajos, presentados y debatidos en el marco del centenario de la Revolución Rusa que, ponen de manifiesto la acertada intuición de Eisenstein cuando en el momento final de *Octubre*, su película conmemorativa con motivo del décimo aniversario de la toma del poder por parte de los bolcheviques, tras el asalto al Palacio de Invierno nos muestra la hora señalada en los relojes de diferentes ciudades del mundo como Nueva York, Berlín, Londres París... un momento que quedaría marcado para siempre no solo en el antiguo Imperio zarista, sino en los lugares más remotos. La onda expansiva de la revolución daría la vuelta al mundo y cien años después podemos afirmar que la historia de la Revolución de Octubre va más allá de la historia de Rusia. Este Congreso ha contribuido a profundizar y divulgar esta parte de la historia del corto siglo XX. Esta parte de nuestra historia.

«Congreso Internacional: Cien años de la revolución rusa. Mujeres, utopía y prácticas sociopolíticas»*

Andy Eric Castillo Patton

Universidad Complutense de Madrid (UCM)

Con motivo del centenario de la Revolución de Octubre de 1917, el Instituto de Historiografía Caro Baroja (IHCb) y el Instituto de Estudios de Género (IEG) de la Universidad Carlos III de Madrid han organizado el *Congreso Internacional: Cien años de la revolución rusa. Mujeres, utopía y prácticas sociopolíticas*, cuya celebración tuvo lugar los días 26 y 27 de octubre de 2017 en la Facultad de Humanidades, Comunicación y Documentación del Campus de Getafe bajo la dirección de Laura Branciforte y la coordinación de Virginia Fusco, Sofía Rodríguez y Eric Castillo.

En ocasión de las efemérides de la revolución rusa, un acontecimiento que cambió el devenir del mundo, las conferencias y las mesas de comunicaciones han versado sobre distintos enfoques y análisis distribuidos entre los siguientes ejes temáticos: el legado de las primeras teóricas comunistas en materia de igualdad de género; la acción sociopolítica de algunos destacados perfiles biográficos de «revolucionarias de profesión»; las relaciones entre el feminismo socialista y comunista, así como su influencia en las feministas venideras; las nuevas relecturas de los textos canónicos escritos por estas mujeres; los vínculos entre mar-

* Getafe, Universidad Carlos III de Madrid, 26-27 de octubre de 2017.



xismo, post-marxismo y feminismos y, en último lugar, las nuevas estrategias y herramientas de una praxis política feminista.

Este Congreso se ha caracterizado por ser de los pocos que, dentro del contexto académico español y con motivo del centenario de la Revolución, se ha centrado únicamente en torno a la producción teórica y el activismo de las mujeres revolucio-

narias. De este modo, el principal cometido de este Congreso ha sido visibilizar el rol de las mujeres en los procesos de transformación de las sociedades tanto desde una mirada histórica como filosófica. El uso de un enfoque multidisciplinar se ha considerado imprescindible para llevar adelante un análisis lo más exhaustivo posible acerca de la relación entre mujeres y la Revolución rusa, así como sus consecuencias y legado.

Asimismo, el carácter internacional del Congreso le ha conferido una riqueza de discursos y perspectivas que han desbordado las expectativas de lo que estaba pensado inicialmente como un encuentro de carácter monográfico. Durante el primer día del Congreso, dicha riqueza se vio reflejada en una exposición sobre cómo la Revolución puede ser mirada desde la perspectiva de la militancia femenina, tal y como expuso la profesora Patrizia Gabrielli de la Universidad de Siena (Italia) en «Gli uomini servono a tavola le donne. L'Urss e l'emancipazione femminile nelle rappresentazioni delle comuniste italiane». A lo largo de su exposición, Gabrielli disertó sobre las expectativas de las comunistas acerca de la «patria del proletariado», la URSS, y sus promesas de libertad en un lugar «donde las mujeres derrumban la rígida construcción de género que recluye la feminidad en la esfera privada» al mismo tiempo que «confirman el sentirse parte y, al mismo tiempo, 'resultado' de un proceso político». Por otro lado, desde un enfoque periodístico, la investigadora gallega Rosario Martínez, en su conferencia titulada «Sofía Casanova, corresponsal de ABC en la Revolución rusa», pretendió «explicar no sólo la presencia de Sofía Casanova en San Petersburgo en aquel momento, sino también su actitud ante la Revolución bolchevique y su visión de los hechos» como primera mujer corresponsal de guerra. Como contraste de las experien-

cias vividas, la profesora Macarena Iribarne de la Universidad de Wollongong (Australia), en la ponencia «La tradición del Feminismo Socialista» analizó los antecedentes y presupuestos teóricos que posibilitaron la presencia de las mujeres como pensadoras y activistas de la revolución, como fueron los casos de Flora Tristán o Aleksandra Kollontai. En una diferente línea analítica, la profesora Montserrat Huguet Santos (Universidad Carlos III de Madrid), bajo el título de «Las mujeres del Ejército Rojo. Experiencia y legado», presentó el contexto pre-revolucionario por el cual las mujeres rusas comenzaron a militar en espacios exclusivamente masculinos, tal y como fue el caso del primer «Batallón de la Muerte» organizado por María Bochkariova.

En el segundo día del Congreso, la activista e investigadora catalana Sandra Ezquerro (Universitat de Vic – Universitat Central de Catalunya), en la ponencia «Propuestas desde el marxismo y la economía feminista: desarrollo y políticas sociales de inclusión», trajo a debate la realización de «un recorrido por la teoría económica marxista clásica y contemporánea y, particularmente, sobre cómo ésta ha teorizado y utilizado el concepto de acumulación primaria». De acuerdo con este análisis, se defiende cómo desde la crítica de la economía feminista «el método de acumulación capitalista ha consistido en la estrategia de dividir de manera ficticia la economía en sectores visibles y sectores invisibles: las mujeres, la naturaleza y los pueblos empobrecidos». Por último, la autora francesa Sophie Noyé (Université François Rabelais de Tours), en la conferencia «Materialist and Queer Feminism: Politics of counter-hegemony», reflexionó acerca de «la relación entre el feminismo materialista y el movimiento *queer* en Francia» y la necesidad de «desarrollar una estrategia hegemónica sobre la concepción del sujeto po-

lítico». De acuerdo a estas observaciones, Noyé estableció la posibilidad de que «los feminismos materialista y *queer* pueden desarrollar una contra-hegemonía respecto al feminismo dominante y a las políticas neoliberales».

De este modo, durante el Congreso quedaron plasmadas diferentes aproximaciones sobre cómo se puede reexaminar y re-visitar tanto la Historia como la Filosofía, y qué lagunas, sobre todo desde el punto de vista del género, quedan por salvar en el estudio de todos los acontecimientos que han marcado aquello que tanto Iván Berend como Eric Hobsbawm han llamado el «corto siglo XX». Con un público muy dedicado, durante el encuentro se expusieron de manera muy acertada algunas de las cuestio-

nes que atañen a una nueva «revolución de las mujeres» que en 2017 se comenzó a fraguar a partir del Women's March, así como los preparativos hacia la huelga feminista global de 2018 o campañas internacionales como #NiUnaMenos o el posterior #MeToo. De este modo, el Congreso no sólo ha servido de puente entre culturas, sino de espejo entre experiencias que ofrecen diferentes narraciones sobre qué ofrece y cómo se plantea la revolución con vistas a un cambio social, político, cultural o económico de carácter radical. Es así que los resultados científicos y discursivos de las jornadas se verán plasmados en una publicación en la *Revista de Historiografía* de la Universidad Carlos III de Madrid, proyectada para el segundo semestre de 2019.

«Congreso Internacional: 100 años de la Revolución Rusa»*

Gloria Román Ruiz
Universidad de Granada

En octubre de 2017 se cumplieron cien años de uno de los más trascendentales acontecimientos de la historia contemporánea universal, la Revolución Rusa de octubre de 1917. Con motivo del centenario se organizaron exposiciones, aparecieron novedades editoriales, se publicaron artículos y dossiers en distintas revistas científicas y se organizaron numerosos eventos académicos que, desde diferentes disciplinas, trataron de conmemorar la gran efeméride histórica del siglo XX. En este contexto conmemorativo se celebró en Granada entre los días 15 y 17 de noviembre el Congreso Internacional «100 años de la Revolución Rusa», organizado por el Área de Filología Eslava, el Centro Ruso, el Instituto Confucio, la Facultad de Traducción e Interpretación y el Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad de Granada.

El congreso comenzó a organizarse con la pretensión de crear un espacio interdisciplinar para el debate, la discusión y la transferencia de conocimiento en torno a la Revolución Rusa de 1917 en el año de su centenario. De su envergadura y buena acogida buena cuenta el número de comunicantes, que ascendió a 89, cuyas propuestas fueron distribuidas en 13 mesas-taller o paneles temáticos que se desarrollaron

en las tres lenguas oficiales del congreso: español, inglés y ruso. Entre los aspectos más reseñables del encuentro estuvieron su enorme proyección internacional y su amplia interdisciplinariedad, al contar con participantes procedentes de diferentes países y de distintas disciplinas, desde la Historia a la Literatura, la Filología, el Arte o la Sociología. En este sentido, el congreso cumplió las expectativas del Comité Organizador, al revelarse como uno de los eventos académicos sobre la Revolución Rusa más ambiciosos y de mayor entidad del año.

En el encuentro tuvieron cabida perspectivas y enfoques propios de la historia política y la historia de las ideas, pero también de la historia socio-cultural, la historia de género o la historia de la vida cotidiana. Más concretamente, las líneas temáticas del congreso giraron en torno a problemáticas tan variadas como el discurso y la religión durante la Revolución, las escuelas de pensamiento surgidas tras 1917, el fenómeno de la contrarrevolución, la cuestión de las nacionalidades, las figuras clave del proceso revolucionario, el impacto y la recepción de la Revolución en el exterior y, especialmente, en España, o la Rusia posterior a la URSS. Asimismo, se prestó atención al papel desempeñado por las mujeres durante la Revolución, las expresiones artísticas y la literatura, o la memoria y conmemoración de 1917. Por último, el interés

* Granada, 15-17 de noviembre de 2017.

del congreso estuvo del lado de las actuales interpretaciones historiográficas y los nuevos enfoques metodológicos a la hora de estudiar este acontecimiento clave del siglo XX.

El encuentro se abrió y se clausuró con dos mesas redondas que venían a incidir en la dimensión internacional del proceso revolucionario ruso de 1917. La inaugural versó sobre «El impacto de la Revolución rusa en China» y contó con la participación de especialistas como Kim Donggil, de la Peking University, Stephen Smith, de All Souls College (Oxford) o Carlos Enríquez del Árbol, de la Asociación de Estudios Marxistas. En la segunda mesa redonda, dedicada a «Las revoluciones rusas y España», intervinieron los profesores Ricardo Martín de la Guardia, de la Universidad de Valladolid, Julián Vadillo, de la Universidad Complutense de Madrid, Francisco Cobo y Simón Suárez, ambos de la Universidad de Granada.

El congreso contó con la intervención de ponentes de gran altura como el profesor Geoffrey Hosking, de la University College (London), que centró su ponencia en las paradojas de la confianza y la desconfianza en la Rusia soviética. Según este autor, al igual que ocurriera entre los líderes comunistas, en la sociedad soviética se pasó de la confianza a la desconfianza en un breve lapso de tiempo, extendiéndose rápidamente un clima dominado por la omnipresencia de la paranoia y la sospecha. La sociedad estalinista se habría caracterizado, por tanto, por una desconfianza creciente y desenfrenada que estuvo en buena medida en la base del «terror» estalinista. En su intervención Hosking explicó que no solo los opositores abiertos, sino prácticamente cualquiera podía ser considerado «enemigo» y ser víctima de grotescas acusaciones sin opción de defenderse mediante argumentos racionales. Tras muchas de las muertes de aquellos años habría yacido, según su ar-

gumentación, el sentimiento de casi total desconfianza que se apoderó inicialmente de los líderes y acabó por expandirse entre la sociedad soviética.

Por su parte, Ricardo Martín de la Guardia, de la Universidad de Valladolid, abordó la recepción de la Revolución de Octubre de 1917 en España. Según explicó en su ponencia, la reacción inicial de las fuerzas españolas de izquierdas ante el triunfo bolchevique fue positiva, pero poco después de los sucesos revolucionarios tanto la CNT como el PSOE expresaron sus discrepancias, distanciándose del movimiento e incluso criticándolo. Este enfriamiento habría estado en la base de las dificultades que halló en nuestro país el nacimiento y consolidación del Partido Comunista. En su seguimiento de la Primera Guerra Mundial parte de la prensa española se decantó por apoyar a los revolucionarios y dar de lado a la tiránica autocracia zarista, si bien el hecho de que España se mantuviera neutral en la contienda mundial aminoró el impacto de la Revolución con respecto a otros países europeos. Martín de la Guardia concluyó que la influencia del bolchevismo se dejó sentir sobre todo entre la juventud y el movimiento obrero y que, tras el triunfo de la Revolución, los conservadores liberales españoles, alertados por los acontecimientos en Rusia, decidieron apostar por las reformas sociales como dique de contención frente a una hipotética rebelión en suelo patrio.

Otro de los profesores invitados fue Michael A. Nicholson, de la University College (Oxford), que centró su intervención en la figura del escritor e historiador Aleksandr Solzhenitsyn. El título de su ponencia, «Loving the Revolution», hacía referencia al título inicial de una de las novelas históricas que el autor concibió en 1937, cuando se sentía próximo a las posturas leninistas. Sin embargo, tras su arresto y encarcela-

miento en 1945, acabó modificándolo para finalmente dar por abandonado el proyecto sin haber podido concluirlo. Nicholson explicó en su conferencia cómo se fue reflejando en las obras de Solzhenitsyn la atracción que sintió por la Revolución en sus años de juventud y cómo aquella seducción fue perdiendo intensidad a medida que se adentraba en su etapa de madurez.

Por último, Christopher Read, de la University of Warwick, hizo un interesante y necesario balance acerca del conocimiento historiográfico actual sobre la Revolución Rusa y apuntó hacia las nuevas perspectivas que se están abriendo paso a la hora de abordar el fenómeno. El autor criticó la excesiva politización que impregnó las interpretaciones de la Revolución ya desde 1917, cuando se reveló como sostén de la legitimidad del gobierno soviético y, sobre todo, a raíz de la Guerra Fría, cuando cobró especial intensidad. Para este profesor las visiones dominantes acerca de Octubre de 1917, la soviética, la antisoviética y la trotskista, —que, pese a hacer interpretaciones opuestas de los acontecimientos, tienen más rasgos comunes de lo que pudiera parecer—, resultan erráticas. Según Read, la investigación más reciente, facilitada por el acceso a nueva documentación archivística y por la disponibilidad de una mayor variedad de fuentes, comienza a prestar atención a hechos locales y provinciales, así como a nuevos sujetos históricos como las

mujeres o las minorías étnicas. Read defendió la necesidad de avanzar por esta senda y de repensar los sucesos revolucionarios de 1917 y parte de la experiencia soviética para tratar de ofrecer una explicación más compleja, realista e histórica, desprovista de las profundas connotaciones políticas que ha presentado hasta ahora.

Una de las cuestiones que hubiera podido hacer del Congreso Internacional «100 años de la revolución rusa» un evento aún más reseñable y enriquecedor hubiera sido una mayor presencia femenina entre los ponentes, pues no se contaba a ninguna mujer entre los seis conferenciantes. También las dos mesas redondas, cada una de ellas integrada por cuatro miembros, resultaron enteramente masculinas. Por tanto, no hubo ni una sola mujer entre los once profesores procedentes de diversas universidades nacionales e internacionales que fueron invitados a participar en las sesiones plenarias y mesas redondas a lo largo de los tres días que duró el evento. Además, en sus intervenciones el colectivo femenino como sujeto histórico estuvo prácticamente ausente del relato. Lo cierto es que este escollo hubiera podido soslayarse incluyendo en el programa a mujeres especialistas que, a buen seguro, hubieran podido enriquecer las visiones historiográficas y las narrativas históricas del pasado —casi— netamente masculinas ofrecidas por sus compañeros de profesión.

«Congreso Internacional Karl Marx (1818-2018). Crítica de la economía política»*

Sergio Cañas Díez*

Universidad de La Rioja-Universidad de Zaragoza

Del 1 al 3 de marzo del presente año tuvo lugar en la Universidad del País Vasco (Campus de Vizcaya, Bilbao) un congreso organizado por el Departamento de Ciencias Políticas y Administrativas. Debido al bicentenario del nacimiento del autor alemán, dicho congreso permitió la exposición de distintas perspectivas sobre el pensamiento de Marx y el debate acerca de la influencia intelectual y revolucionaria que su obra tiene en el presente. Si ya el hecho de organizar un encuentro internacional de estas características es meritorio, no lo es menos el haber elegido un tema que no por ser clásico en las ciencias humanas y sociales tiene menos vigencia e interés, a pesar de que tiene poca presencia en la universidad española actual. En el caso de la UPV nos tenemos que remontar hasta 1983 para encontrar el anterior congreso relacionado con este tema, organizado por el centenario de la muerte de Marx. Y durante esos 35 años tan solo tenemos constancia de las «Jornadas Marx en el siglo XXI», celebradas en la Universidad de La Rioja (Logroño, 12-14 de diciembre de 2007). Organizado



por el departamento de Derecho, también posibilitó el encuentro de distintas ramas del saber si bien la presencia de filósofos del derecho, antropólogos y arqueólogos dominó aquel encuentro en el que también tuvieron voz la sociología, la filosofía y el arte. Esta breve retrospectiva es subjetiva. Posiblemente haya habido otras reuniones científicas que por diversas cuestiones desconozcamos. Pero estamos más seguros de la falta de encuentros organizados este año donde el congreso de Bilbao es una excepción hasta la fecha. Un hecho que no deja de sorprendernos dada la magnitud del tema tratado, aunque sabemos que también la propia FIM en colaboración con la

* Vizcaya, 1-3 de marzo de 2017.

** Investigador posdoctoral de la Universidad de La Rioja. Miembro del GI de la Universidad de Zaragoza «Historia de España en el siglo XX: sociedad, cultura y política».

Universidad Complutense de Madrid tiene previsto poner su granito de arena en este sentido.

La apertura oficial del congreso contribuyó a reforzar esa idea de abandono que sufre la figura y la obra de Marx. En contraposición a este hecho académico y debido a la alta presencia de participantes en el congreso, muchos de los cuales eran estudiantes, las personas encargadas de abrir el acto aludieron a la ilusión que la gran acogida del congreso generaba entre los organizadores. Se concibió como una actividad de resistencia académica orientada por Marx y su pensamiento crítico: como un oasis en el desierto universitario dominado actualmente por las publicaciones con impacto, la división entre las ramas «duras» y «blandas» de las ciencias, la precariedad laboral, la locura que supone la acumulación de acreditaciones, publicaciones y patentes para optar a nuevos retos profesionales. Se pretendía por lo tanto que durante tres días se pusieran en contacto y diálogo distintas ramas de las Humanidades y de las Ciencias Sociales en torno a Marx y su legado, a pesar de que el estado general de nuestro contexto socio-profesional dificulte la relativa tranquilidad que se necesita para investigar y alcanzar metas laborales consistentes mediante la investigación y el debate con otros expertos. En nuestro parecer, lo cierto es que se logró alcanzar esos objetivos con sobresaliente éxito.

El congreso partía de tres presupuestos teóricos y organizativos: la actualidad de Marx y de su pensamiento en el tiempo presente, la discusión de los estudios académicos con y frente a distintos agentes sociales (fundamentalmente el activismo, el mundo laboral y la calle), y tratar de hacer de cada investigador su propio Marx. Incluso se aludió a un texto firmado en 1983 por J. L. Cebrián en *El País*, donde el célebre periodista y empresario defendía

el marxismo como herramienta de análisis y como un hecho cultural de primer orden más que como un dogma político. En suma, como dijo uno de los organizadores, se trataba de rebatir, cuanto menos poner en cuestión, el tópico liberal-conservador que reza que si con 20 años no eres revolucionario no tienes corazón, pero que si con 60 años lo sigues siendo no tienes cabeza: demostrar que se puede tener corazón y cabeza al margen de la edad y que ser científico, hacer buena ciencia, y tener una ideología más o menos revolucionaria, más o menos crítica frente al *status quo* —al menos frente a sus aspectos objetivamente nocivos desde un planteamiento más heterodoxo— no es incompatible.

Al ser tantas las mesas temáticas y desarrollándose 3 sesiones de manera simultánea, solo podemos referirnos a los bloques que más nos interesaban, y por ende a las que asistimos y participamos, que por motivos obvios es de las que podemos dar más datos y ofrecer una mejor valoración independientemente de nuestra propia ponencia y valoración. En primer lugar asistimos al bloque que se ocupó de la vida, obra y recepción de Marx, moderada por el historiador P. Sánchez. Su sentido era poner en valor al autor alemán como figura importante de la contemporaneidad tanto desde un prisma teórico como práctico, fuera y dentro del ambiente académico, y tratar de atajar los problemas que ese hecho conlleva: las múltiples lecturas de la obra de Marx que muchas veces son divergentes, y descontextualizar el tiempo desde el que Marx reflexionó y hacer lo mismo con los diferentes contextos históricos desde los que se ha analizado su obra. Las conferencias corrieron a cargo del historiador G. Stedman Jones y del politólogo M. Heinrich, lo que permitió conocer dos trabajos disímiles, que partían de distintas líneas de investigación y están hechos desde diversos cam-

pos académicos por autores pertenecientes a disparejas generaciones. El primer autor abordó el significado del concepto de crítica de la economía política desde los textos de Marx y de manera diacrónica. Sus puntos claves fueron explicar cómo Marx trató en sus primeros textos (en la década de 1840) de terminar con la mistificación de la economía capitalista mediante el análisis de la relación capital/trabajo y la relación entre modo de producción/valor-precio, y cómo a partir de la década de 1860 quiso analizar el capital para tratar de superarlo y llegar a la sociedad socialista, entendiendo la revolución como un proceso y no como un acontecimiento. Y con todo, sin olvidar que se trata de una teoría incompleta que terminó de ser publicada por Engels mediante notas y manuscritos del propio Marx.

Por su parte M. Heinrich trazó una biografía intelectual de Marx desde la crítica de la economía política. Además expuso el espíritu crítico del propio Marx quien no quiso publicar todo lo que escribía por no estar satisfecho con su propia producción. Razón por la que las publicaciones hechas después de su muerte resultan problemáticas: los manuscritos no corresponden con los textos editados por Engels más allá de cuestiones formales y de estilo, y los supuestos continuadores de la obra de Marx como Lenin no llegaron a conocer jamás la producción total del propio Marx. Ambos factores llevaron a una corriente idealista dentro de las primeras lecturas de Marx. Así, las ediciones de textos hechas ya entrado el siglo XX, campo al que se dedica el autor, han tratado de completar las lagunas de la obra marxista como si se tratase de un arqueólogo que trata de recomponer un espacio a partir de sus fragmentos. También resultó interesante la idea de que la ideología domina más la producción del joven Marx mientras que la parte científica y materialista está más presente en sus tex-

tos de madurez. Por ello su propuesta para entender y desarrollar la obra de Marx en la actualidad, es un punto intermedio en sentido aristotélico que se sitúa entre la ruptura y el continuismo con la obra del propio Marx.

La segunda sesión dentro del mismo bloque nos permitió conocer la propuesta del editor C. Bértolo, dirigida al análisis de la prensa en relación a Marx y como espacio para el combate textual, y la de la economista M. Etxezarreta, dedicada a explicar la evolución y situación económica en la España actual partiendo de la situación económica de los años 70. En este segundo caso se trató de un cambio a última hora pues estaba prevista otra participante, pero agradecemos haber podido asistir en ese momento a la conferencia de la profesora Etxezarreta —adscrita inicialmente al bloque de Teoría del Capital, Crisis y Acumulación— ya que aportó una visión económica necesaria para llevar la crítica de la economía política hasta el presente de manera práctica y a través de un caso concreto. Aunque fuera del campo por el que se estaba derivando el congreso hasta esos instantes, resultó muy interesante para ampliar el espectro temático del bloque y aportar un aire más fresco a última hora de la mañana cuando el cansancio empezaba a hacer mella para quienes veníamos de fuera. En el primer caso C. Bértolo se presentó como un lector de Marx no universitario y un militante del PCE marxista-leninista. Su conferencia fue interesante al analizar al Marx periodista y propagandista. Dos aspectos, entre las múltiples facetas del autor alemán, que se unifican en torno a la idea de lucha contra la censura de su época y una concepción del saber entendida como crítica contra el poder. También valoró el tono irónico, crítico, riguroso, burlón y combativo que Marx usaba en su prosa para arremeter tanto contra adversarios como

contra los «amigos» que no encajaban con los planteamientos marxistas. Igualmente, señaló con acierto que su obra periodística estaba dirigida a la clase media y burguesa —sus iguales— y no a la clase baja o trabajadora de la época, entre la que no tenía impacto debido a las altas tasas de analfabetismo.

En el segundo caso, desde un planteamiento económico M. Etxezarreta explicó cómo se había llegado hasta la situación económica actual marcada por el aumento de la desigualdad, planteando a modo de hipótesis marxista que analizando la estructura económica general se puede cambiar esa tendencia del presente. Las claves de su exposición fueron la pérdida de peso de la economía nacional a favor de la economía globalizada, las propias lógicas de la entrada y situación de España en la UE, y el engrandecimiento de la Unión Europea dado en 2004 al integrar las economías del este del continente. Al mismo tiempo que se produjo un abandono de las tesis de Keynes y se favorecieron las de la corriente neoliberal, y por consiguiente la idea de Estado del Bienestar fue perdiendo peso específico. Así, la crisis de 2008 no parece haber traído nada nuevo: es la misma línea neoliberal que ha ido recorriendo la España democrática, salvo algunos períodos concretos, pero impuesta con más fuerza desde los gobiernos del centro-derecha. La propuesta de esta autora para tratar de revertir esta situación, donde los partidos de izquierdas y los sindicatos de clase parecen tener la batalla perdida frente a otras propuestas políticas e ideológicas dominantes por su atomización y la falta de unidad, es hacer nueva política. Entendida más como una unión ciudadana al margen de agentes tradicionales como se planteó en el 15M, ya que a pesar de sus ambigüedades programáticas de lo que se trata en la práctica es de mejorar los análisis de la ciudadanía más

que de negar o incidir en sus errores. Al fin y al cabo lo que se presenta como nueva política son partidos como Ciudadanos —por la derecha— y Podemos —por la izquierda—, que solo han institucionalizado la potencia política crítica de la sociedad frente al bipartidismo anterior aunque plantean distintos modelos económicos. No obstante como la propia profesora dijo no se pueden —deben— cargar las críticas contra la política de modo visceral, cuando el responsable último es el capitalismo, a quien nunca parece discutírsele. Ni tampoco resulta riguroso homogenizar acríticamente el centro derecha y el centro izquierda en base a su demostrada proximidad económica, bien sea genuina como en el caso del PP o bien sea obligada por la UE como en el caso del PSOE.

La tercera sesión pertenecía a un bloque distinto dedicado al estudio de la obra, el contexto histórico y la recepción de Marx. En este caso el idioma elegido para las potencias fue el inglés. Posiblemente este hecho explica la falta de público junto a la coincidencia con otras mesas que tuvieron mayor afluencia. La primera intervención fue la de V. Finocchiaro de la mano de quien descubrimos la figura de Antonio Labriola, uno de los primeros autores italianos en desarrollar en Italia la teoría marxista. Un autor que influenció por igual tanto a B. Croce, fundador del Partido Liberal Italiano, como al fundador del Partido Comunista Italiano, A. Gramsci. A pesar de sus inicios hegelianos, el filósofo italiano terminó criticando la metafísica del idealismo acuñando una frase que resume bien su planteamiento marxista: las ideas no caen —no vienen— del cielo. Entendiendo el materialismo histórico más como una tendencia general que como un método científico, y al mismo tiempo más como un método de conocimiento que como teoría para explicarlo todo, en su concepción el comunismo era

el desarrollo práctico del método marxista más que un fin de la historia.

A continuación el turno fue para el profesor finlandés V. Oittinen, quien disertó sobre la influencia de Kant en Marx y explicó cómo la influencia de Hegel vino realmente de la mano de Engels. Según su tesis, Marx estaba más próximo de la dialéctica kantiana que de la hegeliana, pero matizando que el retorno kantiano de Marx fue dialéctico para discutir la crítica que Hegel hizo de los planteamientos de Kant. Cerrando la sesión el historiador P. Sánchez expuso la teoría de Marx sobre la constitución mixta. Partiendo de la base de que los sistemas políticos pueden esquematizarse y degenerar en: capitalismo (tiranía de los ricos), oligarquía (gobierno de los mejores o de la élite), demagogia (gobierno de las masas) o dictadura (tiranía de los más fuertes), la vía intermedia para constituir un sistema utópico debe pasar por la constitución de un sistema mixto: el comunismo. El cual además de eliminar la degeneración de los sistemas anteriores combate la anarquía —entendida en un sentido negativo alejado de la doctrina filosófica propia del movimiento libertario, como populismo, en sentido negativo, del siglo XIX—, y la metafísica del derecho. Lo cual se posibilita por ser el proletariado la clase dirigente que aúna riqueza, fuerza, número y virtud.

Cerrando el bloque dedicado a la obra, contexto histórico y recepción otras tres ponencias fueron expuestas y debatidas. Afortunadamente con mayor presencia de público aunque sin poder compararse con el lleno de la sala que tuvo el congreso por la mañana. Comenzando por la del autor de este texto, quien desde un punto de vista a caballo entre teoría de la historia y la historiografía demostró —trató de demostrar para no resultar presuntuoso— el interés que la obra de Marx tiene para la historia entendida como conocimiento científico y

no como mero relato o crónica de hechos, desde perspectivas diversas: como fuente para la historia, como autor de un método científico y como excelente escritor enciclopédico muy crítico frente a detractores y seguidores acríticos. También se expuso algún caso práctico del método marxista para investigar la historia, detectado en los análisis de Marx sobre algunos puntos de la historia de España en el siglo XIX. Desde un punto de vista parecido en el fondo pero diferente en origen y material utilizado —lo cual fue una grata sorpresa para los ponentes en tanto en cuanto no conocíamos nuestros respectivos trabajos hasta ese momento—, el politólogo I. Arcos expuso la actualidad que el pensamiento de Marx tiene en la actualidad desde una perspectiva filosófica. No entendiendo a Marx como un ídolo de una religión laica, como en el pasado hicieron muchos autodenominados marxistas que pugnaban entre sí por detentar la pureza de la doctrinal y denostaban a los demás como revisionistas, pero sí tratando de superar el olvido que la teoría de Marx sufrió tras la Segunda Guerra Mundial por la influencia de las escuelas anglosajonas en sus intentos de no mezclar la ideología con el conocimiento científico para evitar contaminarlo. Más bien presentando e interpretando con rigor a Marx como una alternativa viable en el presente para responder tanto al fin de los fundamentos científicos de las humanidades y las ciencias sociales, por un lado, como al fin de la ideología en un plano político, por el otro. Pues con todas sus limitaciones y diferencias contextuales entre la época de Marx y el presente, siempre subsiste la sensibilidad marxista o marxiana al mirar a la realidad desde un prisma científico.

No menos importante e interesante fue la comunicación que cerró la mesa, donde A. Saiz defendió y demostró por qué la crítica de la economía política es una ciencia.

En un plano similar al que fue defendido en las intervenciones anteriores pero al mismo tiempo partiendo desde otro punto de vista totalmente diferente y mucho más metodológico, se puso en valor la actitud científica que tiene la obra de Marx tanto para criticar el capitalismo de modo riguroso como para superar el positivismo de la economía vulgar. No planteando visiones materialistas doctrinales y ortodoxas, que terminaron confundiendo causalidad con correlación y leyes con regularidades y por extensión terminaron degenerando en planteamientos supremacistas, machistas, nacionalistas, etc., sino siguiendo el método del propio Marx: partir de la realidad para extraer datos y procesarlos mediante el método y la ideología. Algo que cualquier sujeto hace en su oficio sea más o menos intelectual o más o menos artesanal o mecánico, salvo que se detentan posiciones intelectuales o ideológicas platónicas y elitistas. En suma hacer ciencia descriptiva pero no predictiva, como fundamento actual de las ciencias sociales, y releendo al propio Hegel que se negaba a reducir sus planteamientos a una fórmula mágica basada en tesis-antítesis-síntesis.

El último bloque en el que participamos de nuevo como oyentes, estuvo dedicado a la Teoría del Capital, Acumulación y Crisis. Lo abrió el sociólogo B. Jessop, quien propuso una comparativa entre la teoría del Estado expuesta por Marx en *El Capital* y los estados dados en las sociedades capitalistas. La razón de concebir así su propuesta es que la teoría de Marx quedó incompleta, a pesar de que es posible analizarla a través de su obra. Resultó significativo y novedoso comprobar la influencia de las ciencias naturales en la concepción del Estado dentro de la teoría marxista. Partiendo de esa analogía y del análisis formal del Estado hecha por Marx (cuyos componentes eran la crítica de la teoría política, el análisis histórico

del desarrollo de los estados y el análisis del Estado capitalista), logró desentrañar los fundamentos de la teoría marxista del Estado y exponer las diferencias entre el Estado teórico en Marx y el Estado en la sociedad capitalista. A continuación R. Cobo hizo un análisis crítico de la prostitución desde un planteamiento marxista y revolucionario. De nuevo el congreso tomaba un prisma mucho más práctico en términos sociales, y se demostró cómo en la prostitución se conjugan la explotación capitalista con la explotación patriarcal, pasando de ser una actividad artesanal antes de los años 60 más o menos discutida moralmente por la sociedad, a ser una de las principales industrias ilegales con cierta legitimación social a partir de las teorías de la liberación sexual de esa década. Todo lo cual saltó por los aires en los años 80 por la tendencia neoliberal de la política y de la economía, que hizo que el sexo fuera un gran negocio y la prostitución quedase legitimada como un contrato libre entre iguales cuando en realidad se trata de una explotación de clase, étnica y de género. La razón es que los países (sus burguesías) cuyas economías no pueden seguir el ritmo de las naciones avanzadas por el ciclo económico, terminan por encontrar en las actividades ilícitas su negocio para la acumulación capitalista, haciendo que se exporten armas, drogas y órganos como se exportan mujeres para el negocio del sexo. Tratando a seres humanos como mercancías.

La cuarta y última sesión que cerró el bloque corrió a cargo de J. Maiso y de C. Ruiz. Desde un punto de vista filosófico el primer autor trazó una interesante propuesta de cara a relacionar la teoría con la práctica y repensar el pensamiento de Marx en el presente. Huyendo de las lecturas tradicionales del marxismo tomado como un catecismo del movimiento obrero, propuso una lectura moderna: volver a leer su obra para

descubrir lo que hay de verdad y contextualizar su pensamiento en la sociedad actual. Dado que la obra de Marx resulta inconclusa en sí misma, y que es necesario adaptarla al presente desde un punto de vista práctico y transformador de la realidad, donde otras visiones tradicionales han fracasado, se debe volver a interpretar la realidad sin abandonar el legado de Marx. A pesar de los problemas asociados a las nuevas lecturas, pues la modernización ha emancipado las fuerzas productivas, la ruptura frente a la realidad es mucha veces y sobre todo categorial, y no es fácil responder al qué hacer y quién es el sujeto en que recae la transformación, desde luego parece una propuesta más útil tanto para actualizar a Marx y su obra como para afrontar los desafíos de la sociedad actual desde un planteamiento marxista crítico. Por su parte C. Ruiz planteó la cuestión de la historia en la crítica de la economía política. Partiendo de que Marx no hizo un análisis historiográfico de la realidad sino que dio una explicación general de la misma, también propuso una lectura actualizada de la obra del pensador alemán para superar las barreras del marxismo ortodoxo. En el fondo y a pesar de los matices, la línea de su pensamiento era bastante similar a la anterior como ambos autores reconocieron.

El congreso aún tuvo un día más de sesiones con otros bloques distintos, más encauzados a la práctica revolucionaria, al feminismo y al nacionalismo, pero desgraciadamente no pudimos acudir por motivos laborales y personales. También se debe tener en cuenta que esta reseña del congreso responde únicamente a nuestros intereses intelectuales particulares de la obra de Marx en general, como de las mesas temá-

ticas del congreso en particular. Si bien en todo momento nuestra exposición ha sido rigurosa cuando hemos resumido los contenidos del congreso y de los autores que nos dimos cita, las valoraciones no dejan de ser una parte de nuestra propia perspectiva apoyada en las conversaciones que tuvimos con otros colegas y una parte pequeña de los asistentes. Nuestra lectura del congreso es muy positiva, porque distintos autores e investigadores de diversas áreas del conocimiento llegamos a trazar unas líneas de análisis semejantes en lo esencial, de donde se colige que Marx es un autor útil para repensar y analizar la realidad, si se lee de modo riguroso, actualizado y crítico. Al menos yo me llevo un gran número de notas tomadas que he usado para confeccionar este texto, la mente plena de ideas compartidas o debatidas con autores que desconocía, la mochila llena de libros que tengo ganas de empezar a leer para profundizar en algunos de los planteamientos de algunos autores, y de altas dosis de motivación para continuar investigando a la luz y a la sombra de Marx: uno de los autores fundamentales para entender la contemporaneidad independientemente de la ideología que cada uno tenga. Un autor de vasta cultura, método científico y lectura crítica al que conviene imitar para explorar al máximo las posibilidades intelectuales de las ciencias humanas y sociales. En cuanto a la praxis revolucionaria y sin querer negar la necesidad de eliminar los efectos negativos de la sociedad moderna, eso es otra historia que no nos compete en este texto y que nos vemos imposibilitados de abordar en breves líneas. Confiamos en que las líneas trazadas por otros autores sirvan para abrir el debate al respecto.

El robo de bebés desde una perspectiva de género

Soledad Luque Delgado*

Investigadora del Instituto de Estudios de Género de la Univ. Carlos III de Madrid

María José Estesó Poves*

Periodista y escritora

Origen y evolución

Hablar de bebés robados es adentrarse en uno de los episodios más espeluznantes de nuestra historia reciente, por su extensión en el tiempo, porque se produjo en todos los rincones del Estado, y porque afectó a miles de personas de la manera más cruel imaginada.

Este drama, cuyas consecuencias seguimos padeciendo a día de hoy, no puede tratarse desde una visión simplista como acostumbra a hacer los medios de comunicación. Quedarnos en la superficie, pensando y difundiendo que este crimen tuvo un objetivo meramente lucrativo, es desvirtuar en sí su verdadera naturaleza, además de situar a los criminales en una posición jurídica que en absoluto es la que les debería corresponder.

El hecho de que se produjera durante décadas, desde 1936 hasta bien entrada la democracia, implica tener en cuenta los

contextos históricos, políticos e ideológicos donde se cometió el delito. Esto supone una evolución también en el *modus operandi* y los motivos a través de distintas etapas o fases, aunque todas ellas enlazadas por el fino y omnipresente hilo de la impunidad.

Se contemplan tres fases principales^[1]: La primera está relacionada con el robo de los hijos a las mujeres republicanas; según el Auto de Baltasar Garzón del 18 de noviembre de 2008, se estima que hasta el año 1952, y bajo represión política, fueron robados más de 30.000 niños en cárceles y centros de detención. La segunda etapa se desarrolla a partir del año 1952 y durante toda la dictadura, es la fase más extensa; la ubicación ya no son únicamente las cárceles sino que la inmensa mayoría de robos se produce en clínicas y maternidades. Son en estos mismos centros donde se producen las desapariciones también durante la democracia, donde se centra la tercera etapa, que marca diferencias con las dos anteriores en cuanto al motivo primordial de los robos, como se comentará más adelante. El

* Presidente a la Asociación *Todos los niños robados son también mis niños*.

** Autora de *Niños robados, de la represión al negocio*, Madrid, Diagonal, 2012.

1.- Luque Delgado, Soledad, «El robo de niños en España. Un delito continuado en el tiempo», *Revista Viento Sur* N° 126 (enero 2013), pp. 27-36.

número de bebés desaparecidos en la segunda y tercera es incalculable.

Los móviles de estos robos varían de una fase a otra. En la primera, el objetivo era separar los hijos de las mujeres republicanas por medio de aplastante represión política. Esta segregación infantil estaba basada en la teoría del psiquiatra Antonio Vallejo Nágera, jefe de los Servicios Psiquiátricos Militares de la dictadura franquista y autor de *Eugenésia de la Hispanidad y regeneración de la raza* en 1937. Una de sus tesis pseudocientíficas, formado académicamente en la Alemania nazi, es la denominada «teoría del gen rojo», según la cual el marxismo era una enfermedad que daba lugar a una inferioridad intelectual, a degenerados y psicópatas antisociales que había que exterminar. En 1938 dirigió un estudio para determinar esta tesis, y para ello utilizó dos grupos de prisioneros republicanos: uno era un grupo de brigadistas y otro estaba formado por mujeres de la cárcel de Málaga. Las conclusiones de este estudio quedaron reflejadas en *La locura y la guerra: psicopatología de la guerra española en 1939*, donde queda patente la horripilante y peligrosa teoría de Vallejo Nágera.

Una vez que propugna que esta «enfermedad» se transmitía genéticamente, la forma de evitar que se desarrollase en las personas que la heredaban era separarlas a temprana edad, de sus madres y padres, y reeducarlos en otros ambientes y otras familias. Las cárceles de mujeres eran el sitio propicio para llevar a cabo una segregación infantil en ese momento.

En los años 1940 y 1941 aparecen el Decreto Ley de 23 de noviembre de 1940 (BOE de 1 de diciembre, número 194, pp. 1973 y 1974, del Ministerio de la Gobernación sobre «Huérfanos. Protección a los de la Revolución y la Guerra») y la Ley de 4 de diciembre de 1941 (BOE de 16 de diciembre, página 2136, de Jefatura del Estado, sobre «Regis-

tro Civil. Inscripción de niños repatriados y abandonados»). Ambos documentos oficiales legalizaban la apropiación y tutela de las niñas y niños por parte del Estado^[2].

A partir de mediados de los años 50, y durante toda la dictadura, los bebés que desaparecen de los centros hospitalarios son fundamentalmente hijas e hijos de mujeres madres de familia numerosa, humildes o muy pobres, también de mujeres solteras, y casi todas ellas con importantes carencias culturales y educativas. En esta segunda etapa se amplía considerablemente la población que es el objetivo de los robos. El motivo que suponemos como base para continuar cometiendo este crimen en estos años es la nefasta ideología propugnada por el nacionalcatolicismo, donde la excusa de la moral cristiana justificaba el robo de bebés y su reubicación en 'familias de bien', con todo lo que significaba esa expresión en la España más recalcitrante y retrógrada del momento, y donde las figuras de autoridad y poder de cualquier ámbito (médico, eclesiástico o funcionariado) se permitían, supuestamente, decidir con qué familia se debía criar un bebé. En los últimos años de la dictadura encontramos también casos de mujeres jóvenes con ideas más adelantadas a las que la época, que eran consideradas «descarriadas», así mujeres separadas o parejas jóvenes primerizas.

Cuando nos adentramos en la tercera etapa, la que se desarrolla ya en la democracia, vemos que la tipología de casos no varía sustancialmente de los ocurridos en la segunda fase, aunque podría considerarse que la motivación más relevante es la económica, la de lucrarse únicamente.

Al hablar del *modus operandi*, también hay diferencias entre las etapas. Mientras que en la primera, las mujeres republicanas

2.- González de Tena, Francisco, «Amnesia injustificable», *Revista Viento Sur* Nº 126, (enero 2013), pp. 37-42., p. 38.

eran conscientes de que les arrebataban a sus hijas e hijos, las mujeres de las etapas posteriores eran engañadas al decirles que sus bebés habían muerto. Tanto una como otra forma de actuar son extremadamente infames y despiadadas, pero la mentira a la que fueron sometidas las mujeres de la segunda y tercera etapa desencadenó, después de décadas de sufrimiento y una vez que son conscientes del engaño, una explosión de destructivos sentimientos que están haciendo de las vidas de estas mujeres un infierno. En la siguiente sección, se mostrará con más detalle esta situación.

Algo que no debemos perder de vista es que no se produce una ruptura entre las diferentes etapas o fases. Por tanto, no podemos hablar de mutación entre ellas sino de una evolución fruto de la continuidad. No podemos hacer una separación abrupta ya que «Las etapas de las que se ha hablado no son episodios aislados de nuestra historia reciente, sino que todas se relacionan a lo largo de una misma línea temporal cuyo punto hilo conductor es la impunidad y que llega hasta época muy próxima debido a la ausencia de una ruptura profunda con algunos ambientes sociales, políticos y jurídicos de una época que ni siquiera se puede todavía investigar ni enjuiciar»^[3].

A partir de las investigaciones que se han realizado sobre este tema, no podemos afirmar que las tres fases estén absolutamente delimitadas^[4]. Por poner algunos ejemplos:

3.- Soledad Luque Delgado, «Los bebés robados en el Estado español: La lucha continúa», *Periódico Rojo y Negro* (enero de 2018), pp.18-19.

4.- María José Estoso Poves, *Niños robados. De la represión franquista al negocio*, Madrid, Edición Diagonal, 2011; José Luis Gordillo Gordillo, *Los hombres del saco*; Aránzazu Borrachero Mendivil, «Memoria y desmemoria de la dictadura en Madres e hijas de la transición española», Seminario internacional sobre derechos humanos: Mujer y franquismo. *Anclar la palabra en la vida: Historias y testimonios orales de mujeres y víctimas*. 18 abril, 2017. Universidad Carlos III, Madrid. Ponencia Madrid: Editorial San pablo, 2015;



Comedor del Auxilio Social (Fuente: Archivo de Internos del Auxilio Social).

las tesis de Vallejo Nágera se componían de argumentos donde se mezclaba la pseudociencia, lo político y lo moral; el robo en nombre de la caridad cristiana no estaba exento en muchas ocasiones del pago de una buena cantidad de dinero por parte de los padres adoptantes a la religiosa que se ocupaba del asunto; incluso cuando el móvil económico es más relevante en la última etapa no está libre del todo del elemento ideológico.

Por tanto, claro que hay diferentes motivos a lo largo de tantos años y, aunque todos se entremezclan en las diferentes fases, siempre hay alguno que es más relevante en cada una de ellas por cuestiones básicas, como decíamos al principio, de contexto histórico, político e ideológico. Ahora bien, todas esas motivaciones que llevan al robo tienen el mismo peso: «El móvil político, el

ideológico, el económico, el que se comete en nombre de la moral, de la religión, de las buenas costumbres, todos forman parte de la misma ignominia. Sin olvidar la terrible represión de género que anula los más básicos derechos de las mujeres y que enmarca de forma trágica este crimen»^[5].

Circunstancias y consecuencias

Es importante tener en cuenta las circunstancias en que se encuentra la mujer cuando ocurren los hechos, cómo se realizan los robos y, en especial, toda la estructura ideológica represiva que comienza con los indeseables postulados de Vallejo Nágera y que ha sido heredada por varias generaciones en nuestro país.

Aunque en la segunda parte de este artículo, elaborada por M^a José Esteso, se hablará más extensamente sobre la nefasta influencia de Vallejo Nágera en la terrible realidad vivida por las mujeres de nuestro país durante décadas, y los flecos que todavía ondean al respecto hoy día, es oportuno recordar cómo ya en 1937, en su libro *Eugenesia de la Hispanidad y regeneración de la raza*, encontramos afirmaciones del tipo: «La mujer de raza no quiere ser ‘compañera’ o ‘amante’, sino ‘madre’, y madre de muchos hijos»^[6].

Si a esta idea le unimos su obsesiva búsqueda del gen rojo que, según propugnaba en sus escritos, era la madre republicana la que lo transmitía a sus herederos, solo pudo darse la situación que se dio en la posguerra hasta el año 52: miles de niñas y niños robados a mujeres republicanas para ser educados muchos de ellos con familias

adeptas al régimen, con mujeres «de raza» que querían ser madres y que no siempre podían tenerlos.

Cuando avanzamos en el tiempo y pensamos en las mujeres que ya parían en maternidades u hospitales, sabemos que estas entraban solas al paritorio y se encontraban rodeadas de un ambiente frío, bastante desabrido y en la mayoría de las ocasiones intimidatorio. Ese era el escenario que se encontraba la mayoría de las mujeres que dieron a luz en aquel tiempo. En tales circunstancias, nada más nacer, el bebé era retirado del lado de la madre con la excusa de llevarlo a la incubadora y después de un tiempo, que podían ser minutos, horas o días, llegaba la noticia de que el bebé había fallecido. El patrón era casi siempre el mismo: no se permitía ver el cadáver y en muchos de los casos tampoco se le podía enterrar, ya que el hospital se encargaba de todo.

«La situación de shock por la pérdida de un hijo, junto con la siempre respetada, incluso temida, autoridad de ciertas figuras preponderantes de la época, hacía que las familias salieran del hospital con el corazón destrozado y la mente confusa sobre lo que había pasado. Poco tiempo después, estas madres a las que habían engañado comenzaban a analizar lo ocurrido y empezaban a pensar que quizás había pasado algo diferente a lo que les habían dicho»^[7].

Algunas de ellas mantuvieron silencio al pensar que podían estar imaginando demasiado; cuando se atrevían a manifestar sus temores, se les aconsejaba callar para no ser consideradas mujeres trastornadas. El silencio fue parte esencial en su vida, no por ser mujeres silenciosas sino por ser mujeres silenciadas. La soledad y la incompreensión también las acompañaron duran-

5.- Soledad Luque Delgado, «Los bebés robados en el Estado español: La lucha continúa», *Periódico Rojo y Negro* (enero de 2018), pp.18-19.

6.- Antonio Vallejo Nágera, *La locura y la guerra: psicopatología de la guerra española*, Valladolid, Librería Santarén, 1939, p. XXXVII.

7.- Luque Delgado, Soledad, «El robo de niños en España. Un delito continuado en el tiempo». *Revista Viento Sur* N° 126, (enero 2013), pp. 27-36., p. 13.

te años, la sociedad miraba para otro lado.

Pero el tiempo pasa y, décadas después de los hechos, se produce una eclosión en los medios de comunicación de casos de bebés robados. Cuando esas madres ven cómo hay hombres y mujeres que están buscando a sus familias biológicas, comienzan a pensar que quizás no estaban tan locas y que tenían razón. Vuelven a surgir todos los sentimientos de entonces pero también otros nuevos: rabia y culpabilidad al pensar que deberían haber sido más conscientes del robo, a pesar de que eso era imposible ya que las mujeres no podían saber en aquel momento que estaban siendo víctimas de un crimen tan espantoso. Surgen inevitablemente muchas preguntas: dónde puede estar el hijo, cómo será, qué hará; la ansiedad que provoca la separación y la angustia al no saber nada de ese bebé, ya persona adulta, que creían muerto se establece en todos los aspectos de su vida. Sin olvidar la inseguridad y el temor que se instala al imaginar que cuando encuentren a su hijo, este puede no creer la verdad de lo ocurrido y pensar que fue abandonado y, como consecuencia, el terror de perder de nuevo al hijo o que ya sea demasiado tarde para poder establecer alguna cercanía.

De ninguna manera se está menospreciando el dolor de los padres y del resto de la familia ante la supuesta pérdida del bebé y toda la situación emocional que sobrevino décadas después, pero es fácilmente comprensible que son las mujeres las que en su cuerpo y en su mente sufrieron de forma aplastante su maternidad robada en diferentes etapas y por diferentes motivos. Lo que «sin duda une a todas las épocas del robo de bebés es la cuestión de género, la consideración de la mujer como incapacitada para decidir de forma totalmente libre y soberana sobre su maternidad»^[8].

El papel de las mujeres

El robo de bebés, tanto en la dictadura como en democracia, ha sido posible por muchos factores, uno de ellos el papel que se reservó a las mujeres. Un segundo plano, en el que estas no contaban y ni siquiera se las consideraba depositarias de sus propios hijos e hijas.

La desaparición de niños y niñas en España es un crimen al que todavía tiene que dar respuesta el Estado. Hacer Justicia y reparar a las víctimas y poner todos los medios para que las familias encuentren a sus seres queridos.

El robo de bebés, que se inicia en la dictadura, y se ha prolongado durante años en democracia, es un delito que además se centró en el desprecio y la represión hacia las mujeres. El Estado contemplaba a las madres como simples mujeres ‘parideras’, no como personas con autonomía y derecho a criar y educar a sus hijos e hijas. El régimen franquista volcó toda su miseria ideológica en la figura de la mujer, de la que se decía tenía que ser ejemplar, con apelativos como santa y pura, entre otros.

La madre no contaba, en particular las madres y mujeres de los vencidos, las mujeres pobres, pero también las mujeres en general. Con los años, el robo de bebés fue un negocio que afectó a más familias porque la demanda de recién nacidos, para su compra y venta, era tal que se extendió.

Todas las conquistas sociales de la Segunda República, como el voto femenino, el acceso a puestos de responsabilidad o el acceso a la enseñanza pasaron a la historia en la dictadura. Las mujeres estaban destinadas a ser sumisas y dependientes de los hombres en todos los aspectos.

La apropiación de niños y niñas se convirtió en una práctica frecuente. Tanto es

8.- José Luis Gordillo Gordillo, *Los hombres del saco*, Madrid:

Editorial San Pablo, 2015, p. 116.

así, que corría el rumor, entre las madres, a primeros de los años 60, cuando se ponen marcha muchos hospitales públicos, que en estas nuevas maternidades desaparecían los recién nacidos. Aquel rumor se ha confirmado hoy. Esas mujeres no estaban equivocadas.

Aunque no existen cifras, son miles las niñas y niños que fueron robados. Por un lado, se sabe que hasta el año 1952 fueron más de 30.000 niños robados, como explica el auto del 18 de noviembre, en 2008, del juez Baltasar Garzón. Pero existe una segunda etapa, del robo de bebés que llega hasta los 90, en la que el tráfico de niños y niñas aumentó de forma considerable.

Los bebés supuestamente morían, por cualquier causa pero, en realidad, lo que se hizo fue falsificar documentos y mentir a las familias, mientras los recién nacidos eran entregados a otros padres que no eran los biológicos. Estos los inscribían en muchos casos como hijas e hijos naturales.

Sin derechos

En la dictadura, el pensamiento dominante consideraba que los vencidos, los rojos, pero también las familias humildes, no tenían derechos sobre sus hijos. Y, si a las familias pudientes y adeptas al régimen Dios no les daba hijos, con más razón, a estas había que entregarles estos niños.

Después, el robo de bebés se convierte en un negocio, sin abandonar el tinte ideológico y la impunidad con la que actuaban los actores implicados: médicos, curas, monjas, matronas, notarios, abogados... Entonces, la mujer sigue siendo un instrumento.

El desprecio a las mujeres ya estaba sembrado y perdura hoy en algunos sectores. El militar y siquiatra del régimen Antonio Vallejo Nágera (1889-1960) se encargó de dejarlo claro. En varios artículos publicados en los años 30, califica a las mujeres como

«débiles mentales, arpías, fanáticas...». En uno de esos textos, firmado por Vallejo Nágera y el doctor Eduardo Martínez, se dice:

«Si la mujer es habitualmente de carácter apacible, dulce y bondadosa se debe a los frenos que obran en ella, pero como el psicoanálisis femenino tiene muchos puntos de contacto con el infantil y el animal, cuando desaparecen los frenos que contienen socialmente a la mujer y se liberan las inhibiciones fregatrices de las impulsiones instintivas, entonces se despierta en el sexo femenino el instinto de crueldad y rebasa todas las inhibiciones inteligentes y lógicas»^[9].

Instrumento de reproducción

Bajo estos principios, las mujeres eran consideradas meros instrumentos de reproducción. El régimen se arrogó también la custodia de los niños y niñas a través de varias normativas que permitían inscribirlos con otros apellidos que no eran los suyos en el caso de los hijos de los vencidos.

El menosprecio hacia las mujeres y las madres estaba presente siempre. Durante el parto, si ahora nada más nacer el bebé es puesto en los brazos de la madre, entonces se actuaba con autoridad y desprecio hacia la propia madre. El hijo era rápidamente apartado del contacto con esta, lo que también facilitaba su desaparición. A la madre no se le permitía verlo ni abrazarlo en la mayoría de los casos. Pero durante el parto, tampoco solían estar presentes los familiares en el caso de los hospitales. En ese momento, la mujer estaba sometida a

9.- Antonio Vallejo Nágera y Eduardo Martínez, «Psiquismo del fanatismo marxista. Investigaciones psicológicas en marxistas femeninas delincuentes», *Revista Semana médica española: revista técnica y profesional de ciencias médicas*, n. 25, 1939, pp. 194-200.



Concentración en la Puerta del Sol de asociaciones de víctimas del robo de bebés, 6 de enero de 2017, día de Reyes (Foto: María José Estoso).

la autoridad que estaba representada por el médico, la matrona, la monja... que se arrogaban la protección de la criatura. Por ello, muchos relatos de madres a las que se les arrebató a su hija o hijo comienzan igual: «Se lo llevaron corriendo y no nos lo pudimos ver».

La sexualidad reprimida

Sobre el cuerpo de las mujeres llegó también la victoria. La sexualidad de las mujeres fue negada y reprimida durante años. La dictadura franquista y la Iglesia se encargaron de crear una conciencia del pecado sobre las mujeres que debían ser personas asexuadas y sumisas. Personas sin autonomía y sin derechos, únicamente destinadas a «dar gusto» a sus maridos, a los cuidados y a parir los hijos que Dios les enviara.

Para ello, durante años la Sección Femenina

adoctrinó a las mujeres para cercenar cualquier deseo de emancipación o rebeldía y, por supuesto, reconducir el deseo sexual. Esa organización explica así, en uno de sus manuales, como debía actuar una mujer: «Si tu marido te pide prácticas sexuales inusuales, sé obediente y no te quejes», afirma. «Si él siente la necesidad de dormir, no le presiones o estimules la intimidad». «Si sugiere la unión, accede humildemente, teniendo siempre en cuenta que su satisfacción es más importante que la de una mujer. Cuando alcance el momento culminante, un pequeño gemido por tu parte es suficiente para indicar cualquier goce que haya podido experimentar» (Sección Femenina 1958).

Las mujeres no contaban

Las mujeres no contaban, incluso cuando los médicos anunciaban que el bebé había

muerto. La interlocución era, en la mayoría de los casos, del médico con el marido o el padre. Pero si el cabeza de familia, como se denominaba, se ausentaba, era la coartada perfecta para que desapareciera el bebé. La madre no contaba.

Además, el robo de bebés estaba justificado si la madre era soltera. Si no dependía de un hombre y esa unión no había sido bendecida por la Iglesia. Y cuando esta información era conocida por las personas que los hospitales, en la mayoría de los casos monjas, decidían sin contar con la madre: él o la recién nacida era ya destinado a la adopción.

Pero no solo, también la sociedad marginaba a estas mujeres. Y cuando la madre denunciaba en su familia, o fuera de ella, que su bebé no había muerto y que había sido robado, se consideraba en muchos casos que estas mujeres eran débiles y habían perdido la cabeza. Estaban locas. De nuevo no contaba su testimonio de los hechos.

En el fanatismo religioso de los médicos de la época, el rapto de bebés estaba también justificado. El ginecólogo Eduardo Vela Vela, acusado del robo de decenas de bebés y pendiente de ser juzgado por el rapto de Inés Madrigal, explicaba a los afectados de su clínica privada que lo que hizo fue por «el bien de las madres y los hijos»^[10]. Durante una entrevista que el médico mantuvo con afectados del robo de niñas y niños de la Clínica San Ramón, de su propiedad, el médico manifestó que había actuado «porque había barcos en España que se iban a aguas internacionales para provocar abortos»^[11].

Las mujeres de nuevo

Con este panorama, hoy son las madres las que buscan a sus hijos. Son en su mayoría mujeres, madres y hermanas las que están al frente de las asociaciones de víctimas del robo de bebés. Pero estas mujeres se topan de nuevo con estamentos de poder que siguen negando sus testimonios y niegan los hechos. Los jueces, un sector mayoritariamente masculino, archivan una y otra vez las denuncias de estas madres.

De nuevo, las mujeres no cuentan. Sin embargo, son las mujeres las que están avanzando. De momento, con el ejemplo de las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo, en Argentina, decenas de mujeres están reclamando también en las plazas del Estado español que se haga Justicia. Que no se archiven las denuncias. Que el testimonio de las madres se tenga en cuenta y se busque a los niños y niñas robados. Que se abran los archivos, que se destine todo lo necesario para que la Justicia investigue y juzgue a los culpables. Que las madres encuentren a sus hijos e hijas y puedan abrazarlos.

10.- María José Esteso Poves, *Niños robados. De la represión franquista al negocio*, Madrid, Edición Diagonal, 2011.

11.-Ibidem.

carceldeventas.madrid.es

Historia de una prisión de mujeres (1933-1969)

Fernando Hernández Holgado
Universidad Complutense de Madrid

Antecedentes

En 2015, la Concejalía del distrito madrileño de Salamanca anunció su intención de señalar el solar donde a lo largo de casi cuatro décadas se alzó la cárcel femenina de Ventas (1933-1969)^[1], con un claro sentido de pedagogía histórica y significación memorial^[2]. Anunciaba así su intención de reparar así una deuda evidente, al menos por lo que se refiere al relato de la memoria antifranquista o democrática, el de las mujeres opositoras a la dictadura: por Ventas habían pasado varias generaciones femeninas —en muchas ocasiones con niños y niñas de corta edad— que no solamente habían padecido inusitadas situaciones de hacinamiento y pésimas condiciones higiénicas, sino que habían protagonizado acciones de militancia y resistencia —en sus respectivas organizaciones— dentro de la misma cárcel^[3]. Ese mismo año de 2015



Vista de una de las galerías de la prisión de Ventas (<https://carceldeventas.madrid.es>).

1.- El definido por la calle Marqués de Mondéjar y las actuales calles de Rufino Blanco y Ramón de Aguinaga. En una parte del mismo se halla el complejo residencial «Isabel II», de 1978, y en la otra, el objeto de actuación memorial, un parque municipal, abierto en 2016.

2.- «Recuperan la memoria de las presas de Ventas», *El Distrito.es*, 3/11/2015, <http://www.eldistrito.es/salamanca/recuperan-memoria-presas-ventas> (consulta: 2 de abril de 2018).

3.- Sobre la cárcel de Ventas, véase Fernando Hernández Holgado, Fernando, *Mujeres encarceladas. La prisión de Ventas: de la República al franquismo (1931-1941)*, Madrid. Marcial Pons, 2003; y *La Prisión Militar. Las cárceles de*

arrancó un interesante proceso de participación social en forma de red informal de contactos —el llamado «Patio de Ventas»— que, con apoyo de la Concejalía, procedió a diseñar un paquete de actuaciones diversas entre las que destacaba una que finalmente se hizo realidad en noviembre del año pasado: la creación de un portal web que reuniera todo tipo de información histórica y

mujeres franquistas de Barcelona y Madrid (1939-1945), Tesis doctoral (material electrónico), 2011, <http://eprints.ucm.es/13798/>.

testimonial —de carácter textual y visual, pero también sonoro— sobre la prisión femenina de Ventas^[4].

Patio de Ventas

La iniciativa de este proceso de participación social tenía, sin embargo, un antecedente que se enraizaba en el Movimiento 15M de 2011, que tanta significación había tenido en Madrid. Durante los días 8 y 9 de marzo de 2012, en el local de la Federación Regional de Asociaciones de Vecinos (FRA-VM) de la calle Bocángel, a un tiro de piedra del solar de la cárcel, así como en el Centro Social Ocupado «La Salamanquesa», la Asamblea 15M de la Plaza de Dalí organizó unas exitosas jornadas de recuerdo y homenaje a las presas de Ventas^[5]. En ellas participaron colectivos de memoria y vecinales, abogadas, historiadores y «cronistas de la memoria viva del barrio», como el veterano periodista y vecino Luis Garrido, culminando en la instalación de una placa en el muro del fondo del parque —en proyecto por entonces— dedicada a las «presas políticas de Ventas»^[6]. Dos aspectos habría que destacar de esta iniciativa. El primero, que se trataba de una iniciativa de memoria pública, popu-

lar que no institucional, que intervenía en el espacio público mediante la instalación de una sencilla placa memorial. El segundo aspecto era su potencialidad, que sospecho que por entonces nadie de los presentes en aquellos actos habría podido prever, como si entre todos y todas hubiéramos sembrado una prometedora semilla sin ser demasiado conscientes de ello. Porque tres años después, ya en el marco del proceso participativo iniciado en septiembre de 2015 —«Patio de Ventas»— volveríamos a encontrarnos varios de los participantes en aquel primer evento, con un protagonismo clave de las antiguas activistas de la Asamblea 15 M, algunas ya convertidas en vocales de distrito o componentes del Foro Social, y al lado de asociaciones como el colectivo *Memoria y Libertad de familiares de víctimas del franquismo* en Madrid^[7]; la Asociación La Comuna^[8]; o la Fundación Ángel Llorca, de Acción Educativa de Madrid^[9].

Prisiones invisibles

Algo había cambiado para entonces, y era la voluntad de las autoridades del Distrito de Salamanca, encabezadas por el concejal Pablo Carmona, de apoyar esta clase de iniciativas memoriales, de base plural. Lo primero que nos planteamos era reunir y divulgar información relevante sobre la cárcel, y el mejor medio nos parecía sin duda el de un portal web, siguiendo la estela de algún proyecto anterior, como la página *Memoria de la prisión de mujeres de Barcelona*, nacida en 2007^[10]. El objeti-

4.- Véase <http://www.gacetaslocales.com/noticia/10309/salamanca-retiro/la-carcel-de-ventas-renace-en-la-red.html> (consulta: 2 de abril de 2018).

5.- Intervinieron en las dos mesas redondas: Paloma Monleón, de la Asamblea 15 M de la Plaza de Dalí; la abogada Alicia Alonso, especialista en encarcelamiento femenino; Isabel Pérez Alegre, de la Asociación La Comuna Presos y Presas del Franquismo; el periodista y vecino Luis Garrido; y el historiador Fernando Hernández Holgado. En la red hay amplia constancia de estas jornadas, con enlaces a los videos de las diferentes intervenciones. Véase al respecto: https://archive.org/details/Video_Jornadas_Carcel_de_Ventas_y_la_Memoria_de_las_mujeres_presas_10_3_12 (consulta: 2 de abril de 2018).

6.- Véase el apartado <https://carceldeventas.madrid.es/history/desalojo-y-cierre-de-la-prision> (consulta: 2 de abril de 2018).

7.- <http://www.memoriaylibertad.org>.

8.- <http://www.lacomunapresxsdel franquismo.org>.

9.- <http://www.fundacionangelllorca.org>.

10.- <http://presodelescorts.org/es>. Sobre la trayectoria de esta página, véase: Fernando Hernández Holgado: «Memoria de la prisión de mujeres de Les Corts (2006-2014). Un balance y una mirada al presente», *On the W@terfront*, Universitat de Barcelona, Monográfico Memòria i

vo era diseñar un portal que reuniera toda clase de información textual, visual y audiovisual sobre lo que había sido la cárcel, ya que el principal problema con el que nos encontrábamos —al igual que en el caso de Les Corts— era la invisibilidad de la misma prisión, desaparecida a principios de los setenta.

La situación era efectivamente muy semejante a la del también desaparecido edificio de la prisión provincial de Barcelona (1939-1955)^[11], si bien en el caso madrileño se contaba y se cuenta con la ventaja del parque municipal que ocupa actualmente parte del antiguo solar, y que constituye un espacio singularmente idóneo para la instalación de elementos memoriales de reconocimiento y homenaje^[12]. En ambos casos, sin embargo, el punto de partida debía ser un portal web como *lugar de memoria virtual*, que de alguna manera sustituyera al *no-lugar* físico, esto es, ese espacio donde, tanto por lo que se refiere a Ventas como a Les Corts, nada absolutamente recuerda su existencia al viandante^[13]. Fue así como

arrancó —a mediados de 2015— el proyecto de creación de un portal específico sobre la cárcel de Ventas que fue finalmente presentado en noviembre del año pasado, en un emotivo —y multitudinario— acto celebrado en el mismo parque actual^[14].

carceldeventas.madrid.es

Carceldeventas.madrid.es se configura así como un lugar de memoria virtual, un espacio web que recoge tanto el discurso o relato histórico de la que fue la prisión femenina más poblada de la historia de España, con una trayectoria compleja que recoge casi todo el periodo republicano y buena parte del franquista, con toda una amplia gama de elementos diversos que contribuyen a visibilizarla a los ojos del internauta de hoy. Fotografías del edificio y de las propias presas; testimonios orales y audiovisuales de antiguas presas políticas ya fallecidas, entresacados de entrevistas; videos de documentales actuales o de metrajes antiguos; discursos textuales sobre la historia de la cárcel o del edificio; listados de presas de Ventas ejecutadas durante el periodo 1939-1941 en las inmediaciones del cercano cementerio del Este... todo ello compone un mosaico multimedia que introduce al visitante virtual en el conocimiento de lo que fue aquella prisión y de las vidas de las mujeres que la habitaron.

Toda estructura delata un guión, y carceldeventas.madrid.es lo tiene. En los párrafos introductorios de la portada hay toda una declaración de principios, muy básica:

arrancada a finales de año pasado, o el monumento provisional del chafán de las calles Europa y Joan Güell en Barcelona.

14.—«El Concejal del distrito de Salamanca asiste a la presentación de la web carceldeventas.madrid.es». Nota de prensa de *Diario de Madrid*, 23/11/2017 <https://diario.madrid.es/blog/notas-de-prensa/el-concejal-del-distrito-de-salamanca-asiste-a-la-presentacion-de-la-web-carceldeventas-madrid-es/> (consulta: 2 de abril de 2018).

ciudadanía. Interdisciplina, recerca i acció creativa (II). Vol. 36, nº 2 (2014), pp. 2-24, <http://www.raco.cat/index.php/Waterfront/article/view/292469/381002> (consulta: 2 de abril de 2018).

11.— A propósito de la cárcel de Les Corts, en Barcelona se ha venido desarrollando un interesante proceso participativo de larga proyección que en 2015 alcanzó un hito importante con la instalación de unos tótems explicativos en el chaflán de las calles Europa y Joan Güell. En este momento, además, se encuentra en ejecución un proyecto más ambicioso de monumento definitivo, respaldado por el Ayto. de Barcelona. Véase el blog <https://presodedones.wordpress.com>.

12.— Es precisamente por ello por lo que, en el marco de la red del Patio de Ventas y con apoyo asimismo de la Concejalía de Salamanca, está previsto un proyecto artístico de señalización y homenaje a cargo de un grupo de ceramistas del Patio de Ventas, antiguos alumnos de la Escuela de Cerámica de la CAM «Francisco Alcántara». Su trabajo, antes de su próxima instalación, puede verse en Internet: <https://www.youtube.com/watch?v=1KINI06QAYo> (consulta: 2 de abril de 2018).

13.— Si exceptuamos la placa memorial de Ventas,



Las maestras Justa Freire y Rafaela González Quesada, *Rafita*, en la cárcel de Ventas en 1940. Dibujo de Mercedes Núñez Targa. (Fuente: Fundación Ángel Llorca, legado de Justa Freire).

el proyecto se presenta como una iniciativa de memoria democrática, en tanto recuerdo de la propia dictadura y de las mujeres que resistieron a la misma desde el interior de la prisión. Aunque no de manera explícita, el discurso feminista late en su fondo: se elige como sujeto de estudio una cárcel específicamente femenina, la primera de su clase que se levantó en España con Victoria Kent como directora general de prisiones. Y los sujetos de atención prioritaria de la página web son las mujeres que la habitaron: desde las propias presas políticas resistentes a la dictadura, hasta las prostitutas callejeras o «quincenarias» que fueron allí recurrentemente encerradas, desde los años treinta hasta los sesenta del siglo XX, sin obviar las «otras» presas también políticas que, acusadas de «desafectas a la república», la habitaron asimismo durante los tumultuosos meses de la guerra civil.

El discurso histórico se desarrolla prin-

cialmente en el apartado *Historia* mediante una línea de tiempo que recorre la historia de la cárcel desde 1931, con una entrada previa del año 1930 que permite al visitante lanzar una mirada sobre el estado de las prisiones femeninas con anterioridad a las reformas republicanas¹⁵. Nos encontramos aquí con una interesante muestra fotográfica de la antigua penitenciaría central de Alcalá de Henares, de procedencia diversa. Las entradas de texto, escuetas, recogen una bibliografía citada al final. Las siguientes entradas del periodo republicano se entretienen en lo que fue el proceso y ejecución de la Cárcel Modelo femenina proyectada por Victoria Kent: entre el diverso apoyo de fuentes visuales, destaca especialmente el metraje del primer discurso de Victoria el día de su nombramiento, de

15.- <https://carceldeventas.madrid.es/history/las-antiguas-galerias-o-carceles-de-mujeres> (consulta: 2 de abril de 2018).

Fox-Movietone, amablemente cedido por la Fundación Niceto Alcalá Zamora^[16].

Una entrada, la de julio de 1936, recoge asimismo los sucesos ocurridos durante la etapa, tan breve como intensa, de los años de guerra: el traslado de presas de Ventas a otros lugares y la ocupación del edificio por presos varones, varios centenares de los cuales serían ejecutados durante los meses siguientes en las tristemente célebres «sacas» de Aravaca, Paracuellos y Torrejón de Ardoz^[17]. La siguiente entrada, de marzo de 1939, anuncia ya la época franquista de la prisión, la más duradera^[18]. Se van desgranando a lo largo de esta fase diversos hitos: el impacto de las ejecuciones del periodo 1939-1941; la labor de la dirigente comunista Matilde Landa en la llamada «oficina de penadas» de 1939-1940^[19]; la creciente importancia de ventas como «escuela de presas políticas» para toda la geografía española^[20]; la instalación de la «maternal» de San Isidro en Ventas como departamento especial en 1945^[21], etcétera. Debido a la larga utilización del edificio, las entradas de 1953 y 1962 nos introducen en el perfil mucho menos estudiado de las «presas comunes» que lo habitaron, así como en la nueva generación de presas políticas, procesadas mayormente por el Tribunal de Or-

den Público, que conocerían la Ventas de la última época, en los años anteriores a su vaciamiento en 1969^[22]. Finalmente, la última entrada del apartado Historia nos informa de las vicisitudes de la demolición del edificio, para terminar transportándonos a la situación de invisibilidad actual del mismo así como a las iniciativas públicas mencionadas al principio de este artículo sobre su reconocimiento y señalización^[23].

Dentro de la estructura de la página, y para combatir precisamente el problema de su invisibilidad, el apartado El Edificio revista una especial importancia que hemos intentado apoyar con una amplia información gráfica sobre el espléndido inmueble de estilo racionalista, lamentablemente desaparecido^[24]. Se reconoce y homenajea aquí la labor del arquitecto, Manuel Saiz de Vicuña y Camino, con una semblanza biográfica que amablemente nos ha facilitado su nieto, también arquitecto, Manuel Saiz de Vicuña Melgarejo. Gracias también a este último, contamos para este apartado con un elenco de fotografías inéditas de su archivo familiar, que complementan a la perfección las ya depositadas en archivos oficiales como el Archivo General de la Administración o el de la agencia EFE, con obras, entre otros, del Taller Alfonso. Destacan especialmente en este fondo visual las re-fotografías realizadas por Alfredo Moreno, combinando imágenes antiguas y actuales, que ayudan precisamente al visitante a reconocer la «prisión invisible» en el actual parque municipal.

El apartado «Listados» —en plural, en previsión de otros que se vayan incorpo-

16.- Véase, por ejemplo, la entrada de abril de 1931: <https://carceldeventas.madrid.es/history/victoria-kent-directora-general-de-prisiones> (consulta: 2 de abril de 2018).

17.- <https://carceldeventas.madrid.es/history/la-guerra-sacas-y-traslados> (consulta: 2 de abril de 2018).

18.- <https://carceldeventas.madrid.es/history/el-almacen-de-reclusas> (consulta: 2 de abril de 2018).

19.- <https://carceldeventas.madrid.es/history/la-oficina-de-penadas-de-matilde-landa> (consulta: 2 de abril de 2018).

20.- <https://carceldeventas.madrid.es/history/ventas-escuela-de-presas-politicas> (consulta: 2 de abril de 2018).

21.- <https://carceldeventas.madrid.es/history/traslado-de-la-maternal-de-san-isidro-a-ventas> (consulta: 2 de abril de 2018).

22.- <https://carceldeventas.madrid.es/history/una-nueva-generacion-de-presas-politicas-en-ventas> (consulta: 2 de abril de 2018).

23.- <https://carceldeventas.madrid.es/history/desalojo-y-cierre-de-la-prision> (consulta: 2 de abril de 2018).

24.- <https://carceldeventas.madrid.es/building> (consulta: 2 de abril de 2018).

rando con el tiempo— recoge uno fundamental, tanto más por lo escasamente divulgado hasta ahora: la relación de presas de Ventas y de la prisión provisional de Claudio Coello —habilitada durante los primeros años de posguerra— fusiladas en las inmediaciones del cementerio del este o de la Almudena entre los años 1939-1941^[25]. La relación se acompaña de un escueto informe técnico sobre la metodología de cuantificación de las mismas, en número ya aquilatado de ochenta^[26]. Existe también otro apartado, este no ya informativo, pero de gran importancia, titulado «Participación»^[27], concebido para favorecer la comunicación con cualquier persona que pueda o quiera aportar alguna información, corrección o dato al proyecto, en forma de envío de informaciones, referencias, fotografías, etc... La memoria y la historia como una función social, como un servicio de ayuda al público y a la ciudadanía: esta es la intención que anima este apartado de la estructura.

Las fuentes visuales desempeñan un especial peso, como no podía ser menos, en esta web. En primer lugar las fotografías de archivos oficiales como el de la Agencia EFE, el Archivo Regional de la Comunidad de Madrid, el Archivo General de la Administración o el de la Biblioteca de la Dirección General de Instituciones Penitenciarias, donde es posible identificar obras de fotoreporteros tan significados como Alfonso hijo, Santos Yubero o Hermes Pato. Y en segundo lugar, aunque no menos importante, las imágenes procedentes de los archivos familiares de las propias presas, en buena parte fotografías tomadas por el mi-

nutero de turno en los espacios interiores de la prisión. Imágenes estas últimas que, destinadas en un principio a permanecer atesoradas en los álbumes familiares, han podido de esta forma ver la luz y alcanzar su máxima exposición en el espacio virtual.

Hemos dejado para el final el apartado quizá más relevante, que reúne los datos de la historia y de la memoria: el de Testimonios, a través de la presentación de siete mujeres, de siete presas políticas ya fallecidas, que conocieron desde dentro la cárcel de Ventas. Cada una de estas entradas —Nieves Torres, Mari Carmen Cuesta, Mercedes Núñez, Manuela del Arco, Trinidad Gallego, Ángeles García-Madrid y Juana Doña— ilustra a la perfección el perfil de las presas políticas que continuaron luchando contra la dictadura desde la cárcel de Ventas^[28]. Todas recogen sucintamente una semblanza biográfica intercalada con cortes orales de fragmentos de entrevistas realizadas años atrás, junto con una galería de imágenes, un apartado bibliográfico y una biografía redactada esta vez por un familiar.

Son estos últimos textos, los escritos por los familiares, los que nos introducen en el complejo fenómeno de la posmemoria, según el término acuñado por Marianne Hirsch: el relato de los recuerdos transmitidos y heredados por el familiar en cuestión, para el caso los de Alexis Mesón Doña, Miguel Ángel Martínez del Arco o Pablo Iglesias Núñez. Su colaboración ha sido esencial a la hora de enriquecer este proyecto aportando al mismo tiempo una vertiente social, colectiva, trascendente de la labor del historiador o del documentalista del portal. Es esa vertiente la que alimentado el proyecto desde su creación, y que va mucho más allá de la labor de unas pocas personas.

25.- <https://carceldeventas.madrid.es/list> (consulta: 2 de abril de 2018).

26.- <https://carceldeventas.madrid.es/sources/Fusiladas-delcementeriodelEste.pdf> (consulta: 2 de abril de 2018).

27.- <https://carceldeventas.madrid.es/contact> (consulta: 2 de abril de 2018).

28.- <https://carceldeventas.madrid.es/testimonial> (consulta: 2 de abril de 2018).

Los ejemplos son numerosos: Javier Larrauri nos prestó sus excepcionales documentales sobre Ángeles García-Madrid (2010), al igual que Ana Martínez y Llum Quiñónero hicieron con el suyo de *Mujeres del 36* (1999); Lua Multimedia con *Del olvido a la memoria. Presas de Franco* (2006); y Lola Alfonso Noguerón con *Memòries del Campament de Alaquàs* (2016). El «cronista del barrio», Luis Garrido Martínez, nos ofreció generosamente diversas imágenes del edificio de la cárcel durante el proceso de demolición, mientras que Manuel Sainz de Vicuña Melgarejo hizo lo propio con otras de su última etapa. En cuanto a las presas de la última etapa de Ventas, Lola Canales y Natividad Camacho García-Moreno nos cedieron con la mayor generosidad fotografías de su periplo carcelario o policial, que hemos incluido en una de las últimas entradas del apartado Historia^[29]. A riesgo de dejarme algún nombre, terminaré esta relación con la figura de Manuel Calvo Abad, señalado pintor con obra en el MNCARS, activista de la Asamblea 15M de la Plaza de Dalí y uno

de los principales impulsores del proceso participativo «Patio de Ventas». Manuel Calvo diseñó el logo que preside la web, fruto de una curiosa mezcla de dos de los elementos más representativos de su estilo pictórico: sus «hombrines» y sus «rolde»^[30].

Desde estas páginas os invitamos a navegar en un proyecto que persigue dotar de la mayor visibilidad a un lugar de memoria que, en un principio parecía condenado a no tenerla: tanto por su condición de antigua cárcel —espacio opaco por excelencia, sea cual sea la época de la que hablemos— como por su papel de prisión franquista femenina, quizá la más importante y señalada de la dictadura. Socializar un conocimiento histórico y memorialístico, y hacerlo al mismo tiempo en colectivo, con las aportaciones de todos y todas, dando así continuidad a aquel ya lejano impulso de la Asamblea 15 M de la plaza de Dalí. Esa ha sido nuestra intención, y quien lea estas notas y se aventure a navegar por carceldeventas.madrid.es podrá decir en qué medida lo hemos conseguido o no.

29.- <https://carceldeventas.madrid.es/history/una-nueva-generacion-de-presas-politicas-en-ventas> (consulta: 2 de abril de 2018).

30.- Véase, por ejemplo, Manuel Calvo Abad, *El silencio... La pintura en blanco y negro*, Madrid, José de la Mano, 2014.

Francisca Bosch (1932-1992), dirigente del PCE de las Baleares en la clandestinidad

David Ginard i Féron

Universitat de les Illes Balears

Antes del estallido de la Guerra Civil, el PCE contó en las Islas Baleares con una organización pequeña, pero con influencia creciente en ámbitos clave como el juvenil, el sindical y el femenino. La activista Aurora Picornell —compañera del agente de la Komintern Heriberto Quiñones González— simboliza esta etapa del comunismo balear. El golpe de julio de 1936 provocó el asesinato, encarcelamiento o exilio de la práctica totalidad de sus dirigentes, si bien en la Menorca republicana los comunistas y las JSU protagonizaron un espectacular crecimiento, sobre todo en el Ejército Popular. En la posguerra, se asistió a la reconstrucción de un activo Comité Provincial que consiguió dinamizar a algunos centenares de activistas, hasta que la redada de la primavera de 1948 implicó su completa desarticulación. Se inició entonces una dura travesía en el desierto, marcada por el recuerdo de la represión, el inicio de la Guerra Fría y el hundimiento de los espacios clásicos de penetración del movimiento obrero balear de preguerra, debido a los profundos cambios socioeconómicos generados por el *boom* turístico. Hubo que esperar a la década de los sesenta para que tuviera lugar una auténtica refundación del comunismo balear, sobre bases muy distintas a las tradicionales. La modesta pero sólida expansión del PCE de las Baleares en el segundo



Interviniendo durante la conferencia del PCE de Baleares en Formentera, octubre de 1976 (Foto facilitada por el autor).

franquismo tuvo sin duda una protagonista de excepción, peculiarmente también mujer: Francisca Bosch Bauzá.

Francisca Bosch nació en Palma el 25 de agosto de 1932. A diferencia de los dirigentes tradicionales del PCE era de origen burgués. Su padre, Jaume Bosch Alemany, era hijo de un emigrante enriquecido en Cuba,

trabajó como oficial de máquinas de la marina mercante y durante la Guerra Civil fue militarizado por el bando franquista. Su madre, Isabel Bauzà Anckermann, era ama de casa y procedía de una familia ilustrada (estaba emparentada con los pintores Joan Bauzà y Ricard Anckermann). Ambos eran católicos practicantes y se casaron en 1931.

Francisca Bosch estudió en el Sagrado Corazón, un colegio de monjas al que solían acudir las hijas de las familias acomodadas de Palma. Buena estudiante, su proyecto de cursar la carrera de Medicina se vio frustrado por su temprana boda, en 1953, con Gabriel Bassa Prats, funcionario del Instituto Nacional de Previsión. Aún así, siguió siempre formándose, sobre todo a través de la lectura de filosofía, literatura e historia y el aprendizaje de idiomas como el francés, el inglés y el ruso. En 1962 se separó de su marido, decisión nada común en la época. Madre de tres hijos y sin una formación académica específica, ejerció en aquellos años múltiples actividades laborales (pintora de *souvenirs*, dependienta de una papelería, telefonista de un hotel, profesora particular de español para extranjeros...).

Sus primeros contactos con las ideas progresistas habían tenido lugar durante los años de la Segunda Guerra Mundial por influencia de algunos miembros de la familia materna, en particular su abuelo Sebastià Bauzà Prats. Más tarde, se relacionó con artistas e intelectuales residentes en el municipio de Deià —como el pintor francés Pierre Olivier—, que le ayudaron a conocer las obras de autores como Jean-Paul Sartre y Karl Marx. A principios de la década de los sesenta se vinculó a Acción Católica y participó en numerosas labores de carácter benéfico en los barrios obreros de Palma, circunstancia que contribuyó a despertar su sensibilidad social, pero también a establecer lazos con sectores conservadores católicos que resultarían útiles en determi-

nadas circunstancias de la clandestinidad. En su evolución hacia el comunismo tuvo un gran impacto la relación con el veterano militante Antoni Llodrà Talladas, procedente del republicanismo. Los comunistas mallorquines habían conocido una cierta reactivación a raíz de las campañas de solidaridad con los huelguistas asturianos y la condena a muerte y ejecución de Julián Grimau (1962-63). En 1963 Llodrà le presentó al máximo dirigente local del PCE, el maestro depurado Guillem Gayà Nicolau, antiguo miembro del Comité Provincial durante la República. Aunque al principio Francisca Bosch demostró su lógica inmadurez, su fichaje generó un gran entusiasmo en la minúscula organización comunista local, pues abría las puertas a la imprescindible renovación generacional. De hecho, fue promovida de inmediato al máximo órgano de dirección, decisión harto indicativa de la extrema debilidad que padecía entonces el PCE en las Baleares. Las detenciones de julio de 1964 y junio de 1965 acentuaron la urgencia del relevo y reforzaron por necesidad el rol de los activistas jóvenes como Bosch.

La incorporación de Francisca Bosch al Comité Provincial dio pronto frutos. Su amplia red de contactos le permitió establecer desde el principio líneas de penetración entre sectores sociales emergentes. Así, entre 1966 y 1968 propició una primera vinculación del PCE con la intelectualidad mallorquina mediante las Aulas de Poesía, Novela y Teatro celebradas en la Casa Catalana de Palma. El conocido episodio del intento de detención de Bosch a raíz de una conferencia del escritor Antoni Serra (mayo de 1968) ilustra la complicidad que se había generado entre un PCE hasta entonces anclado en el obrerismo más rígido y el mundo de la cultura en lengua catalana. Además, a principios de la década de los setenta impulsó la creación de Mujeres Democráticas de



Francisca Bosch interviniendo en una reunión de la Agrupación Centro del PCE de Palma, finales de 1976 - principios de 1977 (Foto facilitada por el autor).

Mallorca y participó en la III Reunión General del Movimiento Democrático de Mujeres, celebrada en Madrid. Debe destacarse en este sentido la colaboración con Mercedes Pintó Caubet, una destacada activista feminista de origen mallorquín que residía en Madrid.

En 1971, tras dos viajes a Palma de Sixto Agudo González —responsable del Comité Central, con sede en París— se llevó a cabo una reestructuración de la dirección comunista isleña que dio lugar al nombramiento de un secretariado permanente integrado por el periodista Antoni M. Thomàs Andreu, el abogado Ignasi Ribas Garau y Francisca Bosch. Meses después, tras el traslado de Thomàs a Madrid, Bosch fue elegida secretaria del Comité Provincial.

Como era corriente en la etapa clandestina —y más teniendo en cuenta las reducidas dimensiones del PCE balear—, la elección de Francisca Bosch se fundamentó en buena medida en criterios de eliminación. Su experiencia y su formación política eran, sin duda, todavía limitadas. En cualquier

caso, se había convertido ya en la dirigente más apreciada por los militantes locales y la proyección que le dio el cargo permitió una notable popularización de su figura en la isla. El liderazgo de Bosch se reforzó a partir de 1974, cuando dejó de ejercer como profesora particular de idiomas y se dedicó a tiempo completo a la actividad clandestina, como liberada del partido. Debe destacarse que el nombramiento constituía un hecho revolucionario tanto en las Baleares como en el resto de España. Según nuestras informaciones, se trató de la única mujer que dirigió un organismo regional del PCE en toda la etapa franquista.

De este modo, Francisca Bosch fue la encargada de impulsar la aplicación en las Baleares de la política de Pacto por la Libertad. Los resultados de su gestión como secretaria política en los últimos años del franquismo fueron relevantes. Lentamente, la organización comunista balear consiguió salir de su aislamiento. Se estableció un contacto regular con la dirección en el exilio mediante sus viajes a París, la trans-

misión de mensajes en clave y las visitas a Mallorca de dirigentes del PCE o del PSUC como Sixto Agudo, Antoni Gutiérrez Díaz y Gregorio López Raimundo. En agosto de 1975, Francisca Bosch se incorporó al Comité Central. El Partido Comunista se extendió a Menorca e Ibiza y consiguió una expansión en ámbitos variados como el del sindicalismo de la construcción, las asociaciones de vecinos y el mundo intelectual y profesional. La fusión con Bandera Roja, a principios de 1975, permitió conectar con un amplio núcleo de trabajadores de la hostelería y jóvenes universitarios. Se reinició la edición de la publicación *Nostra Paraula* y se impulsó la creación de organismos unitarios como la Mesa Democrática (1972-74) y la Junta Democrática de las Islas (1974-76).

En cualquier caso, Francisca Bosch era perfectamente consciente de las limitaciones de este crecimiento. El centenar largo de militantes con el que contaba el PCE en Mallorca hacia 1975 constituía una cifra escuálida, aunque respetable en comparación con el resto de las fuerzas antifranquistas de la isla. En una entrevista concedida a *Mundo Obrero* poco después de la muerte de Franco, Bosch presentó un balance bastante realista de la situación organizativa del PCE balear:

«Después crecimos, en algunas ocasiones y en la situación de máxima clandestinidad en que nos movíamos, llegamos a ser un número muy respetable que incidía ya en la realidad de nuestras Islas. Pero hay que tener en cuenta que el Partido se compone de los nativos más estables, y de los peninsulares que trabajan en ellas, pero que a veces no se establecen definitivamente, y que después de un tiempo de militancia vuelven a las organizaciones de sus pueblos. Que en las Islas no hay una auténtica universidad y que frecuentemente la mayoría de militantes de Juventudes Comunistas de las Islas,

suelen pasar directamente al PSU de Cataluña. Quiero decir con esto que el crecimiento ha sido muy desigual y que ha sufrido grandes variaciones»^[1].

Tras la muerte del dictador, Francisca Bosch impulsó la salida a la superficie del PCE de las Islas. Ésta incluyó, a lo largo de 1976, algunos episodios audaces, como la celebración en Palma (2 de julio) del primer mitin tolerado de los comunistas en toda España, la venta pública de *Mundo Obrero* en la calle (24 de septiembre) —que provocó la fugaz detención de Bosch y otros militantes—, y la reunión de la III Conferencia de la organización (Formentera, 21-23 de octubre de 1976). Ya en esta época, se perfiló la existencia de dos corrientes en el PCE balear, situándose Francisca Bosch al frente de la llamada línea oficialista, partidaria de priorizar la lucha por la ruptura democrática.

Francisca Bosch encabezó la candidatura del PCE al Congreso de los Diputados por las Baleares en las elecciones del 15 de junio de 1977. La campaña electoral fue muy intensa. El PCE realizó 102 actos públicos a los que asistieron —según datos, sin duda exagerados, de la organización— cerca de 50.000 personas. En el mitin palmesano del 24 de mayo, en el que Francisca Bosch compartió tribuna con Santiago Carrillo, se congregaron 16.000 personas. Bosch se caracterizaba por una encendida oratoria que le hizo ganarse entonces —al igual que su admirada Aurora Picornell— el apodo de «la Pasionaria mallorquina». Esta movilización generó entre algunos dirigentes comunistas locales la convicción de que Francisca Bosch obtendría el escaño en el Congreso. Sin embargo, los resultados de la candidatura fueron más bien discretos. Los comunistas obtuvieron un 4,38% de los votos en el conjunto del archipiélago. Sólo los

1.- «Entrevista. Francisca Bosch. Secretaria del Comité de las Illes [sic] del PCE», *Mundo Obrero* 33 (23 de julio de 1976), pág. 8.

resultados en Menorca (6,3%) y en algunos barrios obreros de Palma, en los que superaron el 10% de los sufragios, permitieron matizar la decepción, producto tal vez de unas expectativas demasiado optimistas.

La valoración de los resultados electorales de junio de 1977 fue especialmente crítica por parte del sector renovador del PCE de las Islas, que los atribuyó a la supuesta mala imagen de Francisca Bosch. Como consecuencia, en 1978 fue reemplazada por Josep Valero al frente de la organización, que pasó a denominarse Partit Comunista de les Illes Balears. Ésta alcanzó su único éxito electoral reseñable en las elecciones municipales y preautonómicas de abril de 1979, que otorgaron representación a los comunistas en los principales consistorios del archipiélago, en los *consells* insulares de Mallorca y Menorca y en el *Consell General Interinsular*.

A raíz de la crisis interna conocida por el comunismo español a principios de la década de los ochenta, Francisca Bosch tomó partido por el sector más ortodoxo. Abandonó el PCE junto al grueso de la militancia isleña y participó (1984) en la fundación del Partit dels Comunistes de Balears, vinculado al Partido Comunista de los Pueblos de España. Dirigió la nueva etapa de la revista *Nostra Paraula* y colaboró estrechamente con el Ateneu Popular Aurora Picornell. Promovió la divulgación de figuras históricas del comunismo balear como Aurora Picornell y Guillem Gayà. A principios de la década de los noventa era plenamente consciente del fracaso de este proyecto y apoyó decididamente el proceso de reunificación de los comunistas baleares. En abril de 1992 le fue detectada una grave enfermedad que acabó con su vida el 27 de noviembre de aquel año. Su entierro, en el cementerio de Palma, fue multitudinario. En 2010 el Ayuntamiento palmesano le dedicó una calle en el barrio del Pil·larí.

En conjunto, la trayectoria de Francisca Bosch es sumamente ilustrativa de la evolución experimentada en el perfil de los cuadros locales y regionales del PCE durante el segundo franquismo y la transición. Dotada de una notable inquietud cultural y sensibilidad por la memoria histórica, constituyó el principal enlace entre la generación republicana del PCE y unos jóvenes activistas de orígenes sociales y geográficos muy variados. Su rol en la clandestinidad y la primera transición ayudó a normalizar la incorporación de las mujeres al debate político. Su relación con los sectores culturales contribuyó a incrementar el compromiso de los comunistas baleares con la lucha autonomista y la defensa de la lengua catalana. Del mismo modo, su deriva prosoviética de la década de los ochenta es significativa de la desorientación que afectó a gran parte de la militancia comunista a raíz de los decepcionantes resultados electorales y las hipotecas de la llamada Transición Democrática.

Bibliografía

- Magdalena Aguiló Victory, Lila Thomàs Andreu, Pep Vilchez Carreras (coord.), *Per viure en el record. Francisca Bosch i Bauçà, 1932-1992*, Palma, Lleonard Muntaner-Institut Balear de la Dona, 2003.
- David Ginard Féron, *L'oposició antifranquista i els comunistes mallorquins (1939-1977)*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1998.
- Artur Parron Guasch, «La III Conferència del Partit Comunista de les Illes: Formentera, 1976», *Randa* 79 (2017), pág. 5-15.
- Antoni Serra Bauzà, *Gràcies, no volem flors. Cròniques de la clandestinitat a Mallorca*, Barcelona, La Magrana, 1981.
- Ateneu Pere Mascaró, *Francisca Bosch i Bauzà, lluitadora viva en el record* (noviembre 2012) [<https://www.youtube.com/watch?v=TFuBuKnjtvU>].

AUTORES

Autores del Dossier

Carlos Antonio Aguirre Rojas. Doctor en economía y profesor del Departamento de Historia de la Escuela Nacional de Antropología e Historia de México. Fue director de Études en la Maison des Sciences del l'Homme y profesor invitado en diversas universidades de Europa, Iberoamérica y Estados Unidos. Ha orientado su trabajo hacia el campo de la historiográfica en el siglo XX, con particular atención a la Escuela de Annales, a la historiografía mexicana y a la teoría de los movimientos sociales. Ha publicado sus trabajos en numerosas revistas europeas y latinoamericanas y entre sus libros podemos mencionar *La Escuela de los Annales. Ayer, Hoy, Mañana* (1999); *Antimanual del mal historiador o ¿cómo hacer una buena historia crítica?* (2002); *La historiografía en el siglo XX. Historias e historiadores entre 1948 y ¿2025?* (2004); *América Latina en la encrucijada* (2006); *Retratos para la historia. Ensayos de contrahistoria intelectual* (2006); *Movimientos antisistémicos* (2010) y *Guía de la contrapolítica para subalternos, anticapitalistas y antisistémicos* (2013). Fue Premio Nacional en Ciencias Sociales (2013) y dirige la revista *Contrahistorias. La otra mirada de Clio* desde su creación en 2003.

Josep Fontana. Catedrático de Historia Económica en las Universidades de Valencia, Autónoma de Barcelona y en la Pompeu Fabra donde fundó y dirigió el Instituto d'Història Jaume Vicens Vives, doctor honoris causa por las universidades Rovira i Vigil de Tarragona, la de Valladolid y la de Girona, y Emérito por la Universidad de Valencia. Maestro de generaciones de historiadores es una referencia de la historiografía española en el mundo. Como editor en Ariel o Crítica contribuyó al conocimiento en España de la Historia que se hacía en Europa. Entre sus libros podemos mencionar *La quiebra de la monarquía absoluta, 1814-1820*; *La historia* (1974); *Historia: análisis del pasado y proyecto social* (1982); *La historia después del fin de la Historia* (1992) *Europa ante el espejo* (1994); *Historia de los hombres* (2000-2005); *Por el bien del Imperio. Una historia del mundo desde 1945* (2011); *El futuro es un país extraño* (2013); *La formació d'una identitat* (2014) y su último libro *El siglo de la revolución* (2017).

Carlos Forcadell. Catedrático de Hª Contemporánea en la Universidad de Zaragoza. Ha centrado sus investigaciones en el campo de la historia social de la España Contemporánea y en cuestiones relacionadas con la historia cultural y política de la sociedad o la historia de la historiografía. Es autor de *Parlamentarismo y bolchevización. El movimiento obrero español, 1914 - 1918* (1978); editor junto a Juan José Carreras de *Usos públicos de la Historia* (2003) y ha co-dirigido el *III volumen de la Historia de las culturas políticas en España y América latina* y co-autor de *El pasado*

en construcción. *Revisionismos históricos en la historiografía contemporánea* (2015) y *La Restauración y la República, 1874-1936* (2015). Fue comisario, junto con Alberto Sabio, de la exposición *Paisajes para después de una guerra. El Aragón devastado y la reconstrucción bajo el franquismo, 1936-1957* (2006). Fue Presidente de la Asociación de Hª Contemporánea y director de la revista *Ayer*. Actualmente dirige la Institución Fernando el Católico.

José Luis Martín Ramos. Catedrático de Hª Contemporánea en la Universidad Autónoma de Barcelona. Su principal línea de investigación se ha centrado en el marxismo político, con diversas publicaciones sobre la UGT y el PSOE y, de manera muy particular, el PSUC. Ha sido codirector de la revista *L'Avenç* y director de la revista *Historiar*. Entre otras obras es autor *Els Orígens del Partit Socialista Unificat de Catalunya (1930-1936)* (1977), *Condicions materials i resposta obrera a la Catalunya contemporània* (1992), *Rojos contra Franco. Historia del PSUC (1939-1947)* (2002), *Els Fets de maig* (2010), *La rereguarda en guerra. Catalunya 1936-1937* (2012), *Territori capital: la Guerra Civil a Catalunya, 1937-1939* (2015) y *El Frente Popular: victoria y derrota de la democracia en España* (2016). Además, entre otras publicaciones es coordinador de *De un octubre a otro. Revolución y fascismo en el periodo de entreguerras, 1917-1934* (2010) o *Pan Trabajo y Libertad. Historia del Partido del Trabajo en España* (2011).

Carlos Martínez Shaw. Catedrático de Historia Moderna en Barcelona y actualmente Catedrático emérito de la Universidad Nacional de Educación a Distancia. Miembro de la Real Academia de la Historia, presidió el Centro de Estudios de Historia Moderna «Pierre Vilar» de Barcelona. Ha dedicado su labor investigadora a la historia económica y la historia marítima del Antiguo Régimen y ha escrito, entre otras obras, *Cataluña en la carrera de Indias, 1680-1756* (1981); *El siglo de las luces. Las bases intelectuales del reformismo* (1996); *Felipe V* (2001); *La Ilustración* (2001); *El sistema comercial español del Pacífico, 1765-1820* (2007) e *Historia Moderna: Europa, África, Asia y América* (2015). Ha editado numerosos libros y artículos y organizado (junto con Marina Alfonso Mola) exposiciones internacionales como *Esplendor de España, 1598-1648. De Cervantes a Velázquez* (1998); *El Galeón de Manila* (2000); *Oriente en Palacio* (2003); *Europa en papel* (2010) o *Carlos III y el Madrid de las luces* (2016).

Carme Molinero Ruiz. Catedrática de Historia Contemporánea de la Universidad Autónoma de Barcelona e investigadora del Centro de Estudios sobre las Épocas Franquista y Democrática (CEEFD-UAB), del que también fue directora. Es autora, sola o en colaboración de Pere Ysàs, de una decena de libros, entre los que destacamos *Patria, Justicia y Pan* (1985), *Productores disciplinados y minorías subversivas: clase obrera y conflictividad laboral en la España franquista* (1998), *Catalunya durant el franquisme* (1999), *La captación de las masas: política social y propaganda en el régimen franquista* (2005), *La anatomía del franquismo: de la supervivencia a la agonía. 1945-1977* (2008), *De la hegemonía a la autodestrucción. El Partido Comunista de Es-*

paña , 1956-1982 (2016), *La Transición. Historia y relatos* (2018). Ha participado en casi un centenar de obras colectivas, algunas como editora o directora, y ha escrito docenas de artículos en revistas académicas de prestigio internacional .

Xosé M. Núñez Seixas. Catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad de Santiago, ha ocupado en los últimos años la cátedra de Historia Europea en los siglos XIX y XX en la Universidad Ludwig-Maximilian de Múnich. Ha sido profesor invitado en las universidades de Halle, Rennes II; Paris X–Nanterre, City University of New York, Stanford University o la Universidad Nacional Mar de Plata, entre otras. Sus ámbitos de investigación han sido los movimientos nacionalistas y la cuestión nacional en la Europa de entreguerras, el nacionalismo español en el siglo XX, la historia cultural de la guerra y la violencia y la emigración española a América Latina. Como resultado de sus investigaciones ha publicado numerosos trabajos en revistas internacionales y obras colectivas y es autor de más de 20 libros entre lo que podemos mencionar: *Emigrantes, caciques e indianos* (1998); *¡Fuera el invasor!. Nacionalismos y movilización bélica durante la guerra civil española. 1936-1939* (2006); *Patriotas y demócratas. El discurso nacionalista español después de Franco* (2010) o *Camarada Invierno. Experiencia y memoria de la División Azul. 1941-1945* (2016).

Bryan Palmer. Catedrático de Historia en la Universidad de Trent, en la que fue durante muchos años Director de su Departamento de Estudios Canadienses. Ha publicado extensamente en los campos de historia canadiense, de historia del trabajo, de historia de los movimientos radicales y de la teoría social. Como resultado de todo ello, es autor de los ensayos de los dos volúmenes de *Marxism and Historical Practice* (Haymarket 2017), ha publicado más de 20 monografías y editado colecciones sobre la historia del trabajo y la izquierda, ha publicado docenas de artículos en prestigiosas revistas académicas internacionales, así como cientos de ensayos, reseñas de libros y otros comentarios, incluido el periodismo político. Sus obras principales han sido traducidas al griego, turco, coreano, chino, italiano, francés, español y portugués. Está considerado uno de las principales figuras intelectuales de Canadá.

Sisinio Pérez Garzón. Catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Castilla La Mancha, anteriormente fue científico del CSIC y profesor de Historia en la Universidad Complutense de Madrid. Sus líneas de investigación se han centrado en la historia social y política del siglo XIX, el proceso de construcción de la nación española y la evolución de la historiografía en España. Es autor de una quincena de libros en solitario, como *Las revoluciones liberales del siglo XIX. Industrialización capitalista, luchas sociopolíticas y modernización cultural* (2017), *Contra el poder. Conflictos y movimientos sociales en la historia de España* (2015), *Cortes y constitución en Cádiz: la revolución española (1808-1814)* (2012), *Historia del Feminismo* (2011), *La gestión de la memoria: la historia de España al servicio del poder* (2000). Además ha participado en más de sesenta obras colectivas y escrito casi

medio centenar de artículos en revistas académicas de reconocido prestigio. Su dedicación docente se manifiesta en la dirección de numerosas e importantes tesis doctorales, así como de trabajos de máster y tesinas.

José Antonio Piqueras. Catedrático de la Universidad Jaume I de Castellón. Sus líneas de investigación se orientan hacia las relaciones sociales y los cambios políticos en la historia de España y América latina, el socialismo y la historiografía. Entre sus libros podemos señalar: *La revolución democrática (1868-1874)* (1992). *Cuestión social, colonialismo y grupos de presión* (1992); *Bicentenario de la libertad: la fragua de la política en España y las Américas* (2010); *La esclavitud en las Españas. Un lazo transatlántico* (2012); *El federalismo. La libertad protegida, la convivencia pactada* (2014) y *La era Hobsbawm en la historia social* (2016). Co-editor de *A Social History of Spain Labour: New Perspectives on Class, Politics and Gender* (2007) y *State of Ambiguity: Civic Life and Cultural Form in Cuba's First Republic* (2014). Codirige desde 1988 la revista *Historia Social*. Fue Premio de Ensayo de la Generalitat Valenciana 2004 por su ensayo *Persiguiendo el porvenir. La identidad histórica del socialismo valenciano, 1870-1976*, publicado en 2006.

Domingo Plácido. Catedrático Emérito de Historia Antigua de la Universidad Complutense, Madrid. Desde 1972 ha centrado su trabajo investigador en el mundo antiguo; la Grecia Clásica y la Hispania antigua. Ha publicado desde entonces numerosos trabajos historiográficos en revistas, obras colectivas y libros entre los que podemos reseñar: *Cultura y religión en la Grecia arcaica* (1989); *La civilización griega en la época clásica* (1989); *Poder y discurso en la antigüedad clásica* (2008); *Las provincias hispanas durante el alto imperio romano* (2008); *Hispania antigua* (2009); *La construcción ideológica de la ciudadanía: identidades culturales y sociedad en el mundo griego antiguo* (2009) o *Introducción al mundo antiguo: problemas teóricos y metodológicos* (2014). Es miembro del Comité Científico de *Dialogues d'Histoire Ancienne* (Besançon); de *Il Mediterraneo antico* (Roma) y *Argos* (Buenos Aires) y desde 2004 Presidente del *Groupe Internationale de Recherche sur l'Esclavage dans L'Antiquité, Girea*.

Juan Trías Vejarano. Catedrático Emérito de Historia de las Ideas Políticas de la Universidad Complutense, Madrid. Director de la Fundación de Investigaciones Marxistas (1991-1997), ha centrado sus investigaciones en el Antiguo Régimen; la transición del feudalismo al capitalismo y la Historia del pensamiento político de los siglos XIX y XX. Ha coordinado numerosos trabajos en obras colectivas y entre sus libros podemos citar *Pi Margall. Pensamiento social*, (1968) o *Almirall y los orígenes del catalanismo* (1975); co-autor de *Federalismo y Reforma Social en España, 1840-1870* (1975) y ha participado en *Las Utopías en el mundo occidental* (1981); *Cien años después de Marx. Ciencia y marxismo* y editor de *V.I. Lenin. Obras completas, T. 1*, (1986); co-editor de *Rosa Luxemburg. Actualidad y clasicismo* (2001) y *Gramsci y la izquierda europea* (1992). También son frecuentes sus textos en diversas revistas de pensamiento: como *Sistema*; *Utopías/Nuestra Bandera* o *Estudios de historia social*.

fundación de
investigaciones
marxistas



www.fim.org.es